

JOSH MALERMAN

A
CIEGAS



C
l
qi
i
pa n
u
Mu
u c
hn
s o
er e p
p
pe
e t a
s
on o t
f s
Mi o
o n e q

m
p
1



J

A

S

e

0

o

Título original: *Bird Box*

Josh Malerman, 2014

Traducción: Miguel Antón Rodríguez

Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus

ePub base r1.2



A veces me gustaría ser arquitecto para
dedicarle un edificio
a una persona, una superestructura que
rompiese los cielos
y continuase hacia el abismo. Y si A
ciegas estuviese hecho
de ladrillos en lugar de palabras, haría
una ceremonia,
invitaría a todos los recuerdos sombríos
que tengo y cortaría
la cinta con un hacha, dejando ver por
primera vez a todo
el mundo el nombre del edificio. Se
llamaría Debbie.
Mamá, A ciegas es para ti

Malorie, pensativa, de pie en la cocina.

Tiene las manos húmedas. Está temblando. Nerviosa, tamborilea con el dedo gordo del pie en la baldosa rota. Es temprano; probablemente el sol apenas asoma por el horizonte. Contempla cómo la tímida luz suaviza la tonalidad oscura de las densas cortinas, y piensa,

«Eso ha sido la bruma».

Los niños duermen en el salón bajo la malla de gallinero cubierta por tela negra. Tal vez la oyeron hace unos instantes cuando estaba de rodillas en el jardín. El ruido que hizo debió transmitirse a través de los micrófonos, de camino a los altavoces situados junto a sus camas.

Se mira las manos y repara en el brillo sutil que es reflejo de la luz de las velas. Sí, están húmedas. Es la capa que ha impreso el rocío de la mañana.

En la cocina, Malorie respira hondo antes de apagar la vela de un soplido. Mira en torno de la habitación, consciente de la herrumbre de los cacharros y los platos desconchados. La caja de cartón que hace las veces de basurero. Las sillas, que aguantan cogidas por alambre. Las paredes mugrientas. La tierra en los pies y las manos sucias de los niños. También las manchas más antiguas. La descolorida parte inferior de las paredes del salón, púrpura oscuro que ha ido transformándose en marrón con el paso del tiempo. Eso es sangre. La moqueta del comedor también está descolorida, por mucho que Malorie se empeñe en frotar. En la casa no hay productos de limpieza que sirvan para limpiar. Hace mucho tiempo, Malorie llenó en el pozo los cubos de agua y, utilizando la chaqueta, se puso a limpiar las manchas de toda la casa. Pero no hubo manera de quitarlas. Incluso sobrevivieron las que no se mostraron tan resistentes, quizá no tan grandes, pero visibles aún. Una caja de velas oculta una mancha en el

recibidor. El sofá del salón está colocado en un ángulo raro y esconde dos manchas cuya forma recuerda a Malorie las cabezas de dos lobos. En la segunda planta, junto a la escalera que lleva a la buhardilla, una pila de abrigos mohosos oculta unas marcas púrpura, grabadas al pie de la pared. A tres metros de distancia se encuentra la mancha más negra de toda la casa. El motivo de que no frecuente el extremo de la segunda planta de la casa se debe a que es incapaz de pasar por su lado.

En el pasado era una bonita vivienda ubicada en un barrio tranquilo de Detroit. En el pasado estuvo acondicionada para acoger a una familia. Media década atrás, un agente inmobiliario hubiera podido enseñarla sin mayores problemas. Pero esta mañana, las ventanas están cubiertas con cartones y listones de madera. No hay agua corriente. Un enorme cubo de agua descansa sobre la pila de la cocina. El ambiente huele a cerrado. No hay juguetes convencionales para los niños.

Han tallado los restos de una silla para que representen personas. Les han pintado caras. Los armarios están vacíos. No cuelgan cuadros de las paredes. Hay cables que discurren por debajo de la puerta hasta los dormitorios de la primera planta, donde los altavoces alertan a Malorie y a los niños de cualquier sonido que pueda provenir del exterior de la casa. Así es cómo viven los tres. No salen durante largos períodos de tiempo. Y cuando lo hacen, se cubren los ojos con vendas.

Los niños nunca han visto el mundo que se extiende más allá de su casa. Ni siquiera a través de las ventanas. Hace casi cuatro años que Malorie no abre los ojos fuera.

«Cuatro años.»

No tiene que tomar hoy la decisión. Es octubre en Michigan. Hace frío. Un viaje de treinta kilómetros por río sería duro para los niños. Aún son demasiado jóvenes. ¿Y si uno de ellos cae al agua? ¿Qué haría entonces Malorie, con los ojos vendados?

«Un accidente —piensa Malorie—. Es terrible. Después de tanto luchar, de sobrevivir. Morir a causa de un accidente.»

Malorie mira las cortinas. Rompe a llorar. Quiere gritar a alguien. Quiere rogar a alguien capaz de escuchar.

«Esto es injusto. Es cruel», diría.

Se vuelve para mirar la entrada de la cocina y el vestíbulo que conduce al dormitorio de los niños. Más allá del marco sin puerta, los niños disfrutaban de un sueño profundo, cubiertos por tela negra, a resguardo de la luz y de la vista. No se mueven. No dan muestras de estar despiertos. Sin embargo, podrían estar aguzando el oído. A veces, después de todo lo que ha llegado a presionarlos para que escuchen, del peso que ha depositado en sus oídos, Malorie los cree capaces de oír cómo piensa.

Podría esperar la llegada de cielos más soleados, temperaturas más suaves, condiciones más adecuadas para prestar mayor atención al

bote. Podría informar a los niños, atender lo que puedan decirle. Podrían hacerle sugerencias válidas. Solo tienen cuatro años, pero los ha entrenado para escuchar. Son capaces de ayudar a gobernar una embarcación que se pilote a ciegas. Malorie no podría hacer el viaje sin ellos. Necesita sus oídos. ¿Podría también servirse de sus consejos? A los cuatro años, ¿podrían tener una opinión formada sobre el momento adecuado para abandonar la casa para siempre?

Hundida en la silla de la cocina, Malorie contiene las lágrimas. El dedo gordo del pie descalzo sigue tamborileando en el deslucido linóleo. Levanta la vista lentamente hacia la parte superior de la escalera del sótano. Allí habló en una ocasión con alguien llamado Tom acerca de un tal Don. Mira en dirección a la pila, el lugar al que a veces Don llevaba cubos de agua extraída del pozo. Temblando por haber estado fuera. Al inclinarse hacia delante ve el recibidor, lugar donde Cheryl preparaba la comida de los pájaros.

Y entre ella y la puerta principal está el comedor, silencioso y oscuro. Cuesta creer que allí se acumulen los recuerdos de tantas personas.

«Cuatro años», piensa, deseando descargar un puñetazo capaz de atravesar la pared.

Malorie sabe que cuatro años pueden convertirse fácilmente en ocho. Ocho se convertirán rápidamente en doce. Entonces los niños serán adultos. Adultos que nunca habrán visto el cielo. Nunca habrán mirado a través de una ventana. ¿Cómo afectará a sus mentes el hecho de haber vivido como reclusos durante años? Malorie se pregunta si existe un punto en que las nubes del cielo se vuelven irreales, si el único lugar donde podrán sentirse en casa será tras la tela negra de sus vendas.

Malorie traga saliva ruidosamente y se imagina cuidando de ellos hasta que sean quinceañeros.

¿Sería capaz de hacerlo? ¿Podría protegerlos durante otros diez años? ¿Podría cuidar de ellos hasta que ellos pudiesen cuidar de ella? Pero

¿para qué? ¿Qué sentido tiene protegerlos para llevar una vida así?

«Eres una mala madre», piensa.

Por no hallar el modo de hacerles comprender la inmensidad del cielo. Por no encontrar la manera de permitirles correr por el jardín, o la calle, o el vecindario de casas vacías y herrumbrosos vehículos aparcados. O por permitirles mirar una sola vez, solo una, al espacio, donde el cielo se vuelve negro, tachonado de hermosas estrellas.

«Les salvas la vida para que lleven una que no vale la pena vivirse.»

Malorie ve clarear las cortinas un poco más a través de la visión empañada por las lágrimas. Si hay bruma no durará mucho. Y si puede ayudarla, si la oculta a ella y a los niños cuando se acerquen al río, al bote, entonces tiene que despertarlos ya.

Descarga un golpe en la mesa de la cocina y se seca las lágrimas.

Se levanta para salir de la cocina, atraviesa el

vestíbulo y entra en el dormitorio de los niños.

—¡Niño! —grita—. ¡Niña! Levantaos.

El dormitorio está a oscuras. La única ventana está cubierta por tantas mantas que la luz del sol ni siquiera la atraviesa cuando alcanza su cénit. Hay dos colchones, uno a cada lado. Sobre ellos hay dos negras cúpulas improvisadas. La malla de gallinero que sirve de sostén a las mantas fue utilizada para vallar un pequeño jardín junto al pozo en el jardín de casa. Pero durante los cuatro últimos años ha servido de armadura, protegiendo a los niños no de aquello que pudiera verlos, sino de lo que ellos pudiesen ver. Debajo, Malorie oye movimiento y se arrodilla para soltar el alambre asegurado con clavos al suelo de madera de la habitación. Saca las vendas del bolsillo mientras ambos niños la miran con expresiones sorprendidas, somnolientas.

—¿Mamá?

—Levantaos. Mamá tiene que moverse deprisa.

Los niños responden rápidamente. No hay quejas, no hay protestas.

—¿Adónde vamos? —pregunta la niña.

—Póntela —dice Malorie, ofreciéndole una venda—. Hoy nos acercaremos al río.

Los niños se atan las vendas alrededor de los ojos. Saben perfectamente cómo hacerlo. Son expertos, si es que a los cuatro años pueden ser expertos en algo. A Malorie eso le rompe el corazón. Son niños, tendrían que sentir curiosidad. Tendrían que preguntarle por qué, precisamente hoy, van a ir al río, un río al que no han ido antes.

En lugar de ello se limitan a hacer lo que ella les dice.

Malorie aún no se pone la venda. Antes quiere que los niños estén preparados.

—Coged las mantas. Y tú el rompecabezas —dice, dirigiéndose a la niña.

Percibe una inquietud indescriptible. Rayana en la histeria. Malorie recorre las habitaciones, comprobando cosas, objetos pequeños que podrían

necesitar. De pronto se siente incapaz, poco preparada. Se siente insegura, como si la casa y el terreno donde se sustenta desaparecieran paulatinamente, exponiéndola al mundo exterior. Sin embargo, en el delirio del momento, se aferra al concepto de la venda. No importa qué utensilios pueda reunir, no importa qué objeto de la casa pueda usar a modo de arma, sabe que las vendas constituyen su mayor protección.

—¡No olvidéis las mantas! —les recuerda, oyendo cómo se preparan.

Cuando entra en su habitación para ayudarlos, el niño, que es pequeño para su edad, pero tiene una fuerza inusitada que enorgullece a Malorie, decide entre dos camisas que le vienen grandes y que pertenecieron a un adulto que murió hace tiempo. Malorie escoge por él y observa cómo su pelo negro desaparece bajo la tela, antes de asomar de nuevo a través del cuello. A pesar de lo nerviosa que está, Malorie repara en que el niño ha crecido un poco recientemente.

La niña, que tiene la altura normal para su edad, intenta introducirse el vestido por la cabeza, una prenda que Malorie le ayudó a zurcir a partir de los restos de una sábana vieja.

—Hace fresco, niña. No bastará con ponerse un vestido.

La niña arruga el entrecejo; tiene algo revuelto el pelo rubio porque acaba de levantarse.

—También llevo el pantalón, mamá. Y luego están las mantas.

Malorie siente ira. No quiere que nada se le oponga. Hoy no. Por mucho que la niña tenga razón.

—Nada de vestidos hoy.

El mundo exterior, los grandes almacenes vacíos, los restaurantes, los miles de vehículos abandonados, los productos olvidados en los estantes de las tiendas, todo ello ejerce una especie de presión sobre la casa. Todo susurra y les aguarda.

Toma un abrigo del armario empotrado que hay

en la pequeña habitación habilitada como dormitorio que se encuentra al otro lado del vestíbulo. Después sale. Sabe que será la última vez que entra allí.

—Mamá —dice la niña cuando se reúne con ella en el corredor—. ¿Vamos a necesitar las bocinas de bicicleta?

Malorie llena de aire los pulmones.

—No —responde—. No vamos a separarnos. En todo el viaje.

Cuando la niña vuelve al dormitorio, Malorie piensa en lo patético que resulta que esas bocinas de bicicleta constituyan el mayor entretenimiento de los niños. Llevan años jugando con ellas. Toda su vida, dando bocinazos por todo el comedor. El estruendo solía poner de los nervios a Malorie. Pero nunca llegó a quitárselas, ni las escondió. A pesar de los dolores y las dificultades que experimentó en los primeros años de maternidad, Malorie comprendió que, en ese mundo, cualquier cosa capaz de arrancar una risa a los niños era

buena.

Por mucho que solieran asustar a *Victor* con las bocinas.

Cómo echa de menos al perro. Al principio de criar sola a los niños, sus fantasías de ir al río incluían a *Victor*, el border collie al que imaginaba sentado a su lado en el bote. *Victor* la habría alertado de la presencia de animales cercanos. Quizá podría haber ahuyentado a algo.

—De acuerdo —dice, su cuerpo ágil se recorta en el marco de la puerta del dormitorio de los niños—. Eso es. Ahora vámonos.

Hubo momentos, tardes tranquilas, noches tempestuosas, en que Malorie les habló de que llegaría ese día. Sí, había mencionado anteriormente el río. Les había hablado de un viaje. Tuvo cuidado de no decir nunca que esa sería su «huida» porque no podía soportar que pensarán que sus vidas cotidianas fuesen algo de lo que hubiese que huir. En lugar de ello, les advirtió que una mañana, en el futuro, los

despertaría con prisas y les ordenaría prepararse con el fin de abandonar para siempre la casa. Reparó en que podían detectar su duda, igual que eran capaces de oír cómo se deslizaba una araña por el cristal de una ventana cubierta por cortinas. Hacía años que una bolsita con alimentos descansaba en el armario, reservada hasta que se pudría, momento en que la remplazaba por otra, demostración por parte de Malorie de que podía despertarlos una mañana tal como había dicho que haría. «La bolsita con alimentos del armario forma parte de un plan», pensó mientras aseguraba las vendas.

Y ahora ha llegado ese día. Esta mañana. Esta hora. Con la bruma.

El niño y la niña dan un paso al frente y Malorie se arrodilla ante ellos. Comprueba de nuevo las vendas. Está satisfecha con ellas. En ese instante, paseando la mirada de uno al otro, Malorie comprende que por fin ha empezado el viaje.

—Prestad atención —dice, pellizcándoles la barbilla—. Hoy vamos a subir a un bote con el que recorreremos el río. Es posible que sea un viaje largo. Pero es crucial que ambos hagáis todo lo que os diga. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí.

—Hace frío. Tenéis las mantas. Tenéis las vendas. Ahora mismo no necesitáis nada más. ¿Me habéis entendido?

—Sí.

—Sí.

—Bajo ninguna circunstancia os quitaréis las vendas de los ojos. Si lo hacéis os haré daño. ¿Comprendido?

—Sí.

—Sí.

—Necesito vuestro oído. Necesito que ambos prestéis atención como no lo habéis hecho jamás. En el río, tenéis que escuchar aquello que está más allá del agua, más allá del bosque. Si oís a un

animal en el bosque, decídmelo. Si oís cualquier cosa en el agua, decídmelo también. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí.

—No hagáis preguntas que no tengan nada que ver con el río. Tú te situarás delante —dice, dando una palmada al niño, antes de dársela a la niña—. Y tú te situarás detrás. Cuando llegemos al bote, yo os guiaré a vuestros respectivos lugares. Yo estaré en medio, remando. No quiero que caminéis por la embarcación para acercaros el uno al otro, a menos que esté relacionado con algo que hayáis oído en el bosque. O en el río. ¿Comprendido?

—Sí.

—Sí.

—No pararemos por nada del mundo. Al menos hasta que llegemos al lugar al que vamos. Os haré saber cuándo lo hacemos. Si tenéis hambre, comed lo que encontraréis en esta bolsa.

Malorie les hace tocar la bolsa.

—No os quedéis dormidos. No os quedéis

dormidos —repite—. Hoy necesito que agucéis bien el oído como no lo he necesitado jamás.

—¿Llevaremos los micrófonos? —pregunta la niña.

—No. —Lo dice mirando primero a uno, y luego a otro—. Cuando salgamos de esta casa, lo haremos cogidos de la mano y caminaremos por el camino que lleva al pozo. El camino al río está muy descuidado. Quizá debamos agacharnos para palpar algún escalón, y si lo hacemos quiero que ambos os aferréis a mi abrigo o entre vosotros. ¿Entendido?

—Sí.

—Sí.

«¿Suenan asustados?»

—Escuchadme. Vamos a un lugar nuevo para vosotros. Vamos a alejarnos más que nunca de esta casa. Hay cosas ahí fuera que os harán daño, que harán daño a mamá, si no obedecéis mis órdenes esta mañana.

Los niños guardan silencio.

—¿Lo habéis comprendido?

—Sí.

—Sí.

Malorie los ha adiestrado bien.

—De acuerdo. Pues vámonos —dice con un pellizco de histeria en el tono de voz—. Vámonos ahora mismo. Vámonos.

Pega su frente a las de los niños.

Luego toma a ambos de la mano. Cruzan la casa rápidamente. En la cocina, Malorie, temblando, se seca los ojos y extrae su propia venda del bolsillo. La ajusta en torno a la cabeza y el pelo largo y oscuro. Hace una pausa, la mano en el tirador de una puerta que da al camino que ha recorrido en busca de innumerables cubos de agua.

Se dispone a dejar la casa atrás. Le abrume la realidad de este momento.

Una corriente de aire fresco alcanza a Malorie al abrir la puerta. Da un paso al frente, pensando aterrada en una serie de situaciones demasiado espantosas para hablar de ellas en presencia de los

niños. Tartamudea al hablar, al borde de los gritos.

—Las manos. Los dos.

El niño toma la mano izquierda de Malorie. La niña desliza los dedos menudos en la derecha.

Salen de la casa, vendados.

El pozo se encuentra a veinte metros de distancia. Trozos de madera, que en el pasado formaron parte de unos marcos, delinean el camino, colocados allí para evitar que puedan salirse de él. Ambos niños han tocado la madera con la punta del calzado en incontables ocasiones. Malorie les dijo en una ocasión que el agua del pozo era la única medicina que necesitarían. Debido a ello, Malorie sabe que los niños siempre han respetado el pozo. Nunca se han quejado por tener que acompañarla a buscar agua.

El terreno se vuelve desigual a la altura del pozo. Parece artificial, blando.

—Aquí está el claro —anuncia Malorie.

Conduce con cuidado a los niños. Otro camino arranca a diez metros del pozo. El acceso a este

paso es angosto y divide en dos el bosque. El río dista menos de cien metros del lugar donde se encuentran. En el bosque, Malorie suelta momentáneamente las manos de los niños para poder tantear la tenue entrada.

—¡Agarraos a mi abrigo!

Tantea las ramas hasta encontrar un chaleco de lana, atado a un árbol en la entrada del camino. Lo ató ella misma hace unos tres años.

El niño se aferra a su bolsillo y percibe que la niña se aferra a su vez a él. Malorie les habla mientras camina, preguntando constantemente si permanecen en contacto. Las ramas de los árboles le azotan el rostro. No protesta.

No tardan en llegar a la marca que Malorie ha clavado en el suelo. La pata astillada de una silla de cocina, hundida en mitad del camino, en un lugar donde entorpezca el paso, donde tropezar con ella, sirve de guía.

Descubrió el bote de remos hace cuatro años, amarrado a cinco casas de la suya. Hace más de un

mes que no ha vuelto a comprobar su estado, pero cree que sigue allí. Pese a todo no le cuesta imaginarse lo peor. ¿Y si alguien se le ha adelantado? Otra mujer, alguien como ella, alguien que vive a cinco casas en otra dirección, alguien que ha hecho acopio de coraje a lo largo de los últimos cuatro años para huir. Una mujer que en el pasado topó con esa misma resbaladiza ribera y sintió que había alcanzado la misma posibilidad de salvación, la punta de acero del bote de remos.

A Malorie le escuecen los rasguños de la cara al contacto con el aire frío. Los niños no se quejan.

«Esto no es la infancia», piensa Malorie mientras los lleva hacia el río.

Entonces lo oye. Antes de alcanzar el embarcadero, oye cómo se balancea en el agua el bote de remos. Se detiene a comprobar las vendas de los niños, asegurándose de que ambas estén bien prietas. Los lleva hacia los listones de madera.

«Sí —piensa—. Sigue ahí.» Como los

vehículos que siguen aparcados en la calle, a la entrada de su casa. Igual de vacíos que las viviendas que bordean las calles.

En el bosque, lejos de casa, hace más frío. El sonido del agua es tan aterrador como excitante. Se arrodilla donde cree que está el bote, suelta las manos de los niños para tantear la proa en busca del remate de acero. Palpa hasta encontrar el cabo que lo amarra.

—Niño —dice, tirando de la proa para acercarlo al embarcadero—. Delante. Sube y ponte delante. —Lo ayuda. Una vez se sienta, toma su rostro en ambas manos y dice, de nuevo—. Escucha. Más allá del agua. Escucha.

Ordena a la niña que permanezca en el embarcadero mientras desata el cabo antes de subir con cuidado al banco situado en mitad de la embarcación. Aún medio incorporada, ayuda a la niña a embarcar. El bote sufre un fuerte balanceo, y Malorie aprieta con fuerza la mano de la niña. La niña no protesta por el dolor.

Hay hojas, ramas y agua en el fondo del bote. Malorie revuelve el fondo en busca de los remos que ha guardado en el costado derecho. Los remos están fríos. Húmedos. Huelen a moho. Los coloca en las chumaceras forradas de hierro. Cuando se sirve de uno para apartar el bote del embarcadero percibe su fuerza, su robustez. Entonces...

Se deslizan por el río.

El agua está en calma. Pero hay sonidos. Movimiento en el bosque.

Malorie piensa en la bruma. Espera que sirva para ocultar su huida.

Pero la bruma escampará.

—Niños —dice Malorie, respirando con dificultad—, escuchad.

Finalmente, tras cuatro años de espera, de entrenamiento, de reunir el coraje necesario para marcharse, boga lejos del embarcadero, de la orilla y de la casa que los ha protegido a los niños y a ella durante lo que se le antoja toda una vida.

Nueve meses antes de que nazcan los niños. Malorie vive con su hermana Shannon en un modesto apartamento de alquiler que ninguna de ellas ha decorado. Se trasladaron allí hace tres semanas, a pesar de la preocupación expresada por sus amigos. Malorie y Shannon son mujeres populares, inteligentes, pero en mutua compañía tienen tendencia a mostrarse desapegadas, como demuestra el hecho de que fuesen ellas mismas quienes se encargaron de la mudanza.

—Estaba pensando que tendría más sentido que me quedara con el dormitorio mayor, ya que ahí está el tocador más espacioso —dijo Shannon, de pie en el descansillo de la primera planta.

—Venga, vamos —protestó Malorie, con una caja de cartones de leche llena de libros por leer —. Esa habitación tiene mejores vistas.

Las hermanas lo debatieron durante un buen

rato, procurando no dar la razón a los amigos y familiares de que discutirían toda la tarde nada más entrar por la puerta. Al cabo, Malorie propuso decidirlo a suertes, la moneda cayó a favor de Shannon, algo que Malorie sigue convencida de que estuvo amañado.

Ahora, hoy, Malorie no piensa en las minucias que hace su hermana para volverla loca. No limpia lo que tendría que limpiar su hermana, no cierra las puertas de su armario, para seguir después el rastro de los jerséis y las medias tiradas en el suelo de la casa. No gruñe entre dientes con pasividad, sacudiendo la cabeza mientras pone el lavavajillas o aparta una de las cajas que Shannon tiene pendiente de abrir y que está en mitad del salón, donde estorba a ambas. En lugar de ello, se encuentra ante el espejo del cuarto de baño de la primera planta, desnuda, contemplando el reflejo de su vientre.

«No es la primera vez que no te viene la regla», se dice. Apenas sirve de consuelo porque

lleva inquieta dos semanas, consciente de que tendría que haberse andado con más cuidado con Henry Martin.

El pelo negro le cae a la altura de los hombros. Los labios fruncidos adoptan una curva curiosa. Coloca las manos en el vientre plano y asiente con lentitud. No se explica por qué, pero tiene la sensación de estar embarazada.

—¡Malorie! —Shannon la llama desde el salón—. ¿Se puede saber qué haces ahí?

Malorie no responde. Se vuelve hacia un lado e inclina la cabeza. Los ojos azules parecen grises a la luz clara del cuarto de baño. Pone la palma de la mano en el linóleo rosa del lavabo y arquea la espalda. Encoge el estómago, como queriendo demostrarse que no puede haber vida en su interior.

—¡Malorie! —insiste Shannon—. ¡Dan otro reportaje en televisión! Ha pasado algo en Alaska.

Malorie oye a su hermana, pero en ese momento lo que sucede en el mundo exterior

apenas le interesa.

En los últimos días, circula por internet una historia que la gente llama el «Informe Rusia». Según parece, el pasajero de un camión que recorría una autopista nevada a las afueras de San Petersburgo pidió a su amigo, sentado al volante, que aparcase en el lateral, y acto seguido lo atacó, arrancándole los labios con las uñas. Luego se suicidó en la nieve, utilizando una sierra de mesa que había en el interior del camión. Una historia tremenda, cuya notoriedad Malorie atribuye al modo que tiene internet de lograr que cobren notoriedad sucesos aleatorios. Entonces dan una noticia similar. Las circunstancias son muy parecidas. En esta ocasión sucede en Yakutsk, a unos cuatro mil quinientos kilómetros al este de San Petersburgo. Allí, una madre, descrita a todos los efectos como una persona «estable», enterró en vida a sus hijos en el jardín familiar, antes de suicidarse con los bordes mellados de los platos rotos. Una tercera noticia, en Omsk, Rusia, a casi

tres mil kilómetros al sureste de San Petersburgo, se extendió a través de internet y no tardó en convertirse en uno de los temas más comentados en todas las redes sociales. En esa ocasión la noticia iba acompañada de imágenes de video. Mientras pudo aguantar, Malorie miró al hombre que blandía un hacha, la barba teñida de sangre, intentando atacar al tipo invisible que lo estaba filmando. Al cabo, se salió con la suya, pero eso Malorie no llegó a verlo. Intentó alejarse en la medida de lo posible del tema. Pero Shannon, que siempre había tenido gusto por lo dramático, insistía en transmitirle las aterradoras noticias.

—Alaska —repite Shannon, a través de la puerta del cuarto de baño—. ¡Eso está en Estados Unidos, Malorie!

El pelo rubio de Shannon delata los antepasados finlandeses de su madre. Malorie se parece más a su padre: ojos hundidos, oscuros, y la piel clara y suave de alguien del norte. Después de pasar la infancia en Upper Peninsula, ambas

soñaron con vivir cerca de Detroit, donde imaginaron que habría fiestas, conciertos, oportunidades laborales y hombres en abundancia.

Esto último no había resultado ser cierto hasta que Malorie conoció a Henry Martin.

—Ostras —grita Shannon—. También podría haber pasado algo parecido en Canadá. Esto va en serio, Malorie. ¿Qué estás haciendo ahí?

Malorie abre el grifo y deja que el agua discurra por sus dedos. Se lava la cara. Levanta la vista hacia el espejo y piensa en sus padres, que residen en Upper Peninsula. No saben nada de Henry Martin. No ha hablado con él desde aquella noche. No obstante, cabe la posibilidad de que esté ligada a él para siempre.

De pronto se abre la puerta del baño. Malorie toma la toalla.

—¡Shannon!

—¿Me has oído, Malorie? La noticia circula por todas partes. Empiezan a decir que está relacionado con ver algo. ¿No te parece raro?

Acabo de oír en la CNN que es la única constante que se repite en todos los incidentes. Parece que las víctimas ven algo antes de atacar a la gente y suicidarse. ¿Puedes creerlo?

Malorie se vuelve lentamente con rostro inexpresivo hacia su hermana.

—Eh, ¿estás bien, Malorie? No tienes buena cara.

Malorie rompe a llorar. Se muerde el labio inferior. Tiene la toalla en las manos, pero aún no se ha cubierto con ella. Sigue de pie ante el espejo, como si se examinara el vientre desnudo. Shannon repara en ello.

—Mierda —dice Shannon—. ¿Te preocupa que puedas estar...?

Malorie asiente. Las hermanas se funden en un abrazo en el cuarto de baño rosa, y Shannon abraza a Malorie, acariciándole el pelo negro, procurando calmarla.

—No pasa nada —dice—. Es pronto para asustarse. Vamos a que te hagan una prueba. Eso es

lo que suele hacerse. Tú no te preocupes, ¿vale? Apuesto a que la mitad de las mujeres que se hacen la prueba resultan no estar embarazadas.

Malorie no responde. Se limita a exhalar un hondo suspiro.

—Venga —dice Shannon—. Vamos.

¿Cuán lejos alcanza a oír una persona?

Remar vendada es mucho más duro de lo que Malorie había imaginado. Más de una vez el bote ha golpeado la orilla, atascándose durante varios minutos. En esos instantes la asaltaban imágenes de manos invisibles que alcanzaban las vendas que cubrían los ojos de los niños. Dedos que asomaban del agua, del fango donde el agua se fundía con la tierra. Los niños no protestaban, no se quejaban. Son demasiado pacientes para ello.

Pero ¿cuán lejos alcanza a oír una persona?

El niño la ayudó a apartar el bote de la orilla, incorporándose y empujando. Malorie rema con toda su alma. A pesar de los contratiempos, tiene la sensación de que avanzan. Es estimulante. Ha salido el sol y los pájaros cantan en los árboles. Los animales vagabundean en el denso follaje del bosque que los rodea. Los peces dan brincos en el

agua, y el chapoteo le pone los pelos de punta. Todo esto es oído. Nada de ello es visto.

Desde que nacieron, los niños han aprendido a interpretar los sonidos del bosque. Desde muy pequeños, Malorie les cubría los ojos y los llevaba a la linde del bosque. Allí, a pesar de saberlos demasiado jóvenes para comprender nada de lo que les decía, ocupaba el tiempo describiéndoles los sonidos.

«Crujir de hojas —decía—. Un animal pequeño, como un conejo.» Siempre conscientes de que podía tratarse de algo mucho peor. Incluso peor que un oso. En aquellos tiempos, y en los que siguieron, cuando los niños ya eran lo bastante mayores para aprender, Malorie se entrenó a sí misma como los entrenaba a ellos. Pero ella nunca podría oír como ellos llegarían a hacerlo. Hasta los veinticuatro años no había sido capaz de discernir la diferencia entre una gota de lluvia y un golpecito en la ventana, sirviéndose tan solo de su capacidad de oír. La habían educado para ver.

¿Acaso eso la convertía en una maestra inadecuada? Cuando en una ocasión esparció unas hojas en el interior de la casa y pidió a los niños, vendados, que identificasen la diferencia entre sus pisadas y el crujido que hacían al aplastarlas con la mano, ¿fueron esas las lecciones adecuadas?

¿Cuán lejos alcanza a oír una persona?

Sabe que al niño le gustan los peces. A menudo Malorie los pesca en el río, sirviéndose de una caña de pescar herrumbrosa, improvisada a partir de un paraguas que encontró en el sótano. El niño se lo pasó en grande viéndolo chapotear en el cubo del pozo que había en la cocina. Se puso a dibujarlo. Malorie recuerda haber pensado que tendría que dar caza a todos los animales del planeta para llevarlos a casa y que los niños supieran qué aspecto tenían. ¿Qué otras cosas podrían llegar a gustarles si tenían ocasión de verlas? ¿Qué vería la niña en un zorro? ¿Y en un mapache? Incluso los coches eran un mito, solo contaban con los garabatos de Malorie. Botas,

arbustos, jardines, escaparates, edificios, calles y estrellas. Tendría que recrearlo todo para ellos. Pero no había más que peces. Y al niño le encantaban los peces.

Ahora, en el río, oyendo otro imperceptible chapoteo, le preocupa que su curiosidad le empuje a quitarse la venda.

¿Cuán lejos alcanza a oír una persona?

Malorie necesita que los niños oigan entre los árboles, entre el viento, en la orilla fangosa que conduce a un mundo entero lleno de seres vivos. «El río es un anfiteatro», se dice Malorie mientras rema.

Pero también es una tumba.

Los niños tienen que escuchar.

Malorie no puede borrar las visiones de las manos que surgen de la negrura, que aferran las cabezas de los niños, retirándoles deliberadamente las vendas que los protegen.

Suda y jadea. Malorie reza para que alcancen a oír a lo largo del camino que los lleve a un lugar

seguro.

Malorie está sentada al volante. Ambas hermanas se han subido a su coche, un Ford Festiva de 1999, porque tiene más gasolina en el depósito. Tan solo están a cinco kilómetros de casa, a pesar de lo cual reparan en los indicios de que ciertas cosas han cambiado.

—¡Mira! —Shannon señala varias casas—. Han cubierto con sábanas las ventanas.

Malorie intenta prestar atención a lo que dice Shannon, pero sus pensamientos vuelven a centrarse en su vientre. La explosión mediática del Informe Rusia la tiene preocupada, pero no se lo toma tan a pecho como su hermana. En internet son muchas las personas que se muestran escépticas. Ha visto en blogs, concretamente en *Gente Tonta*, las imágenes de gente tomando precauciones, con comentarios divertidos a pie de foto. Mientras Shannon señala las diversas ventanas, antes de

escudarse los ojos, Malorie se acuerda de una de esas fotografías. Correspondía a una mujer clavando una manta para tapar la ventana. El pie de foto rezaba: «Cariño, ¿qué te parece si ponemos la cama aquí mismo?».

—¿No te parece increíble? —pregunta Shannon.

Malorie asiente en silencio. Se vuelve hacia la izquierda.

—Venga, vamos —dice Shannon—. Tienes que admitir que esto se pone interesante.

En parte Malorie está de acuerdo. Lo es. Es interesante. En la acera ve a una pareja que se tapa la frente con periódicos y camina mirando el suelo. Algunos conductores han inclinado hacia arriba el retrovisor. Hay una parte de Malorie que se pregunta si eso demuestra que la sociedad empieza a creer que algo se ha torcido. Pero en tal caso, ¿de qué se trata?

—No entiendo —dice Malorie, en parte por distraerse, en parte porque está algo interesada.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—¿Creen que no es seguro mirar fuera? ¿Mirar a cualquier lado?

—Sí —dice Shannon—. Eso es exactamente lo que piensan. Ya te lo he dicho.

Malorie piensa que Shannon siempre ha sido muy dramática.

—Vaya, pues me parece una locura —dice—. ¡Y mira a ese tipo!

Shannon mira hacia donde le señala Malorie. Luego aparta la vista. Un hombre con atuendo formal camina con bastón para ciegos. Lleva los ojos cerrados.

—A nadie le da vergüenza actuar así —comenta Shannon con la vista clavada en las puntas de los pies—. Así de raro se ha vuelto todo.

Cuando aparcan en la farmacia de Stokely, Shannon se hace visera con los ojos. Malorie repara en ello, luego mira a través del aparcamiento. Otros hacen lo mismo.

—¿Qué es lo que te preocupa ver? —pregunta.

—Nadie puede responder a eso.

Malorie ha visto un millar de veces el cartel amarillo de la farmacia. Pero nunca le ha parecido tan poco atractivo.

«Vamos a comprar tu primer test de embarazo», piensa, saliendo del coche. Las hermanas cruzan el aparcamiento.

—Creo que los encontrarás junto a los medicamentos —susurra Shannon, abriendo la puerta principal de la tienda sin dejar de cubrirse los ojos.

—Basta, Shannon.

Malorie la conduce al pasillo donde están los productos de planificación familiar. Seis marcas más, aparte de Clearblue Easy, New Choice y First Response.

—Hay tantas —comenta Shannon, tomando una del estante—. ¿Es que nadie usa preservativos?

—¿Cuál cojo?

Shannon se encoge de hombros. Ese parece tan

apropiado como cualquier otro.

Al final del pasillo, un hombre abre una caja de vendas y se cubre los ojos con una.

Las hermanas llevan el test de embarazo al mostrador. Lo atiende Andrew, que tiene la edad de Shannon y una vez le pidió una cita. Malorie quiere terminar cuanto antes con eso.

—Vaya —dice Andrew, pasando la cajita por el lector de código de barras.

—Cierra el pico, Andrew —dice Shannon—. Es para el perro.

—Eso es nuevo, ¿tenéis perro?

—Sí —responde Shannon, tomando la bolsa que le ofrece Andrew—. Y es muy popular en el barrio.

El trayecto de vuelta a casa es una tortura para Malorie. La bolsa de plástico que descansa entre los asientos sugiere que su vida ya ha experimentado un cambio.

—Mira eso —dice Shannon, señalando por la ventanilla del coche con la misma mano con la que

se cubría los ojos.

Las hermanas alcanzan lentamente una señal de stop. En la fachada de la vivienda situada en la esquina ven a una mujer subida a una escalerilla, clavando una colcha en la ventana de mirador.

—Cuando volvamos a casa pienso hacer lo mismo —dice Shannon.

—Shannon.

Su calle, donde por lo general juegan los niños del vecindario, está desierta. No hay un solo triciclo azul cubierto de pegatinas. No hay bates de espuma.

Una vez dentro, Malorie se dirige al cuarto de baño y Shannon enciende de inmediato el televisor.

—¡Creo que basta con que hagas pis encima, Malorie! —dice alzando el tono de voz.

Desde el interior del cuarto de baño, Malorie alcanza a oír las noticias.

Cuando Shannon llega a la puerta, Malorie está mirando con atención la tira de color rosa,

negando con la cabeza.

—¡Oh, oh! —dice Shannon.

—Tengo que llamar a papá y mamá —dice Malorie. Una parte de sí misma ya se está endureciendo, consciente de que, a pesar de ser soltera, va a tener el bebé.

—Tienes que llamar a Henry Martin —dice Shannon.

Malorie mira fugazmente a su hermana. Sabe perfectamente que Henry Martin no representará un papel importante en la educación de ese niño. En cierto modo, ya lo ha aceptado. Shannon la acompaña al salón, donde hay cajas por desembalar delante del televisor. En la pantalla hay una procesión fúnebre. Los reporteros de la CNN la comentan. Shannon se acerca al aparato y baja el volumen. Malorie se sienta en el sofá y llama a Henry Martin con el teléfono móvil.

Como no responde, le envía un mensaje de texto.

«Llámame cuando puedas. Es importante.»

De pronto, Shannon da un respingo en el sofá y lanza un grito.

—¿Has visto eso, Malorie? ¡Un incidente en Michigan! ¡Creo que ha sido en Upper Peninsula!

Malorie piensa de inmediato en sus padres. Cuando Shannon sube de nuevo el volumen, las hermanas se enteran de que han encontrado en Iron Mountain a una pareja de ancianos ahorcados de un árbol en un bosque de las proximidades. El reportero afirma que utilizaron sus respectivos cinturones para suicidarse.

Malorie llama por teléfono a su madre, que descuelga al sonar por segunda vez.

—Malorie.

—Mamá.

—Llamarás por lo que dicen en las noticias.

—No. Estoy embarazada, mamá.

—Ay, Dios, Malorie. —Su madre permanece en silencio unos instantes. Malorie oye al fondo el rumor de su televisor—. ¿Tienes una relación seria?

—No, ha sido un accidente.

Shannon está de pie delante del aparato. Tiene los ojos abiertos como platos. Señala la pantalla, como recordando a Malorie lo importante que es. Su madre guarda silencio al otro lado del auricular.

—¿Te encuentras bien, mamá?

—Bueno, ahora me tienes preocupada, cariño.

—Sí. No es el mejor momento.

—¿De cuánto estás?

—Creo que cinco semanas. Seis, quizá.

—¿Y vas a tenerlo? ¿Ya has tomado la decisión?

—Sí. Quiero decir que acabo de decidirlo. Hace unos minutos. Sí.

—¿Se lo has comunicado al padre?

—Le he escrito. Le llamaré.

Malorie hace una pausa antes de continuar.

—¿Estáis seguros en casa, mamá? ¿Estáis bien?

—No lo sé. No sé. Aquí nadie lo sabe,

estamos muy asustados. Pero ahora mismo me preocupas más tú.

En la pantalla del televisor, una mujer, sirviéndose de un esbozo, explica lo que podría haber sucedido. Dibuja una línea desde un camino secundario donde ha aparecido abandonado el vehículo de la pareja. La madre de Malorie le está diciendo que conoce a alguien relacionado con los ancianos. Se apellida Mikkonen, dice. La mujer de la pantalla se encuentra en lo que parece ser un trecho de terreno alfombrado de hierba ensangrentada.

—Dios mío —dice Shannon.

—Mira, no sabes lo que daría por que tu padre estuviese en casa —dice su madre—. Y tú embarazada. Ay, Malorie.

Shannon le coge el teléfono. Pregunta si su madre tiene más detalles sobre la noticia. ¿Qué comenta ahí la gente? ¿Es el único incidente que ha habido? ¿Ha visto a los vecinos tomar precauciones?

Mientras Shannon sigue hablando atropelladamente por teléfono, Malorie se levanta del sofá. Se dirige hacia la puerta principal y la abre. Mira a un lado y otro de la calle, preguntándose hasta qué punto es grave todo lo que sucede.

No hay vecinos en los jardines. No ve a nadie en las ventanas de sus casas. Llega un coche y Malorie no ve el rostro del conductor. Se cubre con la mano.

En el césped que bordea el camino que lleva a la puerta está la edición matinal del periódico. El titular de portada hace referencia al creciente número de incidentes. Se limita a decir: «Uno más». Lo más probable es que Shannon ya le haya explicado todo lo que dice el periódico. Malorie lo recoge y, al darle la vuelta, repara en algo publicado en la contraportada.

Se trata de un anuncio. Una casa de Riverbridge abre sus puertas a los extraños. Una «casa segura», dice el anuncio. Un refugio. Un

lugar que los propietarios esperan que sirva como «santuario» ante el creciente número de malas noticias que aumenta a diario.

Experimentando la primera sensación real de pánico, Malorie mira de nuevo la calle. Ve abierta la puerta que da a la casa de un vecino, que se cierra de inmediato. Sin soltar el periódico, Malorie vuelve la vista hacia su casa, de cuyo interior proviene el estruendo del televisor. Dentro, en la pared opuesta del salón, Shannon cubre con una manta una de las ventanas de la estancia.

—Vamos —dice Shannon—. Entra de una vez. Y cierra esa puerta.

Faltan seis meses para que nazcan los niños. El embarazo de Malorie es visible. Todas las ventanas de la casa están cubiertas por mantas. La puerta principal nunca permanece abierta, ni siquiera cerrada sin echar la llave. Las noticias de sucesos inexplicables han ido apareciendo con alarmante frecuencia. Lo que anteriormente fueron noticias de última hora que se daban una o dos veces por semana han pasado a ser el pan de cada día. Funcionarios y gobernantes son entrevistados en televisión. Noticias de lugares tan alejados como Maine al este, o Florida al sur, empujan a las hermanas a tomar precauciones. Shannon, que visita docenas de blogs a diario, teme la confusión que podría causar las diversas hipótesis que se manejan. Malorie no sabe qué pensar. En internet surgen noticias nuevas cada hora. Es lo único de lo que habla la gente en las redes sociales, y es el

único tema que aparece publicado en las páginas de sucesos. Surgen nuevas páginas de internet destinadas únicamente a la evolución de la información relativa a este tema. Una en particular muestra tan solo un mapamundi, con pequeños puntos rojos en aquellas ciudades donde ha ocurrido algo. La última vez que Malorie la visitó, había cerca de trescientos puntos. En internet lo llaman «el Problema». Existe allí la creencia extendida de que sea cual sea «el Problema», definitivamente se produce cuando una persona ve algo.

Malorie se resiste a creerlo tanto como puede. Las hermanas discuten constantemente; Malorie cita las páginas que se burlan de la histeria colectiva, y Shannon cita todo lo demás. Pero Malorie no tarda en ceder cuando las páginas que frecuenta empiezan a publicar lo sucedido a seres queridos de sus responsables, quienes finalmente admiten sentir cierta inquietud.

«Brechas —pensó entonces Malorie—.

Aparecen incluso entre los escépticos.»

Hay días en que Malorie experimenta una especie de doble vida. Ninguna de las hermanas vuelve a salir de la casa. Ambas se aseguran de que las ventanas estén bien tapadas. Miran la CNN, el MSNBC y el canal Fox hasta que físicamente no pueden seguir viendo la constante repetición de las noticias. Y mientras Shannon se vuelve más seria, incluso más severa, Malorie se aferra al atisbo de esperanza de que todo aquello simplemente se desvanezca.

Pero no lo hace. De hecho empeora.

A los tres meses de vivir encerradas en casa, se hicieron realidad los peores temores de Malorie y Shannon cuando sus padres dejaron de responder al teléfono. Tampoco respondieron a los mensajes de correo electrónico.

Malorie quiso conducir al norte hasta Upper Peninsula. Pero Shannon se negó.

—Vamos a tener que confiar en que se encuentren a salvo, Malorie. Vamos a tener que

confiar en que se hayan quedado sin servicio telefónico. Conducir sería una tontería. Incluso hasta la tienda, y hacerlo durante nueve horas sería un suicidio.

«El Problema» siempre terminaba en suicidio. En las noticias del canal Fox repetían tanto la palabra que habían empezado a emplear sinónimos: «Autodestrucción», «inmolación», «harakiri». Un reportero utilizó el término «borrado personal», expresión que no acabó de cuajar. Las directivas gubernamentales aparecían en pantalla. Se instauró el toque de queda. Se aconsejó a la gente cerrar puertas, cubrir las ventanas y, sobre todo, a no mirar al exterior. La música desapareció de la radio, sustituida por constantes debates.

«Un apagón —piensa Malorie—. El mundo, el exterior, se apaga.»

Nadie tiene respuestas. Nadie sabe qué sucede. Las víctimas ven algo que las empuja a hacer daño a los demás. Luego se hacen daño a sí mismas.

La gente se muere.

Pero ¿por qué?

Malorie procura tranquilizarse concentrándose en el bebé que crece en su interior. Parece experimentar todos los síntomas que menciona el libro de cuidados infantiles *Embarazada*. Leve sangrado. Sensibilidad de los senos. Cansancio. Shannon señala los súbitos cambios de humor de su hermana, pero son los antojos los que la vuelven loca. Tiene demasiado miedo para conducir a la tienda, las hermanas dependen de los productos que fueron almacenando al poco tiempo de comprar el test de embarazo. Pero los gustos de Malorie han cambiado. Los alimentos habituales le dan asco. Por tanto mezcla cosas. Galletas de naranja. Pollo con salsa cóctel. Una tostada de pescado crudo. Sueña con un helado. A menudo, cuando mira hacia la puerta principal, piensa en lo fácil que sería sentarse al volante del coche y conducir a la tienda. Sabe que solo tardaría quince minutos. Pero cada vez que decide hacerlo, la

televisión informa de otra noticia sobrecogedora. Además, quién sabe si los empleados de las tiendas siguen yendo a trabajar.

—¿Qué crees que puede ver esa gente? — pregunta Malorie a Shannon.

—No lo sé, Malorie. No tengo ni idea.

Las hermanas se hacen constantemente esa pregunta. Sería imposible contar el número de teorías difundidas por internet. Todas ellas ponen los pelos de punta a Malorie. Una de ellas apuesta por una enfermedad mental causada por las ondas de radio de la tecnología inalámbrica. Otra apunta a un salto evolutivo erróneo por parte de la humanidad. Los *New Ager*s lo achacan a que la humanidad habita un planeta que está a punto de explotar, o al sol moribundo.

Hay quien cree en la existencia de ciertas criaturas.

Aparte de la recomendación de cerrar las puertas, el gobierno no dice una palabra más.

Malorie, sola, se sienta en el sofá,

acariciándose lentamente el vientre mientras mira la televisión. Le preocupa que no haya nada positivo que ver, que el bebé perciba su ansiedad. *Embarazada* le advierte de que eso puede suceder. El bebé experimenta las emociones de la madre. Pese a todo es incapaz de despegar la vista de la pantalla. En el escritorio apoyado en la pared, a su espalda, tienen encendido el ordenador. De fondo se oye la radio. El conjunto hace que Malorie tenga la sensación de estar en una especie de sala de mando. Está en el centro, mientras a su alrededor todo se desmorona. Es abrumador. Y poco a poco se vuelve aterrador. Ya no hay anuncios. Los reporteros hacen largas pausas, mostrando sin pudor hasta qué punto les sorprenden los informes que reciben en mitad de una transmisión.

Más allá de la estridencia mediática, Malorie alcanza a oír los pasos de Shannon en la primera planta.

Entonces, cuando Gabriel Townes, uno de los

principales presentadores de la cadena CNN, lee una nota que le pasa un compañero, Malorie oye un golpe sordo arriba.

—¿Shannon? —grita—. ¿Todo bien?

Gabriel Townes no tiene buen aspecto. Últimamente ha pasado mucho tiempo en televisión. La CNN ha hecho público que muchos de sus reporteros han dejado de acudir a sus puestos de trabajo. Townes ha estado durmiendo allí. «Juntos lo superaremos», esa es la frase que ha acuñado. Su peinado ha dejado de ser impecable. Va poco maquillado. Sin embargo, es el cansancio que muestra al dar las noticias lo que más desentona. Parece hundido.

—¿Shannon? Baja. Parece que Townes tiene noticias.

Pero no recibe respuesta. Lo único que proviene de arriba es el silencio. Malorie se levanta y baja el volumen del televisor.

—¿Shannon?

Gabriel Townes comenta con voz queda una

decapitación en Toledo, una población situada a menos de ciento veinte kilómetros del lugar donde residen.

—¿Shannon? ¿Se puede saber qué haces ahí arriba?

No hay respuesta. Townes baja aún más el tono de voz. Ninguna instantánea acompaña la noticia. No hay música. No hay video.

Malorie, de pie en mitad de la sala, mira hacia el techo. Baja aún más el volumen del aparato, seguidamente apaga la radio y sube la escalera.

En la barandilla, levanta lentamente la vista hacia el descansillo enmoquetado. Las luces están apagadas, pero un rayo de lo que parece ser el sol atraviesa la pared. Descansa la mano en la madera y da un paso en la alfombra. Se vuelve hacia la puerta principal, y le inunda la mente un amalgama de todas las noticias que ha oído.

Sube la escalera.

—¿Shannon?

Una vez arriba, temblando, atraviesa el

descansillo, repara en la luz del sol que procede del dormitorio de Shannon. Lentamente alcanza la puerta y mira dentro.

Una esquina de la ventana está al descubierto. Una parte de la manta cuelga, suelta.

Malorie aparta rápidamente la vista. Hay una quietud. El leve zumbido del televisor procede de la planta baja.

—¿Shannon?

Al final del pasillo la puerta del cuarto de baño está abierta. La luz está encendida. Malorie camina hacia allí. Al llegar contiene el aliento, luego se vuelve para mirar.

Shannon está en el suelo, mirando el techo. Tiene las tijeras clavadas en el pecho. La rodea un charco de sangre que empapa las baldosas del suelo. Se pregunta cómo un cuerpo puede tener tanta sangre dentro.

Malorie lanza un grito, se aferra al marco de la puerta y cae al suelo entre lamentaciones. La cruda luz que se filtra en el baño expone todos los

detalles. La inmovilidad de los ojos de su hermana. El modo en que la blusa de Shannon se hunde en el pecho alrededor de las tijeras.

Malorie gatea hasta la bañera y vomita. Se le pega la sangre de su hermana. Intenta despertar a Shannon, pero sabe que eso no sucederá. Malorie se levanta, hablando con Shannon, diciéndole que va a ir en busca de ayuda. Se limpia la sangre de las manos. Malorie baja corriendo la escalera y encuentra el teléfono en el sofá. Llama a la policía. Nadie responde. Vuelve a llamar. Nadie responde. Luego llama a sus padres. Sigue sin recibir respuesta. Corre hacia la puerta principal. Tiene que obtener ayuda. Aferra el tirador, pero es consciente de que no puede abrirla.

«Dios mío —piensa Malorie—. Shannon jamás habría hecho algo así. Dios mío, es verdad. Hay algo ahí fuera.»

Y sea lo que sea que haya podido ver Shannon, tiene que estar cerca de la casa.

Un trozo de madera es lo único que la separa

de lo que ha matado a su hermana. De lo que ha visto su hermana.

Más allá de ese pedazo de madera oye el viento. No hay más sonidos. Ni coches. Ni vecinos. Solo el silencio.

Está sola. De pronto, dolorosamente, comprende que necesita a alguien. Necesita la seguridad. Tiene que encontrar el modo de abandonar la casa.

La imagen de Shannon le lacera la mente. Malorie corre hacia la cocina. Allí, bajo la pila, hay una montaña de periódicos. Los repasa como loca. Jadea, los ojos muy abiertos, comprobando la contraportada de todos ellos.

Finalmente lo encuentra.

El anuncio. Riverbridge. Extraños que invitan a extraños a su casa. Malorie vuelve a leerlo. Luego lo lee de nuevo. Cae de rodillas, arrugando el periódico.

Riverbridge está a veinte minutos de distancia. Shannon vio algo fuera, algo que la mató. Malorie

tiene que ponerse a salvo, tiene que poner a salvo a su bebé.

De pronto los jadeos dan paso a un flujo interminable de ardientes lágrimas. No sabe qué hacer. Nunca ha tenido tanto miedo. Todo en su interior arde, es como si se quemara por dentro.

Llora con amargura. Lee de nuevo el anuncio a través de las lágrimas.

Sus lágrimas llueven sobre el papel.

—¿Qué pasa, niño?

—¿Lo has oído?

—¿De qué se trata? ¿Qué has oído? ¡Dilo!

—Escucha.

Malorie escucha. Deja de remar para aguzar el oído. Está el viento. Está el río. Está el agudo graznido de las aves lejanas y el ocasional trasiego de los animales pequeños que se mueven entre los árboles. Está su propia respiración y también los latidos de su corazón. Más allá de todo este ruido, en algún lugar dentro de él, hay un sonido que teme de inmediato.

Hay algo en el agua, con ellos.

—¡No habléis! —susurra Malorie con apremio.

Los niños guardan silencio. Deja el extremo de ambos remos sobre su regazo y permanece inmóvil.

Hay algo grande en el agua, delante de ellos. Algo que se alza y chapotea.

A pesar de todo su esfuerzo para proteger a los niños de la locura, Malorie se pregunta si los ha preparado adecuadamente para las antiguas realidades.

Como que los animales salvajes reclamen un río cuando el hombre ya no lo frecuenta.

El bote se inclina a la izquierda de Malorie. Siente el calor de algo que toca la superficie metálica en la que descansa el remo.

En los árboles, los pájaros guardan silencio.

Contiene el aliento, pensando en los niños.

¿Qué está jugueteando con la embarcación?

«¿Es una criatura? —piensa, histérica—. No, por favor, Dios mío, que sea un animal. ¡Por favor!»

Malorie sabe que si los niños se quitaran las vendas, si gritaran antes de enloquecer, ella no abriría los ojos.

Malorie no rema, pero la corriente desplaza al

bote. Aferra el remo y se dispone a remar.

Entonces oye el sonido de algo que hiende el agua. La cosa se mueve. Suena lejana. Malorie jadea, le falta el aire.

Oye ruidos entre las ramas de la ribera, a su izquierda, e imagina que la cosa se ha arrastrado a la orilla.

«O puede que haya caminado.»

¿Hay una criatura de pie allí? ¿Contemplando las ramas de los árboles, con los pies embarrados?

Pensar así hace que recuerde a Tom. El dulce Tom, que pasó todas las horas de todos los días intentando averiguar cómo sobrevivir en aquel terrible nuevo mundo. Le gustaría que estuviese allí. Él sabría qué era el causante de ese sonido.

«Es un oso negro», se dice.

Vuelve a oír el canto de los pájaros. La vida en los árboles continúa.

—Os habéis comportado. —Malorie jadea. La voz en una jaula de estrés.

Empieza a remar y pronto el sonido de la niña

que revuelve las piezas del rompecabezas se suma al de los remos en el agua.

Imagina a los niños, cubiertos por vendas negras, el sol dejándolos al descubierto corriente abajo. Su propia venda tensa en la cabeza. Húmeda. Le irrita la piel alrededor de las orejas. A veces es capaz de ignorarlo. Otras lo único en lo que puede pensar es en rascarse. A pesar del frío, hunde de vez en cuando los dedos en el agua y se humedece la tela, justo sobre las orejas. El puente de la nariz. La parte posterior del cráneo, donde la ha anudado. Humedecer la tela ayuda, pero Malorie nunca se ha acostumbrado al tacto de la tela en el rostro. Incluso los ojos, piensa mientras rema, incluso las pestañas acusan el roce del tejido.

«Un oso negro», se repite.

Pero no está tan segura.

Debates así han dominado todas las acciones que Malorie ha llevado a cabo durante los últimos cuatro años y medio. Desde el instante en que

decidió responder al anuncio del periódico y llegó a la casa de Riverbridge. Todos los ruidos que ha oído han invocado en su mente imágenes mucho peores que las que puedan corresponder a un animal mundano.

—Habéis hecho un buen trabajo —dice Malorie a los niños, temblando. Su propósito es tranquilizarlos, pero la voz delata su temor.

Riverbridge.

Malorie estuvo en esta zona una vez, hace años. Fue con motivo de una fiesta de fin de año. Ni siquiera recuerda el nombre de la chica que la organizó. Marcy algo. Maribel, quizá. Shannon la conocía, y fue Shannon quien condujo esa noche. Las carreteras estaban cubiertas de nieve derretida, bordeadas de nieve gris amontonada. Recuerda que la gente tomaba hielo del tejado para enfriar las bebidas. Alguien se quedó medio desnudo y escribió el año, 2009, en la nieve. Ahora es pleno verano, mediados de julio, y Malorie conduce. Está asustada, sola, afligida.

El trayecto es una agonía. Conduce sin superar los veinte kilómetros por hora, buscando con la mirada las señales de tráfico, las placas con el nombre de las calles, otros vehículos. Cierra los ojos, luego los abre de nuevo, todo ello sin dejar

de conducir.

Las carreteras están desiertas. Todas las casas por las que pasa tienen mantas o listones de madera que cubren las ventanas. Los escaparates están vacíos. Los aparcamientos de los centros comerciales se han convertido en eriales. No aparta la vista de la carretera y sigue conduciendo, siguiendo la ruta marcada en el mapa, que descansa a su lado. Las manos le flojean al volante. Le duelen los ojos de tanto llorar. Siente un firme torrente de culpabilidad por haber abandonado a su hermana, muerta, en el suelo del cuarto de baño de su casa.

No la ha enterrado. Simplemente se ha ido.

Los hospitales no respondieron al teléfono. Tampoco las funerarias. Malorie cubrió parcialmente el cadáver con un pañuelo azul y amarillo que a Shannon le gustaba mucho.

La radio va y viene. Un hombre comenta la posibilidad de una guerra. «Si la humanidad actúa unida», dice antes de que la estática ahogue sus

palabras. En un lateral de la carretera pasa de largo junto a un coche abandonado. Tiene las puertas abiertas. El extremo de la chaqueta que cuelga del asiento del pasajero roza el asfalto. Malorie mira rápidamente al frente. Luego cierra los ojos. A continuación los abre.

La radio funciona. El hombre sigue hablando sobre la guerra. Algo se mueve a su derecha, y lo ve por el rabillo del ojo. No lo mira. Cierra el ojo derecho. Al frente, en mitad del camino, se posa un pájaro y vuelve a alzar el vuelo. Cuando Malorie alcanza ese punto, ve que el pájaro se interesaba por un perro muerto. Malorie conduce hacia allí. El coche da un bote; se da con la cabeza en el techo, la maleta da un tumbo en el asiento trasero. Cierra los ojos. Los abre.

Un pájaro, quizá el mismo, lanza un graznido en el cielo. Malorie pasa por Roundtree Street. Ballam Street. Horton. Se sabe cerca. Algo pasa a toda velocidad a su izquierda. Cierra el ojo izquierdo. Cruza por el lado de una furgoneta de

reparto postal, cuyas cartas alfombran el suelo. Un pájaro vuela demasiado bajo, tanto que casi golpea el parabrisas. Lanza un grito, cierra los ojos y los abre. Cuando lo hace, ve el nombre de la calle que está buscando.

Shillingham.

Gira a la derecha, frenando al doblar la esquina que da a Shillingham Lane. No tiene que comprobar el mapa en busca del número 273. Lo lleva grabado en la cabeza desde que arrancó el vehículo.

Aparte de los pocos coches estacionados frente a la casa de la derecha, la calle está vacía. Es un barrio normal, suburbano. La mayoría de las casas tienen el mismo aspecto. El césped está descuidado. Todas las ventanas están cubiertas. Con las prisas, Malorie mira hacia la vivienda donde están los coches aparcados y sabe que es la que está buscando.

Cierra los ojos y hunde el pie en el freno.

Encorvada sobre el volante, jadeando,

permanece en su mente la imagen difusa de la casa.

El garaje está a la derecha. La puerta del garaje, beige, está cerrada. El tejado marrón descansa sobre ladrillos y un revestimiento blanco. La puerta principal es marrón oscuro. Las ventanas están cubiertas. Es una casa con buhardilla.

Malorie hace acopio de valor sin abrir los ojos, se da la vuelta y toma el asa de la maleta. La casa dista unos quince metros del lugar donde ha frenado el coche. Sabe que no está cerca del bordillo, pero no le importa. Intenta tranquilizarse, respira hondo, lentamente. Ha puesto la maleta a su lado, en el asiento del pasajero. Aguza el oído, los ojos cerrados. No oye nada fuera del vehículo, así que abre la puerta del conductor y sale del coche, inclinándose una vez fuera para sacar la maleta.

El bebé da una patada.

Malorie ahoga un grito mientras palpa en busca del asa de la maleta. Casi abre también los ojos

para mirarse el vientre. En lugar de ello, lo acaricia con una mano.

—Ya hemos llegado —susurra.

A ciegas, con cuidado, camina en dirección al jardín delantero maleta en mano. Cuando siente el césped bajo la suela de los zapatos, aprieta el paso hasta unos arbustos bajos que le arañan las muñecas y la cadera. Recula, atenta, pisando cemento, dando un paso, y luego otro, hacia el lugar donde ella cree que encontrará la puerta principal.

Ha acertado. Deja la maleta en el porche y tantea la puerta hasta localizar el timbre. Llama.

Al principio no hay respuesta. Tiene la desoladora sensación de haber alcanzado un punto muerto. ¿Ha conducido tan lejos, enfrentada a los peligros que ofrece ese mundo, para nada? Vuelve a llamar al timbre. Y lo hace una tercera vez. Y una cuarta. No hay respuesta. Llama, aporrea la puerta.

Nadie responde.

Pero entonces oye voces ahogadas que provienen del interior.

«Dios mío, hay alguien. Hay gente dentro.»

—¿Hola? —No es un saludo, sino una pregunta que formula bajando el tono. Le asusta el sonido de su propia voz en la calle vacía—. ¡Hola! ¡He leído el anuncio en el periódico!

Silencio. Malorie espera, atenta, hasta que alguien responde.

—¿Quién eres? —pregunta la voz de un hombre—. ¿De dónde vienes?

Malorie siente alivio, esperanza. Tiene ganas de llorar.

—¡Me llamo Malorie! ¡He venido en coche desde Westcourt!

Hay una pausa.

—Malorie, ¿tienes los ojos cerrados? —pregunta la voz de otro hombre.

—¡Sí! Los tengo cerrados.

—¿Hace rato que los has cerrado?

«Dejadme entrar —piensa—. ¡Dejadme

entrar!»

—No —responde—. O sí. He conducido desde Westcourt, así que los he cerrado todo lo que he podido.

Oye murmullos. Algunos de ellos airados. La gente debate si dejarla entrar o no.

—¡No he visto nada! —dice—. Lo prometo. Tengo los ojos cerrados. Por favor. He leído el anuncio en el periódico.

—Mantenlos cerrados —dice finalmente un hombre—. Vamos a abrir la puerta. Cuando lo hagamos, entra tan rápido como puedas. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Sí. Vale.

Aguarda. El silencio, la calma, reinan en el ambiente. No sucede nada. Entonces oye el chasquido metálico. Da unos pasitos hacia delante. Unos brazos extendidos la atraen hacia el interior. La puerta se cierra con fuerza a su espalda.

—Alto ahí —dice una mujer—. Tenemos que asegurarnos de que has venido sola.

Malorie permanece inmóvil, atenta y con los ojos cerrados. Da la impresión de que están tanteando las paredes con escobas. Más de un par de manos le tocan los hombros, el cuello, la piernas. Hay alguien a su espalda. Oye cómo alguien pasa los dedos por la puerta cerrada.

—De acuerdo —dice un hombre—. Todo en orden.

Cuando Malorie abre los ojos ve a cinco personas de pie en línea ante ella. Hombro con hombro, llenan el recibidor. Los observa. Ellos la observan a su vez. Uno lleva puesto una especie de casco. Se cubre los brazos con lo que parecen bolas de algodón y cinta. Bolígrafos, lapiceros y objetos más afilados surgen de la cinta adhesiva como la tentativa infantil de imitar ciertas armas medievales. Dos de ellos empuñan palos de escoba.

—Hola —dice ese hombre—. Soy Tom. Imagino que comprenderás por qué hemos abierto la puerta así. Se nos podría haber colado cualquier

cosa cuando has entrado.

A pesar del casco, Malorie ve que Tom tiene el pelo castaño claro. Las facciones marcadas. Los ojos azules destilan inteligencia. No es mucho más alto que Malorie. Tiene barba de días, el pelo es casi rojo.

—Lo entiendo —dice Malorie.

—Conque Westcourt. —Tom da un paso hacia ella—. Pues es un buen trecho. Lo que acabas de hacer ha sido muy valiente. ¿Por qué no te sientas para que podamos hablar de lo que has visto por el camino?

Malorie asiente, pero no se mueve. Aferra la maleta con tal fuerza que tiene los nudillos blancos y le duelen. Un hombre más alto y corpulento se acerca a ella.

—Vamos —dice—, deja que cargue con ella.

—Gracias.

—Soy Jules. Llevo aquí un par de meses. La mayoría de nosotros llegó por esas fechas. Tom y Don lo hicieron unos días antes.

El pelo corto y oscuro de Jules parece sucio. Como si hubiera estado trabajando fuera. Parece amable.

Malorie mira uno tras otro a los ocupantes de la casa. Hay una mujer y cuatro hombres.

—Soy Don —se presenta otro de los hombres. También él tiene pelo negro. Algo más largo. Lleva pantalón oscuro y una camisa de color púrpura remangada a la altura del codo. Parece mayor que Malorie, veintisiete o veintiocho.

—Nos has dado un buen susto. Hace semanas que nadie llama a esa puerta.

—Lo siento mucho.

—No pasa nada —dice el cuarto hombre—. Todos hicimos lo mismo que tú. Soy Felix.

Felix parece cansado. Malorie calcula que es joven. Le echa veintiún, puede que veintidós años. La nariz larga y el pelo tupido, castaño, casi le confieren un aire a dibujo animado. Es alto, como Jules, pero más delgado.

—Yo me llamo Cheryl —se presenta la mujer,

tendiéndole la mano. Malorie la estrecha.

La expresión de Cheryl es menos cálida que la de Tom y Felix. El cabello castaño le oculta parte del rostro. Lleva una camiseta sin mangas. También ella tiene aspecto de haber estado trabajando.

—Jules, ¿me ayudas a quitarme eso? — pregunta Tom. Intenta quitarse el casco, pero la armadura improvisada le estorba. Jules se dispone a ayudarlo.

Una vez se ha quitado el casco, Malorie puede verle con mayor claridad. Tiene revuelto el pelo rubio sobre la frente de piel clara. Las pecas le salpican el rostro, dándole la apariencia de estar bronceado. Un bigote prominente destaca en la barba de días. La camisa de cuadros y el pantalón marrón recuerdan a Malorie la imagen de un antiguo profesor suyo.

Le observa con tanta atención que tarda en reparar en que él le está mirando el vientre.

—No pretendo ofenderte, pero ¿estás

embarazada?

—Sí —dice ella en voz baja, asustada ante la posibilidad de que eso pueda suponer un problema.

—Mierda —dice Cheryl—. No me jodas.

—Cheryl, vas a asustarla —dice Tom.

—Mira... ¿Era Malorie? —pregunta Cheryl—.

No quiero que me tomes por una víbora si te digo que meter a una mujer embarazada en esta casa supone una auténtica responsabilidad.

Malorie guarda silencio. Pasea la mirada de rostro a rostro, muy pendiente de sus expresiones. Parecen calibrarla. Decidir si están o no a la altura de dar cobijo a alguien que al cabo de un tiempo dará a luz. De pronto, Malorie cae en la cuenta de que no había llegado a planteárselo de ese modo. En el trayecto hacia allí no se le había ocurrido pensar que ese podía ser el lugar donde daría a luz a su hijo.

Se le agolpan las lágrimas.

Cheryl niega con la cabeza y, ablandándose, da

unos pasos hacia ella.

—Dios mío —dice—. Ven aquí, anda.

—No estaba sola —dice Malorie—. Mi hermana Shannon estaba conmigo. Pero ha muerto, y la he abandonado.

Llora. A través de la visión borrosa ve que los cuatro hombres la miran. Parecen mostrarse compasivos. De forma instantánea, Malorie comprende que todos ellos lamentan a su modo una pérdida.

—Vamos —dice Tom—. Te enseñaremos la casa. Puedes instalarte en el dormitorio de arriba. Yo dormiré aquí abajo.

—No —dice Malorie—. No puedo sacaros de vuestros cuartos.

—Insisto —dice Tom—. Cheryl duerme al final del pasillo. Felix está en la habitación contigua a la tuya. Después de todo, estás embarazada. Te ayudaremos en la medida de lo posible.

Recorren el vestíbulo. Pasan de largo junto a

un dormitorio a la izquierda. Luego un cuarto de baño. Malorie repara en su propia imagen reflejada en un espejo, pero aparta enseguida la mirada. A mano izquierda ve una cocina. Hay varios cubos en la encimera.

—Esto es el salón —dice Tom—. Pasamos bastante rato aquí.

Malorie ve que abarca con un gesto la espaciosa estancia. Hay un sofá. Una mesa con un teléfono. Lámparas. Un sillón. Una alfombra. Han dibujado un calendario con rotulador en la pared, entre dos cuadros enmarcados. Las ventanas están cubiertas por mantas negras.

Malorie se vuelve hacia un perro que entra de pronto en la sala. Es un border collie. El perro la mira con curiosidad antes de acercarse a sus pies, dispuesto a dejarse acariciar.

—*Victor* —dice Jules—. Tiene seis años. Lo tengo desde que era un cachorro.

Malorie lo acaricia. Piensa que a Shannon le habría gustado. Luego Jules abandona la sala,

subiendo la maleta por la escalera enmoquetada. En las paredes hay fotografías y cuadros. Una vez arriba, lo ve entrar en un dormitorio. Incluso desde la planta baja ve que la ventana está cubierta por una manta.

Cheryl la acompaña al sofá. Malorie toma asiento, hundida por la tristeza, por la conmoción. Cheryl y Don se prestan voluntarios para preparar algo de comer.

—Tenemos conservas —dice Felix—. El día que llegué salimos a aprovisionarnos. Hablo de justo antes de producirse el primer incidente en Upper Peninsula. El tipo de la tienda nos tomó por locos. Tenemos lo bastante para aguantar otros tres meses.

—Ahora un poco menos —lo corrige Don, que desaparece en la cocina.

Malorie se pregunta si se refiere a que ahora tienen más bocas que alimentar.

Tras sentarse a su lado en el sofá, Tom le pregunta qué cosas ha visto en el trayecto en

coche. Siente curiosidad por todo. Tom es la clase de persona capaz de usar cualquier información que ella pueda proporcionarle, y tiene la sensación de que no basta con los detalles más insignificantes que recuerda. Le habla del perro muerto. Del camión de reparto del correo. De los escaparates y las calles vacías, y del vehículo abandonado con la chaqueta colgada del respaldo.

—Debo contarte algunas cosas —dice Tom—. En primer lugar, esta casa no pertenece a ninguno de los presentes. El propietario falleció. Luego te lo explicaré. No tenemos internet. Desde que llegamos aquí no funciona. Estamos convencidos de que las personas que se encargan del mantenimiento de las antenas de telefonía móvil han dejado de acudir a sus puestos de trabajo. O han muerto. Ya no recibimos correo, ni prensa. ¿Has comprobado últimamente tu teléfono móvil? Los nuestros dejaron de funcionar hace unas tres semanas. Pero hay una línea fija, sé que cuesta creer que tengamos tanta suerte, pero no sé a quién

podemos llamar.

Cheryl entra en la sala con una bandeja de zanahorias y guisantes. También lleva un vasito de agua.

—El teléfono fijo funciona —dice Tom—, por la misma razón que lo hace la luz. La central eléctrica distribuye hidroelectricidad. No sé decirte si llegará el día en que deje de hacerlo, pero si sus trabajadores dejaron las compuertas abiertas de la forma adecuada, podríamos disponer de potencia indefinidamente. Eso significa que el río proporciona luz a esta casa. ¿Sabías que tenemos un río detrás? Exceptuando un desastre, mientras siga fluyendo podríamos estar de suerte. Podríamos sobrevivir. ¿Es eso pedir demasiado? Probablemente. Pero cuando acudes al pozo en busca de agua, el agua que utilizamos para todo, puede oírse el río a unos ochenta metros detrás de nosotros. Aquí no hay agua potable. Se acabó al poco tiempo de llegar. Para ir al baño usamos cubos y nos turnamos para

arrojar el agua a las letrinas. Las letrinas son zanjas que hemos cavado en el bosque. Por supuesto, todo ello debe hacerse con los ojos vendados.

Jules baja por la escalera. *Victor*, el perro, lo sigue.

—Ya estás instalada —dice, señalando con la barbilla a Malorie.

—Gracias —dice ella en voz baja.

Tom señala la caja de cartón que descansa en una mesa pequeña situada contra la pared.

—Ahí guardamos las vendas. Puedes usar cualquiera de ellas, siempre que quieras.

Todos la están mirando. Cheryl se sienta en uno de los brazos del sillón. Don está de pie en la entrada de la cocina. Jules se arrodilla junto a *Victor* al pie de la escalera. Felix permanece junto a una de las ventanas cubiertas con mantas.

«Todos ellos lamentan sus pérdidas —piensa Malorie—. Esta gente se ha enfrentado a situaciones terribles, igual que yo.»

Malorie, que bebe del vaso que le ha dado Cheryl, se vuelve hacia Tom. No puede apartar el pensamiento de Shannon. Pero lo intenta cuando traba conversación con Tom.

—¿Qué era eso que llevabas puesto cuando he llegado?

—¿Te refieres a la armadura?

—Sí.

—Aún no estoy seguro —dice Tom, sonriendo—. Intento construir un traje. Para que proteja algo más aparte de los ojos. No sabemos qué sucede cuando una de esas cosas te toca.

Malorie mira a los demás habitantes de la casa, antes de volverse de nuevo hacia Tom.

—¿Pensáis que hay criaturas ahí fuera?

—Sí —responde Tom—. George, el propietario de esta casa, vio una. Fue justo antes de morir.

Malorie no sabe qué decir. El instinto la empuja a posar la mano en el vientre.

—No pretendo asustarte —asegura Tom—.

Pronto te contaré la historia de George. Pero han estado diciendo lo mismo por la radio. Creo que es una teoría extendida. Un ser vivo nos está haciendo todo esto. Basta con verlas durante un segundo, quizá menos.

Malorie tiene la impresión de que la luz se apaga en la sala. Se siente mareada, aturdida.

—No sabemos qué son —dice Tom—, nuestras mentes no pueden comprender a esas criaturas. Por lo visto son como el infinito. Algo tan complejo para nuestras mentes que no alcanzamos a concebirlas. ¿Entiendes?

Poco a poco, las palabras de Tom se adelgazan hasta el silencio. *Victor* jadea con fuerza a los pies de Jules. Cheryl pregunta si se encuentra bien mientras Tom sigue hablando.

«Criaturas... infinito... nuestras mentes tienen un techo, Malorie... esas cosas... lo trascienden... están más allá... de nuestra...»

A esa altura de la explicación, Malorie pierde el conocimiento.

Malorie despierta en su nuevo dormitorio. Está oscuro. Por un bendito instante, el último que experimenta, Malorie concibe la idea de que todas las noticias sobre las criaturas y la locura que sigue a la visión de estas no es más que una pesadilla. Recuerda, aturdida, Riverbridge, Tom, *Victor*, el trayecto en coche, pero nada de todo eso cobra claridad hasta que, mirando al techo, comprende que nunca antes había despertado en esa habitación.

Y que Shannon sigue estando muerta.

Incorporándose lentamente en la cama, mira hacia la única ventana que hay. Hay una manta negra clavada en la pared, una manta que la mantiene a salvo del mundo exterior. Más allá de sus pies hay un viejo tocador. El color rosa está deslucido, pero el espejo parece limpio. En él ve su reflejo, más pálido de lo habitual. Debido a

eso, su pelo parece más negro. Al pie del espejo hay clavos sueltos, tornillos, un martillo y una llave inglesa. A excepción de la cama, todo el mobiliario se reduce a eso.

Se levanta y pasa los pies por el borde de la cama. En la alfombra gris del suelo hay otra manta negra, pulcramente plegada. Piensa que es de repuesto. A su lado hay una pila de libros.

Frente a la puerta del dormitorio, Malorie oye voces que provienen de abajo. Aún no conoce a esa gente, y, exceptuando a Cheryl, que es la única mujer, o a Tom, cuya voz la guiará durante años, es incapaz de situarlas.

Cuando se levanta, siente la aspereza de la vieja alfombra bajo los pies. Cruza el dormitorio y asoma al pasillo. Se encuentra bien. Descansada. Ya no está aturdida. Con la misma ropa con la que se desmayó la noche anterior, Malorie baja la escalera hasta el comedor.

Justo antes de alcanzar el trecho de madera, se cruza con Jules, que lleva una pila de ropa.

—Hola —saluda, inclinando la cabeza.

Malorie le observa mientras camina hacia el cuarto de baño. Una vez allí, le oye arrojar la ropa en un cubo de agua.

Cuando se da la vuelta hacia la cocina, ve a Cheryl y Don junto a la pila. Malorie entra en la cocina cuando Don saca un vaso de un cubo. Cheryl la oye acercarse y se da la vuelta.

—Nos tenías preocupados —dice—. ¿Te encuentras mejor?

Malorie, recordando que se desmayó, se sonroja un poco.

—Sí, estoy bien. Demasiadas emociones.

—A nosotros nos pasó lo mismo —dice Don—. Pero te acabas acostumbrando. No tardarás en admitir que vivimos rodeados de lujos.

—Don es un cínico —dice Cheryl de buen humor.

—En realidad, no —dice Don—. Me encanta vivir aquí.

Malorie da un respingo cuando *Victor* le lame

la mano. Cuando flexiona las rodillas para acariciarlo, oye una música que proviene del salón. Cruza la cocina y echa un vistazo dentro. La sala está vacía, pero la radio está encendida.

Se vuelve hacia Cheryl y Don, que siguen junto a la pila. Al otro lado está la puerta del sótano. Malorie se dispone a preguntar por ella, cuando oye la voz de Felix que proviene del salón. Está dando en voz alta la dirección de la casa.

—Dos setenta y tres de Shillingham... Me llamo Felix... Buscamos a cualquiera que siga con vida... A cualquier superviviente.

Malorie asoma la cabeza en el salón. Felix utiliza la línea de teléfono fijo.

—Marca números al azar.

De nuevo Malorie se sobresalta, en esta ocasión al oír la voz de Tom, que proviene del salón.

—¿No tenemos un listín telefónico? — pregunta.

—No. Es una constante fuente de frustración

para mí.

Felix marca otro número. Tom, con un lápiz y una hoja de papel, pregunta:

—¿Quieres acompañarme a echar un vistazo al sótano?

Malorie lo sigue a través de la cocina.

—¿Vas a hacer inventario? —pregunta Don cuando ve que su compañero abre la puerta que da a la escalera del sótano.

—Sí.

—Luego me dices en qué números nos movemos.

—Claro.

Tom entra, seguido por Malorie. Ambos bajan por la escalera de madera. El suelo del sótano es de tierra. En la oscuridad huele y siente la tierra bajo los pies descalzos.

El lugar se ilumina de pronto cuando Tom tira del cordel de la bombilla. A Malorie le asusta lo que ve. Se parece más a un almacén que a un sótano. En lo que parece una interminable cadena

de estanterías de madera se reparten los alimentos enlatados. Desde el techo hasta el suelo de tierra, el lugar parece un búnker.

—George lo construyó —dice Tom, abarcando con un gesto las estanterías—. Siempre iba un paso por delante.

A la izquierda, parcialmente iluminada por la luz, Malorie ve una cortina transparente. Al otro lado distingue una lavadora y una secadora.

—Parece comida de sobras —dice Tom, que señala las latas—. Pero no lo es. Y nadie se preocupa tanto de lo que nos queda como Don.

—¿Con qué frecuencia hacéis inventario? —pregunta Malorie.

—Una vez a la semana. Pero a veces, cuando me siento inquieto, bajo a comprobarlo todo de nuevo aunque solo haga un día desde la última vez.

—Aquí hace fresco.

—Sí. Es el clásico sótano. Ideal.

—¿Qué pasa si nos quedamos sin alimentos?

Tom se vuelve hacia ella. A esa luz sus

facciones se perfilan suaves.

—Pues que tenemos que salir a por más. Hemos saqueado colmados. Otras viviendas. Todo lo que encontramos.

—Claro —dice Malorie, asintiendo.

Mientras Tom hace anotaciones en el papel, Malorie observa el sótano.

—Supongo que entonces esta es la habitación más segura de toda la casa —dice ella.

Tom hace una pausa, meditándolo.

—No creo. Imagino que la buhardilla lo es.

—¿Por?

—¿Te has fijado en la cerradura al entrar? La puerta es muy antigua. Cierra, pero es frágil. Es como si hubiesen construido este sótano en primer lugar, hace años, antes de añadirle la casa. Pero la puerta de la buhardilla... Esa cerradura es tremenda. Si tenemos que encerrarnos para ponernos a salvo, si una de esas cosas entrase en la casa, creo que la buhardilla sería el lugar más adecuado.

Malorie levanta la vista, acariciándose un hombro.

«Si tenemos que encerrarnos para ponernos a salvo.»

—A juzgar por nuestras existencias —dice Tom—, podríamos aguantar otros tres o cuatro meses. Dicho así parece mucho tiempo, pero aquí pasa rápidamente. Perdemos la noción del paso del tiempo. Por eso dibujamos el calendario en el salón. Verás, en cierto modo el paso del tiempo ya no tiene importancia. Pero es una de las pocas cosas que tenemos que se parece a las vidas que solíamos llevar.

—¿El paso del tiempo?

—Sí. Y lo que hacemos con él.

Malorie se acerca a un taburete de madera para sentarse. Tom sigue tomando notas.

—Cuando subamos te mostraré todas las faenas —promete Tom, que señala a continuación una especie de agujero que hay entre las estanterías y la cortina—. ¿Ves eso de ahí?

Malorie mira, pero no sabe a qué se refiere.

—Ven. Acércate.

Tom la lleva a la pared, allí parte del ladrillo está fracturado. Hay tierra al otro lado.

—No sé si todo esto tiene que asustarme o gustarme —dice.

—¿A qué te refieres?

—El suelo está abierto. ¿Significa eso que podríamos cavar? ¿Construir un túnel? ¿Otro almacén? ¿Más espacio? ¿O no es más que otra vía de acceso para introducirse aquí?

A la luz del sótano los ojos de Tom brillan febriles.

—El caso es que si las criaturas quisieran de verdad meterse en la casa... no tendrían problemas para lograrlo —dice—. Supongo que ya lo hubieran hecho.

Malorie contempla el trecho de suelo descubierto en la pared. Se ve atravesando túneles, embarazada. Ve a los gusanos.

Tras un breve silencio, pregunta:

—¿A qué te dedicabas antes de que pasara todo esto?

—¿Te refieres a mi trabajo? Era maestro de escuela. Daba clase a los de octavo curso.

Malorie asiente.

—Pensaba que tenías aspecto de serlo.

—¿Sabes una cosa? No es la primera vez que me lo dicen. ¡Me ha pasado a menudo! Es más, me gusta. —Finge arreglarse el cuello de la camisa—. Clase, hoy vamos a aprenderlo todo acerca de los productos enlatados —dice—. Así que será mejor que cerréis la puta boca.

Malorie rompe a reír.

—¿Y tú a qué te dedicabas? —pregunta Tom.

—No había llegado tan lejos —responde Malorie.

—Así que has perdido a tu hermana —dice Tom, bajando el tono de voz.

—Sí.

—Lo siento. Yo perdí a una hija —añade.

—Dios mío, Tom.

Tom hace una pausa, como si considerara si debe dar más detalles o no. Decide hacerlo.

—La madre de Robin falleció durante el parto. Dado tu estado hasta me parece cruel contártelo. Pero si vamos a conocernos, es una historia que tienes que saber. Robin era una niña estupenda, mucho más lista que su padre a los ocho años. Le gustaban cosas muy raras, como las instrucciones de un juguete más que el juguete en sí. Los créditos de la película en lugar de la película. El modo en que algo estaba escrito. Una expresión de mi rostro. En una ocasión me dijo que yo le recordaba al sol, por mi pelo. Le pregunté si resplandecía como el sol, y ella me dijo: «No, papá, a oscuras tú reluces más como la luna».

»Cuando las noticias se sucedieron y la gente empezó a tomárselas en serio, yo era la clase de padre que dijo que no permitiría que el miedo le condicionase la vida. Intenté por todos los medios seguir adelante con mi vida cotidiana. Y sobre todo quería inculcar esa filosofía en Robin. Ella

escuchaba lo que decían en la escuela. No quería que tuviese miedo. Pero, al cabo de un tiempo, dejé de fingir. Los padres no tardaron en sacar a los niños del colegio. A continuación el centro cerró sus puertas. Temporalmente. O hasta que «recuperase la confianza de la comunidad de que seguiría proporcionando un lugar seguro para sus niños». Fueron tiempos muy duros, Malorie. Recuerda que yo era maestro. La escuela donde daba clase también cerró más o menos por esas fechas. Así que de pronto pasamos mucho tiempo juntos en casa. Pude ver hasta qué punto había crecido. Su mente tenía tanta capacidad. Pese a todo, era demasiado joven para comprender lo espantosas que eran las noticias que daban por televisión. Hice lo que pude para no ocultárselas, pero mi parte paternal no podía evitar cambiar de canal de vez en cuando.

»La radio resultó ser demasiado para ella. Robin empezó a tener pesadillas. Dedicaba mucho tiempo a tranquilizarla. Siempre tuve la sensación

de que la estaba engañando. Acordamos que ninguno de nosotros volvería a mirar por la ventana. Acordamos que no saldría de casa sin mi permiso. De algún modo, tenía que hacerle creer que la situación estaba controlada, a pesar de lo peligrosa que era, ambas cosas al mismo tiempo.

»Empezó a dormir conmigo, pero una mañana, al despertar, no la encontré en la cama. La noche anterior había estado diciendo que quería que las cosas volviesen a ser como antes. Mencionó que echaba de menos a su madre, a quien no había llegado a conocer. Eso me destrozó. Escuchar esas cosas de sus labios. Decir, con ocho años, que la vida era injusta. Cuando no la encontré al despertar, me dije que se estaba adaptando. A esta nueva vida. Pero creo que quizá Robin perdió algo de su juventud la noche anterior, cuando comprendió, antes de que yo lo hiciera, lo serias que eran las cosas que pasaban al otro lado de las paredes de nuestra casa.

Tom hace una pausa. Baja la mirada hacia el

suelo del sótano.

—La encontré en la bañera, Malorie. Flotando. Se había cortado las muñecas con la navaja con la que me había visto afeitarme mil veces. El agua era roja. La sangre goteaba por el borde de la bañera. Sangre en las paredes. Era una niña. Tenía ocho años. ¿Miró fuera? ¿O simplemente decidió suicidarse? Nunca sabré la respuesta.

Malorie extiende los brazos hacia Tom. Lo abraza.

Pero Tom no llora. En lugar de ello, al cabo de un instante, se acerca a los estantes y vuelve a tomar anotaciones en el papel.

Malorie piensa en Shannon. También ella murió en el cuarto de baño. También ella se suicidó.

Cuando Tom termina, pregunta a Malorie si está lista para subir. Cuando alcanza el cordel de la bombilla, repara en que está mirando el trecho de tierra que ha quedado al descubierto en la pared.

—Raro, ¿no te parece? —pregunta.

—Sí.

—Bueno, no se lo permitas. No es más que uno de los miedos heredados del viejo mundo.

—¿Cómo?

—Me refiero al miedo al sótano.

Malorie asiente.

Tom tira del cordel y la luz se apaga.

«Criaturas. Qué palabra más... insuficiente.»

Los niños guardan silencio y en la ribera reina la quietud. Oye el ruido de los remos que hienden el agua. El ritmo de las remadas va acompasado a los latidos de su corazón, pero a veces titubea. En ese momento, cuando eso sucede, tiene la sensación de que podría morir.

«Criaturas.»

A Malorie nunca le ha gustado esa palabra. Es como si estuviera fuera de lugar. Para ella, las cosas que la han perseguido durante cuatro años no son criaturas. El gusano de un jardín es una criatura. Un puercoespín. Pero las cosas que moran más allá de las mantas que cubren las ventanas y que la han mantenido vendada no pertenecen a la clase de seres que un profesional podría exterminar.

«Bárbaro tampoco es adecuada. El bárbaro es

insensato, igual que un salvaje.»

A lo lejos, un pájaro entona un canto en lo alto del cielo. Los remos hienden el agua, siempre cambiante.

«No está demostrado que se trate de una bestia. Podrían ser pequeños como uñas.»

Aunque no han hecho más que emprender el viaje por río, los músculos de Malorie protestan por el ejercicio. Tiene la camiseta empapada en sudor. Los pies fríos. La venda aún le roza la piel.

«Demonios. Diablos. Canallas. Quizá sean todas esas cosas.»

Su hermana murió después de haber visto a uno. Sus padres debieron sufrir el mismo destino.

«Diablillo es demasiado suave. Salvaje, demasiado humano.»

Malorie no solo teme las cosas que podrían surcar las aguas del río, porque también le fascinan.

«¿Sabrán lo que hacen? ¿Pretenden hacer lo que hacen?»

Ahí, en ese instante, tiene la sensación de que todo el mundo ha muerto. Siente que el bote es el último lugar que queda donde puede hallarse vida. El resto del mundo se extiende a partir de la proa de la embarcación, un globo vacío que remada a remada se antoja a un tiempo desierto y jardín.

«Si no saben lo que hacen, no pueden ser malvadas.»

Los niños llevan callados mucho rato. Se oye procedente del cielo el canto de otro pájaro. El chapoteo de un pez. Malorie nunca ha visto este río. ¿Qué aspecto tiene? ¿Tendrá la ribera atestada de árboles? ¿Habrá casas que bordeen la orilla?

«Son monstruos», piensa Malorie. También sabe que son mucho más que eso. Son el infinito.

—¡Mamá! —grita de pronto el niño.

—¿Qué pasa?

—Creo que oigo un motor.

—¿Qué?

Malorie deja de remar de inmediato. Aguza el oído.

En la distancia, más allá incluso de la corriente fluvial, oye el rumor de un motor.

Malorie lo reconoce de inmediato. Es el sonido de otra embarcación que se les acerca.

En lugar de sentirse emocionada ante la perspectiva de encontrar a otro ser humano en el río, Malorie siente miedo.

—Agachaos —ordena.

Mete los remos y apoya los extremos sobre el regazo. El bote flota.

«El niño lo ha oído —se dice—. El niño lo ha oído porque tú lo has educado bien y ahora oye mejor de lo que nunca llegará a ver.»

Malorie aguarda, procurando controlar el ritmo respiratorio. El ruido del motor cobra intensidad. La embarcación navega río arriba.

—¡Ay! —grita el niño.

—¿Qué te pasa?

—¡La oreja! Ha sido una rama.

A Malorie no le parece mal. Si un árbol ha tocado al niño, están más cerca de una de las

orillas. Quizá un merecido golpe de suerte se encargue de que el follaje los cubra.

La otra embarcación está mucho más cerca. Malorie sabe que si fuese capaz de abrir los ojos podría verla.

—No os quitéis la venda —dice Malorie.

Entonces el motor de la barca se sitúa a su altura. No pasa de largo.

«Sea quien sea, puede vernos», se dice Malorie.

El motor de la barca se apaga de pronto. El ambiente huele a gasolina. Oye pasos en lo que debe de ser la cubierta.

—¡Ha del bote! —saluda una voz. Malorie no responde—. ¡Eh! ¡No pasa nada! ¡Podéis quitaros las vendas! No soy más que un tipo normal y corriente.

—No, no lo hagáis —se apresura a ordenar Malorie a los niños.

—Aquí no hay nadie aparte de nosotros, señorita. Créame. Estamos solos.

Malorie permanece inmóvil. Finalmente, consciente de no tener alternativa, responde.

—¿Cómo lo sabe?

—Señorita, la estoy viendo —responde él—. Llevo todo el viaje con los ojos abiertos. Y ayer también.

—No puede mirar —insiste ella—. Ya lo sabe. El extraño ríe.

—De veras, no hay nada que temer. Confíe en mí. Estamos solos en el río. Somos dos personas del montón cuyos caminos se han cruzado.

—¡No! —grita Malorie a los niños.

Suelta a la niña y vuelve a empuñar los remos. El hombre exhala un suspiro.

—No hay necesidad de que viva así, señorita. Piense en los niños. ¿Les privará de la oportunidad de contemplar un día tan hermoso como el de hoy?

—Manténgase alejado del bote —le advierte Malorie con autoridad.

Silencio. El hombre no responde. Malorie se

prepara para lo peor. Se siente atrapada. Vulnerable. En el bote, contra la orilla. En este río. En este mundo.

Algo chapotea en el agua. Malorie ahoga un grito.

—Señorita —dice el hombre—, la vista es increíble, siempre y cuando no le importe que haya algo de bruma. ¿Cuándo abrió por última vez los ojos en el exterior? ¿Hace años? ¿Ha visto este río? ¿El tiempo? Apuesto a que ni siquiera recuerda qué aspecto tiene un día como hoy.

Recuerda muy bien el mundo exterior. Recuerda caminar de vuelta a casa cuando iba a la escuela a través de un túnel de hojas otoñales. Recuerda los jardines de los vecinos, los patos, las casas. Recuerda tumbarse en la hierba de su jardín con Shannon, decidiendo qué nubes se parecían a qué compañeros y compañeras de la clase.

—Vamos a seguir vendados —dice Malorie.

—Yo ya he dejado todo eso atrás, señorita —

dice él—. He seguido adelante. ¿No va a hacer lo mismo?

—Déjenos en paz —le ordena.

El hombre suspira de nuevo.

—No pueden perseguirla siempre —dice—. No pueden obligarla a vivir así toda la vida. Será consciente de ello, señorita.

Malorie coloca el remo derecho en una posición que cree le servirá para apartar la embarcación de la orilla.

—Yo mismo tendría que quitarles las vendas —dice de pronto el hombre.

Malorie no se mueve.

Parece huraño. Suena algo enfadado.

—No somos más que dos extraños que se cruzan en un río —continúa él—. Cuatro si incluimos a los pequeños. Y ellos no tienen la culpa de que usted los esté educando así. Aquí soy la única persona que tiene el valor necesario para abrir los ojos en el exterior. Sus preocupaciones tan solo la mantienen a salvo el tiempo necesario

para alimentar nuevas preocupaciones.

Su voz proviene de un lugar distinto. Malorie cree que ha transbordado a la proa de su bote. Solo quiere dejarlo atrás. Solo quiere alejarse lo más posible de la casa que han abandonado esta mañana.

—Es más, voy a decirte algo —dice de pronto el hombre, terriblemente cerca, tuteándola—. He visto una.

Marie estira el brazo para coger al niño y tirar de la camisa para arrastrarlo hacia ella. Se golpea con el recubrimiento de metal del fondo de la embarcación y lanza un grito.

El hombre ríe.

—No son tan feas como usted cree, señorita.

Hunde el remo en la orilla. Se mueve con torpeza en busca de un punto sólido, pero cuesta encontrarlo. Cree dar con ramas y raíces. Con barro.

«Va a enfadarse, y entonces te hará daño», piensa Malorie.

—¿Adónde va a ir? —grita—. ¿Se pondrá a llorar cada vez que oiga el crujido de una rama?

Malorie no lograr alejar el bote de la orilla.

—¡No os quitéis las vendas! —grita a los niños.

El hombre dice haber visto una criatura. ¿Cuándo?

—Me toma por loco, ¿verdad?

Finalmente el remo alcanza un trecho sólido. Malorie empuja con un gruñido. La embarcación se mueve. Cree que es posible que lo haya logrado. Entonces abordan la barca del hombre y lanza un grito.

«Te tiene atrapada.»

¿Va a obligarles a abrir los ojos?

—¿Quién de nosotros está loco? Mírese. Dos extraños se cruzan en el río...

El bote cabecea. Percibe un hueco a popa. Una salida.

—... Uno de ellos mira al cielo...

Malorie hunde el remo en el terreno.

—... El otro intenta gobernar un bote con los ojos vendados.

El bote está a punto de liberarse.

—Y yo me pregunto...

—¡Apártese! —grita ella.

—... ¿quién de ellos ha perdido la razón?

El hombre ríe a mandíbula batiente. Es como si su risa se alzara al cielo. Se plantea preguntarle a qué distancia la vio. Pero no lo hace.

—¡Déjenos en paz! —grita Malorie.

El agua fría del río salpica el interior del bote debido al forcejeo. La niña lanza un grito. Malorie se dice: «Pregúntale a qué distancia vio a esa criatura». Quizá la locura aún no lo haya alcanzado. Es posible que en su caso se haya ralentizado. Quizá sea capaz de mostrarse benévolo una última vez antes de perder el contacto con la realidad.

El bote se ha liberado.

Tom dijo en una ocasión que cada caso tenía que ser diferente. Dijo que un loco no puede

enloquecer más. Y que el hombre más cuerdo podría tardar en alcanzar ese estado.

—¡Abra los ojos, por el amor de Dios! —grita el hombre.

Su voz ha cambiado. Suena como ebrio, distinto.

—Deje de huir, señorita. ¡Abrid los ojos! —le ruega.

—¡No le hagáis caso! —grita. El niño está pegado a ella y la niña lloriquea a popa. Malorie tiembla.

—Vuestra madre está loca, niños. Quitaos las vendas.

De pronto el hombre grita. Es como si hiciera gárgaras. Como si algo se le hubiera muerto en la garganta. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que se estrangule con un cabo o arrime la cabeza a la hélice del motor de la barca?

Malorie rema con alma. Tiene la sensación de que la venda no tiene los nudos lo bastante prietos.

«Lo que ha visto está cerca. Lo que ha visto

está aquí, en el río.»

—¡No os quitéis las vendas! —grita de nuevo Malorie, que rema pasando de largo junto a la barca—. ¿Me habéis oído? Responded.

—Sí —dice el niño.

—¡Sí! —grita la niña.

El hombre aúlla de nuevo, pero ha quedado atrás ya. A juzgar por el sonido, es como si intentase gritar pero hubiese olvidado cómo hacerlo.

Cuando el bote ha cubierto otros cuarenta metros y el sonido del motor queda prácticamente ahogado a su espalda, Malorie inclina el cuerpo para tocar el hombro del niño.

—No te preocupes, mamá —dice el niño.

A continuación, Malorie gira la cintura y tantea en busca de la mano de la niña. La aprieta. Seguidamente, soltando a ambos, vuelve a hacerse cargo de los remos.

—¿Estás seca? —pregunta a la niña.

—No.

—Usa la manta para secarte. Ahora.

De nuevo el ambiente huele a limpio. Los árboles. El agua.

El olor a gasolina ha quedado atrás.

«¿Recuerdas cómo olía la casa?», piensa Malorie.

Se acuerda, a pesar del horror de su encuentro con el hombre de la barca. El ambiente cargado que reinaba en su interior. Ya estaba ahí a su llegada. Y nunca llegó a mejorar.

No odia al hombre de la barca. Tan solo siente pesar.

—Os habéis comportado bien —dice Malorie a los niños, temblando, remando y adentrándose en lo más profundo del río.

Hace dos semanas que Malorie reside en la casa. Sus compañeros subsisten casi por completo gracias a los alimentos enlatados del sótano, además de la carne congelada que guardan en el congelador. Cada mañana, a Malorie le alivia ver que aún disfrutan de electricidad. La radio es la única fuente de noticias, pero el único pinchadiscos que queda, un tal Rodney Barrett, no tiene nada nuevo que contar. En lugar de ello divaga. Se enfada. Lanza juramentos. Los residentes de la casa le han oído a veces quedarse dormido en plena emisión. A pesar de todo esto, Malorie comprende que sigan escuchándole. Por mucho que su voz se oiga de fondo o llene el comedor donde tienen la radio, es el único nexo que los une al mundo exterior.

Malorie ya tiene la sensación de estar metida en una cámara acorazada. La claustrofobia es

increíble, es un lastre que tira hacia abajo de ella y de su bebé.

Pero esa noche sus compañeros organizan una especie de fiesta.

Los seis se reúnen alrededor de la mesa del salón. Además de las conservas, el papel higiénico, las pilas, las velas, las mantas y las herramientas del sótano, hay algunas botellas de ron, que complementan la hierba que aporta Felix (quien admitió que había esperado encontrarse con una especie de comuna hippy, en lugar del grupo organizado que le abrió la puerta de la casa). Malorie, por respeto a su condición, es la única que no disfruta de las bebidas y los cigarrillos de marihuana. Sin embargo hay estados de ánimo que resultan contagiosos y, mientras Rodney Barrett pincha algunas melodías suaves en la radio, lo cual ya no es normal en él, Malorie se sorprende incluso sonriendo, a veces riendo, a pesar de los horrores insondables que se han convertido en el pan de cada día.

Hay un piano en el salón. Igual que la pila de libros cómicos que se amontonan junto al tocador de su dormitorio, el piano parece el vestigio, casi fuera de contexto, de otra época.

Tom lo está tocando en ese momento.

—¿En qué clave está compuesta esa canción?
—Tom, sudando, grita a través del salón a Felix, que se halla sentado a la mesa—. ¿Sabes que es una clave musical?

Felix sonríe mientras niega con la cabeza.

—¿Cómo coño voy a saberlo? Pero cantaré contigo, Tom.

—No, por favor —dice Don, sorbiendo el ron de un vaso con una sonrisa en los labios.

—No, no —dice Felix—. ¡Se me da de miedo!
¡De verdad!

Felix da un traspié al levantarse. Se sienta junto a Tom al piano. Juntos cantan *De-Lovely*. La radio descansa en un aparador con espejo. La música que pincha Rodney Barrett se enfrenta en una débil competencia a la canción de Cole Porter.

—¿Cómo te encuentras, Malorie? —pregunta Don, sentado en el extremo opuesto de la mesa—. ¿Cómo te vas adaptando?

—Estoy bien —responde ella—. Pienso mucho en el bebé.

Don sonríe. Cuando lo hace, Malorie ve la tristeza de sus facciones. Sabe que Don también perdió a su hermana. Todos los residentes de la casa han sufrido pérdidas devastadoras. Los padres de Cheryl, asustados, condujeron al sur. No ha vuelto a hablar con ellos desde entonces. Felix espera tener noticias de sus hermanos cada vez que hace una de sus llamadas aleatorias. Jules habla con frecuencia de su prometida, Sydney, a quien encontró en la alcantarilla frente a la entrada de su edificio de apartamentos antes de responder al mismo anuncio que Malorie. Tenía un corte en la garganta. Pero Malorie cree que la historia de Tom es la peor de todas. Si es que ese adjetivo puede aplicarse ya.

Cuando lo mira sentado al piano, a Malorie se

le rompe el corazón.

Por un instante, cuando *De-Lovely* alcanza su final, vuelven a escuchar la radio. La canción que Rodney Barrett ha puesto también finaliza. Luego se pone a hablar.

—Escuchad, escuchad —dice Cheryl, que cruza la estancia hasta el lugar donde se encuentra el aparato. Se inclina ante ella y sube el volumen—. Suena más deprimido de lo habitual.

Tom ignora la radio. Sudando, sorbiendo la bebida, tontea con los primeros acordes de *I've Got Rhythm*, de Gershwin. Don se vuelve para ver a qué se refiere Cheryl. Jules, acariciando a *Victor*, que está sentado en el suelo dando la espalda a la pared, vuelve lentamente la cabeza hacia la radio.

—Criaturas —está diciendo Rodney Barrett, que arrastra la voz—. ¿De qué nos habéis privado? ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Acaso tenéis un propósito?

Don se levanta de la mesa y se reúne con

Cheryl junto a la radio. Tom deja de tocar.

—Nunca le había oído dirigirse directamente a las criaturas —dice desde el banco del piano.

—Hemos perdido madres, padres, hermanas y hermanos —está diciendo Rodney Barrett—. Hemos perdido esposas y maridos, amantes y amigos. Pero nada duele tanto como los niños que nos habéis arrebatado. ¿Cómo os atrevéis a pedir a un niño que os mire?

Malorie se vuelve hacia Tom. Está escuchando. Hay cierta distancia en sus ojos. Se levanta y camina hacia él.

—A veces se ha puesto trascendente —dice Cheryl, refiriéndose a Rodney Barrett—. Pero nunca lo había visto así.

—No —dice Don—. Suena a que está más borracho que nosotros.

—Tom —dice Malorie, sentándose junto a él en el banco.

—Va a suicidarse —anuncia de pronto Don.

Malorie levanta la vista, deseando decir a Don

que cierre la boca, pero entonces repara en lo mismo que Don, la absoluta desolación que tiñe la voz de Rodney Barrett.

—Hoy pienso haceros trampa —dice Barrett—. Voy a privaros de ello, de lo único que me queda que podéis arrebatarme.

—Ay, Dios —dice Cheryl.

La radio permanece en silencio.

—Apágala, Cheryl —dice Jules—. Apágala.

Cuando estira el brazo hacia la radio se oye el estruendo de un disparo procedente de los altavoces.

Cheryl lanza un grito. *Victor* ladra.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta Felix, clavada la mirada perdida en la radio.

—Lo ha hecho —dice Jules, impaciente—. No puedo creerlo.

Silencio.

Tom se levanta del banco del piano y apaga la radio. Felix toma un sorbo de su bebida. Jules ha hincado una rodilla en el suelo para calmar a

Victor.

Entonces, de pronto, como si fuese un eco del disparo, alguien llama a la puerta.

Un segundo golpe sigue al primero.

Felix camina hacia la puerta y Don le coge del brazo.

—No abras esa puerta, tío —dice—. Vamos, pero ¿qué te pasa?

—¡No pensaba hacerlo! —dice Felix, liberando el brazo.

Lllaman de nuevo. Una voz de mujer proviene del otro lado.

—¿Hola?

Los residentes permanecen inmóviles y en silencio.

—Que alguien responda —dice Malorie, levantándose del banco del piano, dispuesta a hacerlo ella misma. Pero Tom se le adelanta.

—¡Sí! —dice—. Estamos aquí. ¿Quién eres?

—¡Olympia! ¡Soy Olympia! ¿Me dejáis entrar?

Tom hace una pausa. Parece ebrio.

—¿Estás sola? —pregunta.

—¡Sí!

—¿Tienes los ojos cerrados?

—Sí, llevo los ojos cerrados. Tengo mucho miedo. Dejarme entrar, por favor.

Tom se vuelve hacia Donald.

—Que alguien vaya a buscar los palos de escoba —dice Tom.

Jules sale en su busca.

—No creo que podamos permitirnos otra boca que alimentar —dice Don.

—Estás loco —dice Felix—. Hay una mujer ahí fuera...

—Ya sé lo que pasa, Felix —dice Don, enfadado—. No podemos ofrecer cobijo a todo el país.

—Pero es que está ahí en este preciso momento —le recuerda Felix.

—Y nosotros estamos borrachos —dice Don.

—Vamos, Don.

—No me convertáis en el malo de la película

—dice Don—. Sabéis tan bien como yo cuántas latas de conservas tenemos en el sótano.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta la mujer a través de la puerta.

—¡Un momento! —responde Tom.

Tom y Don cruzan la mirada. Jules vuelve al vestíbulo y tiende uno de los palos de escoba a Tom.

—Haced lo que queráis, pero esa será la razón de que tardemos menos en morir de hambre —dijo Don.

Tom se vuelve hacia la puerta principal.

—Poneos las vendas —dice.

Malorie aguza el oído cuando los pasos cruzan el suelo de madera del vestíbulo.

—¿Olympia? —dice Tom.

—¡Sí!

—Me dispongo a abrir la puerta. Cuando lo haga, cuando oigas cómo se abre, entra tan rápido como puedas. ¿Me has entendido?

—¡Sí!

Malorie oye cómo se abre la puerta principal. Hay cierto revuelo. Imagina a Tom tirando hacia dentro de la mujer, igual que los residentes tiraron de ella hace dos semanas. La puerta se cierra.

—¡Mantened los ojos cerrados! —ordena Tom—. Voy a tener que tantear a tu alrededor para asegurarnos de que nada se ha colado contigo.

Malorie oye los golpes de escoba en las paredes, el suelo, el techo y la puerta principal.

—De acuerdo —dice finalmente Tom—. Abramos los ojos.

Cuando Malorie lo hace, ve una mujer muy guapa, de pelo negro, de pie junto a Tom.

—Gracias —dice la mujer, sin aliento.

Tom empieza a preguntarle algo, pero Malorie lo interrumpe.

—¿Estás embarazada? —pregunta a Olympia.

Esta se mira el vientre. Levanta la vista, temblando, y cabecea en sentido afirmativo.

—Estoy de cuatro meses.

—Increíble —dice Malorie, dando un paso

hacia ella—. Yo más o menos estoy de lo mismo.

—Joder —dice Don.

—Soy vecina vuestra —dice Olympia—. Siento haberos asustado así. Mi marido es miembro de las Fuerzas Aéreas. Hace semanas que no sé nada de él. Es posible que haya muerto. Os he oído. El piano. Tardé un poco en reunir coraje para venir. En otras circunstancias habría traído una tarta.

A pesar del horror que todos los presentes acaban de escuchar a través de la radio, la inocencia de Olympia es un rayo que se abre paso a través de la oscuridad.

—Nos alegramos de que lo hayas hecho. Vamos, pasa —dice Tom.

Malorie, sin embargo, repara en la nota de cansancio de su tono de voz, en la presión que supone la perspectiva de cuidar de dos mujeres embarazadas.

Acompañan a Olympia por el recibidor hasta el salón. Al pie de la escalera, ahoga un grito y

señala la foto que cuelga de la pared.

—¿Está él aquí?

—No —responde Tom—. Ya no. Supongo que lo conocías. George. Era el propietario de la casa.

Olympia asiente.

—Sí, lo he visto muchas veces.

A continuación los residentes se reúnen en el salón. Tom se sienta con Olympia en el sofá. Malorie escucha en silencio mientras Tom pregunta a Olympia por las posesiones que hay en su casa. Qué conserva. Qué ha dejado atrás.

Qué podría ser útil aquí.

Malorie tiene la impresión de que lleva tres horas remando. Le duelen los músculos de los brazos. El agua fría chapotea en el fondo de la embarcación, agua que ella ha ido introduciendo con cada remada. Hace unos instantes, la niña avisó a Malorie de que tenía que hacer pis. Malorie le dijo que lo hiciera. Ahora la orina de la niña se mezcla con el agua del río, y Malorie la nota tibia al contacto con el calzado. Piensa en el hombre de la barca con la que se han cruzado.

«Los niños no se han quitado las vendas — piensa Malorie—. La primera voz humana ajena a su círculo que han oído. A pesar de todo no han hecho caso de lo que decía.»

Sí, los había adiestrado bien. Pero pensar en ello no es precisamente agradable. «Adiestrar» a los niños supone que los ha espantado tanto que no la desobedecerán bajo ninguna circunstancia. De

niña, Malorie se rebelaba contra sus padres continuamente. El azúcar no estaba permitido en casa. Malorie lo tomaba a escondidas. También las películas de terror estaban prohibidas. Malorie bajaba descalza la escalera a medianoche para verlas en la televisión. Cuando sus padres dijeron que no podía dormir en el sofá del salón, trasladó su cama al salón. Esas fueron las emociones de su infancia. Los niños de Malorie no las conocen.

De bebés, los adiestró para que despertaran con los ojos cerrados. Aguardaba de pie sobre las cunas, matamoscas en mano. Cuando despertaban y abrían los ojos, les daba un golpe fuerte en el brazo. Lloraban. Malorie se inclinaba para cerrarles los ojos con los dedos. Si mantenían los ojos cerrados, se levantaba la blusa y les daba el pecho. Recompensa.

—Mamá —dice la niña—, ¿era el mismo hombre que canta en la radio?

La niña se refería a una cinta de casete que Felix disfrutaba escuchando.

—No —dice el niño.

—Entonces, ¿quién era?

Malorie se vuelve hacia la niña para que su voz se escuche mejor.

—Creía que habíamos acordado que no harías preguntas que no estuviesen relacionadas con el río. ¿Vais a romper nuestro acuerdo?

—No —responde la niña en voz baja.

A los tres años, los adiestró para que fueran a buscar agua al pozo. Ataba una cuerda en torno a su propia cintura, y el extremo opuesto al niño. A continuación, después de decirle que tanteara el camino con los dedos de los pies, lo enviaba por su cuenta. Malorie escuchaba el ruido del cubo levantado con torpeza. Permanecía atenta mientras el niño regresaba a su lado con él. En más de una ocasión oyó cómo se le caía de las manos. Cada vez que eso sucedía, le ordenaba repetir el proceso desde el principio.

La niña lo odiaba. Decía que el terreno que rodeaba el pozo era demasiado desigual. Decía

que parecía como si hubiese gente bajo la hierba. Malorie no le daba de comer hasta que la niña obedecía.

Cuando eran bebés, los niños se situaban en extremos opuestos del salón. Malorie caminaba por la alfombra. A la pregunta «¿dónde estoy?», los niños señalaban. Luego subía a la primera planta, bajaba de nuevo y preguntaba: «¿dónde he estado?». Los niños señalaban. Cuando se equivocaban, Malorie los regañaba.

Pero no solían hacerlo. No tardaron en alcanzar un punto en que no volvieron a equivocarse.

«¿Qué diría Tom al respecto? —piensa—. Te diría que eres la mejor madre del mundo. Y tú le creerías.»

Sin Tom, Malorie solo podía depender de sí misma. Y muchas veces, sentada a solas a la mesa de la cocina, mientras los niños dormían en el dormitorio, se había formulado la inevitable pregunta: «¿Eres una buena madre? ¿Acaso existe

eso ya?».

Malorie siente un leve golpe en la rodilla. Da un respingo, pero solo es el niño. Le pide la bolsa de comida. Frutos secos. Malorie hunde la mano en el bolsillo de la chaqueta y le tiende la bolsita. Oye cómo los dientes hacen crujir las nueces que llevaban cuatro años y medio metidas en una de las latas del sótano antes de que Malorie la abriese esa mañana.

Malorie deja de remar. Tiene mucho calor. Demasiado. Suda como si fuese el mes de junio. Se quita la chaqueta y la deja en el banco, a su lado. Luego nota otro leve golpe en la espalda. También la niña tiene hambre.

«¿Eres una buena madre?», se pregunta de nuevo, entregando a la niña la otra bolsita de comida.

¿Cómo puede esperar que sus niños sueñen con las estrellas si ni siquiera pueden levantar la cabeza para mirarlas?

Malorie no sabe qué responder.

Tom construye algo, sirviéndose de una vieja funda de guitarra y un cojín del sofá. Olympia duerme arriba, en el dormitorio contiguo al de Malorie. Felix se lo ha cedido, tal como Tom se lo cedió a Malorie. Felix duerme ahora en el sofá del salón. La noche antes, Tom tomó abundantes notas de los objetos que había en casa de Olympia, a medida que ella los enumeraba. Lo que arrancó como una conversación esperanzadora, terminó en que los residentes decidieron que las pocas cosas que podían usar no valían el riesgo que correrían yendo a buscarlas. Papel. Otro cubo. La caja de herramientas del marido de Olympia. A pesar de ello, tal como señaló Felix, si llegaba el momento en que la necesidad que tuvieran de procurárselos superase el riesgo, siempre podrían acercarse. Don dijo que algunas cosas podían ser necesarias antes de lo que pensaban. Frutos secos, atún, pasta,

condimentos. Mientras hablaban de comida, Tom puso al corriente a los demás de los alimentos que conservaban en el sótano. Disponían de una cantidad limitada, lo cual preocupaba mucho a Malorie.

En este momento, Jules duerme al fondo del vestíbulo, en una sala de estar. Lo hace en un colchón en el suelo, en una punta de la sala, y el colchón de Don descansa en el extremo opuesto. Entre ambos hay una mesa alta de madera donde han dejado sus cosas. También *Victor* está allí. Jules ronca. Suena en la radio del radiocasete una música muy suave. Proviene del comedor, donde Felix y Don juegan a las cartas con una baraja de Pee-wee Herman. Cheryl lava la ropa en un cubo en la pila de la cocina.

Malorie está a solas con Tom en el sofá del salón.

—El propietario de esta casa... ¿Se llamaba George? ¿Fue él quien puso el anuncio? —pregunta Malorie—. ¿Estaba él aquí cuando

llegaste?

Tom, que intenta hacer una especie de escudo protector para el parabrisas de un coche, mira a Malorie a los ojos. Su pelo parece más claro a la luz eléctrica.

—Yo fui el primero que respondió al anuncio del periódico —dice Tom—. George era un tipo estupendo. Estaba dispuesto a acoger a extraños en su casa, mientras el resto del mundo cerraba su puerta. Y además era muy adelantado a su tiempo, un gran pensador. Exponía sus ideas constantemente. ¿Quizá podríamos mirar por las ventanas a través de lentes? ¿Cristal refractante? ¿Telescopios? ¿Prismáticos? Esa era su idea genial. Si se trata de algo relacionado con la vista, quizá lo que necesitemos sea alterar nuestra línea de visión. O cambiar el modo físico en que vemos algo. Mirando a través de un objeto, puede que las criaturas no puedan afectarnos. Ambos buscábamos el modo de solucionar esto. Y George, con lo idealista que era, no se contentaba

con limitarse a hablar de ello. Quería que ambos pusiéramos a prueba estas teorías.

Mientras Tom habla, Malorie imagina el rostro de las fotos distribuidas por la escalera.

—La noche en que llegó Don, los tres estábamos sentados en la cocina, escuchando la radio, cuando George sugirió que podría existir cierta forma de «vida» que estuviese provocando que sucediese esto. Todo esto sucedió antes de que la cadena MSNBC propusiera esa teoría. George dijo que un libro antiguo le había inspirado la idea. *Imposibilidades posibles*. Trataba de formas de vida irreconciliables. Dos mundos cuyos compuestos resultan tan ajenos entre sí que podrían causar daños si sus caminos llegaran a cruzarse. Y si esas otras formas de vida fueran capaces de algún modo de llegar aquí... en fin, eso decía George que había pasado. Que habían encontrado el modo de viajar aquí, intencionadamente o no. A mí me gustaba esa teoría, pero a Don no. Entonces pasaba mucho

tiempo en internet, investigando compuestos químicos, ondas gamma, cualquier cosa invisible que pudiera causar daños si la mirabas por no saber lo que estabas viendo. Sí, Don era inflexible con nosotros en ese aspecto. Se mostraba muy apasionado. Es más, se enfadaba. Pero George era la clase de persona que, cuando se le metía algo en el cerebro, tenía que llegar al final del asunto, sin importar los peligros que pudiera entrañar.

»Cuando Felix y Jules llegaron, George estaba preparado para poner a prueba su teoría sobre la visión refractada. Leyó todo el material que logró encontrar en internet. Páginas y páginas web sobre la visión y cómo funcionan los ojos, las ilusiones ópticas y la luz refractada, el funcionamiento de los telescopios y demás. Hablábamos continuamente al respecto. Cuando Don, Felix y Jules dormían, George y yo nos sentábamos a la mesa de la cocina y trazábamos diagramas. Él caminaba arriba y abajo, de pronto se detenía, se volvía hacia mí, y preguntaba: “¿Se sabe si alguna

de las víctimas llevaba gafas? Puede que una ventana cerrada bastase para protegernos, si se aplican ciertos ángulos”. Luego nos pasábamos otra hora hablando sobre ello.

»En casa todos mirábamos las noticias constantemente, con la esperanza de que nos aportasen otra pista, algún dato que pudiéramos emplear para que la gente se protegiera a sí misma. Pero las noticias empezaron a repetirse. Y George fue impacientándose. Cuanto más hablaba de poner a prueba su teoría de la “visión alterada”, más quería ponerla a prueba. Me asusté, Malorie. Pero George era como el capitán de un barco que se está hundiendo, y no tenía miedo a la muerte. ¿Y si funcionaba? Esa podría ser su contribución a la cura del planeta de la epidemia más aterradora que había sufrido.

Mientras Tom habla, la luz de la lámpara baila en sus ojos azules.

—¿Qué utilizó? —quiere saber Malorie.

—Una cámara de video. Tenía una arriba. Una

de esas antiguas cámaras de VHS. Lo hizo sin avisarnos. Una noche la puso detrás de una de esas mantas que cuelgan en el comedor. Fui el primero que despertó a la mañana siguiente, y lo encontré en el suelo de la cocina. Cuando me oyó, se levantó para acercarse apresuradamente a la cámara. «Tom —me dijo—. Lo he hecho. He grabado cinco horas de metraje. Está aquí, aquí dentro de esta cámara. Podría tener la cura para esto que sucede. Visión indirecta. Una película. Tenemos que verla.»

»Le dije que no me parecía buena idea. Pero él tenía un plan que no dudó en exponernos a todos. Dijo que necesitaba que uno de nosotros lo atase a la silla de uno de los dormitorios de arriba. Él miraría la cinta allí. De esa manera, estando atado, no podría hacerse daño si las cosas se torcían. Don se enfadó mucho. Acusó a George de ser una amenaza para todos nosotros. Dijo con razón que no teníamos la menor idea de a qué nos estábamos enfrentando, y que si le sucedía algo a George,

podía sucedernos algo a todos nosotros. Pero Felix y yo no nos opusimos a la idea. Votamos. Don fue el único que votó en contra. Mencionó la posibilidad de irse. Le quitamos la idea de la cabeza. Finalmente, George nos dijo que no necesitaba permiso en su propia casa para hacer lo que le viniera en gana. Así que yo me ofrecí a atarlo a la silla.

—¿Y lo hiciste?

—Lo hice.

Tom posa la mirada en la alfombra.

—Todo empezó con George jadeando. Fue como si se le hubiera alojado algo en la garganta. Llevaba dos horas en el cuarto y no había hecho un solo ruido. A continuación empezó a llamarnos. «¡Tom! Cabronazo. Sube aquí ahora mismo. Vamos.» Reía, luego gritaba, después aullaba. Parecía un perro. Oímos que la silla golpeaba con fuerza el suelo. Soltaba palabrotas e insultos. Jules se levantó con intención de ir a ayudarlo, pero se lo impedí. No había nada que pudiéramos hacer,

excepto escuchar. Y lo oímos todo. Todo hasta que la silla se rompió y los gritos cesaron. Entonces esperamos. Un rato largo. Al cabo, todos subimos la escalera. Vendados, apagamos el reproductor de video, y después abrimos los ojos. Vimos lo que George se había hecho a sí mismo. Había hecho tanta presión contra las cuerdas, que habían atravesado piel y músculos hasta alcanzar el hueso. Todo su cuerpo parecía un pastel glaseado, sangre y piel plegadas sobre las cuerdas en su pecho, el vientre, el cuello, las muñecas, las piernas. Felix devolvió. Don y yo nos arrodillamos junto a George y nos pusimos a limpiar. Cuando terminamos, Don insistió en que debíamos quemar la cinta. Lo hicimos. Mientras se quemaba, no pude dejar de pensar que con ella podía estar desapareciendo nuestra primera teoría real. Parece que no importa a través de qué prisma los mires, porque te afecta de todos modos.

Malorie permaneció en silencio.

—Pero ¿sabes una cosa? Tenía razón. En cierto

modo. Elaboró la hipótesis de que era responsabilidad de unas criaturas mucho antes de que las noticias lo sugirieran. Obviamente seguía el camino adecuado. Tal vez, si hubiese tomado otro, George podría haberse convertido en la clase de persona que cambia el mundo.

Había lágrimas en los ojos de Tom.

—¿Sabes qué me preocupa más acerca de esta historia, Malorie?

—¿Qué?

—La cámara solo grabó cinco horas y captó algo. ¿Cuántas criaturas hay?

Malorie mira las mantas que cubren las ventanas. Luego se vuelve hacia Tom. Ajusta el protector del parabrisas que está construyendo. La música sigue sonando baja desde el comedor.

—Bueno, esperamos que algo como esto nos sirva —dice Tom, levantado el objeto—. Ya sabes, no podemos tirar la toalla solo porque George haya muerto. A veces creo que lo sucedido paralizó a Don. Le afectó de algún modo, eso

seguro.

Tom se pone en pie, levantando ante su mirada la pieza. Malorie oye un ruido seco, breve, y lo que Tom acaba de construir cae al suelo hecho pedazos.

Se vuelve hacia Malorie.

—No podemos tirar la toalla.

Felix toma el camino que lleva hacia el pozo. Uno de los seis cubos de los residentes cuelga de su mano derecha. Es el de madera. El asa de hierro oscuro hace que parezca antiguo. Pesa más que el resto, pero a Felix no le importa. De hecho le gusta. Dice que le confiere cierta seguridad.

Lleva la cuerda atada alrededor de la cintura. El extremo opuesto está atado a una estaca de hierro en el suelo, justo al salir por la puerta trasera de la casa. Hay un montón de cuerda. Le estorba al caminar y le preocupa la posibilidad de tropezar con ella, así que con la mano izquierda la levanta y aparta de su cuerpo. Camina vendado. Los pedazos de los marcos que delinean el camino le permiten saber si se desvía más de la cuenta hacia un lado u otro.

—¡Es como en Operación! —grita a Jules, que espera, vendado, junto a la estaca—. ¿Te acuerdas

de ese juego? Cada vez que toco la madera con el pie me parece oír que se dispara la alarma.

Jules no ha parado de hablar desde que Felix emprendió el camino hacia el pozo. Así lo hacen los residentes. Uno va a buscar el agua, el otro le hace saber cuán lejos está de la casa mediante el sonido de su voz. Jules no ha hablado de nada en particular. Ha hecho una lista de las notas que obtuvo en la universidad. Un listado de los tres primeros empleos que tuvo tras licenciarse. Felix puede oír algunas palabras, pero otras no. No importa. Mientras Jules hable, Felix no tiene tanto la sensación de ser un náufrago en mitad del océano.

Pero casi.

Tropieza con el pozo al alcanzarlo. La pared empedrada le rasca el muslo. A Felix le asombra pensar en lo que duele, teniendo en cuenta que ha caminado tan lentamente, y en lo que dolería si hubiese estado corriendo.

—¡He llegado al pozo, Jules! Estoy atando el

cubo.

Jules no es el único que está esperando a Felix. Cheryl se encuentra tras la puerta trasera de la casa. Está de pie en la cocina, escuchando a través de la puerta. El residente que espera dentro de la cocina únicamente está allí en caso de que se tuerza algo afuera. Espera que el papel de «red de seguridad» que representa hoy no sea más que un mero trámite.

Encima del pozo abierto hay una barra de madera. A ambos extremos de la barra hay ganchos de hierro. Esa es la razón de que Felix prefiera cargar con el cubo de madera cuando le toca ir al pozo. Es el único que encaja perfectamente con los ganchos. Ata la cuerda del pozo al cubo. Una vez asegurado, da una vuelta a la manivela para asegurarse de que la cuerda esté lo más tensa posible. Se seca las manos en el pantalón tejano una vez liberadas.

Entonces oye algo que se mueve en el exterior. Vuelve la cabeza rápidamente. Felix levanta

las manos para protegerse el rostro. Pero no sucede nada. Nada se abalanza sobre él. Oye a Jules hablar junto a la puerta trasera. Habla de cuando trabajó de mecánico. De cuando arreglaba cosas.

Felix aguza el oído.

Respira con dificultad cuando gira la manivela en la dirección opuesta, con el oído puesto en el jardín. La cuerda está lo bastante suelta para que retire el cubo del gancho y lo deje suspendido sobre la boca de piedra del pozo. Espera otro minuto. Jules le llama.

—¿Todo bien, Felix?

Felix escucha unos instantes más antes de responder. Cuando lo hace, siente que su voz delata su ubicación exacta.

—Sí, me ha parecido oír algo.

—¿Qué?

—¡Que me ha parecido oír algo! Voy a llenar el cubo de agua.

Felix gira la manivela para llenar el cubo. Oye

cómo golpea las paredes de piedra del interior. Sigue el eco de los golpes. Felix sabe que necesita dar veinte vueltas a la manivela para que el cubo alcance el agua. Las va contando.

—Y once, y doce, y trece...

Cuando cuenta diecinueve oye el chapoteo que se produce en el fondo del pozo. Cuando considera que el cubo está lleno, lo recupera. Una vez lo asegura a ambos ganchos, desata la cuerda y echa a caminar hacia Jules.

Tendrá que repetir la operación tres veces.

—¡Allá voy con el primero! —grita Felix.

Jules sigue hablando de cuando reparaba coches. Cuando Felix llega a su altura, Jules le toca el hombro. Por lo general, una vez allí, el residente situado de pie junto a la estaca de hierro llama a la puerta trasera, para alertar a la persona que aguarda en el interior de la casa de que ya tienen el primero de los cubos. Pero Jules titubea.

—¿Qué es lo que has oído? —pregunta.

Felix, con el pesado cubo en la mano, piensa.

—Probablemente era un ciervo. No estoy seguro.

—¿El ruido provenía del bosque?

—No sé de dónde provenía.

Jules guarda silencio. Entonces Felix le oye moverse.

—¿Te cercioras de que estemos solos?

—Sí.

Una vez satisfecho, Jules llama dos veces a la puerta trasera. Toma el cubo de manos de Felix. Cheryl abre rápidamente la puerta y Jules le tiende el cubo. La puerta se cierra.

—Aquí tienes el segundo —dice Jules, confiando otro cubo a Felix.

Camina hacia el pozo. El cubo que llega está hecho de metal laminado. Hay tres cubos como ese en la casa. En el fondo hay dos rocas pesadas. Tom las puso ahí después de decidir que el cubo no era lo bastante pesado para hundirse. Pesa, pero no es tan recio como el de madera. Jules habla de nuevo. Esta vez sobre razas de perro. Felix ha oído todo

eso antes. Jules tuvo un labrador blanco, *Cherry*, que según él era el perro más asustadizo del mundo. Cuando da con el zapato en la madera, Felix está a punto de tropezar. Camina demasiado rápido. Lo sabe. Reduce el paso. Esta vez, en el pozo, tantea con el brazo extendido. Posa el cubo en el borde empedrado del pozo y se dispone a atar la cuerda con la manivela alrededor del asa.

Oye algo. Otra vez. Suena como a un golpe lejano en la madera.

Cuando Felix se da la vuelta, golpea sin querer el cubo, que se precipita al fondo del pozo. El eco del metal en la piedra. Jules lo llama. Felix se vuelve de nuevo, sintiéndose increíblemente vulnerable. De nuevo no puede determinar la dirección de la que proviene el sonido. Escucha, jadeando. Se apoya en la pared empedrada del pozo. Aguarda.

El viento agita las hojas de los árboles.

Nada más.

—¿Felix?

—¡Se me ha caído el cubo al pozo!

—¿Lo habías atado?

Silencio.

Nervioso, Felix se vuelve hacia el pozo. Palpa y tira de la cuerda, y descubre que sí lo había atado antes de empujarlo sin querer. Suelta la cuerda. Se vuelve hacia el resto del jardín. Hace una pausa. A continuación se dispone a subir el cubo.

En el camino de vuelta a la casa, Jules no deja de hacerle preguntas.

—¿Te encuentras bien, Felix?

—Sí.

—¿Se te ha caído o algo?

—Lo he empujado sin querer. Sí. Otra vez me ha parecido oír algo.

—¿Cómo sonaba? ¿Una rama quebrada?

—No. Sí. Puede. Yo qué sé.

Cuando Felix llega a la altura de Jules, este toma el cubo de sus manos.

—¿Seguro que quieres hacer otro viaje?

—Sí. Ya he traído los dos primeros. No pasa nada. Es que no dejo de oír cosas ahí, Jules.

—¿Quieres que vaya yo?

—No. Puedo hacerlo.

Jules llama a la puerta trasera. Cheryl la abre, se hace cargo del cubo y tiende a Jules el tercer cubo.

—¿Os encontráis bien? —pregunta.

—Sí —responde Felix—. Todo bien.

Cheryl cierra la puerta.

—Allá va —dice Jules—. Si me necesitas, dímelo. Recuerda que estamos unidos.

Da un tirón de la cuerda.

—De acuerdo.

En el tercer viaje al pozo, Felix tiene que recordarse que debe caminar lentamente. Sabe qué motiva sus prisas. Quiere volver cuanto antes dentro, donde pueda mirar a Jules a la cara, donde las mantas que cubren las ventanas hacen que se sienta mejor. Pese a todo, llega antes de lo que esperaba. Ata poco a poco la cuerda al asa del

cubo. A continuación hace una pausa.

No se oye nada excepto la voz de Jules, situada al otro extremo de la cuerda.

El mundo parece extrañamente silencioso.

Felix da una vuelta a la manivela, el cubo desciende.

—Una, dos...

Jules habla. Su voz suena lejana. Mucho.

—... Seis, siete...

Jules parece inquieto. ¿Por qué parece inquieto? ¿A qué se debe?

—... y diez, y once...

El sudor empaña el trecho donde la venda cubre la frente de Felix. Lentamente le recorre la nariz.

«Volveré a la casa en un abrir y cerrar de ojos —piensa Felix—. Tú llena el tercer cubo y vuelve cagando le...»

Oye de nuevo el sonido. Por tercera vez.

Solo que en esta ocasión distingue de dónde proviene.

Del interior del pozo.

Suelta la manivela y da un paso atrás. El cubo se precipita al vacío, golpeando la piedra antes de caer con un fuerte chapoteo.

«Algo se ha movido. Se ha movido algo en el agua.»

«¿Se ha movido algo en el agua?»

De pronto siente frío. Mucho frío. Está temblando.

Jules lo llama, pero Felix no quiere responder. No quiere hacer un solo ruido.

Aguarda. Y cuanto más aguarda, más asustado está. Igual de audible se vuelve el silencio. Como si estuviera a punto de oír algo que no quiere oír. Pero cuando no se oye nada, lentamente empieza a convencerse a sí mismo de que está equivocado. Claro que podría haber algo en el pozo, pero también podría ser algo procedente del río. O del bosque. O del césped.

Es posible que provenga de cualquier parte.

Da un paso de nuevo hacia el pozo. Antes de

alcanzar la cuerda, toca el borde empedrado. Lo acaricia. Está calculando lo amplio que es.

«¿Podrías meterte aquí? ¿Podría alguien hacerlo?»

No está seguro. Se vuelve hacia la casa, dispuesto a dejar el cubo donde está. Luego se da la vuelta de nuevo hacia el pozo y empieza a girar la manivela, rápidamente.

«Estás oyendo cosas. Estás perdiendo la razón, tío. Levanta ese cubo. Vuelve dentro. Ya.»

Pero mientras gira la manivela, Felix siente que nace en su interior un miedo capaz de volverse demasiado intenso para controlarlo. Piensa que el cubo pesa un poco más de lo que lo hace habitualmente.

«¡No pesa más! ¡Sube el cubo y vuelve dentro ahora mismo!»

Cuando el cubo alcanza el borde, Felix deja de girar la manivela. Lentamente extiende una mano hacia él. Está temblando. Cuando toca el borde húmedo, metálico, traga saliva con fuerza. Echa el

seguro de la manivela. Luego hunde la mano en el cubo.

—¿Felix?

Jules lo está llamando.

Felix no encuentra en el cubo nada más que agua.

«¿Lo ves? Tu imaginación te está jugando una ma...»

A su espalda oye pasos húmedos en la hierba.

Felix suelta el cubo y echa a correr.

Cae.

«Levántate.»

Se levanta y corre.

Jules lo está llamando. Él responde.

Cae de nuevo.

«Levántate. Levántate.»

Se levanta de nuevo.

Las manos de Jules lo alcanzan.

Se abre la puerta trasera. Las manos de alguien tiran de él. Está en el interior. Todo el mundo habla al mismo tiempo. Don está gritando. Cheryl

también. Tom pide calma. La puerta trasera está cerrada. Olympia pregunta qué sucede. Cheryl pregunta qué ha pasado. Tom ordena a los presentes cerrar los ojos. Alguien está palpando a Felix. Jules grita a todos que se callen.

Se callan.

Entonces Tom habla en voz baja.

—Don, ¿has tanteado junto a la puerta trasera?

—¿Cómo coño sé yo que lo he hecho bien, tío?

—Solo pregunto si lo has hecho.

—Lo he hecho. Sí. Lo he hecho.

—Felix, ¿qué ha pasado? —pregunta Tom.

Felix se lo cuenta. Hasta el último detalle que recuerda. Tom quiere que repita lo que pasó al final. Quiere más detalles sobre lo que sucedió en la puerta trasera. Antes de que lo dejaran entrar. Mientras lo dejaban entrar. Felix vuelve a explicarse.

—De acuerdo —dice de nuevo Tom—. Voy a abrir los ojos.

Malorie se pone tensa.

—Estoy bien —dice Tom—. No pasa nada.

Malorie abre los ojos. Sobre la encimera de la cocina hay dos cubos de agua del pozo. Felix está de pie, vendado, junto a la puerta trasera. Jules se está quitando la venda.

—Cierra esa puerta —ordena Tom.

—Ya está cerrada —dice Cheryl.

—Jules, apila las sillas del comedor delante de la puerta. Luego bloquea la ventana del comedor con la mesa —ordena Tom.

—Me estás asustando, Tom —dice Olympia.

—Don, acompáñame. Vamos a bloquear la puerta principal con el aparador. Felix, Cheryl, tumbad de lado el sofá del salón. Bloquear una de las ventanas. Buscaré algo para bloquear la otra.

Los residentes miran a Tom con los ojos muy abiertos.

—Venga —dice, impaciente—. ¡Vamos!

Cuando empiezan a dispersarse, Malorie toca el brazo de Tom.

—¿Qué pasa?

—Olympia y yo podemos echar una mano. Estamos embarazadas, no tullidas. Pondremos los colchones de arriba contra las ventanas.

—De acuerdo. Pero hacedlo vendadas. Y tened más cuidado del que habéis tenido en la vida.

Tom abandona la cocina. Cuando Malorie y Olympia pasan por el salón, Don está ahí moviendo el sofá. Arriba, ambas tumban con cuidado el colchón de Malorie y lo colocan sobre la ventana del cuarto. Después hacen lo mismo en las habitaciones de Olympia y Cheryl.

De nuevo en la planta baja, encuentran puertas y ventanas bloqueadas.

Los residentes se reúnen en el salón, de pie, muy juntos.

—Tom —dice Olympia—, ¿hay algo ahí fuera?

Tom hace una pausa antes de responder. Malorie repara en algo más hondo que el temor en los ojos de Olympia, un sentimiento que ella también comparte.

—Tal vez.

Tom mira las ventanas.

—Pero podría haber sido un... ciervo, ¿verdad? ¿No podría haber sido un ciervo?

—Tal vez.

Uno tras otro, los residentes se sientan en el suelo alfombrado del salón. Hombro con hombro, espalda contra espalda. Se sientan en silencio en mitad de la estancia, el sofá contra una ventana, las sillas de la cocina apiladas contra la otra.

Aguzan el oído.

El agua helada del río salpica el pantalón de Malorie mientras rema. Cada vez que lo hace imagina en el río a una de las criaturas, acopando las manos, arrojando el agua sobre ella, burlándose de su empeño por escapar. Siente un escalofrío.

Malorie recuerda que el libro que tenía Olympia sobre bebés le enseñó muchas cosas. Pero había una frase en concreto en *¡Por fin un bebé!* que le había calado muy hondo.

«Tu bebé es más listo de lo que crees.»

Al principio, Malorie se negó a creerlo. En el nuevo mundo había que adiestrar a un bebé para que despertara con los ojos cerrados. Había que educarlos en el miedo. No había lugar para incógnitas. No obstante, había ocasiones en que el

niño y la niña la sorprendían.

Una vez, después de retirar del pasillo de la primera planta los improvisados juguetes que había dejado esparcidos el niño, Malorie entró en la salita. Allí oyó algo parecido a un movimiento en la habitación situada al fondo del pasillo.

—¿Niño? —llamó—. ¿Niña?

Sabía que ambos estaban en su cuarto. Los había dejado en sus cunas menos de una hora antes.

Malorie cerró los ojos y asomó al pasillo.

Sabía qué era ese sonido. Sabía exactamente dónde se encontraba hasta el último objeto de la casa. Era un libro que se había caído de la mesa del cuarto que en el pasado habían compartido Don y Jules.

Malorie hizo una pausa ante la puerta del dormitorio de los niños. Dentro oyó la respiración de ambos.

Un segundo golpe que provenía del mismo lugar sobresaltó a Malorie. El cuarto de baño tan

solo distaba unos pasos de ella. Los niños dormían. Si lograba meterse en el cuarto de baño podría defenderse.

Levantó a ciegas los brazos ante el rostro y se movió con rapidez, golpeándose con la pared antes de localizar la puerta del cuarto de baño. Una vez dentro, se golpeó la cadera con la pila del lavabo. Tanteó frenéticamente la pared y encontró el tejido de la toalla que colgaba de allí y que utilizó para taparse los ojos. Con doble nudo. Después, tras la puerta abierta, encontró lo que andaba buscando.

El hacha.

Armada, a ciegas, salió del cuarto de baño, empuñando el hacha con ambas manos. Se dirigió hacia la puerta que siempre tenía cerrada. Una puerta que ahora estaba abierta.

Entró.

Blandió el hacha, a ciegas, a la altura de los ojos. La hoja se hundió en la pared de madera y Malorie lanzó un grito entre la lluvia de astillas. Se dio la vuelta y descargó un nuevo golpe que en

esa ocasión se hundió en la otra pared.

—¡Fuera de aquí! ¡Dejad a mis niños en paz!
Aguardó entre jadeos.

Una respuesta. Un movimiento. Lo que fuera que había volcado los libros.

Entonces oyó al niño, a sus pies, gimoteando.

—¿Niño?

Malorie se arrodilló, aturdida, y lo encontró enseguida. Después de quitarse la toalla que le envolvía el rostro, abrió los ojos.

Vio una regla en las diminutas manos del niño. A su lado estaban los libros.

Lo levantó del suelo y lo llevó a su cuarto. Allí, vio abierta la rejilla de la cuna. Lo puso junta a ella en el suelo. A continuación, la cerró y le pidió que la abriera. El niño se quedó mirándola mientras ella jugueteaba con la cerradura, preguntándole si podía abrirla. Y lo hizo.

Malorie le dio una bofetada.

¡Por fin un bebé!

Recordó el libro de Olympia. El libro que

ahora le pertenecía.

Y la única frase de él que se esforzaba por olvidar era la que mejor recordaba.

«Tu bebé es más listo de lo que crees.»

Antes la preocupaba. Pero este día, en el bote, utilizando como guía los oídos de los niños, se aferra a ello con la esperanza de que estén tan preparados como cualquiera pueda estarlo para lo que podrían encontrar a lo largo del río.

Sí, confía en que sean más listos que lo que sea que pueda aguardarlos ahí.

—No pienso beber ese agua —dice Malorie.

Los residentes están exhaustos. Descansan juntos en el suelo del salón, aunque nadie duerme mucho rato.

—No podemos pasar sin ella, Malorie —dice Tom—. Piensa en el bebé.

—Precisamente estoy pensando en él.

En la cocina, sobre la encimera, siguen intactos los dos cubos que Felix ha llenado. Uno tras otro, los residentes se humedecen los labios secos. Han pasado veinticuatro horas y la probabilidad de que tengan que esperar mucho más rato pesa en sus mentes.

Están sedientos.

—¿Podemos beber agua del río? —pregunta Felix.

—Bacterias —dice Don.

—Eso depende —dice Tom—. De la

temperatura del agua. De su profundidad. De lo rápido que fluya.

—De todos modos —dice Jules—, si se coló algo en el pozo, estoy seguro de que habrá llegado al río.

«Contaminación», piensa Malorie. Es la palabra del día.

En el sótano hay tres cubos de orina y heces. Nadie quiere sacarlos. Hoy nadie quiere salir por nada del mundo. Hay un fuerte olor en la cocina que llega débilmente al salón.

—Yo bebería el agua del río —dice Cheryl—. Me arriesgaría.

—¿Saldrías? —pregunta Olympia—. ¡Podría haber algo esperando nada más salir por la puerta!

—No sé qué es lo que he oído —dice Felix. No es la primera vez que lo dice. También se disculpa por haber asustado a todo el mundo.

—Probablemente era alguien que quería robarnos —dice Don.

—¿Es necesario darle tantas vueltas? —

pregunta Jules—. Llevamos un día aquí metidos. No hemos oído nada. Vamos a esperar. Un día más. A ver qué sensación tenemos entonces.

—Estaría dispuesta a beber el agua de los cubos —dice Cheryl—. Joder, es un pozo. Los animales se caen a los pozos continuamente. Mueren y se descomponen ahí. Probablemente llevemos tiempo bebiendo agua donde han muerto animales.

—El agua de este vecindario siempre ha sido buena —dice Olympia.

Malorie se levanta. Camina hacia la entrada de la cocina. El agua reluce en el borde del cubo de madera y resplandece en el cubo de metal.

«¿Qué podría hacernos?», piensa.

—¿Te imaginas bebiendo una parte pequeña de una de esas criaturas? —pregunta Tom.

Malorie se da la vuelta. Está de pie a su lado. Sus hombros se rozan en la entrada.

—No puedo, Tom.

—No te lo pediría. Pero sí puedo pedírmelo a

mí mismo.

Cuando Malorie le mira a los ojos sabe que lo dice en serio.

—Tom.

Pero él vuelve el rostro hacia los demás.

—Yo beberé —dice.

—No necesitamos un paladín —dice Don.

—No pretendo serlo, Don. Es que tengo sed.

Los residentes guardan silencio. Malorie ve en la expresión de aquellos rostros lo mismo que siente. Porque por muy asustada que esté, quiere que alguien beba.

—Esto es una locura —dice Felix—. Vamos, Tom. Ya se nos ocurrirá una alternativa.

Tom entra en el comedor. En la mesa, mira a Felix a los ojos.

—Enciérrame en el sótano. Lo haré allí.

—El olor te enloquecerá —dice Cheryl.

Tom esboza una sonrisa triste.

—Tenemos un pozo justo en nuestro jardín —dice—. Si no podemos aprovecharlo, no podremos

aprovechar nada. Déjame hacerlo.

—¿Sabes a quién me recuerdas? —pregunta Don.

Tom aguarda la respuesta.

—Hablas de George. Excepto que él tenía una teoría.

Tom mira hacia la mesa del comedor, apoyada contra la ventana.

—Llevamos meses aquí —dice—. Si algo se metió ayer en el pozo, probablemente no sea la primera vez.

—Estás racionalizándolo —dice Malorie.

Tom responde sin volverse.

—¿Hay otra opción? Claro, el río. Pero podríamos enfermarnos. Enfermarnos de verdad. No tenemos medicamentos. Lo único que tenemos es el agua del pozo. Es el único medicamento que tenemos. ¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Caminar hasta el siguiente pozo? Entonces, ¿qué? ¿Cruzar los dedos para que nada se haya metido en él?

Malorie observa mientras, uno tras otro, los

residentes acceden. En el rostro de Don, la rebelión da paso a la preocupación. El miedo en los ojos de Olympia se transforma en culpa. En lo que a Malorie concierne, ella no quiere que lo haga. Por primera vez desde su llegada a la casa, el papel de Tom, su importancia en relación con todo lo que sucede allí, es capaz de borrar todo lo demás.

Pero en lugar de detenerlo, la inspira. Y está dispuesta a ayudar.

—No, la bodega no —dice—. ¿Y si te vuelves loco ahí dentro y destruyes nuestra reserva de comida?

Tom se vuelve hacia ella.

—De acuerdo —dice—. Entonces en la buhardilla.

—Esa ventana está mucho más alta que esta.

Tom mira a Malorie a los ojos.

—Ni tú ni yo, hagamos un trato —dice—. La primera planta. Tendréis que encerrarme en alguna parte. Y aquí abajo no hay un lugar adecuado.

—Puedes usar mi cuarto.

—Esa habitación es la misma donde George miraba las cintas de video —señala Don.

Malorie se vuelve hacia Tom.

—No lo sabía.

—Adelante —dice Tom.

Hace una pausa, un instante, antes de pasar junto a Malorie y entrar en la cocina. Malorie lo sigue. Los residentes caminan en fila tras ellos. Cuando saca un vaso del armario, Malorie lo toma con suavidad del brazo.

—Bébelo a través de esto —dice. Le tiende un filtro de café—. Yo qué sé. Un filtro. ¿Quién sabe?

Tom acepta el filtro y la mira a los ojos. A continuación hunde el vaso en el cubo de madera lleno de agua del pozo.

Cuando saca el vaso lo sostiene en alto. Los residentes forman un semicírculo a su alrededor. Contemplan el contenido del vaso.

Los detalles de la historia de Felix hacen que Malorie sienta de nuevo escalofríos.

Tom abandona la cocina, llevando el vaso. Jules va a la despensa en busca de un trozo de cuerda y lo sigue.

Los demás residentes no hablan. Malorie se lleva la mano al vientre y apoya la otra en la encimera. Pero la aparta enseguida, como si temiera haber estado en contacto con una sustancia mortífera.

«Contaminación.»

Pero no había agua donde había puesto la mano.

Arriba se cierra la puerta de su dormitorio. Presta atención mientras Jules ata una cuerda en torno al tirador de la puerta y la asegura a la barandilla de la escalera.

Tom está encerrado.

«Como George.»

Felix camina arriba y abajo. Don se apoya en la pared, cruzado de brazos, mirando al suelo. Cuando Jules regresa, *Victor* se le acerca.

Se oye un sonido que proviene de arriba.

Malorie ahoga un grito. Los residentes miran al techo.

Aguardan. Atentos. Felix hace ademán de subir. Pero se detiene.

—Ya debe de haberlo hecho —dice Don en voz baja.

Malorie se acerca a la entrada del salón. Allí, a solo tres metros, está el pie de la escalera.

No hay más que silencio.

Entonces se oye un golpe.

Y Tom lanza un grito.

«Tom grita, Tom grita, Tom grita, Tom...»

Malorie se abalanza en dirección a la escalera, pero Jules se le adelanta.

—¡Quédate aquí! —le ordena.

Lo ve subir la escalera.

—¡Tom!

—Estoy bien, Jules.

Al oír la voz de Tom, Malorie exhala un suspiro de alivio y apoya la mano en la barandilla, en busca de sustento.

—¿Has bebido? —pregunta Jules a través de la puerta.

—Sí. Estoy bien.

Los demás residentes se han reunido detrás de ella. Empiezan a hablar. Al principio lo hacen en voz baja. Pero la emoción va elevando su tono. Arriba, Jules desata la cuerda. Tom sale del dormitorio con el vaso vacío.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta Olympia.

Malorie sonríe. Los demás también. Resulta gracioso, en ese momento, recurrir al humor negro para preguntar qué tal estaba el vaso del agua.

—Pues... —responde Tom, bajando la escalera—. Probablemente sea el mejor vaso de agua que he tomado en la vida.

Cuando alcanza el pie de la escalera mira a Malorie a los ojos.

—Muy buena la idea del filtro —dice. Pasa de largo por su lado y deja el vaso en la mesilla donde está el teléfono. Luego se da la vuelta hacia los demás—. Devolvamos los muebles a su lugar.

A ver si ponemos un poco de orden aquí.

En el río, Malorie siente el calor del sol de mediodía. En lugar de proporcionarle una sensación de paz, le recuerda que están a la vista de cualquiera.

—Mamá —susurra el niño.

Malorie se inclina hacia delante. Se hace un corte en la palma de la mano con una astilla del remo. Y ya van tres.

—¿Qué pasa?

—Shhh.

Malorie deja de remar. Está escuchando.

El niño tiene razón. Algo se mueve en el terreno, a su izquierda. Se oye crujir de ramas. Más de una.

«El hombre de la barca vio algo en el río», piensa Malorie.

¿Podría tratarse de él, que se ha desplazado por el bosque después de desembarcar? Quizá la

está acechando, a la espera de que el bote vuelva a topar con un obstáculo para arrancarle la venda, o la de los niños.

Crujen más ramas. Se mueve con lentitud. Malorie piensa en la casa que han dejado atrás. Allí estaban a salvo. ¿Por qué se han ido? ¿Será más seguro el lugar al que van? ¿Por qué iba a serlo? En un mundo donde no puedes abrir los ojos, ¿acaso una venda no supone la posesión más preciada?

«Nos marchamos porque hay quienes esperan a leer las noticias y los hay que figuran en los titulares.»

Eso decía Tom. Malorie es consciente de que Tom nunca dejará de inspirarla. Solo el hecho de pensar en él, ahí, en el río, le infunde esperanzas.

«Tom, tus ideas eran muy válidas», querría decirle.

—Niño —susurra, remando de nuevo, temiendo arrimarse más de la cuenta a la orilla izquierda—, ¿qué has oído?

—Está cerca, mamá. Tengo miedo.

Hay un instante de silencio durante el cual Malorie imagina que el peligro acecha a escasos centímetros.

De nuevo deja de remar para oír mejor. Estira el cuello a la izquierda.

La proa del bote golpea con fuerza con algo. Malorie lanza un grito. Los niños gritan.

«¡Hemos topado con la orilla!»

Malorie lanza un golpe de remo en la dirección donde cree que está el barro, pero no alcanza nada.

—¡Déjanos en paz! —grita, torciendo el gesto. De pronto, anhela la seguridad de las paredes de su casa. En ese río no hay paredes. No hay un sótano bajo sus pies. No hay una buhardilla.

—¡Mamá!

Justo después de que la niña grite, algo atraviesa las ramas. Algo grande.

Malorie blande de nuevo el remo, que se hunde en el agua. Luego alcanza a los niños y tira de

ellos hacia sí.

Oye un gruñido.

—¡Mamá!

—¡Silencio! —grita, protegiendo a la niña con el brazo.

«¿Es el hombre? ¿Se ha vuelto loco? ¿Gruñen las criaturas? ¿Hacen algún ruido?»

Basta con el segundo gruñido para que Malorie sepa de qué se trata. Pertenece a un perro. A un can.

«Lobos.»

No tiene tiempo de apartarse. El lobo le hiere el hombro con las garras.

Grita. Siente de inmediato la sangre caliente recorriéndole el brazo. El agua fría chapotea en el fondo de la embarcación.

También se orina.

«Lo huelen —piensa Malorie, agitada, volviendo la cabeza en todas direcciones, blandiendo el remo al tuntún—. Saben que estamos indefensos.»

Oye otro gruñido. Es una manada. La proa del bote se ha trabado en algo. Malorie no puede localizarlo con el remo. Pero el bote se balancea como si los lobos tirasen de algún modo de él.

«¡Podrían saltar dentro! ¡Podrían saltar dentro! Gatea hasta la proa. Tienes que apartarlo de la orilla.»

Malorie blande el remo por encima de las cabezas de los niños, grita y se pone en pie. El bote se inclina hacia la derecha. Cree que van a volcar. Procura asentar bien los pies. Los lobos gruñen. Siente un intenso dolor en el hombro que nunca ha experimentado antes. A ciegas, sin pensar, lanza un golpe con el remo a la proa. Pero no la alcanza. Así que da un paso al frente.

—¡Mamá!

Cae de rodillas. El niño está a su lado, aferrado a su camiseta.

—¡Tienes que soltarte! —grita.

Algo salta al agua.

Malorie vuelve la cabeza hacia el ruido.

«¿Qué profundidad habrá? ¿Podrían subir al bote? ¿Podrían los lobos encaramarse al bote?»

Se da la vuelta rápidamente y avanza a tientas hasta el extremo de la embarcación, los brazos extendidos hacia lo desconocido.

Oye los gritos de los niños a su espalda. Los chapoteos en el agua. El cabeceo del bote y los aullidos de los lobos. Tantea un tocón en la negrura que imponen sus propios ojos cerrados.

Grita mientras extiende ambos brazos. El dolor en el hombro izquierdo. Siente el frío gélido de octubre en la piel lacerada. Con la otra mano alcanza otro tocón.

«Nos hemos atascado. Eso es todo. ¡Estamos atascados!»

Mientras hace fuerza para apartar la proa de ambos tocones, algo golpea el bote. Oye las garras que arañan la superficie cuando los animales intentan subir a bordo.

El bote también rasca la madera. Se oye el chapaleo. Malorie lo oye por doquier. Otro

gruñido, y calor, también. Hay algo muy cerca de su cara.

Lanza un fuerte grito y empuja.

Entonces se liberan.

Malorie se da la vuelta con rapidez, tropieza y cae en la bancada situada en mitad de la embarcación.

—¡Niño! —grita.

—¡Mamá!

Cuando tantea en busca de la niña, la encuentra pegada a la bancada.

—¿Estáis bien? ¡Responded!

—¡Tengo miedo! —dice la niña.

—¡Yo estoy bien, mamá! —exclama el niño.

Malorie rema con fuerza. El hombro izquierdo, que ha superado el agotamiento, resiste. A pesar de ello lo hace trabajar.

Malorie rema. Tiene a los niños a los pies. El agua rompe bajo la madera. Rema. ¿Qué otra cosa puede hacer? ¿Qué otra cosa puede hacer, aparte de remar? Los lobos podrían estar siguiéndolos.

¿Cuántos bajíos, cuántos obstáculos habrá en el río?

Malorie rema. Tiene la sensación de que el brazo va a separarse de su cuerpo. Pero sigue remando. El lugar al que lleva a los niños podría no existir ya. Aquel viaje insoportable, llevarlos a ciegas por el río, podría ser en vano. Cuando lleguen, río abajo, ¿estarán a salvo? ¿Y si no encuentra allí lo que busca?

—Nos tienen miedo —dice de pronto Olympia.

—¿Qué quieres decir? —Ambas están sentadas juntas en el tercer escalón de la escalera, contando desde arriba.

—A nuestros compañeros les asusta vernos embarazadas. Y sé por qué. Es porque un día tendrán que atender el parto.

Malorie mira el salón. Lleva dos meses en la casa. Está embarazada de cinco meses. También ella lo ha pensado. Pues claro que lo ha hecho.

—¿Quién crees que lo hará? —pregunta Olympia con los ojos grandes, inocentes, pendientes de Malorie.

—Tom —responde Malorie.

—Vale, pero me sentiría mucho más segura si hubiese un médico en casa.

Malorie no deja de pensar en ello. En el día inevitable en que dé a luz. Sin médicos. Sin

medicamentos. Sin amigos ni familiares. Intenta imaginarlo como una experiencia que pasará rápido. Algo que sucederá en un abrir y cerrar de ojos, algo con lo que acabarán pronto. Imagina el instante en que rompa aguas, luego se imagina con el bebé en brazos. No quiere pensar en lo que pasará entre ambos momentos.

Los demás se reúnen en el salón. Han terminado sus tareas matutinas. Malorie lleva todo el día con la sensación de que Tom trama algo. Se ha mostrado distante. Aislado en sus pensamientos. Ahora se sitúa en mitad del salón, al alcance del oído de todos los demás, y revela que ha tenido en mente. Es exactamente lo que Malorie esperaba que no fuera.

—Tengo un plan —anuncia.

—¿Qué? —pregunta Don.

—Sí. —Tom hace una pausa, como si repasara una vez más lo que se disponía a decir—. Necesitamos guías.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Felix.

—Me refiero a que voy a salir a buscar perros.

Malorie se levanta de la escalera y camina hacia la entrada del salón. La dramática idea de Tom de abandonar la casa ha llamado su atención tanto como ha llamado la de los demás.

—¿Perros? —pregunta Don.

—Sí —dice Tom—. Perros abandonados. Mascotas sin dueño. Tiene que haber cientos de ellos. Sueltos. O atrapados en casas de las que no pueden salir. Si vamos a ir en busca de alimentos, y todos sabemos que no habrá más remedio, preferiría que contáramos con ayuda. Los perros pueden alertarnos.

—Tom, no sabemos qué efecto causan en los animales —advierde Jules.

—Lo sé. Pero no podemos seguir cruzados de brazos.

Aumenta la tensión en la estancia.

—Estás loco —dice Don—. Te estás planteando en serio salir.

—Iremos armados —dice Tom.

Don se inclina hacia delante en el sillón.

—¿Qué te planteas hacer exactamente?

—He estado trabajando en los cascos —dice Tom—. Para proteger nuestras vendas. Llevaremos cuchillos de carnicero. Los perros pueden guiarnos. ¿Que uno se vuelve loco? Soltamos la correa. El cuchillo está por si el animal la emprende con su dueño.

—A ciegas.

—Sí. A ciegas.

—No me gusta cómo suena todo esto —dice Don.

—¿Por qué no?

—Cabe la posibilidad de que haya locos peligrosos sueltos. Criminales. Las calles no son lo que solían, Tom. Ya no vivimos en los suburbios. Estamos inmersos en el caos.

—Bueno, algo tiene que cambiar —dice Tom—. Tenemos que progresar. De otro modo, estamos a la espera de noticias en un mundo donde ya no hay noticias.

Don mira la alfombra. Luego vuelve la vista hacia Tom.

—Es demasiado peligroso. No hay motivo para que corramos ese peligro.

—Al contrario, tenemos motivos de sobra.

—Yo digo que esperemos.

—¿A qué?

—Ayuda. Algo.

Tom mira las sábanas que cubren las ventanas.

—Nadie va a venir a ayudarnos, Don.

—Eso no significa que debemos salir fuera en busca de peligros.

—Votemos —propone Tom.

Don mira a la cara a los demás residentes. Está claro que busca a alguien que lo respalde.

—Una votación —dice Don—. Tampoco me gusta esa idea.

—¿Por qué no? —interviene Felix.

—Porque, Felix, no hablamos sobre qué cubos usaremos para orinar y cuáles llenaremos de agua de beber. Hablamos sobre que uno de nosotros, o

más de uno, saldrá de la casa sin ningún motivo.

—No saldremos sin ningún motivo —dice Tom—. Piensa en los perros como sistema de alarma. Felix oyó algo junto al pozo hace dos semanas. ¿Era un animal? ¿Era un hombre? ¿Una criatura? Un perro podría habernos alertado con un ladrido. Hablo de registrar nuestra manzana. Tal vez la siguiente también. Danos doce horas. No pido más.

«Doce horas —piensa Malorie—. Ir a por el agua del pozo tan solo nos lleva media.»

Pero el número, a pesar de ser finito, la tranquiliza.

—No veo por qué tenemos que salir en busca de perros abandonados —dice Don, que señala con un gesto a *Victor*, sentado a los pies de Jules—. Aquí mismo tenemos uno. Adiestrémoslo.

—Ni hablar —dice Jules, levantándose.

—¿Por qué no?

—No lo traje aquí para sacrificarlo a las primeras de cambio. Hasta que sepamos cómo afecta a los perros, no pienso aceptar.

—Sacrificio —dice Don—. Buena manera de definirlo.

—La respuesta es no —insiste Jules.

Don se vuelve hacia el responsable del plan.

—¿Lo ves? Incluso el único aquí que tiene perro se muestra en contra.

—No he dicho que esté en contra de la idea de Tom —dice Jules.

Don mira a los presentes.

—O sea, que todos estáis de acuerdo. ¿De veras? ¿Todos pensáis que se trata de una buena idea?

Olympia mira a Malorie con los ojos muy abiertos. Al percibir la oportunidad de procurarse un aliado, Don le pregunta:

—¿Y tú qué opinas, Olympia?

—¡Ah! Yo... Bueno... No... ¡No sé!

—Hagamos una votación —propone Tom.

—Yo estoy a favor —dice Felix.

Malorie mira en torno de la sala.

—Yo también —dice Jules.

—Y yo —dice Cheryl.

Tom se vuelve hacia Don. Cuando lo hace, Malorie tiene la sensación de que algo se hunde en su interior.

«La casa lo necesita», comprende Malorie.

—Yo te acompañaré —dice Jules—. Si no te doy permiso para que uses mi perro, al menos puedo ayudarte a buscar otro.

Don niega con la cabeza.

—Estáis como una cabra.

—Pues empezaremos por hacerte un casco — propone Tom, poniendo una mano en el hombro de Jules.

A la mañana siguiente, Tom y Jules llevan a cabo los retoques finales del segundo casco.

Planean salir hoy. Malorie cree que todo va demasiado rápido. Acaban de votar, ¿implica eso que tengan que salir ya?

Don no disimula sus sentimientos. Los demás, como Malorie, están esperanzados. Malorie sabe que es difícil no dejarse arrastrar por la energía de

Tom. Si fuese Don quien planeara salir, no tendría tanta fe en verlo de vuelta sano y salvo con los perros. Pero Tom destila cierta energía. Cuando dice que va a hacer algo, da la sensación de que ya está hecho.

Malorie mira desde el sofá. Tanto *Embarazada* como *¡Por fin un bebé!* hablan del «nexo de estrés» que existe entre madre e hijo. Malorie no quiere que su bebé sienta la inquietud que siente ella ahora ante la inminente marcha de Tom.

Hay dos bolsas de lona contra la pared. Ambas están medio llenas de latas de conservas, linternas y sábanas. A su lado hay cuchillos grandes y las patas de madera arrancadas de un taburete de la cocina, afiladas como estacas. Se servirán de los palos de escoba para caminar a ciegas.

—Quizá los animales no enloquezcan porque tienen el cerebro más pequeño —aventura Olympia.

Por la expresión de Don, parece estar a punto de decir algo. Pero se muerde la lengua.

—Es posible que los animales sean incapaces de enloquecer —dice Tom, ajustándose la correa del casco—. Puede que un animal tenga que tener la inteligencia necesaria para perder la razón.

—Bueno, no estaría mal saberlo antes de salir —admite Don.

—Quizá haya grados de locura —continúa Tom—. No deje de preguntarme cómo afectan las criaturas a quienes ya han enloquecido.

—¿Por qué no te traes también a unas cuantas? —se burla Don—. ¿Estás seguro de que quieres jugarte la vida a que esos animales no son tan listos como nosotros?

Tom le mira a los ojos.

—Me gustaría decirte que siento mayor respeto por los animales, Don, pero ahora mismo sobrevivir es lo único que me preocupa.

Finalmente, Jules se ajusta y asegura el casco. Vuelve la cabeza para ver cómo encaja. Pero la parte posterior se abre y el casco cae al suelo.

Don hace un gesto de desaprobación con la

cabeza.

—Maldita sea —dice Tom, recogiendo los pedazos—. Creía que ya estaba solucionado. No te preocupes, Jules.

Tom levanta las piezas y vuelve a encajarlas. Luego refuerza la correa instalando otra. Pone el casco en la cabeza de Jules.

—Muy bien. Mucho mejor.

A Malorie se le encoge el estómago al oír estas palabras. Sabe hace rato que Tom y Jules van a salir, pero la hora de la verdad parece haberse precipitado.

«No te vayas —quiere decirle a Tom—. Te necesitamos. Te necesito.»

Pero entiende que el motivo de que la casa necesite a Tom se debe a que es la clase de persona que haría lo que se dispone a hacer.

Junto a la pared, Felix y Cheryl ayudan a Tom y Jules a colgarse las bolsas de lona a la espalda.

Tom lanza estocadas al aire con una de las estacas.

Malorie siente náuseas. No hay mayor recordatorio del horror de este nuevo mundo que ver a Tom y Jules prepararse como lo hacen solo para dar una vuelta a la manzana. Vendados y armados, parecen los soldados de una guerra improvisada.

—De acuerdo —dice Tom—. Abridnos la puerta.

Felix sale a la puerta principal. Los residentes se reúnen tras él en el vestíbulo. Malorie ve cómo cierran los ojos e imita su ejemplo. Es en aquella negrura íntima cuando el corazón le late con mayor fuerza.

—Buena suerte —dice Tom—. No olvidéis lo que os he dicho. Volveremos dentro de doce horas. ¿Habéis cerrado los ojos?

Los residentes responden afirmativamente.

Se abre la puerta principal. Malorie oye el calzado en el porche delantero. Luego la puerta se cierra.

Malorie tiene la sensación de que lo más

importante ha quedado encerrado fuera.

«Doce horas», piensa.

Mientras el bote se desliza, llevado por la corriente que fluye en el río, Malorie junta las manos y recoge agua para limpiarse la herida del hombro.

No es una labor fácil y el dolor es intenso.

—¿Te encuentras bien, mamá? —pregunta el niño.

—Nada de preguntas —responde ella—. Escuchad.

Cuando el lobo la hirió, la visión de Malorie se cubrió de rojo mientras el mundo oscuro que había tras la venda explotaba para transformarse en un intenso dolor. Ahora, mientras se limpia la herida, ve tonos púrpuras, grises, y le preocupa que eso suponga que está a punto de caer inconsciente. De desmayarse. De dejar a los niños para que se apañen por su cuenta.

Se ha quitado la chaqueta. Tiene la camiseta

sin mangas ensangrentada y está temblando. Se pregunta hasta qué punto se debe al aire fresco, o si debe achacarlo a la pérdida de sangre. Saca el cuchillo de cocinero del bolsillo derecho. A continuación, corta una manga de la chaqueta para enrollarla alrededor del hombro.

«Lobos.»

Cuando los niños habían cumplido tres años, Malorie había complicado las lecciones. Ambos estaban adiestrados para recordar diez, veinte, sonidos, antes de revelar a qué obedecían. Malorie caminaba por la casa, luego por fuera, después por la primera planta. Entre tanto hacía ruidos. A su vuelta, los niños le decían lo que había hecho. La niña no tardó en acertar los veinte. Pero el niño recitaba cuarenta, cincuenta sonidos, a los que añadía los ruidos no intencionados que había hecho mientras Malorie caminaba pensando qué ruidos hacer a propósito.

«Empezaste en nuestro cuarto, mamá. Suspiraste antes de caminar. Luego fuiste a la

cocina, y de camino hacia allí te crujió el tobillo. Te sentaste a la mesa de la cocina, en la silla del medio. Apoyaste los codos en la mesa. Luego carraspeaste y a continuación te acercaste al sótano. Bajaste los primeros cuatro peldaños más lentamente que los seis últimos. Te diste un golpecito en los dientes con el dedo.»

Pero por mucho que llegase a adiestrarlos, los niños nunca estarían listos para nombrar a los animales que poblaban el bosque que bordea el río. Malorie sabe que el lobo tiene todas las ventajas posibles. Igual que cualquier otra cosa que encuentren a su paso.

Aprieta el torniquete un poco más. Le duele el hombro. Los muslos también. El cuello. Esa mañana se sentía lo bastante fuerte para remar los treinta kilómetros que la separan de su lugar de destino. Herida como está, necesita descanso. Lo debate consigo misma. Sabe que en el viejo mundo hubiese sido aconsejable descansar. Pero parar ahí podría suponer la muerte.

Un chillido agudo que proviene del cielo hace que Malorie dé un respingo. Parecía un ave de presa. Algo situado a treinta metros de altura. Al frente se oye un fuerte chapoteo. Es breve, pero el sonido es inquietante. Algo se mueve en el bosque, a la izquierda. Otras aves responden. El río cobra vida y con cada muestra de ello Malorie se asusta más y más.

A medida que la vida se multiplica a su alrededor, parece apagarse en su interior.

—Estoy bien —miente a los niños—. Ahora quiero que prestemos atención. Eso es todo. Nada más.

Malorie se pone de nuevo a remar e intenta no pensar en el dolor. No tiene una idea clara de cuán lejos tiene que ir. Pero sabe que es mucha la distancia. Al menos tanto como han avanzado ya.

Años atrás, los residentes no sabían con certeza si los animales habrían enloquecido. Hablaban sobre ello continuamente. Tom y Jules salieron en busca de perros que los guiaran.

Mientras Malorie y los demás aguardaban su regreso, terribles imágenes de animales enajenados, rabiosos, asaltaron su mente. Hoy tiene los mismos pensamientos. Mientras el río y la naturaleza cobran vida, Malorie imagina lo peor. Igual que lo hizo años atrás, antes de que nacieran los niños, cuando la simple inercia de la puerta principal te recordaba que cosas como por ejemplo la locura andaban al acecho, sin importar que alguien importante para ti pudiese estar al otro lado, inmerso en ella.

El embarazo de Malorie avanza, son cinco meses ya. Es el final de los «meses de la náusea», aunque aún se siente algo mareada de vez en cuando. Tiene ardores de estómago. Le duelen las piernas. Le sangran las encías. El cabello negro es más abundante, igual que todo el vello corporal. Se siente monstruosa, deformada, cambiada. Pero mientras camina por la casa, llevando un cubo de orina, ninguna de estas cosas ocupa sus pensamientos como lo hacen el paradero y la seguridad de Tom y Jules.

Es asombroso, piensa, cuánto sufre por todos sus compañeros. Antes de llegar, había oído muchas historias de gente que agredía al prójimo antes de suicidarse. Entonces, aquellos horrores preocupaban a Malorie por lo que podían suponer para su hijo y ella. Ahora es la seguridad de toda la casa lo que la consume.

Han pasado cinco horas desde que los hombres han salido. Y con el paso de cada minuto la tensión aumenta, así que ahora Malorie no puede recordar si los residentes repiten sus tareas o las llevan a cabo por primera vez.

Malorie deja el cubo junto a la puerta trasera. Dentro de unos minutos, Felix lo sacará. En ese momento está sentado a la mesa del comedor, arreglando una silla. Después de cruzar la cocina, Malorie entra en el comedor. Cheryl limpia el polvo. Los marcos de los cuadros. El teléfono. Malorie repara en que los brazos de Cheryl están blancos, delgados. En los dos meses transcurridos desde su llegada a la casa, sus cuerpos han ido a peor. No comen bien. No hacen el ejercicio necesario. Nadie toma el sol. Tom está fuera, ha ido en busca de una vida mejor para todos ellos. Pero ¿hasta qué punto puede mejorarla?

¿Y quién se preocupará de comunicar a los residentes que ambos han desaparecido para siempre?

Malorie, inquieta, pregunta a Cheryl si necesita ayuda. Cheryl dice que no antes de salir de la habitación, pero Malorie no está sola. *Victor* permanece sentado tras el sillón, mirando las mantas que cubren las ventanas. Tiene la cabeza levantada. Le cuelga la lengua y jadea. Malorie cree que está esperando, igual que ella, a que vuelva su amo.

Como si se supiera observado, *Victor* se vuelve lentamente hacia Malorie. Después vuelca de nuevo la atención en las mantas.

Don entra en la sala. Se sienta en el sillón, luego se levanta y sale. Entra Olympia procedente del piso de arriba, busca algo bajo la pila de la cocina. Malorie la está mirando cuando cae en la cuenta de que llevaba en la mano aquello que estaba buscando. Sube de nuevo a la primera planta. Cheryl ha vuelto y limpia de nuevo los marcos de los cuadros. Ya lo ha hecho. Pero vuelve a hacerlo. Todos ellos vuelven a hacerlo. Atraviesan toda la casa, intentando distraerse.

Apenas cruzan una palabra. Rara vez levantan la vista. Ir en busca de agua al pozo es una cosa, y los residentes se preocupan unos de otros cuando lo hacen. Pero lo que Tom y Jules hacen resulta casi insufrible.

Malorie se levanta y se dirige a la cocina. Pero solo hay un lugar en toda la casa donde no se sienta allí. Malorie quiere ir. Necesita hacerlo. Escapar.

El sótano.

Felix está en la cocina, pero ni siquiera repara en ella cuando pasa por su lado. No dice una palabra cuando ella abre la puerta del sótano y desciende la escalera hasta el piso de tierra.

Tira del cordel y se enciende la bombilla, iluminando el espacio como lo hizo cuando Tom se lo mostró dos meses atrás. El lugar parece distinto. Hay menos latas de conservas. Menos colores. Y Tom no está allí, tomando notas, calculando en raciones la cantidad de tiempo del que disponen los residentes antes de afrontar la inanición y la

desesperación.

Malorie se acerca a los estantes y lee, distraída, las etiquetas.

Maíz. Remolacha. Atún. Guisantes. Champiñones. Fruta confitada. Judía verde. Cerezas en almíbar. Grosellas. Uva. Piña. Judías sofritas. Menestras de verduras. Pimientos picantes. Castañas de agua. Tomate troceado. Tomate entero. Salsa de tomate. Ensalada de col. Judías estofadas. Zanahorias. Espinacas. Varios tipos de caldo de pollo.

Recuerda lo atestado que estaba aquello. Las latas que en el pasado parecían formar una pared. Ahora hay huecos. Huecos grandes. Como si hubiese habido una batalla y sus reservas hubiese sido lo primero en ser diezmado. ¿Hay suficiente comida hasta que dé a luz? Si Tom y Jules no vuelven, ¿bastará con lo que queda para aguantar hasta el día temido? ¿Qué harán exactamente cuando se queden sin conservas? ¿Cazar?

El bebé puede nutrirse de la leche de la madre.

Siempre y cuando la madre se alimente.

Mientras se acaricia el vientre, Malorie camina hacia el taburete y se sienta.

Suda a pesar de la frescura que reina ahí abajo. Resuenan los incesantes pasos de sus compañeros. El techo cruje.

Malorie se aparta el pelo de la frente y se recuesta en los estantes. Cuenta las latas. Los párpados le pesan. Es agradable descansar.

Entonces... se queda dormida.

La despiertan los ladridos de *Victor*.

Se incorpora en el taburete.

«*Victor* está ladrando. ¿A qué le está ladrando?»

Cruza rápidamente el sótano y sube la escalera para salir al salón. Los demás ya se han reunido allí.

—¡Basta! —grita Don.

Victor ladra a las ventanas.

—¿Qué pasa? —pregunta Malorie, sorprendida al oír la nota de pánico de su propia

VOZ.

Don grita de nuevo a *Victor*.

—La ausencia de Jules le pone nervioso — dice Felix, inquieto.

—No —dice Cheryl—. Ha oído algo.

—Eso no lo sabemos, Cheryl —dice Don.

Victor ladra de nuevo. Con fuerza. Un ladrido agudo. Furibundo.

—¡*Victor!* —grita Don—. ¡Basta!

Los residentes se reúnen en mitad del salón, muy juntos. Están desarmados. Si Cheryl tiene razón, si *Victor* cree que hay algo en los alrededores de la casa, ¿qué van a hacer?

—¡*Victor!* —grita de nuevo Don—. ¡Mira que te mato!

Pero *Victor* no para de ladrar.

Y Don, por mucho que grite, tiene tanto miedo como Malorie.

—Felix —dice lentamente Malorie, mirando la ventana que da al jardín de la casa—. Me dijiste que fuera hay un jardín. ¿Tenemos herramientas?

—Sí. —Felix también mira las mantas negras.

—¿Dentro de la casa?

—Sí.

—¿Por qué no vas a buscarlas?

Felix se vuelve hacia ella. Seguidamente abandona la sala.

Malorie repasa mentalmente los objetos de la casa. Hasta la última pata de una silla puede convertirse en un arma. Todos los objetos sólidos sirven de munición.

Victor sigue ladrando, cada vez con más fuerza. En el breve lapso que separa un ladrido del siguiente, Malorie oye los pasos inquietos de Felix, quien rebusca entre las insignificantes herramientas del jardín algo que pueda protegerlos de lo que sea que acecha en el exterior.

A mediodía de la mañana siguiente, Tom y Jules no han vuelto.

Las doce horas de Tom se han doblado de sobras. A cada hora que pasa, el ánimo que se respira en interior de la casa se vuelve más denso, más oscuro.

Victor sigue sentado junto a la ventana cubierta por mantas.

Los residentes estuvieron despiertos hasta tarde, juntos, esperando a que el perro dejase de ladrar.

«Al final nos alcanzarán —dijo Don—. No hay razón para pensar lo contrario. Es el fin del mundo. Y si es por culpa de una criatura que nuestro cerebro es incapaz de concebir, pues nos lo merecemos. Siempre di por sentado que el fin sería cosa de nuestra propia estupidez.»

Al cabo, *Victor* dejó de ladrar.

En la cocina, Malorie hunde las manos en un cubo de agua. Don y Cheryl se acercaron al pozo esa mañana. Cada vez que llamaron a la puerta para tender a Felix otro cubo lleno a rebosar, a Malorie le dio un vuelco el corazón, con la esperanza, con la creencia de que se trataba de Tom.

Se lava la cara y pasa los dedos por el cabello enmarañado, sudoroso.

—Maldita sea —dice.

Está sola en la cocina. Contempla las mantas que cubren la única ventana que hay allí. Piensa en la infinidad de cosas terribles que podrían haber pasado.

«Jules ha matado a Tom. Vio a una criatura y arrastró a Tom hasta el río tirándole del pelo. Lo hundió bajo el agua hasta que se ahogó. O ambos vieron algo. En una casa. Se mataron. Sus cuerpos destrozados yacen en el suelo, en casa de un desconocido. Tal vez fue solo Tom quien vio algo. Jules intentó detenerle, pero Tom se escapó. Está

en algún lugar del bosque. Comiendo insectos. Comiendo corteza. Comiéndose su propia lengua.»

—¿Malorie?

Malorie da un respingo al tiempo que Olympia entra en la cocina.

—¿Qué?

—Estoy muy preocupada, Malorie. Dijo doce horas.

—Lo sé. Todos lo estamos.

Malorie extiende el brazo para apoyarlo en el hombro de Olympia y oye la voz de Don procedente del comedor.

—No estoy segura de que debemos dejarles entrar.

Malorie se dirige rápidamente al comedor.

—Por favor, Don, ¿cómo puedes decir eso? — pregunta Felix, que ya está allí.

—¿Qué crees que está pasando ahí fuera, Felix? ¿Crees que vivimos en un barrio agradable? Si hay alguien vivo, no habrá sobrevivido comportándose como una persona civilizada, tío.

¿Quién sabe? Igual Tom y Jules han acabado secuestrados. Igual ahora son rehenes. Sus captores podrían estar interrogándoles por nuestra comida. Nuestra comida.

—Que te jodan, Don —dice Felix—. Si vuelven pienso dejarles entrar.

—Si son ellos —dice Don—. Y si estamos seguros de que nadie los está encañonando al otro lado de la puerta.

—¡Queréis callaros, los dos! —exclama Cheryl, pasando junto a Malorie al entrar en el comedor.

—No hablas en serio, Don —dice Malorie.

Don se vuelve hacia ella.

—Pues claro que hablo en serio.

—¿No vas a dejarlos entrar? —pregunta Olympia, de pie junto a Malorie.

—Yo no he dicho eso —responde Don—. Digo que podría haber gente malvada ahí fuera. ¿Eso lo entiendes, Olympia? ¿O quieres que te haga un dibujo?

—Eres un capullo de mierda —dice Malorie.

Por un instante da la impresión de que Don podría tomarla con ella.

—No quiero discutir esto —dice Cheryl.

—Casi han pasado veinticuatro horas —dice Don con tono de reproche.

—¿Por qué no vas a ocuparte de... cualquier cosa? —sugiere Felix—. No haces más que empeorar la situación.

—Tenemos que empezar a pensar en un futuro sin ellos.

—Ha pasado un día —dice Felix.

—Sí, un día entero ahí fuera.

Don se sienta al piano. Por un instante da la impresión de que se dispone a ceder terreno. Pero entonces continúa.

—La buena noticia es que podremos estirar más nuestra despensa.

—¡Don! —lo regaña Malorie.

—Dentro de poco vas a dar a luz, Malorie. ¿No esperas sobrevivir?

—Podría matarte, Don —dice Cheryl.

Don se levanta del banco del piano. Está rojo de ira.

—Tom y Jules no volverán, Cheryl. Asúmelo. Y cuando vivas una semana más porque fuiste capaz de comer su parte de la comida y luego puedas comerte a *Victor* también, entonces quizá entiendas que ya no hay lugar para eso que llamas esperanza.

Cheryl da un paso hacia él. Tiene las manos crispadas en puños. El rostro a escasos centímetros del de Don.

Victor ladra desde el salón.

Felix se interpone entre Don y Cheryl. Don lo empuja. Cuando Malorie da un paso hacia ellos, Felix ha levantado el puño.

Se dispone a golpear a Don.

Arma el brazo para descargar el golpe.

En ese momento alguien llama a la puerta.

Malorie piensa concretamente en Don.

—Mamá —dice el niño—. La venda me hace daño.

—Toma un poco de agua del río. Con cuidado —le sugiere Malorie—. Humedece la zona que te duele. Pero sobre todo no te quites la venda.

Una vez, después de que los residentes hubiesen terminado de cenar, Malorie se sentó a solas con Olympia a la mesa del comedor. Hablaban sobre el marido de Olympia. Sobre cómo era. De cuánto deseaba tener hijos. Don entró en la estancia. No le importaba lo que Olympia estuviera diciendo.

—Tendríais que cegar a los bebes —espetó—. En cuanto deis a luz.

Era como si llevase tiempo pensándolo y hubiese tomado la decisión de transmitirles su opinión.

Se sentó con ellas a la mesa, dispuesto a explicarse. Olympia se encerró en sí misma, diciendo que era una locura. Aún peor, pensaba que era una crueldad.

Pero Malorie no estaba de acuerdo con ella. En parte entendía los argumentos de Don. Cada instante de su inminente maternidad se centraría en proteger la visión de su hijo. ¿Cuántas cosas más podría hacer si eliminaba ese problema de la ecuación? Los argumentos de Don perdieron fuerza cuando dijo que para Malorie constituía algo más que simple crueldad. Abría la puerta a un reino de aterradoras posibilidades, cosas que tal vez habría que hacer, acciones que podría verse obligada a llevar a cabo que nadie del viejo mundo habría estado preparado para afrontar. Y nunca logró quitarse del todo de la cabeza aquella sugerencia, por terrible que fuera.

—Mucho mejor, mamá —dice el niño.

—Shhh —dice Malorie—. Calla y escucha.

Cuando los niños tenían seis meses ya los

había puesto a dormir en sus cunas de malla de gallinero. Era de noche. El mundo que se extendía más allá de las ventanas y de las paredes permanecía en silencio. La casa estaba a oscuras.

En los primeros días con los bebés, Malorie escuchaba su respiración mientras dormían. Lo que en otras madres podía tratarse de un conmovedor instinto de vigilancia, en su caso constituía un estudio. ¿Sonaban sanos? ¿Ingerían suficientes nutrientes del agua del pozo y de la leche que les daba una madre que llevaba un año sin disfrutar de una comida decente? Nunca apartaba de su mente la salud de ambos. Su dieta. Su higiene. Y sus ojos.

«Tendríais que cegar a los bebés, en cuanto deis a luz.»

Sentada a la mesa de la cocina, Malorie comprendió con claridad que la idea no suponía tanto un dilema moral como que presentaba algo que no estaba segura de ser físicamente capaz de hacer. Vuelta hacia el pasillo, atenta a las

imperceptibles respiraciones, estaba convencida de que la idea de Don no era mala.

«Cada instante que pasas despierta, pendiente de que no miren fuera... Compruebas las vendas. Compruebas las cunas. No recordarán todo esto cuando sean mayores. No se acordarán de que hubo un tiempo en que fueron capaces de ver.»

Malorie es consciente de que los niños no se verían privados de nada en aquel nuevo mundo si no fuesen capaces de ver.

Una vez levantada, se dirigió hacia la puerta del sótano. Abajo, en el suelo de tierra, había una lata de disolvente. Había leído el texto de advertencia de la etiqueta y era consciente del peligro que entrañaba que la sustancia entrase en contacto con los ojos. Decía que una persona podía quedarse ciega si no se los lavaba en veinte segundos.

Malorie levantó el bote del asa y lo subió a la primera planta.

«Hazlo rápido. No enjuagues con agua.»

No eran más que unos bebés. ¿Acaso lo recordarían? ¿La temerían a partir de entonces, o todo aquello quedaría sepultado con el paso del tiempo bajo una montaña de ciegos recuerdos?

Malorie cruzó la cocina y entró en el oscuro vestíbulo que llevaba a su dormitorio.

Oyó la respiración de ambos procedente del interior.

Hizo una pausa en la puerta y contempló la negrura en la que dormían.

En ese momento se sintió capaz de hacerlo.

Malorie entró sin hacer ruido. Dejó la lata en el suelo y apartó la tela que cubría las cunas. Los niños no se movieron. El ritmo de su respiración mantuvo su constancia, como si disfrutaran de sueños agradables, lejos, muy lejos de las pesadillas que se les avecinaban.

Malorie se apresuró a retirar la malla de gallinero de la cuna de la niña. Se agachó con el recipiente en la mano.

El mundo se redujo a la respiración de la niña.

Malorie introdujo la mano en la cuna para levantar la cabeza del bebé. Retiró la venda de sus ojos. La niña rompió a llorar.

«Tiene los ojos abiertos —pensó Malorie—. Viértelo.»

Arrimó la cabeza de la niña al borde de la cuna y seguidamente acercó la lata abierta de disolvente a escasos centímetros de su cara sonrosada. A su espalda, el niño también se despertó y se puso a llorar.

—¡Basta! —exclamó Malorie, conteniendo las lágrimas—. No vais a querer ver este mundo.

Inclinó la lata un poco y sintió cómo el contenido se vertía sobre su mano antes de salpicar el suelo, a sus pies.

Al notarlo en la piel cobró conciencia de lo que se había propuesto hacer.

Y era incapaz de hacerlo.

Soltó la cabeza de la niña, que siguió llorando.

Al dejar el recipiente en el suelo, Malorie reculó lentamente del dormitorio. Los niños

siguieron llorando en la negrura.

Ya en el pasillo, Malorie pegó la espalda a la pared en busca de apoyo, y se llevó la mano a los labios antes de vomitar en el suelo.

—Mamá —dice ahora, en el río, el niño—, ¡ha funcionado!

—¿Qué es lo que ha funcionado? —quiere saber Malorie, arrancada de sus recuerdos.

—La venda ya no me roza.

—Basta de tanto hablar, niño —dice ella—. A menos que oigas algo.

Malorie llena de aire los pulmones, experimentando algo parecido a una intensa vergüenza. El dolor del hombro ha empeorado. El cansancio la tiene mareada. Un profunda desorientación encuentra un hueco en su interior. Tiene la sensación de que algo va a torcerse. Puede oír a los niños: él respira delante de ella, la niña juega a ciegas con las piezas de un rompecabezas en la parte trasera del bote. No están ciegos bajo las vendas. Y el día de hoy

podría acabar con la posibilidad de un mundo nuevo, un mundo en el que los niños verían cosas que nunca antes han visto.

Siempre y cuando pueda llevarlos allí.

Malorie oye movimiento al otro lado de la puerta. También oye jadeos. Algo que rasca la madera. Todos están en el vestíbulo. Felix acaba de hablar, de preguntar quién llama. En el instante que transcurre entre que pregunta y obtiene una respuesta, da la impresión de que cualquier cosa podría estar rascando la puerta.

«Criaturas», piensa.

Pero no hay criaturas en la puerta. Son Tom y Jules.

—¡Felix, soy Tom!

—¡Tom!

—Aún llevamos los cascos puestos. Pero no estamos solos. Hemos encontrado perros.

Felix, sudando, exhala toda la tensión contenida. A Malorie la invade una inmensa sensación de alivio.

Victor está ladrando. Sacude la cola. Jules lo

llama.

—Eh, compañero. ¡He vuelto!

—De acuerdo —dice Felix a los residentes situados en el interior de la casa—. Cerrad los ojos.

—Espera —dice Don.

—¿A qué? —pregunta Felix.

—¿Cómo sabemos que están solos? ¿Cómo sabemos que no los han seguido? ¿Quién sabe qué podría entrar con ellos aquí?

Felix titubea.

—¡Tom! ¿Estáis solos? ¿Vosotros dos y los perros?

—Sí.

—Eso no significa que sea cierto —advierte Don.

—Don. Si alguien quisiera entrar en la casa, podría hacerlo en cualquier momento. —Malorie se impacienta.

—Procuro asegurarme, Malorie.

—Lo sé.

—Yo también vivo aquí.

—Lo sé. Pero Tom y Jules están al otro lado de la puerta. Han logrado regresar. Tenemos que dejarlos entrar ahora mismo.

Don le sostiene la mirada. Luego agacha la vista al suelo del vestíbulo.

—Llegará un día en que lograréis que nos maten a todos —dice.

—Vamos a abrir la puerta, Don —le advierte ella, al ver que cede terreno.

—Sí. Lo sé. Qué importa lo que yo diga.

Don cierra los ojos. Malorie hace lo mismo.

—¿Todo listo, Tom? —pregunta Felix.

—Sí.

Malorie oye que la puerta principal se abre. Las pisadas de animales en el vestíbulo hacen que tengan la impresión de que ha entrado mucha gente a la vez.

La puerta principal se cierra de inmediato.

—Alcanzadme un palo de escoba —pide Felix.

Malorie oye los golpes en las paredes, el suelo y el techo.

—De acuerdo —dice Felix—. Todo listo.

El instante que media entre tomar la decisión de abrir los ojos y hacerlo finalmente es una de las cosas más aterradoras que existen en el nuevo mundo.

Malorie abre los ojos.

Se produce una explosión de color en el vestíbulo. Dos perros esquimales se mueven a su alrededor, olfateando el suelo, a las personas que no conocen, a *Victor*.

La emoción que invade a Malorie al ver el rostro de Tom es abrumadora. Pero no tiene buen aspecto. Parece exhausto. Sucio. Da la impresión de que ha pasado por cosas que Malorie no es capaz de imaginar.

Tiene algo en la mano. Es blanco. Una caja. Lo bastante grande para llevar un televisor portátil. Un sonido proviene de su interior. Una especie de cloqueo.

Olympia se arroja a Tom para abrazarlo, y este se ríe mientras intenta quitarse el casco. Jules se ha quitado el suyo y se arrodilla para abrazar a *Victor*. Cheryl está llorando.

La expresión de Don se caracteriza por una mezcla de asombro y vergüenza.

«Hemos estado a punto de pelearnos —piensa Malorie—. Tom lleva un día y medio fuera y casi nos hemos peleado.»

—Dios mío, pero ¡si ha resultado! —dice Felix, mirando con los ojos muy abiertos a las nuevas mascotas.

Malorie cruza la mirada con Tom. No tiene la chispa con la que dejó la casa.

«¿Qué les habrá pasado ahí fuera?»

—Huskis —dice Jules, abarcando con un gesto a los perros—. Son muy amistosos, pero les cuesta un poco entonarse.

Jules lanza un aullido de alivio.

«Como veteranos que regresan de una guerra. De dar la vuelta a la manzana», piensa Malorie.

—¿Qué llevas en la caja? —pregunta Cheryl.

Tom la levanta a la altura del pecho. Tiene la mirada extraviada, distante.

—En la caja, Cheryl, llevo a los pájaros — responde, abriendo un poco la tapa con la otra mano.

Los residentes se reúnen en círculo alrededor de la caja.

—¿A qué especie pertenecen? —pregunta Olympia.

Tom niega lentamente con la cabeza.

—No lo sabemos. Los encontramos en el garaje de una caseta. No tenemos ni idea de cómo han logrado sobrevivir. Suponemos que los dueños les dejaron comida en abundancia. Ya veis que no son precisamente silenciosos. Pero solo cuando estamos cerca. Lo hemos comprobado. Siempre que nos acercamos a la caja pían con fuerza.

—Entonces, ¿esa es nuestra comida? — pregunta Felix.

Tom esboza una sonrisa cansada.

—Más bien nuestro sistema de alarma.

—¿Sistema de alarma? —pregunta Felix.

—Dejaremos la caja fuera. Junto a la puerta principal. Podremos oírlos desde aquí.

«No es más que una pajarera», piensa Malorie. A pesar de ello, supone un avance.

Tom cierra lentamente la tapa.

—Tenéis que contárnoslo todo —dice Cheryl.

—Lo haremos. Pero vayamos al comedor. Nos encantaría sentarnos un rato —dice Tom.

Los residentes sonríen.

Excepto Don.

Don los había dado por muertos. Don contaba con repartirse sus raciones de comida.

En el vestíbulo, Tom deja la pajarera en el suelo, contra una pared. Luego los residentes se reúnen en el comedor. Felix sirve agua a Tom y Jules. Con los vasos llenos a rebosar, cuentan la historia de sus vivencias en el exterior.

En cuanto la puerta se cierra a su espalda, Tom siente más miedo del que creía que iba a tener.

Aquí, en el exterior, las criaturas están más cerca.

«Cuando salgamos a la calle y nos alejemos de la casa, ¿nos atacarán?», se pregunta.

Imagina unas manos frías que se cierran en torno a las suyas. Un corte en la garganta. El cuello roto. La mente destruida.

Pero Tom es muy consciente de que ninguna de las noticias hablaba de que las víctimas hubiesen sufrido ataques previos a su muerte.

Decide que esa es la forma de pensar. Sigue de pie en el porche delantero. Imbuir esa filosofía en su mente, buscar la raíz del asunto. Se permite respirar, lentamente. Cuando lo hace afloran otros sentimientos.

Por ejemplo, una desbocada y temeraria

sensación de libertad.

Tom ha salido desde que llegó a la casa. Ha ido en busca de agua al pozo tantas veces como los demás. Ha transportado la orina y las heces a las zanjas. Pero en esta ocasión es distinto. El aire es diferente. Justo antes de que Jules y él acordaran echar a andar, sienten la caricia de una brisa que se desliza por su cuello. Los codos. Los labios. Es una de las sensaciones más peculiares que ha tenido jamás. Tranquilizadora. Mientras las criaturas acechan detrás de todos los árboles y las señales de tráfico en su imaginación desbocada, el hecho de verse al aire libre le produce vértigo.

Aunque solo dure un instante.

—Jules, ¿estás preparado?

—Sí.

Como si fueran ciegos de verdad, utilizan los palos de escoba para tantear el suelo antes de pisarlo. Abandonan el porche. Un metro más allá, Tom repara en que ya no caminan por hormigón. Con el jardín a sus pies, es como si la casa

hubiese desaparecido. Se encuentra en alta mar. Vulnerable. Por un instante, ya no está seguro de ser capaz de seguir adelante.

Piensa en su hija.

«Robin. Voy a ver si encuentro unos perros que puedan ayudarnos.»

Eso está bien. Eso le ayuda.

El palo de escoba pasa sobre lo que debe de ser un bordillo, y Tom pone el pie en el asfalto de la calle. Aquí se detiene y se arrodilla. Busca a gatas la esquina del jardín delantero. La encuentra. A continuación saca una estaca de la bolsa de loneta y la hunde en el terreno.

—Jules —dice—. He marcado nuestro jardín. Quizá necesitemos ayuda para encontrar el camino de vuelta.

Cuando se levanta y se da la vuelta, Tom se da un fuerte golpe contra el capó de un coche.

—Tom, ¿te encuentras bien? —pregunta Jules.

Tom se envara.

—Sí —responde—. Creo que acabo de topar

con la furgoneta de Cheryl. He palpado los paneles de madera.

El ruido de los pasos y los golpes que da Jules con el palo de escoba sirven de guía a Tom para alejarse del vehículo.

En otras circunstancias, con el sol en los párpados, sin venda ni casco que lo oscurezca, Tom sabe que camina por un mundo que es parte melocotón parte naranja. Sus ojos cerrados verían colores cambiantes debido a las nubes, colores que los tejados y las copas de los árboles transformarían a su vez. Pero hoy tan solo lo ve en negro. Y en algún lugar de la negrura imagina a Robin, su hija. Menuda, inocente, brillante. Le anima a caminar, camina, papá, más lejos de la casa, hacia las cosas que podrían ayudar a quienes permanecen en su interior.

—¡Mierda! —maldice Jules.

Tom oye cómo se aleja en dirección a la calle.

—¡Jules!

Tom se queda inmóvil.

—¿Qué ha pasado, Jules?

—He tropezado con algo. ¿Tú también? Parece una maleta.

Utiliza el palo de escoba para trazar un amplio arco. El extremo roza un objeto. Tom camina paso a paso hacia él. Deja la escoba a su lado, sobre el ardiente hormigón, y usa ambas manos para tantear lo que sea que está tirado en mitad de la acera. No tarda en averiguar de qué se trata.

—Es un cadáver, Jules.

Tom puede oír cómo Jules se levanta.

—Una mujer, creo —dice Tom, que aparta rápidamente las manos del rostro del cadáver.

Se levanta y ambos continúan.

Todo se antoja demasiado apresurado. Todo se mueve a pasos de gigante. En el viejo mundo, hubiesen tardado horas en procesar el descubrimiento de un cadáver en la calle.

A pesar de todo, siguen adelante.

Cruzan un jardín hasta alcanzar unos arbustos. Tras los arbustos encuentran una vivienda.

—Aquí, aquí —dice Jules—. Una ventana. Estoy tocando el cristal de una ventana.

Siguiendo su voz, Tom se reúne con Jules en la ventana. Tantean el ladrillo de la casa hasta alcanzar la puerta principal. Jules llama a la puerta. Dice hola. Llama de nuevo. Esperan. Tom habla. Le preocupa que en aquel mundo de silencio su voz baste para atraer algo. Pero no ve otra elección. Explica a los posibles habitantes que no pretenden hacer daño a nadie, que solo buscan comida, cualquier cosa que pueda serles de ayuda. Jules llama de nuevo. Esperan otra vez. No hay movimiento en el interior.

—Vamos a entrar —dice Jules.

—Vale.

Caminan de vuelta a la ventana. Tom saca de la bolsa de loneta una toalla pequeña que se enrolla en torno al puño. Luego descarga un puñetazo en el cristal. A su paso no encuentra una manta. Ni cartón. Ni madera. Sabe que eso significa que quien fuera que habitaba la casa lo hizo sin

protección.

«Quizá se marcharon de la ciudad antes de que la cosa empeorase. Puede que estén a salvo en alguna parte.»

Tom llama de nuevo a los posibles habitantes de la casa a través de la ventana rota.

—¿Hay alguien?

Tras no obtener respuesta, Jules retira los cristales de la ventana. Luego ayuda a Tom a atravesarla. Una vez dentro, Tom vuelca algo que cae con un fuerte golpe seco. Jules atraviesa la ventana tras él.

Ambos oyen notas musicales, de piano, en la habitación donde están.

Tom empuña el palo de escoba para defenderse.

—¡He sido yo, Tom! —dice Jules—. Lo siento, he tocado sin querer el piano con la escoba.

El corazón de Tom late con fuerza. Ambos permanecen callados mientras se tranquilizan.

—Aquí no podemos abrir los ojos —dice

Jules en voz baja.

—Lo sé —dice Tom—. Sopla una corriente de aire. Debe de haber otra ventana abierta.

Quiere abrir los ojos, pero la casa no es un lugar seguro.

—Pero aquí estamos —dice Tom—. A ver qué encontramos que pueda servirnos.

Pero en la mayor parte de la planta baja no encuentran nada útil. Registran los armarios de la cocina. Tom palpa un estante hasta encontrar pilas. Velas pequeñas. Bolígrafos. A medida que introduce estos objetos en la bolsa de loneta anuncia sus hallazgos a Jules.

—Vamos a otra —dice Tom.

—¿No quieres subir?

—No me gusta este lugar. Y si hubiese comida estaría aquí abajo.

Sirviéndose de los palos de escoba encuentran la puerta principal, la abren y salen de la vivienda. No caminan de vuelta a la calle. En lugar de ello, cruzan el jardín hasta la casa del vecino, un

edificio más allá respecto de la casa de la que han partido.

Ya en el porche llevan a cabo el mismo ritual. Llaman. Anuncian su presencia. Esperan. Cuando no oyen movimiento dentro, rompen una ventana. Jules se encarga de ello en esta ocasión.

Al principio entra en contacto con una especie de protección blanda. Cree que se trata de cartón.

—Podría haber alguien ahí dentro —susurra.

Esperan una respuesta tras el ruido que han hecho, pero no se produce ninguna. Tom llama de nuevo la atención de posibles residentes. Se presenta como un vecino. Dice que están buscando animales y que pueden ofrecer cobijo a cambio. No recibe respuesta. Jules aparta los cristales rotos y ayuda a Tom a franquear la ventana.

Una vez dentro apartan el cartón.

Utilizan las escobas para comprobar la geografía interior. Tardan horas en hacerlo. Se mueven espalda contra espalda, trazando arcos con los palos de escoba. Tom marca la pauta y Jules

obedece. Cuando han terminado, convencidos de que la casa está vacía, las ventanas cubiertas y todas las puertas cerradas, Tom anuncia que la casa es segura.

Ambos saben qué deben hacer a continuación.

Van a quitarse el casco y las vendas, van a abrir los ojos. Hace meses que ninguno de ellos ha visto nada más que el interior de su propia vivienda.

Jules se adelanta. Tom le oye desatarse el casco. Él imita su ejemplo. Después de deslizar la venda hasta la raíz del pelo, Tom se da la vuelta con los ojos cerrados hacia Jules.

—¿Preparado?

—Listo.

Abren los ojos.

Una vez, de niño, Tom y un amigo se colaron en casa de un vecino a través de una puerta trasera que encontraron abierta. No tenían plan ni intenciones concretas. Tan solo querían comprobar si eran capaces de hacerlo. Pero tuvieron su

merecido, más de lo que habían esperado, cuando, escondidos en la despensa, tuvieron que esperar a que la familia terminase de cenar. Cuando se vieron de nuevo fuera, su amigo le preguntó cómo se había sentido.

—Sucio —respondió entonces.

Y allí, en el interior de la casa de un extraño, con los ojos abiertos, experimenta exactamente la misma sensación.

No se trata de su propia casa. Pero ahí están. Esas no son sus cosas. Pero podrían serlo. Allí vivía una familia. Tenían un hijo. Tom reconoce uno o dos juguetes. Una foto le revela que se trataba de un niño. El pelo rubio y la sonrisa juvenil le recuerdan a Robin. En cierto modo, todas las cosas con las que se ha topado Tom desde la muerte de Robin le han recordado a ella. Y el hecho de verse allí, en la casa de un extraño, hace que Tom imagine cómo vivieron. El chaval contando a sus padres lo que había oído en la escuela. El padre leyendo las primeras noticias

publicadas en el periódico. La madre advirtiendo al niño que no jugara en el jardín. Todos ellos, juntos en el sofá, mirando las noticias, asustados, mientras el padre extiende el brazo sobre el regazo de su hijo para tomar la mano de su madre.

«Robin.»

No hay indicios de que tuvieran mascota. No encontraron ningún juguete mordisqueado. Ni la caja llena de arena de un gato. No olía a perro. Pero es la ausencia de gente lo que da que pensar a Tom.

—Tú comprueba la primera planta, que yo me encargo de esta —propone Jules.

—Vale.

Al pie de la escalera, Tom levanta la vista. Saca la venda del bolsillo para atarla de nuevo alrededor de los ojos. A pesar de haber registrado la casa, Tom es incapaz de subir la escalera con los ojos abiertos.

¿La habrán registrado bien?

Utiliza la escoba para guiarse. Roza con los

hombros las fotografías enmarcadas que cuelgan de la pared. Piensa en la foto de George, colgada de la pared de casa. La punta de la bota tropieza con el escalón y da un traspié. Cae sobre las palmas de las manos en la moqueta. Se levanta. Más escaleras. Tantas que parece increíble, tantas que tendría que haber atravesado el tejado de la vivienda.

Finalmente, el extremo de la escoba revela que ha alcanzado la primera planta. Esta vez, sin embargo, tropieza con el palo y se precipita con el hombro por delante sobre una pared. Allí arriba reina el silencio. Se arrodilla y deja la escoba a un lado. Luego deja en el suelo la bolsa de loneta y abre la cremallera en busca de la linterna, que encuentra. Se levanta de nuevo y utiliza la escoba para guiarse. Gira a la derecha y se golpea la muñeca con algo frío y duro. Hace una pausa para palparlo. Es cristal, piensa. Una jarra o un jarrón. Algo huele mal. No lo había olido antes. Palpa una pila de crujientes hojas secas. Tantea lentamente

los tallos y repara en que se trata de flores. Rosas, tal vez. Flores secas. Gira de nuevo a la izquierda. Olvida el olor a rosas muertas cuando se enfrenta a algo mucho más fuerte.

Se detiene en el pasillo. ¿Cómo pudieron pasar por alto semejante olor?

—¿Hola?

No hay respuesta. Tom se tapa la nariz y la boca con la mano libre. El hedor es insoportable. Continúa caminando por el pasillo. Cuando llega a una puerta situada a su derecha, Tom entra en la estancia. Se trata del cuarto de baño. Los golpes de escoba resuenan en las baldosas. Hay un olor a humedad, a moho, en el ambiente. Cañerías estancadas. Tantea la cortina de la ducha y comprueba la bañera con la escoba. Encuentra el armario de los medicamentos. Hay frascos de pastillas. Tom los guarda en los bolsillos. Se arrodilla para inspeccionar los cajones y estantes que hay bajo la pila. Oye algo a su espalda y se da la vuelta.

Se encuentra ante la bañera.

«Acabas de comprobarla. Ahí no hay nada.»

Apoya una mano en el borde de la pila. Con la otra levanta lentamente la escoba. La extiende ante él, vendado.

—¿Hay alguien aquí conmigo?

Da medio paso al frente, hacia la bañera.

Traza un arco la escoba una vez, dos.

Se le revuelve el estómago. Ese olor.

Tom se arroja hacia delante, blandiendo a lo loco la escoba sobre la bañera. Comprueba el techo. Luego, retrocediendo de nuevo, suelta la escoba en el suelo del cuarto de baño, donde topa con algo y hace el mismo sonido que oyó cuando se arrodilló para abrir los compartimentos del armario del baño.

Encuentra el frasco de plástico. Está vacío.

Tom exhala un suspiro.

Sale del cuarto y sigue andando por el pasillo. Llega junto a otra puerta que encuentra cerrada. Oye a Jules moviéndose abajo. Tom llena de aire

los pulmones y abre la puerta. Ahí dentro hace frío. La escoba le informa de que hay algo delante de él. Lo tantea y descubre un colchón. Es una cama pequeña. Sin abrir los ojos sabe que se trata del cuarto del niño. Cierra la puerta y registra de arriba abajo la estancia, antes de abrir los ojos.

Luego se quita la venda y los abre.

Hay banderines colgados de la pared. Pertenecen a equipos locales. Uno es del parque zoológico. La funda del edredón muestra un estampado de vehículos de fórmula uno. El ambiente está cargado. Sin usar. Guarda la linterna en la bolsa porque hay corriente eléctrica. Un breve registro revela que no hay nada de interés allí. Piensa en el dormitorio de Robin.

Antes de salir, cierra de nuevo los ojos.

Cuando sigue por el vestíbulo el olor se vuelve insoportable. Es incapaz de caminar sin cubrirse la boca. Al final del corredor topa con una pared. Al darse la vuelta, la escoba topa con una puerta a su espalda. Tom permanece inmóvil cuando la puerta

se cierra lentamente.

«¿Comprobasteis esta habitación? ¿Lo hicisteis?»

—¿Hola?

No hay respuesta. Tom entra lentamente. Enciende la luz y busca paredes y ventanas. Localiza un par. Ambas están reforzadas con paneles de madera. La habitación es espaciosa.

«Es el dormitorio principal.»

Cruza la estancia. El olor es tan fuerte allí que es como una presencia física, como si pudiera tocarlo. El palo de la escoba lo lleva hasta lo que parece ser un vestidor. Ropa. Abrigos. Se plantea la posibilidad de llevárselos. Piensa en el invierno que no tardarán en afrontar.

Se da la vuelta y descubre otra puerta, más pequeña. Un segundo cuarto de baño. Comprueba de nuevo el armario de los medicamentos, así como los cajones. Más frascos. Pasta de dientes. Cepillos. Busca una ventana. La encuentra. Cubierta de madera. Se guía con la escoba fuera

del cuarto de baño. Cierra la puerta al salir.

Tom cree haber comprobado las ventanas, cree estar a salvo. De pie junto al vestidor, abre los ojos.

Hay un niño sentado en la cama, mirándole.

Tom cierra los ojos.

¿Es ese el aspecto que tienen las criaturas?

«¡No estabas a salvo! ¡No estabas a salvo!»

Su corazón late con fuerza. ¿Qué es lo que ha visto? Un rostro. ¿Viejo? No, era joven. ¿Joven? Pero descompuesto. Quiere avisar a Jules. Pero cuanto más cierra los ojos, más clara se vuelve la imagen.

Era el niño. Lo sabe por las fotos que ha visto abajo.

Abre de nuevo los ojos.

El niño lleva puesto un traje. Con la cabeza recostada en una cabecera oscura, vuelve el rostro hacia Tom con una postura antinatural. Tiene los ojos abiertos. Le cuelga la mandíbula inferior. Se coge las manos sobre el regazo.

«Te moriste de hambre aquí —piensa Tom—. En el dormitorio de tus padres.»

Da un paso hacia él con la boca y la nariz tapadas. Tom lo compara con la imagen de las fotografías. El muchacho parece momificado. Encogido.

«¿Cuánto llevas muerto? ¿Cuán cerca estuve de sacarte de aquí?»

Mira a los ojos muertos del niño.

«Robin —piensa—. Lo siento.»

—¡Tom! —grita Jules desde abajo.

Tom se vuelve hacia la salida.

Cruza el dormitorio y accede al pasillo.

—¡Jules! ¿Todo bien?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Rápido, ven! He encontrado un perro.

Tom se siente indeciso. Su parte paternal no quiere abandonar al niño. Robin yace en una tumba tras la casa que abandonó hace mucho tiempo.

—Si llego a saber que estabas aquí, habría venido antes —dice Tom, volviéndose hacia el

dormitorio.

A continuación se da la vuelta y corre hacia la escalera.

«Jules ha encontrado un perro.»

Se reúne con Jules al pie de la escalera. Antes de que Tom tenga ocasión de hablarle del niño, Jules recorre la cocina mientras habla sobre su hallazgo. En el acceso a la escalera del sótano, Jules señala y pide a Tom que mire. Con atención.

Al pie de la escalera, tumbados de espaldas, están los padres. Van vestidos de domingo. La ropa desgarrada a la altura de los hombros. En el pecho de la madre hay un trozo de papel. Alguien ha escrito con rotulador «DeScaNsen pAZ».

—Acabo de encontrar al niño que ha escrito eso —dice Tom—. El niño que los arrastró hasta ahí.

—Debieron de morir de hambre —dice Jules—. Aquí no hay comida. No tengo ni idea cómo se las ha apañado para sobrevivir.

Jules señala más allá de los padres. Tom se

agacha y ve a un perro esquimal sentado entre los abrigo de piel que cuelgan de un perchero con ruedas.

Está esquelético. Tom piensa que se ha alimentado de los padres fallecidos.

Jules saca un poco de carne de la bolsa de loneta, parte un trozo y se la arroja al perro. Al principio, el can asoma lentamente. Entonces la devora.

—¿Es amistoso? —pregunta Tom.

—He descubierto que un perro no tarda en hacerse amigo de quien le da de comer —dice Jules.

Seguidamente le arroja un poco más de carne escalera abajo, mientras pronuncia algunas palabras de ánimo.

Pero el perro les da trabajo y necesitan tiempo.

Ambos pasan el resto del día en la casa. Con la carne, Jules forja poco a poco un vínculo. Mientras, Tom registra los mismos lugares que Jules ha registrado. Hay poca cosa que ambos no

tengan ya en casa. No encuentra un listín telefónico. Ni comida.

Jules, que conoce a los perros mucho mejor que Tom, le dice que aún no es hora de marcharse. Que el perro se muestra demasiado errático, que aún no confía en él.

Tom piensa en las doce horas que dio de margen a los residentes para su regreso. El reloj hace tictac.

Finalmente, Jules informa a Tom de que cree que el perro está listo para abandonar la casa.

—Entonces vámonos —dice Tom—. Tendremos que seguir trabajando con él por el camino. No podemos dormir aquí, con este olor a muerte.

Jules está de acuerdo. Pero necesita varios intentos para poner la correa al perro. Transcurre más tiempo. Cuando Jules por fin lo logra, Tom ha decidido olvidarse del plazo de las doce horas; una tarde les ha valido un perro, ¿quién sabe lo que obtendrán al día siguiente?

Pero el reloj sigue haciendo tictac.

En el vestíbulo de la casa, se atan las vendas y vuelven a ponerse el casco. Luego Tom abre la puerta principal y salen de la vivienda. Tom recurre al palo de escoba, pero Jules se sirve del perro. El husky jadea.

Al cruzar de nuevo el jardín, al alejarse aún más de Malorie, Don, Cheryl, Felix y Olympia, llegan a otra casa.

Tom espera que sea esa donde pasen la noche. Si las ventanas están cubiertas, si el registro le da confianza y si no los recibe el olor a muerte.

El dolor que Malorie siente en el hombro es tan preciso, tan detallado, que puede visualizar mentalmente su trazado. Puede verlo moverse al compás del movimiento de su hombro. No es un dolor intenso como cuando estalló. Ahora es profundo, sordo, vibrante. Los colores apagados del deterioro, en lugar de las tonalidades explosivas del impacto. Imagina qué aspecto debe de tener el fondo de la embarcación. Orina. Agua. Sangre. Los niños preguntaron si se encontraba bien. Ella respondió que sí. Pero saben cuándo les miente. Malorie los ha adiestrado de manera que las palabras no sean necesarias.

En ese momento no llora, pero lo ha hecho. Lágrimas silenciosas tras la venda. Silenciosas para ella. Pero los niños son capaces de arrancar sonidos del silencio.

«De acuerdo, niños. Cerrad los ojos», decía,

sentada a la mesa de la cocina.

Lo hacían.

«¿Qué estoy haciendo?»

«Sonreír.»

«Muy bien, niña. ¿Cómo lo sabes?»

«Tu respiración es distinta cuando sonríes, mamá.»

Y al día siguiente lo hacían de nuevo.

«¡Mamá, estás llorando!»

«Muy bien. ¿Y por qué lloro?»

«Porque estás triste.»

«Ese no es el único motivo.»

«¡Tienes miedo!»

«Muy bien. Probemos otra cosa.»

Ahora el agua se enfría. Malorie nota las salpicaduras con cada agotador golpe de remo.

—Mamá —dice el niño.

—¿Qué?

El sonido de su voz la pone en alerta de inmediato.

—¿Estás bien?

—Ya me lo has preguntado.

—Pero no sueñas bien.

—He dicho que estoy bien. Eso significa que lo estoy. No me llesves la contraria.

—Pero ¡respiras de manera distinta! — protesta la niña.

Y lo hace. Sabe que es así. Respira con dificultad.

—Es porque estoy remando —miente.

¿Cuántas veces se había cuestionado su deber de madre mientras adiestraba a los niños para convertirlos en máquinas auditivas? Para Malorie, observar sus progresos era a veces horroroso. Era como si la hubiesen dejado al cuidado de dos niños mutantes. Dos monstruillos. Seres que por sus propios medios habían aprendido a oír una sonrisa. Capaces de determinar si tenía miedo antes de que ella misma fuese consciente de ello.

La herida del hombro es grave. Malorie lleva años temiendo sufrir una herida de esa magnitud. Hubo otros percances. Momentos en que se libró

por los pelos. Caer por la escalera del sótano cuando los niños apenas habían cumplido dos años. Tropezar cuando llevaba un cubo de agua de vuelta del pozo, y golpearse la cabeza con una roca. Una vez pensó que se había fracturado la muñeca. Un diente partido. Le cuesta recordar qué aspecto tuvieron sus piernas cuando no las tenía cubiertas de moretones. Y ahora tiene la sensación de tener la piel del hombro separada del cuerpo. Quiere detener el bote. Quiere buscar un hospital. Correr por las calles, gritando «¡necesito un médico, necesito un médico, necesito un médico o moriré y sin mí los niños morirán!».

—Mamá —dice la niña.

—¿Qué pasa?

—Vamos en dirección contraria.

—¿Qué?

A medida que el cansancio ha ido haciendo mella, ha pasado a sobrecargar el brazo sano. Por tanto está remando contracorriente y ni siquiera se ha dado cuenta.

De pronto siente la mano del niño sobre la suya. Malorie da un respingo, pero no tarda en comprender. Los dedos de él sobre los suyos, se mueve, con ella, como si girase la manivela del pozo.

En todo ese mundo frío, doloroso, el niño, consciente de su lucha, la ayuda a remar.

El husky lame la mano de Tom. Jules ronca a su izquierda, en el suelo enmoquetado del salón. A su espalda hay una silenciosa y gigantesca televisión en una plataforma de roble. Hay cajas repletas de discos que descansan contra la pared. Lámparas. Un sofá tapizado a cuadros. Un hogar de piedra. Un cuadro enorme, que muestra una playa, llena el espacio sobre la repisa de la chimenea. Tom cree que se trata de la parte norte de Michigan. Sobre él cuelga un polvoriento ventilador cenital.

El perro le lame la mano porque Jules y él se dieron un festín la noche anterior a base de patatas fritas.

La casa había resultado algo más provechosa que la última. Los hombres encontraron algunas conservas, papel, dos pares de botas de tamaño infantil, dos chaquetas pequeñas y un resistente cubo de plástico, antes de quedarse dormidos.

Pero no había listín telefónico. En una época en la que todo el mundo lleva un móvil en el bolsillo, el listín telefónico ha pasado a mejor vida.

Existen indicios que apuntan a que los residentes originales de la casa abandonaron de forma deliberada la ciudad. Hay notas sobre cómo llegar a una modesta población situada en la frontera mexicana con Texas. Un manual de supervivencia en situaciones de crisis con partes del texto subrayadas con bolígrafo. Largas listas de suministros entre los que se incluyen gasolina y piezas de recambio para coche. Unos recibos informaron a Tom de la compra de diez linternas, tres sacos de dormir, un generador, una ballesta, aceite para cocinar, gasolina y leña. Mientras el perro le lame la mano, Tom piensa en Texas.

—Pesadillas —dice Jules.

Tom se vuelve y encuentra a su amigo despierto.

—He soñado que no encontrábamos el camino de vuelta a la casa —continúa Jules—. No volvía

a ver a *Victor*.

—No te olvides de la estaca que clavamos en un extremo del jardín —dice Tom.

—No la he olvidado —dice Jules—. He soñado que alguien la había quitado.

Jules se incorpora y los hombres disfrutan de un desayuno compuesto por nueces. Al husky le dan una lata de atún.

—Crucemos la calle —propone Tom.

Jules se muestra de acuerdo. Los hombres recogen sus cosas y se marchan pronto.

Una vez fuera, la hierba cede paso al hormigón. Vuelven a estar en la calle. El sol cae con fuerza. La brisa sienta bien. Tom se dispone a decir eso en voz alta cuando Jules pregunta:

—¿Qué es esto?

Tom se vuelve hacia su voz, a ciegas.

—¿El qué?

—Es un poste, Tom. Parece el... Creo que esto es una tienda.

—¿En plena calle?

—Sí. En mitad de nuestra calle.

Tom se acerca a Jules. Las cerdas de la escoba alcanzan algo que suena metálico. Con cautela, tantea la negrura y palpa lo que Jules ha encontrado.

—No entiendo —dice Tom.

Tom deja la escoba en el suelo y se sirve de ambas manos para tantear sobre su cabeza, sobre la base de la lona. Le recuerda una feria callejera a la que en una ocasión llevó a su hija. Las carreteras estaban bloqueadas por conos de color naranja. Cientos de artistas vendían pinturas, esculturas, ilustraciones. Las obras estaban expuestas unas junto a otras, tantas que era imposible contarlas. Los artistas las vendían bajo tiendas de lona.

Tom entra en la tienda y, con la escoba, traza un amplio arco en el aire, sobre él. Allí no hay nada, excepto los cuatro palos que la sostienen.

«Militar», piensa Tom. La imagen dista mucho de parecerse a la imagen mental de una feria

callejera.

De niño, la madre de Tom presumía de él ante sus amistades. Decía que su hijo era incapaz de «quedarse de brazos cruzados ante un problema». «Intenta desentrañarlo —decía—. No hay una sola cosa en toda la casa que no le interese.» Tom recuerda haber observado la expresión de las madres de sus amigos, las sonrisas que esbozaban al oírle decir esas cosas. «¿Juguetes?», preguntaba su madre retóricamente. «Tom no necesita juguetes. Una rama es un juguete para él. Los cables que hay tras el reproductor de video son juguetes. Cómo funcionan las ventanas.» Durante toda la vida lo habían descrito así. «La clase de tipo empeñado en saber cómo funcionan las cosas. Pregunta a Tom. Si él no lo sabe, lo descubrirá. Capaz de arreglarlo todo. Todo.» Para Tom ese comportamiento no era tan extraordinario. Hasta que tuvo a Robin. Entonces le superó la fascinación del niño con las maquinaciones de las cosas. Pero allí, bajo la tienda, Tom es incapaz de

distinguir si es como un niño que desea averiguar cómo se sustenta la tienda, o como el padre que le aconseja apartarse de ahí.

La examina a ciegas durante varios minutos.

—Quizá podríamos intentarlo —dice Tom a Jules, pero Jules ya lo llama desde la distancia.

Tom cruza la calle. Sigue la voz de Jules hasta que ambos se reúnen en otro jardín.

La primera casa que encuentran está abierta. Acuerdan no abrir los ojos dentro y entran.

Hay corriente en el interior. Saben que las ventanas están abiertas antes de comprobarlo. Gracias a la escoba, Tom no tarda en comprobar que la estancia está llena de cajas. Piensa que los dueños de la casa se disponían a marcharse.

—Mira esto, Jules —dice Tom—. Voy a adentrarme más.

Ya llevan veinticuatro horas fuera de su propia casa.

Ahora, con la moqueta bajo sus pies, camina lentamente a través de la casa de un extraño. Un

sofá. Una silla. Un televisor. Apenas oye a Jules y al husky. El viento sopla a través de las ventanas abiertas. Tom palpa la superficie de una mesa hasta que los dedos se detienen en algo.

«Un cuenco», piensa.

Cuando lo levanta oye algo que cae en la superficie de la mesa. Tantea y encuentra algo, una especie de utensilio que no esperaba.

Es como una cuchara de helado, pero más pequeña.

Tom desliza el dedo por la cuchara. Está impregnada de una sustancia densa.

Siente un escalofrío. No es helado. En una ocasión, Tom tocó algo parecido.

«En el borde de la bañera. Junto a su muñequita. La sangre se parece mucho a esto. Densa. Muerta. La sangre de Robin.»

Sin dejar de temblar, se acerca el cuenco al pecho y deja la cuchara. Desliza los dedos lentamente por la curva de cerámica del cuenco, hasta tocar algo que descansa en la base. Ahoga un

grito y suelta el cuenco en la alfombra.

—¿Tom?

Tom tarda en responder. Lo que acaba de tocar. Una vez también tocó algo así.

Robin se lo había llevado a casa. De la escuela, de la clase de ciencia. Lo conservó en una lata de café abierta llena de calderilla. Tom lo encontró cuando Robin estaba en la escuela. Cuando se puso a buscar por toda la casa qué era lo que despedía aquel olor.

Supo que lo había encontrado cuando, justo dentro del borde de la lata, sobre la montaña de monedas, vio una pelota pequeña y descolorida. El instinto le llevó a cogerla. La aplastó con los dedos.

Era el ojo de un cerdo. Diseccionado. Robin mencionó haberlo hecho en clase.

——¿Tom? ¿Qué ha pasado aquí?

«Jules te está llamando. Responde.»

—¿Tom?

—¡Todo bien, Jules! Se me ha caído algo.

Retrocede, quiere abandonar esa habitación.
Roza algo con la mano.

También conoce esa sensación.

«Eso era un hombro —piensa—. Hay un cadáver sentado a una silla en esta mesa.»

Tom lo imagina. Sentado. Sin ojos.

Al principio es incapaz de moverse. Encara el lugar donde supone que se encuentra el cadáver.

Sale apresuradamente de la habitación.

—Jules, vámonos de aquí —dice.

—¿Qué ha pasado?

Tom se lo cuenta. En cuestión de minutos han salido de la casa. Han decidido desandar el camino hasta su propio hogar. Basta con un perro. Entre la tienda y lo que Tom ha encontrado en el cuenco, ninguno de ellos quiere seguir allí.

Cruzan un jardín. Luego el camino que lleva a una casa. Otro camino a continuación. El perro tira de Jules. Tom hace un esfuerzo por mantener el ritmo. Tiene la sensación de estar perdiéndose en la oscuridad de su venda. Llama a Jules.

—¡Estoy aquí! —responde Jules.

Tom sigue su voz. Lo alcanza.

—Tom —dice Jules—. El perro se ha empeñado en arrastrarme a este garaje.

Aún tiembla tras su descubrimiento en la casa, y sigue asustado, mucho, por la insensatez de la tienda en la calle, lo cual le lleva a decir que tendrían que seguir adelante. Pero Jules quiere saber qué tiene tan interesado al perro.

—Es un garaje independiente —dice Jules—. Se comporta como si hubiese algo vivo ahí.

Encuentran cerrada una puerta lateral. Solo hay una ventana, que Jules rompe. Dice a Tom que está protegida. Cartón. El acceso no es muy amplio, pero uno de los dos tendría que atravesarlo. Jules se presta voluntario. Tom dice que él también lo hará. Atan al perro a una cañería y ambos se introducen por la ventana.

Una vez dentro, algo les gruñe.

Tom se da la vuelta hacia la ventana. Jules lo llama.

—¡Creo que es otro perro!

Tom también lo cree. Su corazón late con fuerza. «Demasiada», piensa. Tiene una mano en el marco de la ventana, dispuesto a impulsarse para salir.

—No puedo creerlo —dice Jules.

—¿Qué pasa?

—Es otro husky.

—Anda ya. ¿Y cómo lo sabes?

—Porque le estoy tocando la cara.

Tom salta desde la ventana. Oye comer al perro. Jules le está dando de comer.

Entonces, junto al hombro de Tom, se produce otro sonido.

Al principio parece la risa de unos niños. Luego una canción.

Sigue a continuación un inconfundible gorjeo.

«Pájaros.»

Tom retrocede un poco. Los gorjeos pierden intensidad. Vuelve a acercarse. Cobran fuerza.

«Claro», piensa Tom, sintiendo la emoción que

había esperado sentir cuando el día anterior habían abandonado la casa.

Mientras Jules habla en voz baja al perro, Tom se acerca a los pájaros hasta que el trino se vuelve insoportable. Palpa el estante.

—Tom —dice Jules en la oscuridad—. Ten cuidado...

—Están en una caja —dice Tom.

—¿Qué?

—De pequeño tenía un amigo cuyo padre era cazador. Sus pájaros hacían el mismo ruido. Se vuelven más ruidosos a medida que te acercas a ellos.

Tom tiene las manos en la caja.

Está pensando.

—Jules —dice—, volvamos.

—Quiero pasar más tiempo con el perro.

—Tendrás que hacerlo en casa. Podemos encerrarlos en una habitación si surge algún problema. Pero hemos encontrado lo que salimos a buscar. Volvamos a casa.

Jules pone la correa al segundo husky. Este no le da tanto trabajo. Cuando salen del garaje por la puerta lateral, Jules pregunta a Tom si piensa llevarse los pájaros.

—Sí. Tengo una idea.

Una vez fuera, recuperan al primer husky y se dirigen de vuelta a casa. Jules camina con el segundo perro. Tom con el primero. Lentamente cruzan jardines, y después los caminos de asfalto hasta alcanzar la marca que había dejado el día antes.

En el porche delantero, antes de llamar a la puerta, Tom oye a los residentes discutir dentro. Luego cree oír algo que proviene de la calle, a su espalda.

Se da la vuelta.

Espera.

Se pregunta cuán cerca está la tienda respecto al lugar donde se encuentra.

Llama a la puerta.

Dentro cesa la discusión. Felix lo llama. Tom

responde.

—¡Felix, soy Tom!

«Vas a tener que abrir los ojos...»

—Tienes que comer, niña —logra decir Malorie, cuya voz carece de fuerza.

El niño ha comido nueces de la bolsita. La niña se niega.

—Si no comes voy a detener el bote y dejarte en la orilla —dice Malorie entre mohines de dolor.

Malorie siente la mano de la niña en la espalda. Deja de remar y saca unas nueces para que coma. Ese gesto tan sencillo le causa dolor.

Pero por encima del dolor flota un pensamiento. Una verdad que Malorie no quiere afrontar.

Sí, el mundo que se extiende tras la venda es de un gris sucio. Sí, le preocupa la posibilidad de perder la conciencia en el momento menos pensado. Pero una realidad mucho más oscura se

perfila a través de la miríada de temores y problemas, sinuosa y aguda. Flota, luego queda suspendida, finalmente cae en la línea del frente de su imaginación.

Es algo que lleva toda la mañana protegiendo, ocultando, del resto de sí misma.

Pero hace años que constituye el epicentro de su proceso de toma de decisiones.

«Te dices que has esperado cuatro años porque temías perder la casa para siempre. Te dices que has esperado cuatro años porque querías adiestrar antes a los niños. Pero ni una cosa ni la otra son ciertas. Esperaste cuatro años porque aquí, en este viaje, en este río, donde acechan los locos y los lobos, donde las criaturas podrían estar cerca, en este día tendrás que hacer algo que no has hecho en el exterior desde hace más de cuatro años. Hoy vas a tener que abrir los ojos. Fuera.»

Es cierto. Lo sabe. Hace una eternidad que lo sabe. ¿Qué resulta más aterrador? ¿La posibilidad de encontrar a una criatura en su línea de visión?

¿O la insondable paleta de colores que explotará ante sus ojos nada más abrirlos?

«¿Qué aspecto tendrá ahora el mundo? ¿Serás capaz de reconocerlo?»

¿Es gris? ¿Habrán enloquecido los árboles? ¿Las flores, los juncos, el cielo? ¿Habrá enloquecido todo el mundo? ¿Se pelea consigo mismo? ¿Reniega la tierra de sus propios océanos? El viento sopla con más fuerza. ¿Ha visto algo? ¿Habrá perdido también el viento la razón?

«Piensa —le habría dicho Tom—. Lo estás haciendo. Estás remando. Sigue remando. Todo esto significa que vas a hacerlo. Tendrás que abrir los ojos. Puedes hacerlo. Porque tienes que hacerlo.»

Tom. Tom. Tom. Tom. Tom.

Le añora más que nunca.

Incluso en este mundo nuevo, aquí en el río, mientras el viento arranca a aullar y el agua fría le salpica los tejanos, los animales salvajes acechan en la ribera, donde su cuerpo está roto, donde su

mente es prisionera de los grises, incluso aquí Tom acude a ella como un pensamiento luminoso, algo que es positivo, algo que es bueno.

—Estoy comiendo —dice la niña.

Esto también es bueno. Malorie encuentra fuerzas para animarla.

—Bien hecho —dice entre jadeos.

Más movimiento procedente del bosque, a la izquierda. A juzgar por el sonido, un animal. Podría ser el tipo de la barca. Podría ser una criatura. Podría ser una docena de ellas. ¿Habrá interrumpido el bote a una manada de osos hambrientos en plena pesca?

Malorie está «malherida». Esa palabra acude con frecuencia a su mente. Una vez allí, gira y gira. Como Tom. Como los colores grises que hay sobre la venda. Como los ruidos del río y del nuevo mundo. Su hombro. Su herida. Ha sucedido. Todas aquellas cosas que le habría advertido que podían suceder, en caso, claro está, que hubiese habido alguien para hacerlo.

«Toma el río si no tienes más remedio, pero que sepas que puedes hacerte daño.»

«Ah, bueno, yo no sé si lo haría. Podrías lastimarte.»

«Es muy peligroso. ¿Qué sería de los niños si te hicieses daño?»

«Ahora el mundo pertenece a los animales, Malorie. No salgas. No vayas al río.»

«Podrías lastimarte.»

«Lastimarte.»

«Lastimarte.»

«¡Lastimarte!»

«Shannon. Piensa en Shannon. Aférrate a ella.»

Lo intenta. Un recuerdo se abre paso a golpes entre la multitud de negros pensamientos que la asaltan. Se acuerda de Shannon y de sí misma en la ladera de una colina. Era un día soleado. Shannon se hizo visera con su antebrazo menudo. Señaló al cielo.

«¡Es Allan Harrison! —dijo, refiriéndose a un compañero de clase—. ¡Esa nube se parece a

Allan Harrison!»

Reía.

«¿Cuál?»

«¡Esa! ¿La ves?»

Shannon se acercó a ella en la hierba, hasta colocar la cabeza junto a la suya.

«¡Ah, sí! Ja ja ja. ¡Yo también lo veo! ¡Y mira esa! ¡Esa es Susan Ruth!»

Las hermanas siguieron tumbadas durante horas, identificando caras en las nubes. Bastaba con una nariz. O una oreja. Quizá la parte superior de una tenía rizos, como Emily Holt.

«¿Te acuerdas del cielo? —se pregunta sin dejar de remar, lo cual es por sí mismo asombroso—. Era tan azul. Y el sol era tan amarillo como en el dibujo de un niño. La hierba era verde. Shannon tenía la piel clara, tersa, blanca. También tus manos, señalando las nubes. Ese día estaba repleto de colores allá donde mirases.»

—¿Mamá? —pregunta el niño—. ¿Estás llorando, mamá?

«Cuando abras los ojos, Malorie, vas a volver a verlo. Todo tu mundo se llenará de color. Has visto paredes y mantas. Escaleras y alfombras. Manchas y cubos llenos de agua del pozo. Cuerda, cuchillos, un hacha, malla de gallinero, cucharas y el cable de los altavoces. Comida enlatada, velas y sillas. Cinta, pilas, madera y gasa. Durante los últimos años lo único que has podido ver son las caras de tus compañeros y las de los niños. Los mismos colores. Los mismos colores. Los mismos colores durante años. Años. ¿Estás preparada? ¿Y qué es lo que más te asusta? ¿Son las criaturas? ¿O temes por ti cuando te inunden millones de visiones y colores? ¿Qué te asusta más?»

Ahora Malorie rema muy lentamente. A menos de la mitad de la velocidad que llevaba hace diez minutos. El agua, la orina, la sangre chapotean en sus tobillos. Los animales, los locos o las criaturas se mueven en ambas orillas. El viento es frío. Tom no está aquí. Shannon no está aquí. Tras la venda, el mundo gris empieza a dar vueltas, como el cieno

que se desliza hacia el desagüe.

Vomita.

En el último momento se pregunta, preocupada, si eso que le está pasando es tan terrible. Perder el conocimiento. ¿Qué será de los niños? ¿Les irá todo bien si su madre se queda inconsciente?

Y ya está.

Las manos de Malorie sueltan los remos. En su mente, Tom la está observando. Las criaturas también la están observando.

Entonces, cuando el niño le pregunta algo, Malorie, capitana de esa modesta embarcación, pierde totalmente el mundo de vista.

Malorie despierta de un sueño de bebés. O es muy temprano o muy tarde. Se pregunta qué hora será. La casa permanece en silencio. Cuanto más avanza el embarazo, más vívida se vuelve su realidad. Tanto *Embarazada* como *¡Por fin un bebé!* comentan brevemente los partos en casa. Es posible, por supuesto, hacerlo sin la ayuda de un profesional, pero los libros abordan el asunto con brevedad. Higiene, dicen. «Circunstancias imprevistas.» Olympia odia leer esa parte, pero Malorie sabe que deben hacerlo.

«Llegará el día en que tendrás el dolor del que tu madre y todas las madres te han hablado: el parto. Solo una mujer puede experimentarlo, algo que constituye un nexo de unión entre todas las mujeres.»

Ahora ha llegado ese momento. Ahora. ¿Y quién estará allí cuando lo haga? En el viejo

mundo la respuesta era muy simple. Shannon, por supuesto. Mamá y papá. Los amigos. Una enfermera que le asegurase que todo iba a salir bien. Habría flores encima de la mesa. Las sábanas olerían a limpio. Estaría atendida por gente que había ayudado en partos con anterioridad; gente que actuaría como si no se tratase más que de sacar un pistacho de la cáscara. Hablarían con tal soltura de ello que eso sería, precisamente, lo que le calmaría los nervios.

Pero ya no está ahí la respuesta. Ahora el parto que Malorie espera se parece más al de una loba: crudo, bestial, inhumano. No habrá médicos. No habrá enfermeras.

«No habrá medicamentos.»

Ay, ¿cómo había llegado a convencerse de que sabría cómo actuar? Lo bien preparada que creía estar. Revistas, páginas web, videos, consejos del ginecólogo, relatos de otras madres. Pero en este momento no dispone de nada de todo esto. ¡Nada en absoluto! No va a dar a luz en un hospital, lo

hará aquí mismo, en esta casa. ¡En una de las habitaciones de esta casa! Lo máximo a lo que puede aspirar es tener a Tom ayudándola mientras Olympia le toma la mano con los ojos desmesuradamente abiertos de puro terror. Las sábanas cubrirían las ventanas. Quizá tendría una camiseta debajo del trasero. Bebería un vaso de agua turbia del pozo.

Y eso sería todo. Así iba a suceder.

Vuelve a ponerse de espaldas. Llena de aire los pulmones, lentamente, mirando al techo. Cierra los ojos y vuelve a abrirlos. ¿Puede hacerlo? ¿Puede?

Tiene que hacerlo. Se repite los mantras, las palabras que la preparan.

«Al final, no importa si pasa en un hospital o en el suelo de la cocina. Tu cuerpo sabe qué hacer. Tu cuerpo sabe qué hacer. Tu cuerpo sabe qué hacer.»

El futuro bebé es lo único que importa.

De pronto, como si imitaran el sonido del bebé

cuya llegada espera Malorie, oye el trino de los pájaros en la entrada. Hace a un lado sus pensamientos y se vuelve hacia la fuente del sonido. Mientras se incorpora lentamente en la cama, oye que llaman a la puerta de la planta baja.

Se queda paralizada.

«¿Llaman a la puerta? ¿Es Tom? ¿A alguien se le ha ocurrido salir?»

Lo oye de nuevo y, asombrada, se pone en pie. Pone una mano en el vientre y aguza el oído.

De nuevo el ruido.

Malorie yergue la espalda mientras cruza la estancia. Se detiene ante la puerta, la mano en el vientre, la otra en el marco de la puerta, y escucha.

Otro golpe, dado esta vez con mayor fuerza.

Camina hacia la escalera y se detiene de nuevo.

«¿Quién es?»

Se nota bajo el pijama el cuerpo frío. El bebé se mueve. Malorie se siente algo mareada. Los pájaros siguen haciendo ruido.

«¿Es uno de los residentes?»

Entra de nuevo en su dormitorio y empuña una linterna. Camina hacia la habitación de Olympia y la encara con la linterna. Está durmiendo. En la habitación situada al final del pasillo ve a Cheryl en la cama.

Malorie baja lentamente la escalera hasta el salón.

«Tom.»

Tom duerme en la alfombra. Felix en el sofá.

—Tom —dice Malorie, tocándole un hombro—. Despierta, Tom.

Tom se pone boca abajo. Levanta la vista hacia Malorie.

—Tom —dice.

—¿Todo bien?

—Alguien está llamando a la puerta principal.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Ahora, sí.

Se oye otro golpe. Tom se vuelve hacia el salón.

—Hostia. ¿Qué hora es?

—No lo sé. Tarde.

—Vale.

Tom se levanta enseguida. Hace una pausa como si intentara espabilar del todo, dejar el sueño en el suelo. Está vestido. Junto al lugar donde estaba durmiendo, Malorie repara en los toscos inicios de otro casco. Tom enciende la lámpara del salón.

Ambos caminan hacia la puerta principal. Hacen una pausa en el vestíbulo. Sigue otra serie de golpes en la puerta.

—¿Hola? —Es la voz de un hombre.

Malorie coge a Tom del brazo. Tom enciende la luz del vestíbulo.

—¿Hola? —dice de nuevo el hombre.

Siguen más golpes.

—¡Necesito entrar! —dice el hombre—. No tengo adónde ir. ¿Hola?

Finalmente, Tom camina hacia la puerta. Malorie percibe movimiento en el extremo del

vestíbulo. Es Don.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Hay alguien en la puerta —dice Tom.

Don, adormilado aún, se muestra confundido.

—Bueno, ¿y qué piensas hacer al respecto? —pregunta con brusquedad.

Más golpes.

—Necesito que me hagáis un hueco —dice la voz—. No puedo soportar continuar aquí solo.

—Voy a hablar con él —dice Tom.

—Esto no es un puto hostel, Tom.

—Solo voy a hablar con él.

Don se acerca hacia ellos. Malorie oye ruidos que provienen de la primera planta.

—Si hay alguien ahí...

—¿Quién eres? —pregunta finalmente Tom.

Unos instantes de silencio.

—¡Gracias a Dios que encuentro a alguien!
Soy Gary.

—Podría ser mala gente —dice Don—. Podría estar loco.

Felix y Cheryl aparecen en el extremo del vestíbulo. Parecen exhaustos. También Jules, seguido por los perros.

—¿Qué pasa, Tom?

—Eh, Gary —dice Tom—, háganos más de ti. Los pájaros gorjean.

—¿Quién eres? —pregunta Felix.

—Soy Gary, tengo cuarenta y seis años. Llevo barba. Hace mucho tiempo que no abro los ojos.

—No me gusta el sonido de su voz —dice Cheryl.

Ha llegado Olympia.

—¿Qué haces fuera? —pregunta Tom.

—Tuve que marcharme de la casa donde vivía. Allí la gente no era legal. Pasó algo.

—¿Qué coño significa eso? —pregunta Don.

Gary hace una pausa.

—Se pusieron violentos —responde.

—No basta con esto —dice Don a los demás—. No abráis la puerta.

—Gary —dice Tom—, ¿cuánto tiempo llevas

fuera?

—Creo que dos días. Podrían ser tres.

—¿Dónde te has alojado?

—¿Alojado? En los jardines, tras los arbustos.

—Joder —dice Cheryl.

—Escuchad. Tengo hambre. Estoy solo y tengo mucho miedo —dice Gary—. Comprendo que os mostréis cautelosos, pero no tengo adónde ir.

—¿Has probado en otras casas? —pregunta Tom.

—¡Sí! Me he tirado horas llamando a otras casas. Sois los primeros en responder.

—¿Cómo ha sabido que nos encontraría aquí? —pregunta Malorie a los demás.

—Quizá no lo sabía —dice Tom.

—Lleva rato llamando a la puerta. Sabía que estábamos aquí.

Tom se vuelve hacia Don, a quien parece preguntar en silencio qué opina.

—Ni hablar.

Tom está sudando.

—Estoy seguro de que quieres hacerlo — continúa Don, enfadado—. Confías en que tenga información.

—En efecto —admite Tom—. Y que aporte ideas. También pienso en que necesita nuestra ayuda.

—Claro. Bueno, yo lo que pienso es que podría haber siete tíos ahí fuera, dispuestos a degollarnos.

—Dios mío —exclama Olympia.

—Jules y yo hemos pasado fuera dos días enteros —dice Tom—. No miente cuando dice que las demás casas están vacías.

—¿Por qué no duerme en una de ellas?

—No lo sé, Don. ¿Porque no tiene comida?

—Estabais fuera al mismo tiempo. ¿No os oyó?

—Maldita sea —dice Tom—. No tengo ni idea de cómo responder a eso. Quizá estaba una calle más allá.

—No entrasteis en esas casas. ¿Cómo sabéis

que está diciendo la verdad?

—Dejadlo entrar —dice Jules.

Don lo encara.

—Así no funcionan las cosas aquí, tío.

—Pues votemos.

—Joder —dice Don, malhumorado—. Tendría que bastar con que uno de nosotros no quiera abrir la puta puerta para no hacerlo.

Malorie piensa en el hombre del porche. En su imaginación tiene los ojos cerrados. Está temblando.

Los pájaros siguen canturreando.

—¿Hola? —repite Gary. Suena tenso, impaciente.

—Sí. Lo siento, Gary. Vamos a tener que hablarlo —dice Tom, volviéndose hacia los demás—. Votemos.

—Sí —dice Felix.

Jules asiente.

—Lo siento, pero no —dice Cheryl.

Tom mira a Olympia, que niega con la cabeza.

—Odio hacerte esto, Malorie —dice Tom—, pero tenemos un empate. ¿Qué vamos a hacer?

Malorie no quiere responder. No quiere tener ese poder. El destino de aquel extraño depende de ella.

—Tal vez necesite ayuda —dice. Sin embargo, nada más decirlo desea no haberlo hecho.

Tom se vuelve hacia la puerta. Don extiende el brazo para aferrarle la muñeca.

—No quiero que abras esa puerta —susurra.

—Don —dice Tom lentamente, liberando la muñeca de la mano de Don—. Acabamos de votarlo. Vamos a dejarle entrar. Igual que dejamos que entrasen Malorie y Olympia. Igual que George y yo te dejamos entrar.

Don mira fijamente a Tom durante lo que a Malorie le parece un buen rato. ¿Van a llegar a los puños esta vez?

—Escúchame —dice Don—. Si algo se tuerce por culpa de esto, si mi vida corre peligro por culpa de un puñetero voto, no vais a tener que

mostrarme el camino de salida.

—Don...

—¿Hola? —interrumpe Gary al otro lado de la puerta.

—¡Mantén los ojos cerrados! —grita Tom—. Vamos a dejarte entrar.

Tom cierra la mano en torno al tirador de la puerta.

—Jules, Felix —dice Tom—, usad las escobas. Cheryl, Malorie, vosotras tendréis que acercaros a él para cachearlo. ¿De acuerdo? Bueno, que todo el mundo cierre los ojos.

A oscuras, Malorie oye que la puerta se abre.

Silencio. Un silencio que Gary rompe.

—¿Está abierta? —pregunta, ansioso.

—Aprisa —dice Tom.

Malorie oye pasos. La puerta principal se cierra y ella da un paso al frente.

—Mantén los ojos cerrados, Gary —dice.

Con los brazos extendidos, localiza su ubicación y palpa su rostro con las manos. Le

palpa la nariz, las mejillas y las cuencas de los ojos. Le toca los hombros y le pide que le dé la mano.

—Vaya, esto es nuevo para mí —dice—. ¿Qué estás buscando...?

—Shhh.

Encuentra su mano y cuenta los dedos. Palpa las uñas y el vello de los nudillos.

—Vale, creo que está solo —anuncia Felix.

—Sí —confirma Jules—. Está solo.

Malorie abre los ojos.

Ve a un hombre que la supera en edad, con barba de color castaño y una chaqueta de tweed sobre un jersey negro. Huele como si llevase semanas fuera.

—Gracias —dice, sin aliento.

Al principio nadie dice nada. Se limitan a mirarle.

Tiene el pelo castaño, peinado a un lado, algo revuelto. Es mayor y más corpulento que cualquiera de los residentes. Lleva en la mano un

maletín marrón.

—¿Qué llevas ahí? —pregunta Don.

Gary mira el maletín como si se hubiese olvidado de su existencia.

—Mis cosas —dice—. Las cosas que cogí antes de salir.

—¿Qué cosas? —pregunta Don.

Gary, que se muestra tan sorprendido como comprensivo, abre el maletín. Lo muestra a todos los residentes. Documentos. Un cepillo de dientes. Una camisa. Un reloj.

Don cabecea con aprobación.

Cuando Gary cierra el maletín, repara en el vientre de Malorie.

—Dios mío —dice—. Estás cerca, ¿verdad?

—Sí —responde ella con frialdad, sin saber si puede confiar en él.

—¿Para qué son los pájaros? —pregunta.

—Nos sirven de alarma —explica Tom.

—Pues claro, son como los canarios de las minas. Qué ingenioso por vuestra parte. Los he

oído al acercarme.

Tom invita a Gary a entrar en la casa. Los perros le olisquean. Ya en el salón, Tom señala el sillón.

—Puedes dormir ahí esta noche —dice—. Es posible reclinarlo un poco. ¿Quieres algo de comer?

—Sí —responde Gary, aliviado.

Tom lo lleva a la cocina, y de ahí al comedor.

—Guardamos las conservas en el sótano. Iré a buscarte algo.

Tom dirige un gesto a Malorie para que lo acompañe a la cocina, cosa que ella hace.

—Voy a seguir despierto con él un rato —dice Tom—. Duerme un poco si quieres. Todos estamos exhaustos. No pasa nada. Le daré algo de comer, agua, y mañana hablaremos con él. Todos.

—No me veo yéndome ahora a dormir —dice Malorie.

Tom sonrío, cansado.

—Vale.

Se dirige al sótano. Malorie se reúne con los demás en el comedor. A su regreso, Tom lleva consigo una lata de melocotón en almíbar.

—Jamás habría creído posible que vería el día en que el abrelatas se convertiría en la herramienta más preciada del mundo.

Todos se encuentran en el comedor. Tom hace preguntas a Gary. ¿Cómo se las ha ingeniado para sobrevivir? ¿Dónde ha dormido? Salta a la vista que Gary está exhausto. Dice que preferiría dormir. Al cabo, uno tras otro, los residentes se retiran a sus respectivos dormitorios. Cuando Tom acompaña a Gary de vuelta al comedor, Malorie y Olympia se levantan de la mesa. En la escalera, Olympia pone la mano en el hombro de Malorie.

—Malorie —dice—, ¿te importa que duerma esta noche contigo?

Malorie se vuelve antes de responder.

—No —dice—. En absoluto.

A la mañana siguiente, Malorie se levanta y se viste. Parece que todo el mundo ya se ha reunido abajo.

—¿También teníais electricidad? —pregunta Felix cuando Malorie entra en el salón.

Gary está sentado en el sofá. Al ver a Malorie, sonríe.

—Este —dice Gary, señalándola con la mano— es el ángel que me palpó las facciones al entrar. Debo admitir que el contacto con otro ser humano casi hizo que me echara a llorar.

Malorie opina que Gary habla un poco como un actor. Gestos teatrales.

—¿De modo que fue un voto lo que decidió mi destino? —pregunta Gary.

—Sí —dice Tom.

Gary asiente.

—En la casa de la que provengo no había tales

cortesías. Si alguien tenía una idea, se llevaba a cabo, y con energía, lo aprobase todo el mundo o no. Es refrescante conocer gente que haya conservado parte de la urbanidad que caracterizaba nuestra vida anterior.

—Yo voté en contra —confiesa Don con brusquedad.

—¿De veras?

—Sí. Lo hice. Siete personas bajo un mismo techo son suficientes.

—Comprendo.

Uno de los huskis se levanta y se acerca a Gary. El recién llegado le acaricia el pelaje de detrás de las orejas.

Tom empieza a explicarle las mismas cosas que en su momento explicó a Malorie a su llegada a la casa. Hidroelectricidad. Los suministros del sótano. La carencia de un listín telefónico. Cómo murió George. Al cabo, Gary empieza a hablar sobre un antiguo compañero suyo, un «tipo problemático» que no creía que las criaturas

fuesen perjudiciales.

Creía que la reacción de la gente era psicossomática. En otras palabras, toda aquella locura no se debía a las criaturas, sino más bien al brote de chaladura de quienes las veían.

«El brote de chaladura», piensa Malorie. ¿Pertenece esas dos palabras despectivas al antiguo compañero de Gary?

¿O al propio Gary?

—Me gustaría hablaros de mi experiencia en mi anterior casa —continúa Gary—. Pero os advierto que es muy, muy triste.

Malorie quiere escucharlo. Todos quieren. Gary se peina con la mano. Luego empieza su relato.

—No respondimos a ningún anuncio y no éramos tan jóvenes como vosotros. No teníamos sentimiento comunitario, lo nuestro no era un esfuerzo de grupo. Mi hermano Duncan tiene un amigo que se tomó muy en serio el Informe Rusia. Fue uno de los primeros creyentes. Encajaba bien

con su gusto por las teorías de la conspiración y la paranoia de que el gobierno, o alguien, se ha propuesto acabar con todos nosotros. En lo que a mí respecta, aún hay momentos en los que no puedo creer que todo esto esté pasando. ¿Quién puede culparme? Tengo más de cuarenta años. Acostumbrado a la vida que llevaba, nunca pensé que sucedería algo así. Me resistí. Pero Kirk, el amigo de mi hermano, estaba convencido de ello desde el principio. Y nada, por lo visto, era capaz de hacerle cambiar de idea. Una tarde, Duncan llamó y me contó que Kirk había sugerido que nos reuniésemos en su casa unos días, o hasta que averiguásemos más acerca de esta «cosa».

»“¿Qué cosa?”, pregunté.

»“Gary, solo tienes que poner la televisión.”

»“¿Te refieres a lo que pasó en Rusia, Duncan?

No hablarás en serio.”

»“Vamos, hombre. Tomaremos unas cervezas, comeremos pizza y nos reiremos de él. No tienes nada que perder”, dijo Duncan.

»Le dije que no, gracias. Pasar el rato con el loco de Kirk mientras analizaba las historias sensacionalistas no me parecía que fuese buena idea. Pero fui de todos modos.

»Había oído las noticias, igual que todos en este país. Empezaban a preocuparme. Había tantos casos. Pese a todo, intenté conservar la incredulidad, insensato de mí. Esta clase de cosas no suceden. Pero entonces hubo una noticia que me llevó a actuar. Una sobre unas hermanas en Alaska. Quizá os preguntéis por qué tardé tanto tiempo en convencerme. Lo de Alaska pasó relativamente tarde, pero el caso es que había sucedido aquí, y soy lo bastante provinciano para no preocuparme hasta que las cosas malas suceden cerca de casa. Incluso al periodista parecía asustarle lo que estaba diciendo. Sí, incluso él estaba temblando.

»Ya conocéis la historia. Una mujer vio salir de casa a sus vecinas, dos hermanas ancianas. Dio por sentado que se disponían a dar su paseo diario. Al cabo de tres horas, oyó por la radio que

las hermanas se hallaban a la entrada del hospital, acucilladas en la escalera de piedra, intentando morder a quienes pasaban por su lado. La mujer condujo hasta el hospital, creyéndose más cercana a las hermanas que cualquier otra persona y, por tanto, capaz de ayudarlas. Pero no fue ese el caso. Y la CNN mostró las fotografías de la mujer, sin cara, literalmente en la acera junto al cráneo ensangrentado. Más allá del cadáver estaban las dos ancianas, abatidas a tiros por la policía. Esa imagen me pareció escalofriante. Personas normales y corrientes. Un entorno cotidiano.

»Para Kirk, el incidente en Alaska validó todas sus fantasías paranoicas. A pesar de mis crecientes temores, no estaba preparado para cambiar la vida que había conocido por esta nueva existencia de miliciano que él abrazaba. Estaba dispuesto a cubrir las ventanas, cerrar puertas y esconderse, pero Kirk ya trazaba planes para combatir lo que él consideraba una «invasión», aunque no estuviera claro si se trataba de los

alienígenas o de alguna otra cosa. Hablaba sobre armamento, equipo y munición como si fuese un soldado veterano. Por descontado que no lo era; jamás se había alistado en nada en toda su vida.

Gary hizo una pausa, meditabundo.

—La casa no tardó en llenarse de machos alfa con aspiraciones paramilitares. Kirk disfrutaba de su nueva posición de general, y yo observaba toda aquella payasada desde un segundo plano. Adopté la costumbre de advertir a Duncan que debía mantenerse a distancia. La gente como Kirk es de los que ponen a sus amigos en peligro. Los hombres se peleaban por nada cada vez con mayor frecuencia, espoleados por la fantasía de derrocar a los villanos de la «invasión» de Kirk. Pasaron los días sin que resultase nada de sus afirmaciones de que protegerían la ciudad, eliminarían la causa de esta locura global, y se procurarían un lugar en la historia como la banda que había solucionado el «gran problema». Pero había alguien en la casa que se mantuvo fiel a sus creencias. Se llamaba

Frank, y Frank creía que las criaturas a las que Kirk quería enfrentarse no constituían una amenaza. Pese a todo, cuando llegó a la casa admitió temer la inevitable anarquía que asolaría el país.

»Mientras Kirk planeaba inútiles ejercicios diarios, Frank se convirtió en una especie de ermitaño. Apenas salía del dormitorio de la segunda planta. Escribía. Frank escribía día y noche con lápiz, bolígrafo, rotulador, incluso con lápiz de labios. Un día, arriba, en el pasillo, oí algo al otro lado de la puerta. Era un ruido furibundo, trabajoso pero incansable. Abrí un poco la puerta y lo vi inclinado sobre el escritorio, susurrando sobre la sociedad “sectaria que reacciona de forma desmedida” que tanto despreciaba mientras escribía. No tenía ni idea de lo que estaba escribiendo. Pero quise averiguarlo.

»Hablé con Duncan al respecto. Mi hermano llevaba una ridícula pintura de camuflaje en la cara. A esa altura ya estaba contaminado por las

arengas de Kirk. No creía que Frank fuese una amenaza. Frank esgrimía frases como “histeria de masas” e “idolatría psicósomática” mientras Kirk y los demás se volcaban en toda esa pantomima de practicar el tiro, sin armas, en el sótano. Todo el mundo tachaba a Frank de pacifista inútil.

Gary vuelve a peinarse con la mano.

—Me propuse averiguar qué hacía Frank en su cuarto. Esperé a que se presentara la oportunidad de leer sus escritos secretos.

»¿Qué creéis que le pasa a alguien que ya está loco cuando ve a una criatura? ¿Pensáis que está inmunizado porque su mente ya está fracturada? ¿O suponéis que su condición ascenderá otro peldaño, más alto, en la escala de la locura? Quizá los enfermos mentales hereden este nuevo mundo, incapaces como son de desintegrarse más de lo que están. Ya veis que yo sé tanto como vosotros.

Gary toma otro sorbo de agua.

—Así fue cómo se presentó mi momento. Kirk y el resto estaban ocupados en el sótano. Frank

estaba en el cuarto de baño. Tomé la decisión de meter rápidamente la nariz. Entré en su cuarto y encontré sus escritos en el cajón del escritorio. Esto no fue una nimiedad, porque para entonces ese hombre me daba miedo. Tal vez los demás lo habían marginado, lo tenían por un hazmerreír, pero yo albergaba sospechas de que no era un angelito. Empecé a leer. No tardé en sentirme abrumado por sus palabras. No importaba el tiempo que llevase, parecía imposible que hubiera escrito tanto. Docenas de libretas, de varios colores, los textos eran cada vez más furibundos. Después de un texto en cursiva, subrayaba frases escritas con letra gigante en las que declaraba que no había que temer a las criaturas. Se refería al resto de nosotros como «esas mentes pequeñas» que «debían ser exterminadas». Era peligroso. De pronto, al oírle tirar de la cadena, salí apresuradamente de la habitación. Puede que Duncan no hubiese cometido un error tan grave al juntarse con Kirk. Esas libretas me demostraron

que había reacciones mucho peores ante el nuevo mundo que la suya.

Gary respira hondo. Se limpia los labios con el dorso de la mano.

—Al despertar a la mañana siguiente no encontramos las cortinas.

Cheryl ahoga un grito.

—Las puertas estaban abiertas.

Don se dispone a hablar.

—Y Frank había desaparecido. Se había llevado las libretas.

—Mierda —dice Felix.

Gary asiente.

—¿Alguien resultó herido? —pregunta Tom.

Aunque a Gary se le humedece la mirada, mantiene la compostura.

—No —responde—. Nadie. Lo cual estoy seguro de que Frank habrá incluido en sus notas.

Malorie se lleva la mano al vientre.

—¿Por qué te fuiste? —pregunta Don, impaciente.

—Me fui porque Kirk y los demás propusieron ir en busca de Frank —dice Gary—. Querían matarlo por lo que había hecho.

Se impuso un largo silencio.

—Entonces supe que tenía que marcharme. No había nada que hacer allí, la casa estaba condenada. La vuestra no lo parece. Por esto —añade Gary, señalando a Malorie—. Te agradezco mucho que me hayas acogido.

—Yo no te he acogido —dice Malorie—. Todos lo hicimos.

«Qué clase de hombre —se pregunta— ¿dejaría atrás a su hermano?»

Mira a Don. A Cheryl. A Olympia. ¿Habría logrado Gary con su relato cambiar la opinión de quienes habían votado en contra de abrir la puerta? ¿O había justificado sus temores?

«Brote de chaladura.»

Tom y Felix interrogan a Gary por su relato. Jules también interviene. Pero Cheryl ha abandonado el salón. Y Don, que no es de los que

se quedan callados, no dice gran cosa. Se limita a mirar con los ojos muy abiertos.

«La brecha aumenta», piensa Malorie.

Ya no importa en qué preciso momento empezó a suceder. Ahora se trata de algo tangible. Gary ha traído consigo un maletín. Un relato. Y, en cierto modo, una brecha.

Malorie despierta con los ojos cerrados. Ya no le resulta tan complicado hacerlo como lo fue en el pasado. Recupera la conciencia. Los sonidos, las sensaciones y los olores de la vida. Malorie sabe que también la vista, porque hay cosas que ver a pesar de tener los ojos cerrados. Ve amarillos y tonalidades anaranjadas, los colores de la luz del sol penetran la piel de los párpados. Hay grises en las comisuras de los ojos.

Suena a que está en el exterior. Siente el aire fresco en el rostro. Tiene los labios resecos. La garganta seca. ¿Cuándo ha bebido por última vez? Físicamente se encuentra bien. Descansada. Siente un leve temblor que proviene de algún punto situado a la izquierda de su cuello. El hombro. Se lleva la mano derecha a la frente. Cuando se toca la cara, comprende por qué tiene los dedos sucios y húmedos. De hecho, tiene toda la espalda

húmeda. Tiene la blusa empapada.

El trino de un pájaro en lo alto. Con los ojos aún cerrados, Malorie se vuelve hacia ella.

La respiración de los niños es audible. Da la impresión de que trabajan en algo.

¿Dibujan? ¿Construyen? ¿Juegan?

Malorie se incorpora.

—¿Niño?

Su primer pensamiento parece un chiste. Una imposibilidad. Un error. Entonces entiende exactamente lo que está pasando.

«Jadean porque están remando.»

—¡Niño! —grita Malorie. Tiene la voz rota. Es como si su garganta estuviese hecha de madera.

—¡Mamá!

—¿Qué está pasando?

El bote. El bote. El bote. Estás en un río. Has perdido la conciencia. Te has desmayado.

Apoya el hombro entumecido en el borde de la embarcación y toma un puñado de agua para humedecerse los labios. Luego se arrodilla y toma

el agua con ambas manos. Jadea. Pero las tonalidades grises han desaparecido. Y se encuentra un poco mejor.

Se da la vuelta hacia los niños.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto?

—Te has quedado dormida, mamá —dice la niña.

—Tenías pesadillas —dice el niño.

—Llorabas.

La mente de Malorie se mueve más rápido de lo que querría. ¿Ha olvidado algo?

—¿Cuánto? —pregunta, levantando de nuevo la voz.

—No mucho —responde el niño.

—¿Lleváis puestas las vendas? ¡Responded!

—Sí —dicen.

—El bote se encalló —explica la niña.

«Dios mío», piensa Malorie.

Entonces se calma lo bastante para preguntar:

—¿Y cómo nos desencallamos?

Encuentra el cuerpecito de la niña. Recorre sus

brazos hasta las manos. Seguidamente se inclina hacia el otro extremo para tocar al niño.

«Cada uno de ellos está usando un remo. Están remando juntos.»

—¡Lo logramos, mamá! —exclama la niña.

Malorie está de rodillas. Repara en que huele mal. Como en un bar. Como en un cuarto de baño.

A vómito.

—Nos hemos apartado —dice el niño.

Malorie está a su lado. Pone las manos temblorosas sobre las suyas.

—Estoy malherida —dice en voz alta.

—¿Qué?

—Necesito que los dos os pongáis donde estabais antes de que mamá se quedara dormida. Ahora mismo.

Los niños dejan de remar. La niña se pega a ella cuando se dirige a la bancada de popa. Malorie la ayuda a pasar.

Después Malorie se sienta a solas en la bancada del medio.

Le duele el hombro, pero no tanto como antes. Necesitaba descansar. Como no daba un respiro a su cuerpo, su cuerpo se lo ha tomado por su cuenta. En la bruma que envuelve su mente recién despertada, Malorie siente un frío y un miedo crecientes. ¿Qué sucedería si volviese a perder la conciencia?

¿Han pasado de largo el lugar a donde se dirigían?

Antes de ponerse a remar, Malorie aspira aire con fuerza.

Entonces rompe a llorar. Lloro porque ha perdido la conciencia. Lloro porque un lobo la ha atacado. Lloro por tantas razones que no es posible enumerarlas. Pero sabe que en parte se debe a que ha descubierto que los niños son capaces de sobrevivir, aunque sea un rato, por su propia cuenta.

«Los has adiestrado bien», se dice. Ese pensamiento, que a menudo es desagradable, hace que se sienta orgullosa.

—Niño —dice entre lágrimas—. Necesito que escuches, ¿de acuerdo?

—¡Ya lo hago, mamá!

—Y tú, niña, necesito que hagas lo mismo.

—También lo hago.

«¿Es posible que estemos bien? —piensa Malorie—. ¿Es posible que te hayas desmayado, y despertado, y que todo esté en orden?»

Parece increíble. No encaja con las normas del nuevo mundo. Hay algo vivo en el río con ellos. Hay locos. Hay animales salvajes. Criaturas. ¿Cuánto tiempo tendría que haber pasado desmayada para atraerlos a todos al bote?

Afortunadamente vuelve a remar. Sin embargo, siente que lo que acecha ha acortado distancias.

—Lo siento tanto —dice, llorando, remando.

Tiene las piernas empapadas en orina, agua, sangre y vómito. Pero se siente recuperada. De algún modo, Malorie piensa que, a pesar de las leyes crueles que impone ese mundo desdichado e implacable, acaba de disfrutar de un respiro.

El alivio dura lo que una remada. Después Malorie, asustada, recupera el estado de alerta. Otra vez.

Cheryl está molesta.

Malorie la oye conversar con Felix en la habitación que hay al final del pasillo. Los demás residentes están en la planta baja. Gary se ha instalado en el comedor, a pesar de la solidez de los tablones que cubren el suelo. Desde su llegada dos semanas atrás, la actitud de Don hacia él ha cambiado considerablemente. Malorie no sabe qué pensar al respecto. Probablemente esté con Gary en ese momento.

Pero al final del pasillo, Cheryl susurra apremiante. Parece asustada. Todo el mundo lo está. Más de lo habitual. El ambiente que reina en la casa, que antes se sustentaba en el optimismo de Tom, adopta cada día un tono más pesimista. A veces, Malorie piensa que trasciende el miedo. A eso le recuerda lo que dice Cheryl en ese momento. Malorie considera la posibilidad de

sumarse a la conversación, tal vez incluso consolar a Cheryl, pero decide no hacerlo.

—Lo hago a diario, Felix, porque me gusta hacerlo. Es mi trabajo. Y los pocos minutos que salgo fuera son muy valiosos para mí. Me recuerda que hubo un tiempo en que tuve un trabajo de verdad. Un empleo que hacía que me levantara por las mañanas. Me enorgullecía. Dar de comer a los pájaros es lo único que me une a la vida que tenía.

—Y también la oportunidad de salir.

—Sí, también la oportunidad de salir.

Antes de continuar, Cheryl procura controlar el tono de voz.

Explica a Felix que está fuera, dispuesta a dar de comer a los pájaros. Tantea la pared en busca de la caja. A mano derecha lleva las rodajas de manzana de una de las latas del sótano. La puerta principal está cerrada a su espalda. Jules espera dentro. Vendada, Cheryl camina lentamente, manteniendo el contacto con la casa para evitar perder el equilibrio. Nota en las yemas de los

dedos la superficie rugosa de los ladrillos. Pronto cederán paso al trecho de paneles de madera donde asoma un gancho metálico. Allí es donde cuelgan los pájaros.

Canturrean. Siempre lo hacen cuando se acerca tanto. Cheryl se prestó voluntaria para dar de comer a los pájaros cuando debatieron quién se encargaría. Lleva haciéndolo desde entonces. En cierto modo es como si los pájaros le perteneciesen. Les habla, poniéndolos al corriente de los sucesos triviales que suceden en casa. La dulzura de su respuesta la tranquiliza como antes lo hacía la música. Asegura a Felix que puede calcular lo cerca que está de la caja por la intensidad de su canto.

Pero en esta ocasión oye algo aparte de sus trinos.

Al final del paseo frontal oye algo que denomina «paso abandonado». Es la única manera que tiene de explicárselo a Felix. Le suena como si alguien que estuviese caminando, hubiese

planeado ir más allá pero hubiera frenado el paso de pronto.

A Cheryl, siempre alerta cuando da de comer a los pájaros, le sorprende comprobar que está temblando.

«¿Hay alguien ahí?», pregunta.

Pero no hay respuesta.

Se plantea volver a la puerta principal. Dirá a los demás que hoy tiene demasiado miedo para hacerlo.

Pero en lugar de ello, aguarda.

Y no se producen más sonidos.

Los pájaros se mueven en la caja. Los llama, nerviosa.

«Hola hola, chicos. Hola hola.»

El temblor de su voz la espanta. Instintivamente, agacha la cabeza y levanta la mano donde lleva las rodajas de manzana para protegerse, como si algo estuviese a punto de tocarle la cara. Da un paso. Luego otro. Finalmente alcanza la caja. Confiesa a Felix que hay veces en

que el trecho que separa la puerta principal de la caja es para ella como flotar en el espacio exterior. Sin ataduras.

Hoy siente que la separa de la casa una distancia inverosímil.

—Eh eh —dice, abriendo la tapa de la caja lo justo para introducir un par de rodajas de manzana. Normalmente oye los pasos de sus patas diminutas cuando se acercan a por la comida, pero eso no sucede hoy.

—Comed, chicos. ¿No tenéis hambre?

Abre de nuevo un poco la tapa y deja caer el resto de las rodajas. Confiesa a Felix que esa es su parte favorita. Se refiere a cuando cierra la tapa y pega la oreja a la pared de la caja, para oír sus cuerpecitos mientras comen.

Pero no empiezan a comer. En lugar de ello siguen piando inquietos.

—Vamos, vamos —dice Cheryl, intentando sacudirse el temblor de la voz—. Comed, chicos.

Aparta la oreja de la caja, preguntándose si su

presencia los habrá vuelto apocados. Al hacerlo lanza un grito.

Algo le ha tocado el hombro.

Cheryl gira sobre sí, a ciegas, haciendo aspavientos. No toca nada.

No puede mover las piernas. No puede echar a correr dentro. Algo le ha tocado el hombro y no sabe qué ha sido.

Las voces de los pájaros ya no le parecen tan agradables. Suenan como Tom quería que lo hiciesen.

Como una alarma.

«¿Quién es?»

Le preocupa la posibilidad de que alguien responda. No quiere que alguien responda.

Decide gritar. Uno de los residentes puede acudir en su ayuda. Llevarla de vuelta a la Tierra. Pero mientras da un paso, oye que algo aplasta una hoja bajo su peso. Intenta acordarse de cuando llegó a la casa. Miró el interior a través de la ventanilla del coche. ¿Había un árbol? ¿Ahí, junto

al camino?

«¿Había un árbol?», piensa.

Quizá le había rozado el hombro una hoja al caer.

Sería tan fácil averiguarlo. Si pudiese abrir los ojos un instante podría ver que está sola. Podría ver si había sido una hoja. Nada más.

Pero no puede.

Temblando, pega la espalda a la casa y, lentamente, se desliza hacia la puerta principal. Gira la cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha, respondiendo al menor sonido. Un ave en lo alto. El viento que sacude la copa de un árbol al cruzar la calle. Una brisa de aire cálido. Sudando, siente por fin el contacto del ladrillo y se apresura hacia la puerta.

—Por Dios —dice Felix—. ¿Crees de veras que pudo ser una hoja?

Hace una pausa. Malorie se aparta un poco más de la puerta.

—Sí —dice de pronto Cheryl—. Lo creo.

Cuando lo recuerdo. Eso es exactamente lo que fue.

Malorie recula hasta su dormitorio y se sienta en la cama.

El relato de Felix sobre el pozo y lo que oyó allí. *Victor* ladrando a las ventanas cubiertas por mantas. Cheryl con los pájaros.

Malorie se pregunta si cabe la posibilidad de que el mundo exterior, y las cosas de las que se esconden, se les estén echando encima.

Desde la llegada de Gary, Malorie tiene la sensación de que impera otro ambiente en la casa. Distinto, dividido. Es un cambio imperceptible, pero bajo las presentes circunstancias cualquier cambio es considerable.

Y es Don quien la tiene más preocupada.

A menudo, cuando Tom, Jules y Felix conversan en el salón, Don está con Gary en el comedor. Ha expresado interés en la historia del hombre que quitó las cortinas y abrió las puertas. Mientras lava la ropa en la pila de la cocina, a medio camino del penúltimo medidor de detergente, Malorie escucha ambas conversaciones al mismo tiempo. Mientras que Tom y Jules aprovechan la tela de un par de camisetas de manga larga para hacer correas para los perros, Gary explica a Don cómo pensaba Frank. Siempre lo que pensaba Frank y nunca lo que piensa el

propio Gary.

—No creo que se trate de que un hombre esté mejor preparado que otro —dice Gary—. Yo lo veo más bien como una película en tres dimensiones. Al principio, los espectadores creen que los objetos se abalanzan sobre ellos. Se llevan las manos a la cara para protegerse. Pero los inteligentes, los que son conscientes de su entorno, saben que no han corrido peligro en ningún momento.

Don ha cambiado totalmente de opinión respecto a Gary. Malorie cree haber presenciado el momento en que eso sucedió.

«Eh, no creo que esa teoría sea más errónea que la nuestra», le dijo Don una vez.

—Cuesta porque ya no tenemos ni idea de lo que pasa en el exterior.

—Exacto.

Sí, Don ha pasado de votar en contra de permitir la entrada de Gary, a ser el residente que más compañía le hace y con quien más habla. Y

hablan. Y hablan.

«Es escéptico —piensa Malorie—. Esa es su naturaleza. Y ha necesitado a alguien con quien hablar. Eso es todo. Sois diferentes. ¿Es que no lo entiendes?»

Pero estos pensamientos, por justos que sean, no arraigan. Sin importar cómo lo perciba ella, Gary y Don hablan sobre cosas como la histeria y la idea de que las criaturas no pueden hacer daño a quien está preparado para verlas. Sabe que Don ha manifestado siempre más temor por el hombre que por las criaturas. Sin embargo, cierra los ojos cuando la puerta se abre y cierra. No mira por la ventana. Nunca se ha comprometido con la idea de que las criaturas puedan no hacernos daño. ¿Podría alguien como Gary convencerlo?

Quiere hablar con Tom al respecto. Quiere llevarlo aparte y pedirle que haga que se callen. O, al menos, que hable con ellos. Quizá sus palabras influyeran su conversación. Tal vez hagan que suenen más seguras.

Sí, quiere hablar con él sobre Don.

«Brecha.»

Turbada, cruza la cocina y asoma la cabeza en el salón. Tom y Felix consultan un mapa en el suelo. Miden las distancias, según la escala en millas que figura en la esquina inferior derecha. Jules está adiestrando a los perros para que obedezcan sus órdenes.

—Alto. Ahora desde el principio.

—Tenemos que medir qué entiendes tú por un paso —dice Felix.

—¿Qué os traéis entre manos? —pregunta Malorie.

Tom se vuelve hacia ella.

—Cálculos de distancia —dice—. Cuántos pasos míos hay en una milla.

Felix utiliza la cinta métrica que hay a los pies de Tom.

—Si escucho música mientras camino, podría hacerlo a su ritmo —dice Tom—. Así los pasos que midamos aquí se acercarían mucho a los que

pueda dar fuera.

—Como bailar —dice Felix.

Malorie se vuelve para ver que Olympia lava algunos utensilios en la pila de la cocina. Malorie se reúne con ella y continúa lavando la ropa. Después de llevar cuatro meses confinada en la casa, Olympia ha perdido parte de su lustre. Tiene la piel pálida. Los ojos hundidos.

—¿Te preocupa? —pregunta de pronto Olympia.

—¿El qué?

—Hacerlo.

—¿A qué te refieres?

—A sobrevivir a nuestros partos.

Malorie quiere decirle a Olympia que todo saldrá bien, pero le cuesta encontrar las palabras. Está pensando en Don.

—Siempre he querido tener un bebé —dice Olympia—. Me puse tan contenta cuando lo supe. Sentí que mi vida era completa. ¿Sabes a qué me refiero?

Malorie no se sintió así, pero responde que sí, que lo sabe.

—Ay, Malorie, ¿quién va a asistirnos en el parto?

Malorie no tiene ni idea.

—Nuestros compañeros, no sé cómo...

—Pero ¡Tom nunca lo ha hecho!

—No, pero al menos él tuvo una hija.

Olympia se mira las manos, sumergidas en el cubo.

—Voy a proponerte algo —dice Malorie, chistosa—, nosotras mismas nos asistiremos en nuestros respectivos partos.

—Pero ¡qué dices! —exclama Olympia, que sonríe por fin—. ¡Malorie, cómo eres!

Gary entra en la cocina. Saca un vaso de agua del cubo que descansa en la encimera. Luego aclara otro. Malorie sabe que el segundo es para Don. Cuando sale, se oye de pronto una música que proviene del comedor. Malorie se inclina hacia delante para poder echar un vistazo. Tom

tiene en las manos la radio que funciona a pilas. Es una de las cintas de casete de George. Felix, a cuatro patas, mide los pasos de Tom mientras camina al ritmo de la melodía.

—¿Qué hacen? —pregunta Olympia.

—Creo que tienen un plan concreto en mente —dice Malorie—. Intentan dar con una manera más adecuada de viajar fuera.

Malorie se acerca sin hacer ruido a la entrada del comedor. Asoma la cabeza y ve dentro a Don y a Gary, que le dan la espalda, sentados en sendas sillas. Hablan en voz baja.

De nuevo cruza la cocina. Cuando entra en el salón, Tom sonríe. Lleva una correa en cada mano. Los huskis juegan con ellos, meneando la cola.

La diferencia entre las actividades progresivas, ocurrentes, de quienes están en el salón, y el tono conspirador de quienes se sientan en el comedor, es lo único que ahora ocupa la mente de Malorie.

Se acerca de nuevo a la pila de la cocina para

seguir lavando. Olympia habla, pero Malorie tiene la cabeza en otra parte. Se inclina para ver el hombro de Gary. Más allá, apoyado contra la pared, está la única cosa que llevaba cuando llegó a la casa procedente del mundo exterior.

El maletín.

Les mostró su contenido al entrar. Fue Don quien le pidió que lo hiciera. Pero ¿pudo echarles un buen vistazo? ¿Lo hizo alguno de los residentes?

—¡Y alto! —exclama Tom. Malorie se vuelve para ver que los perros y él están en la entrada de la cocina. Ambos huskis se sientan. Tom les recompensa con una tira de carne seca.

Malorie sigue lavando mientras piensa en el maletín.

Sabía que eso iba a suceder. ¿Cómo no iba a hacerlo? Todas las señales estaban allí desde que regresaron con los perros. Tom y Jules habían pasado diez, doce horas diarias adiestrándolos. Primero en la casa, luego en el patio. Los perros guía. La pajarera que colgaba fuera hacía las veces de alarma. Tal como Tom había dicho. Los pájaros canturrearon cuando Gary llegó. Cantan cuando Cheryl les da de comer. Así que solo fue cuestión de tiempo antes de que Tom declarase que iba a utilizar a los perros guía para adentrarse otra vez en el nuevo mundo.

Pero en esta ocasión es peor, porque en esta ocasión se ha propuesto ir más allá.

«Si se ausentaron dos días para recorrer una manzana, ¿cuándo volveremos a verlos si se alejan cinco kilómetros?»

Cinco kilómetros. A esa distancia está la casa

de Tom. Ese es el lugar al que se propone ir.

—Es el único lugar del que puedo estar ciento por ciento seguro —dijo—. Allí tengo suministros. Los necesitamos. Vendas. Ibuprofeno. Aspirina. Tiritas.

Al oír mencionar los medicamentos, Malorie sintió una oleada de alivio. Pero Tom fuera, y durante tanto tiempo, es demasiado para que ella lo apruebe.

—No os preocupéis —dijo Felix esa misma noche—. Hemos trazado un recorrido en forma de T. Tom y Jules caminarán al ritmo de una canción. Una sola canción. Se llama *Halfway to Paradise*, de un tipo llamado Tony Light. Van a llevarse la radio y pondrán esa canción una y otra vez mientras siguen el camino que hemos trazado. Sabemos cuántos pasos será necesario dar en la ida y la vuelta, incluso para cada tramo del viaje.

—O sea que os habéis propuesto ir bailando —intervino Gary—. Qué bonito.

—Bailando, no —replicó Tom, agresivo—.

Caminaremos en busca de ayuda.

—Tom —dijo Cheryl—, puedes practicar todo esto cuanto quieras, pero si tus pasos son un centímetro más largos, todos los cálculos no servirán de nada. Os perderéis. Y entonces, ¿cómo coño pensáis volver? No lo lograréis.

—Lo haremos —dijo Tom.

—Y no estaremos indefensos si nos perdemos —añadió Jules—. Necesitamos los suministros. Lo sabes mejor que nadie, Cheryl. Tú misma hiciste inventario la última vez.

Sí, ese día estaba cada vez más cerca. Pero a Malorie el plan no le hacía ninguna gracia.

—Tom —dijo, llevándolo a un lado, justo antes de que Jules y él se marchasen esa mañana—. No creo que la casa aguante si no volvéis.

—Volveremos.

—Entiendo que creas que lo haréis —dijo Malorie—, pero no creo que seas consciente de hasta qué punto te necesita la casa.

—Malorie —dijo mientras Jules avisaba de

que estaba preparado para salir—, la casa nos necesita a todos.

—Tom.

—No dejes que los nervios te puedan como pasó la última vez. En lugar de ello, confía en el hecho de que logramos regresar. Volveremos a hacerlo. Y esta vez, Malorie, actúa como un líder. Ayúdalos cuando veas que se asustan.

—Tom.

—Necesitas los medicamentos, Malorie. Esterilización. El momento se acerca.

Estaba claro que Tom había emprendido un camino personal y que estaba dispuesto a poner en riesgo su vida cuantas veces fuese necesario para mejorar las condiciones de vida en la casa.

«La última vez volvieron con calzado infantil», recordó Malorie.

Recuerda todo aquello ahora. Ahora que Tom y Jules se han marchado, que se han embarcado en una caminata de casi cinco kilómetros para adentrarse en el paisaje más peligroso que el

mundo ha conocido.

Partieron esta mañana. Felix repasó con ellos una vez más el trazado del mapa. Gary les dio ánimos. Olympia les confió una piedra Petoskey, la cual aseguró que siempre le había dado suerte. Pero Malorie no dijo una palabra. Cuando la puerta principal se cerró por segunda vez a espaldas de Tom, Malorie no lo llamó. No le dio un abrazo. No se despidió de él.

Y apenas unas horas después de su marcha ya se lamentaba por ello.

Al menos las pocas palabras que había cruzado con Tom antes de irse empezaban a surtir afecto. Sin él allí, la casa necesitaba una fuerza que sirva de guía. Alguien capaz de mantener la cabeza fría entre tanta inquietud y un miedo justificable.

Pero es duro. Los residentes no están de humor para mostrarse optimistas.

Cheryl comenta que las posibilidades de encontrar una criatura son obviamente mucho

mayores en un recorrido de cinco kilómetros que al dar la vuelta a dos manzanas. Recuerda a quienes siguen en la casa que nadie sabe cómo afecta a los animales. ¿Qué será de Tom y Jules si los huskis ven algo? ¿Acabarán devorados? ¿O algo peor?

Cheryl no es la única que alberga pensamientos sombríos.

Don sugiere que un grupo alternativo se prepare para salir, en caso de que Tom y Jules no vuelvan. «Necesitamos más comida —dice—. Logren regresar o no.»

Olympia dice que le duele la cabeza. Dice que eso significa que se avecina una fuerte tormenta. Y una tormenta tiene que alterar las mediciones de Felix cuando Tom y Jules se vean obligados a ponerse a cubierto.

Cheryl se muestra de acuerdo.

Don se dirige al sótano para echar un vistazo «con sus propios ojos» a las existencias de que disponen, para averiguar exactamente qué

necesitan y adónde ir para obtenerlo.

Olympia habla de los relámpagos y de encontrarse a la intemperie.

Cheryl debate con Felix acerca del mapa. Dice que los mapas ya no significan nada.

Don habla de cómo se distribuirán para dormir.

Olympia describe un tornado de su juventud.

Cheryl y Felix discuten.

Olympia suena un poco histérica.

Don se enfada.

Por fin Malorie, a quien le ponen enferma las crecientes muestras de pánico, se pronuncia.

—Escuchad todos —dice—. Hay cosas que podríamos estar haciendo. Ahora mismo, en la casa. Tenemos que preparar la comida. Hace un día que nadie saca el cubo de la mierda. Podríamos arreglar la distribución del sótano. Felix, tú y yo podríamos buscar herramientas en el jardín, algo que pueda habérsenos escapado. Algo que podamos usar. Cheryl, tienes que dar de comer

a los pájaros. Gary, Don, ¿por qué no hacer llamadas telefónicas? Llamad a todas las combinaciones de números. Quién sabe a quién podríais localizar. Olympia, sería de mucha ayuda que lavaras la ropa de cama. Lo hicimos hace una semana, pero teniendo en cuenta lo poco que nos lavamos en este lugar, son las pequeñas cosas, como unas sábanas limpias, las que hacen que sea soportable.

Los residentes miran a Malorie como si fuera una extraña. Por un instante, le avergüenza haberse impuesto de esa manera. Pero el caso es que surte efecto.

Gary camina hasta el teléfono. Cheryl se dirige a la puerta del sótano.

«Estás cerca», le había dicho Tom antes de partir.

Piensa en ello, mientras los residentes se afanan en ocuparse de sus tareas, mientras Malorie y Felix van en busca de sus vendas, piensa en las cosas con las que Tom y Jules podrían volver.

¿Hay algo que podrían traer, cualquier cosa, que pudiese procurar una vida mejor para su bebé?

Esperanzada, Malorie recoge una venda.

El río va a dividirse en cuatro canales —le había explicado el hombre—. El que te interesa es el segundo por la derecha. Por tanto, no puedes pegarte a la orilla derecha y confiar en que lo demás se resuelva solo. Es peligroso. Y vas a tener que abrir los ojos.»

Malorie rema.

«Y así sabrás que ha llegado el momento —había añadido el hombre—. Oirás una grabación. Una voz. No podemos pasar todo el día sentados a orillas del río. Es demasiado peligroso. En su lugar, instalamos allí un altavoz. La grabación se reproduce en un bucle. La oirás. Ajustamos el volumen al máximo. Lo oirás con claridad. Y cuando lo hagas, habrá llegado el momento de abrir los ojos.»

Acusa el dolor del hombro de forma intermitente. Los niños, que oyen sus gruñidos, se

ofrecen a ayudarla.

En el primer año que pasó a solas con ellos, oía continuamente la voz de Tom. Tantas ideas suyas se quedaron en palabras, en lugar de convertirse en hechos. Malorie, que no tiene más que tiempo en sus manos, intentó llevar a cabo muchas de ellas.

«Tendríamos que poner micros en el jardín», propuso Tom una vez.

Tom concibió la idea de mejorar el sistema de alarma, de pasar de los pájaros a los altavoces. Malorie, a solas con dos recién nacidos, quería esos micrófonos.

Pero ¿cómo? ¿Cómo hacerse con cable, micrófonos y altavoces?

«Podríamos ir en coche», dijo una vez Tom.

«Eso es una locura», respondió Tom.

«No, no lo es. Conducir lentamente. Las calles están vacías. ¿Qué es lo peor que podría pasar?»

Malorie, remando, recuerda un momento decisivo ante el espejo del cuarto de baño. Había

visto otros rostros en el espejo. Olympia. Tom. Shannon. Todos ellos le rogaban, le decían que abandonase la casa, que hiciera algo más para garantizar mejor la seguridad de los niños. Iba a tener que correr riesgos. Tom y Jules no estaban presentes para hacerlo en su nombre.

La voz de Tom. Siempre la voz de Tom. En su mente. En su cuarto. En el espejo.

«Poner defensas alrededor del vehículo de Cheryl. Pintar las ventanillas de negro. No te preocupes por aquello con lo que puedas toparte. Sigue adelante. Conduce a siete, a ocho kilómetros por hora. Ahora tienes bebés en casa, Malorie. Tienes que saber si hay algo ahí fuera. Si hay algo cerca. Los micrófonos te ayudarán con eso.»

Fue a la cocina, después de salir del cuarto de baño. Allí observó el mapa que Felix, Jules y Tom habían utilizado para planear una ruta que los llevase a pie a casa de Tom. Allí seguían estando sus anotaciones. Los cálculos de Felix. Utilizando la escala, elaboró una propia.

Quería el sistema avanzado de alarma de Tom. Lo necesitaba. A pesar de su determinación, seguía sin saber adónde acudir.

Una noche, tarde, mientras los bebés dormían, se sentó a la mesa de la cocina e intentó recordar cómo había sido la primera vez que condujo a la casa. Había pasado menos de un año. Entonces, estaba concentrada en la dirección del anuncio. Pero ¿junto a qué lugares pasó por el camino?

Intentó recordar.

«Una lavandería.»

«Eso está bien, pero ¿qué más?»

«Los escaparates estaban vacíos. Parecía una ciudad fantasma y te preocupaba que la gente que puso el anuncio pudiera no estar allí. Pensaste que habían enloquecido o habían cargado el coche hasta los topes y se habían marchado bien lejos.»

«De acuerdo. ¿Qué más?»

«Una panadería.»

«¿Qué más?»

«Sí.»

«Un bar.»

«Estupendo. ¿Qué ponía en la marquesina?»

«Yo qué sé. ¡Es una pregunta ridícula!»

«¿No recuerdas lo que te entristeció leer el nombre de... el nombre de...?»

«¿De qué?»

«¿Del nombre de la banda?»

«¿La banda?»

«Leíste el nombre de una banda, cuya actuación estaba programada dos semanas atrás.

¿Cuál era?»

«Nunca lo recordaré.»

«Ya, pero ¿y la sensación?»

«No me acuerdo.»

«Sí. Lo recuerdas. La sensación.»

«Estaba triste. Tenía miedo.»

«¿Qué harían allí?»

«¿Cómo?»

«En el bar. ¿Qué harían allí?»

«No sé. Beber. Comer.»

«Sí. ¿Qué más?»

«¿Bailar?»

«Bailar.»

«Sí.»

«¿Y?»

«¿Y qué?»

«¿Cómo bailaban?»

«No lo sé.»

«¿Al ritmo de qué bailaban?»

«De la música. De la música de la banda.»

«Exacto. Bailaban al son de la música de la banda.»

«Y la banda necesitaba micrófonos. La banda necesitaba amplificadores, altavoces.»

Las ideas de Tom han quedado suspendidas en la casa, como fantasmas.

«Igual que nosotros lo hicimos —podría decir Tom—. Igual que cuando Jules y yo dimos la vuelta a la manzana. No pudiste tomar parte en muchas de esas actividades, Malorie, pero ahora sí puedes. Jules y yo encontramos a los perros que más tarde nos acompañaron cuando emprendimos

el viaje a mi casa. Piénsalo, Malorie. Fue como si todo formase parte de un mismo camino, cada paso nos llevó a dar el siguiente. Todo para no estancarnos. Corrimos riesgos. Ahora tienes que hacer lo mismo. Pinta de negro el parabrisas.»

Don se había reído cuando Tom sugirió conducir a ciegas.

Pero eso fue exactamente lo que ella hizo.

Victor. El perro la ayudaría. Jules se negó una vez a que pudieran utilizarlo de esa manera. Pero Malorie tenía a un par de recién nacidos en la habitación que había al final del pasillo. Las reglas habían cambiado. Aún tenía dolorido el cuerpo tras el parto. Los músculos de la espalda tensos. Si se movía muy rápidamente era como si fuera a partirse la ingle. Nunca había disfrutado del descanso que merece una madre.

«*Victor*, él te protegerá», pensó entonces.

Pintó de negro el parabrisas con la pintura que había en el sótano. Ató calcetines y camisetas en el interior del cristal. Utilizando el pegamento para

madera que había en el garaje, y cinta de precinto del sótano, protegió el parabrisas con mantas y cubre colchones. Todo esto en la calle. Todo esto a ciegas. Todo ello mientras soportaba el dolor de ser madre, castigada, por lo visto, con cada movimiento que hacía su cuerpo.

Tendría que dejarlos. Tendría que ir sola.

Conduciría casi medio kilómetro en dirección contraria a la que había llegado a la casa. Giraría a la izquierda y seguiría durante seis kilómetros. Luego a la derecha, otros cuatro kilómetros. Desde allí tendría que buscar el bar. Llevaría comida para *Victor*. Él la guiaría de vuelta al coche, de vuelta a la comida, cuando Malorie necesitase regresar.

Siete u ocho kilómetros por hora parecía razonable. Seguro.

Pero la primera vez que lo había intentado, descubrió lo duro que podía llegar a ser.

A pesar de las precauciones, conducir a ciegas era aterrador. La furgoneta daba violentos botes

mientras arrollaba cosas que jamás podría identificar. Veinte veces se dio contra el bordillo. En dos ocasiones chocó con postes. Una vez con un vehículo aparcado. Era puro suspense. Era terrible. Cada vez que oía el chasquido metálico del cuentakilómetros esperaba chocar contra algo, salir malherida. Una tragedia. Cuando regresó a su casa tenía los nervios destrozados. Tenía las manos vacías y no estaba convencida de tener el valor necesario para volverlo a intentar.

Pero lo hizo. Y al noveno intento, con la furgoneta maltrecha, la encontró.

Encontró la lavandería al séptimo intento. Y dado que la recordaba de la primera vez que había conducido a la casa, le infundió coraje para intentarlo de nuevo. Vendada, asustada, entró en una zapatería, una cafetería, una heladería y un teatro. Había oído el eco de sus pasos en el suelo de mármol que cubría el vestíbulo de unas oficinas. Había derribado un expositor de postales. Sin embargo, no había localizado el bar.

Luego, a la novena tarde, Malorie atravesó una puerta de madera y supo de inmediato que había llegado.

El olor a fruta amarga, a humo estancado y a cerveza le dieron una bienvenida tan cálida como cualquiera que hubiese conocido. Se arrodilló para abrazar el cuello de *Victor*.

—Lo hemos encontrado —dijo.

Tenía el cuerpo dolorido. La mente abotargada. La boca seca. Imaginó su vientre deshinchado, como los restos de un globo desinflado.

Pero lo había encontrado.

Pasó un buen rato buscando la barra. Se golpeó con las sillas, y también se dio un buen golpe en un hombro con un poste. Tropezó una vez, pero una mesa evitó que cayese de bruces al suelo. Dedicó otro buen rato a intentar hacerse una composición de lugar mediante el tacto. ¿Estaba en la cocina? ¿Era el lugar que usaban para preparar los cócteles? *Victor* tiró de ella, y Malorie se dio la vuelta, golpeándose el estómago con algo duro.

Era la barra. Malorie ató la correa de *Victor* a lo que pensó que era un taburete de metal, y a continuación se situó tras una barra para tantear las botellas. Cada instante era un recordatorio del hecho de haber dado a luz recientemente. Se acercó una a una las botellas a la nariz. Whisky. Un licor que olía a melocotón. Otro que olía a limón. Vodka. Ginebra. Y, finalmente, ron. Como cuando los residentes organizaron la celebración la noche en que llegó Olympia.

Le reconfortó tenerla en las manos. Como si hubiera esperado mil años para hacerlo.

Recorrió con ella la barra. Encontró el taburete, se sentó y se llevó la botella a los labios para beber.

El alcohol se extendió por todo su cuerpo. Por un instante, alivió su dolor.

En su oscuridad particular era consciente de que una criatura podría estar sentada a su lado. Quizá el lugar estaba repleto de ellas. Tres por mesa. Observándola en silencio. Atentas a la

mujer rota, vendada, y también al perro guía. Pero en ese instante no le importó.

—*Victor* —dijo—, ¿quieres un poco? ¿Te apetece?

Dios, qué sensación más agradable.

Tomó un nuevo sorbo, recordando lo estupendo que era pasar la tarde en el bar. Olvidar a los bebés, olvidar la casa, olvidarlo todo.

—Te aseguro que no está nada mal, *Victor*.

Pero percibió que el perro estaba preocupado. Tiraba de la correa atada al taburete.

Malorie bebió de nuevo. Entonces *Victor* soltó un gañido.

—¿Qué pasa, *Victor*?

Victor tiró con mayor fuerza de la correa. Gimoteaba, no gruñía. Malorie lo escuchó. El perro estaba muy inquieto. Se levantó, lo desató y dejó que la llevara.

—¿Adónde vamos, *Victor*?

Sabía que la llevaba de vuelta por donde habían llegado, por la puerta que habían

franqueado. Toparon con las mesas que se interponían en su camino. *Victor* resbaló en las baldosas y Malorie se golpeó la barbilla con un asiento.

Ahí el olor era más intenso. El bar olía. Y más.
—¿*Victor*?

El perro se había detenido y rascaba algo que había en el suelo.

«Es un ratón —pensó Malorie—. Aquí tiene que haber tantos.»

Trazó un arco con la punta del zapato y dio con algo duro y pequeño. Apartó a *Victor* y tanteó con cuidado el suelo.

Pensó en los bebés, en que morirían sin ella.
—¿De qué se trata, *Victor*?

Era una especie de anilla. Tenía la sensación de que era de acero. Había una cuerda. La tanteaba a ciegas cuando cayó en la cuenta de qué era. Se levantó.

—Es la puerta de un sótano, *Victor*.

El perro jadeaba.

—Vamos a dejarlo correr. Tenemos que recoger algunas cosas aquí.

Pero *Víctor* insistió.

«Podría haber gente aquí abajo —pensó Malorie—. Escondida. Viviendo. Gente que podría ayudarme a criar a los bebés.»

—¿Hola? —dijo. Pero no hubo respuesta.

El sudor le goteaba por la venda. *Víctor* arañaba la madera. Malorie tuvo la sensación de que iba a partirse en dos cuando se arrodilló para abrir la trampilla.

Se alzó tal olor que a punto estuvo de ahogarla, Malorie notó cómo el ron le subía por la garganta y se puso a vomitar.

—*Víctor* —dijo, conteniendo las arcadas—. Hay algo podrido ahí abajo. Algo...

La invadió un miedo descarnado. No la clase de miedo que siente una mujer que conduce con un parabrisas ahumado, sino la clase de miedo que sentiría si llevase una venda y de pronto cayera en la cuenta de que hay alguien más presente en la

estancia.

Palpó en busca de la puerta, temerosa de tropezar, caer al sótano y toparse con lo que fuera que hubiese ahí abajo. No apestaba a alimentos caducados. No era licor del malo.

—¡*Victor!*

El perro tiraba de ella, deseoso de llevarla a la fuente de ese olor.

—¡Vamos, *Victor!*

Pero siguió insistiendo.

«Pero huele a tumba. A muerte.»

Rápidamente, no sin esfuerzo, Malorie tiró de *Victor* hasta apartarlo de allí y llevarlo de vuelta a la barra, donde buscó un poste. Encontró uno hecho de madera al que ató la correa, se arrodilló y lo tomó de la mandíbula, rogándole que se calmara.

—Tenemos que volver con los bebés —le dijo—. Tienes que calmarte.

Pero también ella necesitaba hacerlo.

«Nunca llegamos a saber cómo afectaba a los

animales. No llegamos a saberlo.»

Se volvió a ciegas hacia el acceso que llevaba a la trampa del sótano.

—*Victor* —dijo mientras se le agolpaban las lágrimas—. ¿Qué has visto ahí abajo?

El perro permaneció inmóvil. Jadeaba. Parecía respirar con dificultad.

—¿*Victor*?

Tras levantarse, se alejó de él.

—*Victor*. Voy a acercarme ahí. Voy a buscar unos micrófonos.

Hubo una parte de sí misma que sintió morir. Era como si fuese ella la que estaba enloqueciendo. Pensó en Jules. Jules, que amaba a ese perro más que a sí mismo.

Un tortuoso gruñido escapó de su garganta. Era un sonido que nunca había oído en él. Ni en ningún otro perro.

—*Victor*. Siento haberte traído aquí. Lo siento.

El perro se movió con violencia y Malorie pensó que se había soltado. El poste de madera se

astilló.

Victor se puso a ladrar.

Malorie, retrocediendo, topó con algo, una especie de tarima que le llegaba a la altura de la pantorrilla.

—No, *Victor*. Por favor. Lo siento.

El perro zarandeó el cuerpo, chocando con una mesa.

—Dios mío, *Victor*. ¡*Victor!* ¡Para! ¡Por favor!
Pero *Victor* no pudo parar.

Malorie palpó la tarima enmoquetada. Se subió a ella, temerosa de dar la espalda a lo que *Victor* había visto. Hecha un ovillo, temblando, escuchó cómo enloquecía el perro. El sonido de él orinando. El castañeteo de las mandíbulas cuando las cerraba en el aire.

Malorie tembló. Tanteó en busca de una herramienta, un arma, y cerró las manos en torno a algo de acero, una especie de vara.

Se levantó lentamente mientras repasaba con la otra mano la superficie de metal.

Victor mordió el aire. Con fuerza. Sonaba como si se estuviera partiendo la mandíbula.

En la parte superior de la vara de acero, Malorie palpó un objeto redondo, oval. En el extremo palpó una malla de acero.

Ahogó un grito.

Estaba en el escenario. Era lo que la había llevado a ese lugar. Un micrófono.

Oyó un crujido de huesos procedente de *Victor*. Su pelaje, la carne, desgarrados.

—¡*Victor*!

Guardó en el bolsillo el micrófono y cayó de rodillas.

—Mátalo —pensó.

Pero no podía.

Palpó fuera de sí el escenario. A su espalda, era como si *Victor* devorase su propia pata.

«Estás rota. *Victor* se muere. Pero en casa hay dos bebés en cajas. Te necesitan, Malorie. Te necesitan te necesitan te necesitan.»

Las lágrimas, saturadas, se precipitaron al

suelo bajo la venda. Jadeaba. De rodillas, siguió un cable hasta un pequeño objeto cuadrado situado al final del escenario. Encontró tres cables más que llevaban a otros tres micrófonos.

Victor hizo un ruido que ningún perro debería hacer. Casi sonaba humano en su desesperación. Malorie recogió todo lo que pudo.

Unos altavoces lo bastante pequeños para poder llevarlos. Los micrófonos. El cable. Un atril.

—Lo siento, *Victor*. Lo siento, *Victor*. Lo siento.

Cuando se levantó, pensó que su cuerpo no lo soportaría. Pensó que en el caso de haber tenido menos fuerza no habría sido capaz de levantarse del suelo. Pero lo hizo. Mientras *Victor* continuaba peleando, Malorie se desplazó con la espalda pegada a la pared. Finalmente bajó de la tarima.

Victor había visto algo. ¿Dónde estaba ahora?

No hubo manera de dejar de llorar. Sin embargo, la invadió una sensación más intensa,

una valiosa calma. La maternidad. Como si ante sus ojos fuese una extraña que tan solo seguía adelante por los bebés.

Al cruzar el bar, se acercó lo bastante a *Victor* para que una parte de él le rozase la pierna. ¿Era el lomo? ¿El hocico? ¿Se estaba despidiendo de ella? ¿O le había sacado la lengua?

Malorie siguió caminando por el bar hasta alcanzar el punto por el que habían entrado. La portezuela abierta del sótano estaba cerca, aunque no sabía exactamente dónde.

—¡Apártate de mí! ¡Apártate de mí!

Cargada como iba, Malorie dio un paso adelante, pero su pie no encontró suelo bajo el zapato.

Perdió el equilibrio.

Estuvo a punto de caer.

Pero logró recuperarse.

Su propia voz se le antojaba ajena cuando gritó antes de salir del bar.

Sintió en la piel el sol cálido.

Se movió deprisa, de regreso al vehículo.

Sus pensamientos discurrían como impulsos eléctricos. Todo sucedía demasiado rápido. Resbaló en el bordillo de cemento y se dio un golpe con el lateral del coche. Pero no perdió un instante y cargó las cosas en la parte trasera. Exhaló un gemido de dolor al sentarse al volante.

La crueldad. Este mundo. *Víctor*.

Había introducido la llave en el contacto y se disponía a girarla.

Entonces, con el pelo negro empapado en sudor, hizo una pausa.

¿Qué posibilidades había de que algo se hubiese introducido con ella en el vehículo? ¿Qué posibilidades había de que hubiese algo sentado a su lado en el asiento del pasajero?

Si algo lo había hecho, no haría más que llevarlo hasta los niños.

«Para volver a casa —se dijo (le temblaba la voz que formulaba verbalmente sus pensamientos, una voz que sonaba como si estuviese llorando)—

no tienes más remedio que mirar el cuentakilómetros.»

Hizo aspavientos a ciegas en el coche, golpeando el salpicadero, el techo, las ventanillas.

Se quitó la venda.

Vio el parabrisas ahumado. Estaba sola en el coche.

Sirviéndose del cuentakilómetros, condujo los mismos tres kilómetros de vuelta, seguidos por seis hasta Shillingham, y finalmente medio más hasta la casa, golpeando todos los bordillos y señales de tráfico habidos y por haber. Condujo a siete kilómetros por hora. Tuvo la sensación de que pasaba una eternidad.

Después de aparcar, recogió las cosas que había encontrado. Dentro, con la puerta cerrada a su espalda, abrió los ojos y corrió hacia el dormitorio de los niños.

Los encontró despiertos. Sonrojados de tanto llorar. Hambrientos.

Mucho después, tumbada en el frío y húmedo

suelo de la cocina, seguía despierta, temblando con la mirada clavada en los micrófonos y los dos altavoces que había a su lado, recordando los sonidos que había hecho *Victor*.

«Los perros no son inmunes. Los perros pueden enloquecer. Los perros no son inmunes.»

Y cuando creía que había parado de llorar, no hacía más que volver a empezar.

Malorie está en el cuarto de baño de la primera planta. Es tarde y el silencio reina en la casa. Los residentes duermen.

Está pensando en el maletín de Gary.

Tom la había conminado a comportarse como un líder en su ausencia. Pero el maletín la preocupa. Igual que la preocupa el repentino interés que ha despertado Gary en Don. Igual que todo lo que Gary dice con esa grandilocuencia suya, tan artificial.

Fisgar está mal. Cuando las personas se ven obligadas a convivir, la intimidad es esencial. Pero ¿no es ese su deber? En ausencia de Tom, ¿no depende de ella averiguar si sus sospechas son fundadas?

Malorie aguza el oído, pendiente del pasillo. No hay movimiento en la casa. Al salir del cuarto de baño, se vuelve hacia el cuarto de Cheryl y ve

el bulto de su cuerpo, durmiendo. Asoma a la habitación de Olympia y oye sus ronquidos suaves. Sin hacer ruido, Malorie baja la escalera con la mano en la barandilla.

Se dirige a la cocina y enciende la luz que hay sobre el fogón. Es tenue y hace un leve zumbido. Pero es suficiente. Al asomarse al salón, Malorie ve los ojos de *Victor* vueltos hacia ella. Felix duerme en el sofá. El espacio del suelo que Tom suele ocupar está vacío. Cruza la cocina en dirección al comedor. La luz de la cocina alcanza lo bastante para que distinga el cuerpo de Gary tumbado en el suelo, de espaldas, durmiendo.

Malorie piensa.

El maletín descansa apoyado contra la pared, al alcance de su mano.

Malorie atraviesa el comedor. Los tablones de madera crujen bajo su peso. Se detiene y mira fijamente la boca abierta y la barba. Ronca un poco, más bien silba, lentamente y con constancia. Conteniendo el aliento, da un último paso hacia él

y se detiene de nuevo. Le observa con atención sin moverse.

Se arrodilla.

Gary lanza un resoplido. A Malorie el corazón le da un vuelco. Aguarda.

Para alcanzar el maletín tiene que extender el brazo sobre el pecho de Gary, y cuando lo hace casi le roza la camisa. Cierra los dedos en torno al asa cuando lanza un nuevo resoplido. Malorie agacha la mirada.

La está mirando.

Malorie se queda congelada, mirando alternativamente a un ojo y a otro.

Exhala un suspiro de alivio. Gary no tiene los ojos abiertos. Las sombras la han despistado.

Tira del maletín, se levanta y abandona la sala.

Se para a la altura de la puerta del sótano y aguza el oído. No oye movimiento procedente del comedor. Abre la puerta del sótano poco a poco, muy lentamente, pero no puede evitar el chirrido de bisagras. Suena más alto de lo que suele. Como

si toda la casa se estuviese partiendo en dos.

Se desliza en el interior cuando apenas está abierta. La casa vuelve a estar en silencio.

Baja lentamente la escalera hasta el suelo de tierra.

Está nerviosa; tarda un poco en localizar el cordel de la bombilla. Cuando lo hace, la estancia se inunda de una luz brillante y amarilla. Demasiado brillante. Tanto que piensa que podría despertar a Cheryl, que duerme dos plantas por encima.

Mira a su alrededor, y espera.

No oye más que su propia respiración.

Le duele el cuerpo. Necesita descansar, pero en ese momento lo único que quiere es averiguar qué trajo consigo Gary.

Se acerca al taburete. Se sienta.

Abre el maletín.

Dentro hay un cepillo de dientes gastado.

Calcetines.

Un par de camisetas.

Una camisa.

Desodorante.

Y papeles. Un cuaderno.

Malorie vuelve la vista hacia la puerta del sótano, atenta al ruido de pasos. Pero no se oye nada. Saca el cuaderno de debajo de las prendas y deja el maletín en el suelo.

El cuaderno tiene una cubierta lisa de color azul. Los bordes no están doblados. Es como si Gary lo hubiese cuidado, conservado en las mejores condiciones posibles.

Lo abre.

Y lee.

El trazo de la escritura es tan preciso que la asusta. Es meticuloso. Quienquiera que escribió lo hizo con pasión. Con orgullo. Mientras pasa las páginas, repara en algunas frases escritas de forma tradicional, de izquierda a derecha, pero otras lo están de derecha a izquierda. A medida que avanza, el texto empieza en la parte superior de la página y desciende vertical. Hacia el final, las

frases trazan espirales perfectas de factura impecable, dando pie a pautas peculiares hechas con palabras.

«Ser consciente de la capacidad máxima de la mente humana equivale a conocer el alcance del poder de estas criaturas. Si se trata de una cuestión de comprensión, entonces el resultado de cualquier encuentro con ellas por fuerza tiene que ser distinto entre dos personas. Mi capacidad máxima difiere de la tuya. Difiere mucho en comparación con la de los micos que residen en esta casa. Los demás, atrapados como están en una histeria hiperbólica, son más susceptibles a las normas que hemos atribuido a las criaturas. Pero alguien como yo, bueno, ya he demostrado a qué me refiero.»

Malorie pasa la página.

«¿Qué clase de hombre se acobarda cuando llega el fin del mundo? Cuando sus hermanos se matan entre sí, cuando las calles de la América suburbana están infestadas de asesinatos... ¿Qué clase de hombre se esconde tras las mantas y las

vendas? La respuesta es LA MAYORÍA de los hombres. Les han dicho que enloquecerán. Por eso enloquecen.»

Malorie mira la escalera del sótano. La luz de la cocina atraviesa débil la rendija inferior de la puerta. Piensa que tendría que haberla apagado. Se plantea la posibilidad de hacerlo en ese momento. Luego pasa otra página.

«Nos lo hacemos a nosotros mismos nos lo hacemos a nosotros mismos nos LO HACEMOS a NOSOTROS MISMOS. En otras palabras (¡toma nota de ello!): EL HOMBRE ES LA CRIATURA A TEMER.»

Es el cuaderno de Frank. Pero ¿qué hace en manos de Gary?

«Porque fue él quien lo escribió», piensa.

Malorie sabe que no fue Frank quien arrancó las sábanas y mantas de la antigua casa de Gary.

«Fue Gary.»

Malorie se levanta, el corazón golpea con fuerza en su pecho.

Mira la parte inferior de la puerta del sótano. La luz de la cocina. Espera que algo la obstruya de un momento a otro. Busca con la mirada algo que pueda servirle de arma en los estantes. Si viene, ¿con qué podría matarlo?

Pero nada obstruye la luz, y Malorie se acerca el cuaderno al rostro. Lee.

«Desde un punto de vista racional, y en aras de demostrárselo, no tengo otra opción. Escribiré esto un millar de veces hasta que logre convencerme para hacerlo. Dos mil. Tres mil. Estos hombres se niegan a hablarlo. Solo demostrarlo hará que cambien de idea. Pero ¿cómo demostrárselo? ¿Cómo lograr que lo crean?»

»Voy a retirar las mantas y abrir las puertas.»

En los márgenes hay anotaciones numeradas con los números minuciosamente escritos en la parte superior. He aquí la nota 2.343. A continuación la 2.344. Incesante, interminable, brutal.

Malorie vuelve una página.

Oye un ruido procedente de arriba.

Se vuelve hacia la puerta. Teme pestañear, moverse. Aguarda con los ojos muy abiertos.

Está pendiente de la puerta. Alcanza el maletín y devuelve el cuaderno al lugar donde lo encontró, bajo las demás cosas de Gary. ¿Lo ha puesto correctamente? ¿Era así como lo tenía?

No lo sabe. No tiene ni idea.

Cierra el maletín y tira del cordel que apaga la bombilla.

Malorie cierra los ojos, consciente del suelo frío bajo los pies. Abre los ojos. La luz que procede de la cocina es lo único que interrumpe la negrura absoluta que reina bajo la puerta del sótano.

Malorie la observa, inmóvil.

Cruza el sótano mientras sus ojos se acostumbran a la oscuridad. Sube la escalera poco a poco y pega la oreja a la puerta.

Escucha. Su respiración es errática. El silencio reina de nuevo en la casa.

«Gary está de pie en el extremo opuesto de la cocina. Está observando la puerta del sótano. Ahí lo encontrarás cuando la abras.»

Espera. Y espera. Y no oye nada.

Abre la puerta. La bisagra chirría.

Maletín en mano, Malorie vuelve rápidamente la vista hacia la cocina. El silencio es estruendoso.

Pero no hay nadie allí. Nadie la está esperando.

Con la mano en el vientre, se cuela por la rendija abierta y cierra la puerta tras ella.

Mira hacia el comedor. Hacia el comedor.

Hacia el comedor.

Hacia el comedor.

De puntillas, atraviesa la cocina y entra por fin en el comedor.

Gary sigue tumbado en el suelo. Respira. Un leve ronquido.

Se acerca. Gary se mueve. Espera.

«Se ha movido...»

No ha sido más que el brazo.

Malorie le observa, le mira a la cara, a los ojos cerrados. Se agacha sobre él, apenas a unos centímetros de su piel, y devuelve el maletín a su lugar junto a la pared.

«¿Era ahí dónde estaba?»

Lo deja. Una vez se incorpora, abandona de prisa la estancia. En la cocina, topa con el fulgor que desprende una mirada ajena.

Malorie se queda paralizada.

Es Olympia.

—¿Qué haces? —susurra Olympia.

—Nada —responde, sin aliento—. Pensaba que me había dejado algo ahí.

—He tenido una pesadilla tremenda —dice Olympia.

Malorie camina hacia ella y la toma del brazo. Conduce a Olympia de vuelta a la escalera, que suben juntas. Arriba, Malorie vuelve la vista hacia el pie de la escalera.

—Tengo que contárselo a Tom —dice.

—¿Lo de mi sueño?

Malorie mira a Olympia y niega con la cabeza.

—No. No. Lo siento. No.

—¿Malorie?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Olympia. Tengo que hablar con Tom.

—Ya, pero es que Tom se ha ido.

Malorie permanece atenta al pie de la escalera. La luz de la cocina sigue encendida e inunda la entrada del salón de tal modo que si alguien fuese a entrar en ella procedente del comedor sería capaz de ver su sombra.

Contempla la sala tenuemente iluminada. Espera. La sombra. Está segura de que no tardará en verla.

Mientras observa, piensa en lo que Olympia acaba de decir.

«Pero es que Tom se ha ido.»

Piensa en la casa como si fuera una enorme caja. Quiere salir de esa caja. Tom y Jules, fuera, siguen en la caja. Todo el planeta está encerrado.

El mundo se ha visto confinado a la misma caja de cartón que alberga a los pájaros. Malorie sabe que Tom busca una manera de abrir la tapa. Está buscando una salida. Pero se pregunta si no encontrará otra tapa, y luego otra.

«Enjaulados —piensa—. Para siempre.»

Hace una semana que Tom y Jules emprendieron su caminata de cinco kilómetros con los huskis. En el momento presente, Malorie quiere más que nada en el mundo verlos de vuelta en casa. Quiere oír cómo llaman a la puerta y sentir el alivio de volver a verlos. Quiere saber qué han encontrado y ver qué traen consigo. Quiere poner al corriente a Tom de lo que ha leído en el sótano.

La noche anterior no volvió a conciliar el sueño. En la oscuridad de su dormitorio, pensó en el cuaderno de Gary. Malorie está ahora en el vestíbulo. Escondida, o eso parece, del resto de la casa.

No puede hablar con Felix. No está segura de que pudiera callárselo. Se le escaparía algo. Malorie quiere que Tom y Jules vuelvan por si lo hace. Felix los necesitaría.

A saber de qué es capaz Gary.

«Qué habrá hecho», se pregunta.

No puede hablar con Cheryl. Cheryl es fuerte e intensa. Se enfada. Actuaría antes de que Felix lo hiciera.

No haría más que asustar a Olympia.

No puede hablar con Gary. No lo hará. No sin el respaldo de Tom.

Pero, a pesar de su cambio de afiliación, a pesar de su impredecible estado de ánimo, Malorie piensa que tal vez pueda hablar con Don.

Piensa que hay bondad en él. Que siempre la ha habido.

Hace semanas que Gary se ha portado como el diablillo que susurra al oído de Don. Don necesitaba a alguien como él en la casa. Alguien capaz de ver el mundo como lo hace él. Pero ¿por qué el escepticismo de Don no le ha servido de nada en este caso? En todas las conversaciones que ha mantenido con Gary, ¿no se le ha ocurrido pensar que hay algo en el recién llegado que pueda oler a chamusquina?

«Gary duerme con el maletín al alcance de la mano. Cuida de él. Le preocupa y cree en lo que hay escrito en el cuaderno que guarda en su interior.»

Piensa que todo en ese nuevo mundo es duro, pero nada lo es tanto como descubrir el cuaderno de Gary en ausencia de Tom.

«Podría pasar fuera mucho tiempo.»

«Basta.»

«Podría no volver.»

«Basta.»

«Podría estar muerto. Podrían haberlos matado en la calle, a dos manzanas de aquí. El hombre a quien esperas podría llevar una semana muerto, a uno o dos jardines de esta casa.»

«No está muerto. Volverá.»

«Tal vez.»

«Lo hará.»

«Quizá.»

«Trazaron un recorrido con Felix.»

«¿Y Felix qué sabrá?»

«Los tres lo planearon juntos. Tom no habría corrido ese riesgo a menos que supiera que existe una posibilidad de lograrlo.»

«¿Recuerdas el video de George? Tom se parece mucho a George.»

«¡Basta!»

«Pero es verdad. Lo idealizaba. ¿Y qué me dices de los perros?»

«No tenemos la seguridad de que afecte a los perros.»

«No. Pero podría ser. ¿Te imaginas cómo debe de ser? Un perro que de pronto enloquece.»

«No... Por favor.»

«Pensamientos necesarios. Visiones necesarias. Tom podría no regresar.»

«Lo hará lo hará lo hará...»

«Y si no lo hace, tendrás que contárselo a otro.»

«Tom va a volver.»

«Hace una semana.»

«¡Volverá!»

«No puedes contárselo a Gary. Habla antes con cualquier otro.»

«Con Don.»

«No. No. Él no. Con Felix. Don te matará.»

«¿Qué?»

«Don ha cambiado, Malorie. Es distinto. No seas tan inocente.»

«Don no nos haría daño.»

«Sí. Lo haría. Os pasaría a todos a cuchillo.»

«¡Basta!»

«La vida no le importa. Te sugirió cegar al bebé, Malorie.»

«No nos haría daño.»

«Lo haría. Habla con Felix.»

«Felix se lo contará a todo el mundo.»

«Dile que no lo haga. Habla con Felix. Tom podría no volver.»

Malorie abandona el vestíbulo. Cheryl y Gary están en la cocina. Gary se sienta a la mesa, pescando cortes de pera de una lata.

—Buenas tardes. —Lo dice con un tono con el

que parece atribuirse la responsabilidad de que, en efecto, se trata de una tarde estupenda.

Malorie cree que lo sabe. Está convencida de ello.

«Estaba despierto estaba despierto estaba despierto.»

—Buenas tardes —responde.

Entra en el salón. Gary queda atrás.

Felix está sentado junto al teléfono en el salón. El mapa está desplegado en una punta de la mesa.

—No lo entiendo —dice, confundido.

Felix no tiene buen aspecto. Últimamente no ha comido mucho. Han desaparecido las garantías que ofreció a Malorie una semana antes.

—Es que ha pasado tanto tiempo, Malorie. Sé que Tom sabrá apañárselas ahí fuera, pero ha pasado tanto tiempo...

—Tienes que pensar en otra cosa —dice Cheryl, que acaba de asomar por la esquina—. En serio, Felix. Piensa en otra cosa. O eso o sales al exterior sin ponerte la venda. Si sigues así

perderás la razón.

Felix exhala ruidosamente y se pasa la mano por el pelo.

No puede hablar con Felix. Está perdiendo algo. Ha perdido algo. Tiene la mirada extraviada. Es menos perceptivo, menos fuerte.

Malorie sale sin decir una palabra. Pasa junto a Don en el salón. Las palabras, lo que ella ha descubierto, cobran vida en su interior. Está a punto de hablar.

«Don, Gary no es de fiar. Es peligroso. Lleva el cuaderno de Frank en el maletín.»

«¿Qué dices, Malorie?»

«Lo que acabas de oír.»

«¿Has estado figoneando? ¿Has metido la nariz en las cosas de Gary?»

«Sí.»

«¿Por qué me lo cuentas?»

«Don, necesito contárselo a alguien. Eso lo entiendes, ¿verdad?»

«¿Por qué no se lo has preguntado

directamente? ¡Eh, Gary! Ven aquí.»

No. No puede acudir a Don. Don también ha perdido algo. Podría ponerse violento. Igual que Gary.

«Un empujón —piensa—. Basta con un empujón para que pierdas al bebé.»

Imagina a Gary en lo alto de la escalera del sótano. Y su propio cuerpo roto, ensangrentado, hecho un ovillo al pie de la escalera.

«Te gusta leer en el sótano, ¿verdad? Pues muérete ahí abajo con tu hijo.»

A su espalda oye a los residentes en el salón. Cheryl habla con Felix. Gary conversa con Don.

Malorie se da la vuelta hacia sus voces y se acerca al salón.

Va a contárselo a todos ellos.

Cuando entra en la estancia, siente como si su cuerpo estuviese hecho de hielo. Se funde. Como si perdiera pedazos de sí misma, pedazos que se hundieran bajo la insoportable presencia de lo que se avecina.

Cheryl y Olympia se sientan al sofá. Felix espera junto al teléfono. Don ocupa el sillón. Gary se encuentra de pie, vuelto hacia las ventanas cubiertas por mantas.

Cuando se dispone a abrir la boca, Gary vuelve lentamente la mirada y la mira a los ojos.

—Malorie, ¿te preocupa algo? —dice.

De pronto Malorie cae en la cuenta de que todo el mundo la está mirando. Que todo el mundo espera a que responda.

—Sí, Gary. Así es.

—¿De qué se trata? —pregunta Don.

Se le agolpan las palabras en la garganta. Trepan como las patas de un ciempiés hasta alcanzar sus labios con la esperanza de salir.

—¿Alguien se acuerda de que Gary...?

Interrumpe la pregunta. Los residentes y ella se vuelven hacia las mantas y sábanas que cubren las ventanas.

Los pájaros pían.

—Es Tom —anuncia Felix con tono

desesperado—. ¡Tiene que ser él!

Gary la mira de nuevo a los ojos. Alguien llama a la puerta principal.

Los residentes se mueven deprisa. Felix se dirige a paso vivo a la puerta. Malorie y Gary permanecen donde están.

«Lo sabe lo sabe lo sabe lo sabe lo sabe.»

Cuando Tom saluda, Malorie tiembla de miedo.

«Lo sabe.»

Entonces, tras oír la voz de Tom, Gary la deja y se dirige al recibidor.

Formuladas las preguntas pertinentes y una vez que los residentes han cerrado los ojos, Malorie oye cómo se abre la puerta principal. Entra una corriente de aire fresco, y con ella la realidad de cuán cerca ha estado Malorie de enfrentarse a Gary sin estar Tom presente en la casa.

Se oyen las pisadas de los perros en las baldosas de la entrada. Botas. Algo golpea el marco de la puerta. La puerta principal se cierra

enseguida. Se oye el ruido de los palos de escoba rascando las paredes. Tom habla. Y su voz es como una liberación.

—Tenía planeado llamaros desde mi casa. Pero el puto teléfono no funcionaba.

—Tom —dice Felix, excitado, debilitado—. Sabía que lo lograríais. ¡Lo sabía!

Cuando Malorie abre los ojos no piensa en Gary. No ve las letras perfectamente trazadas que descansan en el cuaderno del maletín.

Solo ve que Tom y Jules han vuelto a casa...

—Entramos en una tienda de comestibles —explica Tom. Lo que dice parece imposible—. Alguien se nos había adelantado, pero encontramos un montón de cosas útiles.

Parece cansado, pero tiene buen aspecto.

—Los perros se comportaron —dice—. Nos guiaron bien. —Está orgulloso y feliz—. Pero en casa encontré algo que espero nos sea de mayor utilidad.

Felix le ayuda con la bolsa. Tom abre la

cremallera y saca algo del interior. Luego la deja en el suelo del vestíbulo.

Es un listín telefónico.

—Vamos a llamar a todos los números que haya listados —dice—. Hasta el último número. Alguien responderá.

No es más que un listín telefónico, pero Tom lo ha convertido en un icono de esperanza.

—Bueno, vamos a comer —propone Tom.

Los demás preparan la mesa presa de la excitación. Olympia se encarga de los cubiertos. Felix llena los vasos con el agua del cubo.

Tom ha vuelto.

Jules ha vuelto.

—¡Malorie! —grita Olympia—. ¡Mira, es cangrejo en conserva!

Malorie, atrapada entre dos mundos, entra en la cocina y se dispone a echar una mano con los preparativos.

Alguien los sigue.

No tiene sentido preguntarse cuánto queda. No sabe cuándo oirá la grabación que la advierta de que ha llegado. Ni siquiera sabe si aún existe. Se limita a seguir remando, a perseverar.

Hace una hora pasaron cerca de algo que sonaba como un par de leones trabados en una pelea. Oyeron rugidos. Las aves de presa pronunciaban sus amenazas en las alturas. En el bosque hay gruñidos, resoplidos. La corriente del río se desplaza con rapidez. Recuerda la tienda que Tom y Jules encontraron en la calle, al salir de casa. ¿Podía haber algo así, algo tan asombrosamente fuera de lugar, ahí mismo, en el río? ¿Algo con lo que estuviesen a punto de chocar...?

Malorie es consciente de que cualquier cosa es posible.

Pero en ese momento, es algo más concreto lo que la tiene preocupada.

Alguien los sigue. Sí, también el niño lo ha oído.

Un eco. Otra remada, acompasada con la suya.

¿Quién haría algo así? Si alguien se proponía hacer daño a los niños y a ella, ¿por qué no aprovecharon cuando estuvo inconsciente?

¿Será alguien que, al igual que ella, ha huido de su propia casa?

—Niño —dice en voz baja—, dime todo lo que sepas sobre ellos.

El niño escucha.

—No sé, mamá.

Parece avergonzado.

—¿Siguen ahí?

—¡No lo sé!

—Escucha.

Malorie considera la posibilidad de detenerse. De dar la vuelta. De afrontar el ruido que oye a su espalda.

«La grabación se reproduce en un bucle. La oirás. Ajustamos el volumen al máximo. Lo oirás con claridad. Y cuando lo hagas, habrá llegado el momento de que abras los ojos.»

¿Qué los que está siguiendo?

—Niño —insiste—. Dime todo lo que sepas sobre ellos.

Malorie deja de remar. El agua susurra a su alrededor.

—No sé qué es —dice.

Malorie aguarda. Un perro ladra en la orilla derecha. Responde otro ladrido.

«Perros salvajes —piensa Malorie—. Más lobos.»

Se pone de nuevo a remar. Pregunta de nuevo al niño qué es lo que oye.

—¡Lo siento, mamá! —grita él, la voz rota por las lágrimas. Está avergonzado.

«No lo sabe.»

Hace años que el niño es incapaz de identificar un sonido. Lo que oye es algo que nunca había

oído.

Pero Malorie cree que aún puede ser de ayuda.

—¿A qué distancia están? —pregunta.

Pero el niño está llorando.

—¡No puedo!

—¡Mantén la voz baja! —susurra.

Oye un gruñido procedente de la orilla izquierda. Parece un cerdo. Luego otro. Y otro.

De pronto el río se le antoja muy estrecho. Las orillas están demasiado juntas.

«¿Los estará siguiendo algo?»

Malorie rema.

Por primera vez desde que ha llegado a la casa, Malorie sabe algo que los demás ignoran.

Tom y Jules acaban de regresar. Mientras los residentes preparaban la cena, Tom llevó al sótano la nueva reserva de conservas. Malorie se reunió allí con él. Tal vez Gary guardase el cuaderno porque quería leer los escritos de Frank. O puede que todo aquello lo hubiese escrito él mismo. Pero tenía que poner al corriente a Tom. Sin tardanza.

A la luz del sótano parecía cansado pero triunfal. Tenía el pelo rubio sucio. Tuvo la impresión de que había envejecido desde la primera vez que lo había mirado con esa misma luz. Había perdido peso. Metódicamente, sacó las latas de conservas tanto de su bolsa como de la de Jules, y las fue colocando en los estantes. Empezó a hablar de lo que había pasado en el interior de la tienda de alimentos comestibles, el hedor a comida

en mal estado. Finalmente, Malorie encontró una oportunidad.

Pero justo cuando se disponía a hablar se abrió la puerta del sótano.

Era Gary.

—Me gustaría ayudarte, si es posible —dijo a Tom desde lo alto de la escalera.

—Claro. Baja, anda.

Malorie salió cuando Gary alcanzó el suelo de tierra.

Más tarde, todo el mundo se sienta a la mesa del comedor. Malorie sigue buscando su oportunidad.

Tom y Jules describen lentamente la semana. Lo sucedido es increíble, pero Malorie sigue sin quitarse a Gary de la cabeza. Intenta comportarse con normalidad. Atiende a lo que se dice en la mesa. Cada minuto que pasa es otro segundo que Tom ignora la amenaza que Gary podría constituir para los demás.

Casi tiene la sensación de que ella y el resto

invaden el terreno de Gary. Como si Gary y Don hubiesen tenido el detalle de invitarlos a su comedor, con énfasis en el posesivo, su lugar predilecto para intercambiar susurros. Han pasado tanto tiempo allí que incluso huele a ellos. ¿Se habrían unido a los demás de haber servido la cena en el salón? Malorie cree que no.

Mientras Tom describe la caminata a ciegas de cinco kilómetros, Gary se muestra afable, conversador e interesado. Cada vez que abre la boca, Malorie quiere gritarle que deje de hablar. «Antes pon las cartas sobre la mesa», quiere decirle.

Pero espera.

—Entonces, ¿dirías que te has convencido de que no afecta a los animales? —pregunta Gary con la boca llena de cangrejo.

—No, no lo haría —responde Tom—. Aún no. Quizá no pasamos junto a nada que ellos pudieran ver.

—Eso no es muy probable —dice Gary.

Malorie está a punto de gritarlo.

Tom anuncia que tiene otra sorpresa para ellos.

—Esa bolsa tuya es una auténtica caja de las sorpresas —dice Gary, sonriendo.

Cuando Tom vuelve, lleva una caja marrón. De su interior saca ocho timbres de bicicleta.

—Las encontramos en la tienda de comestibles —dice—. En la parte donde tenían los juguetes.

Las reparte.

—La mía lleva grabado mi nombre —dice Olympia.

—Todas lo tienen —dice Tom—. Yo mismo grabé los nombres con los ojos vendados.

—¿Para qué son? —pregunta Felix.

—Cada vez pasaremos más tiempo fuera —responde Tom, sentándose—. Podemos utilizarlas para avisar de nuestra posición.

Gary hace sonar su bocina. Suena como un ganso. Cuando todos hacen sonar caóticamente las suyas es como si hubiese allí una bandada.

Felix sonrío. Las arrugas que tiene bajo los

ojos se tensan.

—¡Y esto de aquí es el final dramático! —
anuncia Tom. Hunde la mano en la bolsa y saca una
botella de ron.

—¡Tom! —exclama Olymphia.

—Veréis, es el principal motivo de que me
empeñase en volver a mi casa —bromea.

Malorie, atenta a las risas de los residentes,
pendiente de las sonrisas de sus rostros, ya no
puede callarse por más tiempo.

Se levanta y descarga una fuerte palmada en la
mesa.

—He abierto el maletín de Gary —dice—.
Dentro he encontrado el cuaderno del que nos
habló. El que decía que había que quitar las
mantas de las ventanas. El cuaderno que dijo que
Frank se había llevado al marcharse de la casa.

El silencio se impone en la estancia. Todos los
presentes la miran. Está tan acalorada que tiene las
mejillas sonrojadas. Una película de sudor le
cubre la raíz del pelo.

Tom, con la botella de ron en la mano, observa el rostro de Malorie. Luego se vuelve lentamente hacia Gary.

—¿Gary?

Gary agacha la vista.

«Está ganando tiempo —piensa Malorie—. El muy cabrón está ganando tiempo para pensar.»

—Bueno. No sé qué decir.

—¿Has estado revolviendo en los efectos personales ajenos? —pregunta Cheryl, levantándose.

—Sí, lo hice. Sé que vulnera las normas de la casa. Pero tenemos que hablar de lo que he descubierto.

De nuevo se hace el silencio. Malorie sigue de pie. Siente una corriente eléctrica en todo el cuerpo.

—¿Gary? —insiste Jules.

Gary recuesta la espalda en la silla. Aspira con fuerza. Se cruza de brazos a la altura del pecho. Luego los separa. Parece serio. Molesto.

Al cabo, esboza una sonrisa de medio lado. Se levanta y va hacia el maletín, que acerca y deja sobre la mesa.

Los demás contemplan el maletín, pero Malorie permanece atenta al rostro de Gary.

Abre el maletín y saca del interior el cuaderno.

—Sí —dice Gary—. Lo llevo aquí. Tengo el cuaderno de Frank.

—¿De Frank? —repite Malorie.

—Sí —dice Gary, volviéndose hacia ella. Luego, sin abandonar su manera teatral, caballerosa, de hablar, añade—: Serás fisgona.

De pronto todo el mundo habla a la vez. Felix pregunta por el cuaderno. Cheryl quiere saber cuándo lo encontró Malorie. Don señala con el dedo a Malorie mientras grita.

—Preñada puta paranoica —dice Gary en pleno caos, sin dejar de mirarla.

Jules se abalanza sobre él. Los perros ladran. Tom se interpone entre ambos. Grita para imponer el silencio. Que todo el mundo se calle. Malorie

no se mueve. Mira fijamente a Gary.

Jules cede.

—Tiene que explicarse ahora mismo —explota Don. Se ha puesto en pie y señala, enfadado, a Malorie.

Tom la mira.

—¿Malorie? —dice.

—No confío en él.

Eso no basta a los residentes.

—¿Qué hay escrito en ese cuaderno? —pregunta Olympia.

—¡Olympia! —exclama Malorie—. El cuaderno está ahí. Léelo tú misma.

Pero Felix ya lo tiene en las manos.

—¿Por qué conservas un recuerdo de alguien que puso tu vida en peligro? —pregunta a Gary.

—Esa es precisamente la razón de que lo tenga —insiste Gary—. Quería saber qué pensaba Frank. Conviví con él durante semanas y nunca sospeché que fuese capaz de matarnos. Quizá lo he conservado para que me sirva de advertencia. Para

asegurarme de que ninguno de vosotros haga lo que él hizo.

Malorie niega enérgicamente con la cabeza.

—Nos contaste que Frank se llevó el cuaderno consigo —dice.

Gary hace ademán de responder. Pero cierra la boca.

—No tengo una respuesta satisfactoria para eso —dice Gary—. Posiblemente pensé que os asustaría saber que lo tenía. Podéis pensar como queráis, pero hubiese preferido que confiarais en mí. No os culpo por fisgar en las pertenencias de un extraño, dadas las circunstancias en las que todos vivimos, pero dejad al menos que me defienda.

Tom está mirando el cuaderno. Las palabras se arrastran bajo su mirada.

Don es el siguiente en cogerlo. Su airada expresión se torna lentamente confusión.

Entonces, como si Malorie fuese consciente de algo que trasciende lo que pueda solventar

cualquier votación, señala a Gary y dice:

—No puedes seguir viviendo aquí. Tienes que irte.

—Vamos, Malorie —dice Don sin mucha convicción—. Gary intenta explicarse.

—¿Te has vuelto loco, Don? —pregunta Felix.

Aún con el cuaderno en las manos, Don se vuelve hacia Gary.

—Gary —dice—, tienes que ser consciente de lo mal que pinta todo esto.

—Lo sé. Claro que lo sé.

—¿No es tu letra? ¿Puedes demostrarlo?

Gary saca un bolígrafo del maletín y escribe su nombre en una página del cuaderno.

Tom lo inspecciona un instante.

—Gary —dice Tom—. El resto tenemos que hablar. Quédate aquí si quieres. De todos modos en la habitación contigua también nos oirías.

—Comprendo —dice Gary—. Tú eres el capitán de este barco. Lo que tú digas.

Malorie quiere darle un golpe.

—De acuerdo —dice Tom con calma a los demás—, ¿qué hacemos ahora?

—Tiene que marcharse —opina Cheryl sin titubear.

Tom propone una votación.

—¿Jules?

—No puede quedarse, Tom.

—¿Felix?

—Quiero decir que no. Me refiero a que no podemos votar si enviar a alguien fuera o no. Pero no tiene sentido conservar ese cuaderno.

—Tom. No vamos a votar si enviamos fuera a alguien que quiere irse —le recuerda Don—. Votaremos para obligar a alguien a hacerlo. ¿Quieres tener eso en la conciencia?

Tom se vuelve hacia Olympia.

—¿Olympia?

—Tom —insiste Don.

—Tú ya has votado.

—No podemos expulsar a nadie, Tom.

El cuaderno descansa en la mesa. Está abierto.

Las palabras aparecen pulcramente escritas.

—Lo siento, Don —dice Tom.

Don mira esperanzado a Olympia.

Pero ella no responde. Y no importa. La casa se ha pronunciado.

Gary se levanta. Recoge el cuaderno y lo devuelve al maletín. Se sitúa de pie tras el respaldo de su silla, la barbilla en alto. Aspira aire con fuerza. Asiente.

—Tom —dice—, ¿crees que podrías prestarme uno de tus cascos? Un favor entre vecinos.

—Claro —responde Tom en voz baja.

Tom abandona la sala. Regresa con el casco y algo de comida que ofrece a Gary.

—Así están las cosas, ¿eh? —dice Gary, ajustándose la correa del casco.

—Esto es horrible —se lamenta Olympia.

Tom ayuda a Gary a ponerse el casco. Luego lo acompaña a la puerta principal. Los residentes los siguen en grupo.

—Creo que todas las casas de la manzana

están vacías —dice Tom—. Al menos a juzgar por lo que Jules y yo hemos podido averiguar. Tienes donde escoger.

—Sí —dice Gary, que sonrío nervioso bajo la venda—. Supongo que eso es alentador.

Malorie, con un nudo en el estómago, mira precavida a Gary.

Cuando cierra los ojos, cuando todos ellos lo hacen, oye abrirse y cerrarse la puerta principal. Entremedio cree oír los pasos de él en el césped. Cuando abre los ojos, Don ya no está en el vestíbulo de pie con los demás. Malorie cree que se ha ido con Gary, pero entonces oye movimiento en la cocina.

—¿Don?

Responde con un gruñido. Sabe que es él.

Murmulla algo más antes de abrir y cerrar con un portazo la puerta del sótano.

Otro insulto. Dirigido a Malorie.

Mientras los demás se dispersan en silencio, comprende la severidad de lo que han hecho.

Tiene la sensación de que Gary, en el exterior, se ha vuelto omnisciente.

Lo han desterrado. Lo han condenado al ostracismo.

Expulsado.

«¿Qué es peor? —se pregunta—. ¿Tenerlo aquí, donde podemos tenerlo vigilado, o ahí fuera, donde no podemos?»

«¿Te habrá seguido Gary?»

A su espalda persisten los sonidos, audibles a pesar de su lejanía.

«Quiere asustarte. Si se lo propusiera podría alcanzarte en un abrir y cerrar de ojos.»

Gary.

«¡De eso hace cuatro años!»

¿Habría estado esperando cuatro años para vengarse?

—Mamá —susurra el niño.

—¿Qué pasa?

Teme lo que se dispone a decirle.

—El sonido, se acerca.

«¿Dónde habrá estado Gary estos cuatro años?

Te ha estado vigilando, a la espera, fuera de la casa. Ha visto cómo crecían los niños. Cómo el mundo se volvía más frío, más oscuro, hasta que la niebla lo cubrió, la misma que tú insensatamente

pensaste que ocultaría tu huida. Él te siguió a través de ella. A través de la niebla. Ha visto todo lo que hacías. Te ha visto, Malorie. No ha perdido detalle de todo lo que has hecho.»

—¡Maldita sea! —grita—. ¡Es imposible! —Y tras girar el cuello, tras vencer la resistencia de los músculos, grita—: ¡Déjanos en paz!

Cada remada ya no es lo que era cuando empezó a remar. Cuando empezó tenía dos brazos fuertes. El corazón lleno de energía. Cuatro años para impulsarla.

Debido a todo lo que ha soportado, se niega a creer en la posibilidad de que Gary la esté siguiendo. Sería una broma cruel. Un hombre que ha sobrevivido cuatro años fuera. No una criatura, sino un hombre.

EL HOMBRE ES LA CRIATURA A TEMER

La frase, la frase de Gary formada por tan solo siete palabras, la acompaña desde la noche en que

la leyó en el sótano. ¿Acaso no es verdad? Cuando oía quebrarse una rama a través de los altavoces que recuperó acompañada por *Victor*, cuando oía pasos en el césped, fuera, ¿qué era lo que más temía? ¿A un animal? ¿Una criatura?

¿O a un hombre?

«Gary. Siempre Gary.»

Podría haber entrado en cualquier momento. Podría haber roto una ventana. Haberla atacado cuando iba al pozo a por agua. ¿Por qué había esperado todo ese tiempo? La había seguido desde el principio, acechándola, decidido a dar con el momento más adecuado para saltar sobre su presa.

«Está loco. Loco a la antigua, como se enloquecía antes.»

EL HOMBRE ES LA CRIATURA A TEMER

—¿Es un hombre, niño?

—No lo sé, mamá.

—¿Alguien remando?

—Sí, pero con las manos, no con los remos.

—¿Llevan prisas? ¿Se lo toman con calma?

Dime. Quiero más detalles de lo que oyes.

«¿Quién te está siguiendo?»

«Gary.»

«¿Quién te está siguiendo?»

«Gary.»

«¿Quién te está siguiendo?»

«Gary Gary Gary Gary.»

—No creo que sea un bote —dice de pronto el niño. Parece orgulloso de haber sido capaz de distinguirlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Nadan?

—No, mamá. No nadan. Caminan.

A lo lejos oye algo que nunca había oído. Es como un relámpago, pero de una clase especial. O como si todas las aves, en todos los árboles, ya no cantaran, ni piaran, sino que graznaran.

Encuentra un único eco que se extiende, terrible, en el río. Malorie siente un gélido escalofrío que el viento en octubre no podría

imitar.

Sigue remando.

Don está en el sótano. Don siempre está en el sótano. Ahora duerme allí. ¿Está cavando un túnel en el suelo de tierra? ¿Cava un túnel más y más hondo, más profundo, hacia el centro de la tierra? ¿Lejos de los demás? ¿Escribe? ¿Escribe en un cuaderno como el que Malorie encontró en el maletín de Gary?

«Gary.»

Hace cinco semanas que se marchó. ¿Qué efecto ha causado en Don?

¿Necesitaba a alguien como Gary? ¿Necesitaba Dow un oído ajeno?

Don se sumerge cada vez más en sí mismo tanto como se hunde físicamente en la casa, hasta el punto de que ahora está en el sótano.

Don siempre está en el sótano.

Más adelante, Malorie la considerará como la última noche en la casa, a pesar de que pasará cuatro años más allí. Contempla su enorme vientre en el espejo, tan grande que se asusta. Parece como si fuese a desgajarse de su cuerpo. Habla al bebé.

—Vas a salir un día de estos. Tengo tantas cosas que quiero contarte y tantas que no.

Lleva el pelo negro largo como no lo hacía desde que era pequeña. Shannon tenía celos de él.

«Pareces una princesa, y yo parezco la hermana de la princesa», decía.

Viven de alimentos en conserva y agua del pozo, y puede verse las costillas a pesar del bulto que tiene en el vientre. Sus brazos son delgados como ramas. Tiene las facciones del rostro marcadas, duras. Los ojos, hundidos en las cuencas, le llaman la atención en el reflejo.

Los residentes se han reunido abajo, en el salón. A primera hora de ese mismo día han marcado los últimos números del listín telefónico. Ya no hay más. Felix asegura haber hecho cerca de cinco mil llamadas. Han dejado diecisiete mensajes en contestadores diversos. Eso ha sido todo. Sin embargo, Tom está animado.

Mientras Malorie examina su cuerpo en el espejo, oye a uno de los perros gruñir abajo.

Parece *Victor*. Sale al pasillo y escucha.

—¿Qué pasa, *Victor*? —oye que pregunta Jules.

—No le gusta —dice Cheryl.

—¿Qué no le gusta?

—La puerta del sótano.

El sótano. No es un secreto que Don no quiere tener nada que ver con el resto de la casa. Cuando Tom instigó su plan de llamar a todos los números del listín telefónico, asignando a cada residente una horquilla de letras del alfabeto, Don se negó, alegando su «carencia de fe» en el proceso. En las

siete semanas que hace desde que cerraron la puerta a Gary, Don no ha tomado parte en ninguna comida con los demás. Apenas habla.

Malorie oye abrirse la puerta del sótano. Jules habla a continuación.

—¿Don? ¿Tú por aquí?

—¿Don? —repite Cheryl.

Hay una respuesta ahogada. La puerta se cierra de nuevo.

Curiosa, inquieta, Malorie se cubre el vientre con el jersey y se dirige a la planta baja.

Cuando entra en la cocina, encuentra a Jules arrodillado, consolando a *Victor*, que gimotea y camina de un lado a otro. Malorie mira en el salón. Allí ve a Tom observando las ventanas cubiertas por mantas.

«Está escuchando a los pájaros —piensa—. *Victor* lo está asustando.»

Como si se sintiera observado, Tom se vuelve hacia Malorie. *Victor* sigue llorando tras ella.

—Jules —dice Tom al entrar en la cocina—,

¿de qué se trata? ¿Qué puede haberlo asustado así?

—No sé. Obviamente hay algo que lo ha sobresaltado. Antes estaba rascando la puerta del sótano. Don está ahí abajo. Pero arrancarle una palabra es como arrancarle un diente. Peor incluso que lograr que suba.

—De acuerdo —dice Tom—. Entonces bajemos.

Cuando Jules levanta la vista para mirar a Tom, Malorie repara en el miedo que hay en su expresión.

¿Qué les ha hecho Gary?

«Sembró la desconfianza —se responde Malorie—. Jules teme enfrentarse a Don.»

—Vamos —interviene Tom—. Ha llegado la hora de que hablemos.

Jules se levanta y acerca la mano al tirador de la puerta del sótano. *Victor* gruñe de nuevo.

—Tú quédate aquí, tío —dice Jules.

—No. Vamos a traerlo con nosotros.

Jules hace una pausa, y a continuación abre la

puerta del sótano.

—¿Don? —llama Tom.

No hay respuesta.

Tom va en cabeza. Lo siguen Jules y *Victor*.

Finalmente entra Malorie.

Reina la penumbra, a pesar de que la luz está encendida. Al principio, Malorie piensa que están solos. Esperaba encontrar a Don sentado en el taburete. Leyendo. Pensando. Escribiendo. Está a punto de decir que allí no hay nadie cuando lanza un grito.

Don está de pie junto al tapiz, apoyado en la lavadora en un rincón poco iluminado.

—¿Qué le pasa al perro? —pregunta en voz baja.

Al responder, Tom habla con tacto.

—No lo sabemos, Don. Es como si no le gustara algo que hay aquí abajo. ¿Todo bien?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Llevas aquí metido más tiempo del que hemos pasado últimamente los demás —dice Tom

— Solo quiero saber si estás bien.

Cuando Don da un paso al frente, a la luz, Malorie ahoga un grito. No tiene buen aspecto. Está pálido. Delgado. Tiene sucio el pelo negro, cada vez más ralo. Sus facciones poseen una textura arcillosa. Las bolsas oscuras bajo sus ojos dan la impresión de haber absorbido parte de la negrura que lleva semanas contemplando.

— Hemos llamado a todo el listín — dice Tom, intentando, o eso piensa Malorie, iluminar el húmedo y oscuro sótano.

— ¿Ha habido suerte?

— De momento, no. Pero ¿quién sabe?

— Sí. Quién sabe.

Guardan silencio. Malorie entiende que la brecha que percibió que se abría entre ellos no podría ser más amplia. Han ido a ver a Don. Visitan a Don. Es como si viviera en otra parte. Cerrar esa brecha se antoja imposible.

— ¿Quieres subir? — pregunta Tom, dotando a su voz de amabilidad.

Entonces Malorie experimenta un leve mareo. Se lleva la mano al vientre.

El bebé. No debió de bajar la escalera del sótano, a pesar de que Don la preocupa tanto como a cualquiera.

—¿Para qué? —responde finalmente Don.

—No sé para qué —dice Tom—. Podría sentarte bien pasar una noche con nosotros.

Don cabecea lentamente. Se humedece los labios. Mira alrededor del sótano. Los estantes, las cajas y el taburete donde se sentó Malorie siete semanas atrás, cuando leyó el cuaderno que Gary guardaba en su maletín.

—Muy bien —susurra Don—. De acuerdo.

Tom pone la mano en el hombro de Don. Don rompe a llorar. Se lleva la mano a los ojos para ocultarlo.

—Lo siento, tío —dice—. Estoy tan confundido, Tom.

—Todos lo estamos —dice Tom en voz baja—. Sube, anda. A todos nos gustaría verte.

En la cocina, Tom saca la botella de ron de un armario. Se sirve un trago y luego sirve otro a Don. Brindan con tintineo de vasos y toman un sorbo.

Por un instante es como si nada hubiese cambiado y nada fuese a cambiar. Los residentes vuelven a estar juntos. Malorie no puede recordar cuándo fue la última vez que vio así a Don, sin Gary inclinado a su lado, con ese diablo susurrándole filosofadas en el hombro, anegándole la mente con las mismas palabras que encontró escritas en el cuaderno.

Victor se restriega contra las piernas de Malorie al dirigirse a la cocina. Cuando mira al perro siente otra oleada de mareo.

«Tengo que tumbarme», piensa.

—Pues hazlo —dice Tom.

Malorie cae en la cuenta de que lo ha dicho en voz alta.

Pero no quiere tumbarse. Quiere sentarse con Tom y Don y el resto, y creer, por un instante, que

la casa puede seguir siendo lo que aspiraba a ser. Un lugar de reunión donde un grupo de extraños pudieran compartir recursos, hacerse fuertes para afrontar aquel mundo cambiante e inverosímil.

Pero de pronto no puede contenerse. Una tercera oleada de náuseas hace que Malorie se tambalee. Jules aparece, de pronto, a su lado. La ayuda a subir la escalera. Cuando entra en el dormitorio y se acuesta, ve a los demás con ella en el cuarto. Todos. Don incluido. La observan, parecen preocupados por ella. La miran fijamente. Preguntan si se encuentra bien. ¿Necesita algo? ¿Agua? ¿Un paño húmedo? Ella responde que no, o cree responder que no, pero está a punto de perder la conciencia. Cuando se queda dormida oye algo que proviene del respiradero. Es *Victor*, de nuevo, gruñendo a solas en la cocina.

Lo último que ve antes de cerrar los ojos es el grupo formado por los residentes. No le quitan ojo. Le miran el vientre.

Saben que ha llegado la hora.

Victor gruñe otra vez. Don mira hacia la escalera.

Jules abandona el dormitorio.

—Gracias, Tom —dice Malorie—. Por las bocinas de bicicleta.

Cree oír la pajarera dando un golpecito a la casa, pero no es más que el viento en la ventana.

Y cuando se queda dormida sueña con los pájaros.

Los pájaros que se posan en los árboles están inquietos. Es como si un millar de ramas se sacudieran de golpe. Como si soprase un viento peligroso. Pero Malorie no percibe ningún viento en el río. No. No lo hay.

Pero algo inquieta a los pájaros.

El dolor del hombro ha alcanzado un nivel que Malorie nunca había experimentado. Se maldice a sí misma por no prestar más atención a su cuerpo durante los últimos cuatro años. En su lugar, ha pasado el tiempo entrenando a los niños. Al menos hasta que su capacidad excedió los ejercicios que era capaz de idear.

«¡Mamá, una hoja ha caído en el pozo!»

«¡Mamá, ha caído una gota en la calle y no tardará en alcanzarnos la lluvia!»

«¡Mamá, un pájaro se ha posado en una rama al otro lado de la ventana!»

¿Oirán los niños la grabación antes de que ella lo haga? Tienen que hacerlo. Cuando eso suceda, habrá llegado el momento de que ella abra los ojos. De que mire dónde se divide el río en cuatro canales. Tiene que tomar el segundo por la derecha. Eso es lo que le dijeron que hiciera.

Y no puede faltar mucho para que lo haga.

El arrullo de los pájaros procede de los árboles. Hay actividad en la ribera. Hombre, animal. Monstruo. No tiene ni idea.

El miedo que experimenta se asienta con firmeza en el centro de su alma.

Y los pájaros en las ramas siguen con su arrullo.

Piensa en la casa. En la última noche que pasó con los residentes, todos ellos juntos. El viento golpeaba con fuerza las ventanas. La tormenta era inminente. Una fuerte tormenta. Quizá los pájaros en los árboles sean conscientes de ello. O puede que se trate de otra cosa.

—No puedo oír —dice de pronto la niña—.

Los pájaros, mamá. ¡Cantan demasiado alto!

Malorie deja de remar. Piensa en *Victor*.

—¿Cómo os suenan? —pregunta a ambos niños.

—¡Asustados! —responde la niña.

—¡Enloquecidos! —dice el niño.

Cuanto mayor atención presta Malorie a los niños, peor le suenan.

«¿Cuántos hay? Parece una enormidad.»

¿Oirán los niños la grabación con todo ese ruido ensordecedor?

Victor enloqueció. Los animales enloquecen.

Los pájaros no suenan precisamente cuerdos.

Lentamente, a ciegas, se vuelve hacia atrás, hacia aquello que los sigue.

«Tienes los ojos cerrados —piensa—. Igual que los cerrabas cada vez que ibas a por agua al pozo. Cada vez que intentaste conducir para recoger los altavoces. Tenías los ojos cerrados cuando *Victor* los tenía abiertos. ¿Qué te preocupa? ¿Acaso no has estado cerca antes? ¿No

has estado tan cerca de una que hasta creíste olerla?»

Así fue.

«Sumas los detalles —piensa—. Es tu idea del aspecto que tienen, y atribuyes los detalles a un cuerpo, a una forma de la que no tienes ni idea. A un rostro que podría no ser tal.»

En su mente, las criaturas se desplazan por campos abiertos sin horizontes. Se acercan a las ventanas de los antiguos hogares y miran con curiosidad a través del cristal. Observan. Examinan. Vigilan. Hacen la única cosa que Malorie no tiene permitido hacer.

Mirar.

¿Encontrarán bonitas las flores del jardín?
¿Entienden en qué dirección se desplaza la corriente del río? ¿Lo hacen?

—Mamá —dice el niño.

—¿Qué?

—Ese ruido, mamá. Suena como si alguien hablara.

Piensa en el hombre de la barca. Piensa en Gary. Incluso en ese momento, tan lejos de la casa, piensa en Gary.

Intenta preguntar al niño a qué se refiere, pero las voces de los pájaros se alzan hasta alcanzar un volumen grotesco, casi sinfónico, agudo.

Suena como si hubiera tantos que los árboles no pueden con ellos.

Como si cubrieran todo el cielo.

«Parecen enajenados. Enajenados. Dios mío, han enloquecido.»

Malorie se vuelve de nuevo hacia atrás, a pesar de que no puede ver. El niño oye una voz. Los pájaros han enloquecido. ¿Quién o qué los está siguiendo?

Pero ya no tiene la sensación de que algo los esté siguiendo, sino de que algo los ha alcanzado.

—¡Es una voz! —grita el niño como si la voz penetrase, procedente de un sueño, aquel muro imposible.

Malorie está segura de ello. Los pájaros han

visto algo abajo.

El canto comunal cobra de nuevo intensidad antes de caer de nuevo, momento en que los extremos explotan. Malorie lo oye como si estuviera dentro. Como si estuviera atrapada en un nido con un millar de pájaros enajenados. Como si una jaula descendiera sobre todos ellos. Una caja de cartón. Una pajarera que bloquea el sol para siempre.

«¿De qué se trata? ¿De qué se trata? ¿De qué se trata?»

«Es el infinito.»

«¿De dónde viene? ¿De dónde viene? ¿De dónde viene?»

«Del infinito.»

El canto de los pájaros se vuelve más y más agudo, hasta un punto en que el canto se vuelve ruido.

La niña grita.

—¡Algo me ha golpeado, mamá! ¡Algo ha caído!

Malorie también lo siente. Cree que está lloviendo.

Parece imposible que el ruido de los pájaros cobre mayor intensidad, pero se vuelve ensordecedor. Malorie tiene que cubrirse las orejas. Grita a los niños, a quienes ruega que hagan lo mismo.

Algo cae con fuerza en su hombro dolorido. Malorie tuerce el gesto y grita de dolor.

Con una mano en la venda, palpa el bote en busca de lo que la ha golpeado.

La niña grita de nuevo.

—¡Mamá!

Pero Malorie lo ha encontrado. Entre el pulgar y el índice no pellizca una gota de agua, sino el cuerpo quebrado de un pajarillo. Acaricia su ala delicada.

Malorie comprende lo que sucede.

En el cielo, allí donde tiene prohibido mirar, los pájaros libran un combate. Las aves se matan entre sí.

—¡Cubrios la cabeza! ¡No perdáis la venda!

Luego, como una oleada, cae sobre ellos una lluvia de cuerpos emplumados. El río entra en erupción con el peso del millar de pájaros que se precipita al agua. Caen a plomo. Malorie se encoje cubriéndose la cabeza. Caen sobre ella, en los brazos. Uno, otro. Y otro.

La sangre de los pájaros corre por sus mejillas.

«Huele a muerte. A agonía. A podredumbre. El cielo se desploma. El cielo se muere. El cielo ha muerto.»

Malorie llama a los niños, pero el niño la interrumpe. Intenta decirle algo.

—Riverbridge —dice—. Dos setenta y tres de Shillingham... Me llamo...

—¿Qué?

Aún encogida, Malorie se inclina hacia delante. Pega los labios del niño a su oído.

—Riverbridge —dice el niño—. Dos setenta y tres de Shillingham. Me llamo Tom.

Malorie se envara, malherida, sin soltar la venda.

«Me llamo Tom.»

Los pájaros llueven sobre su cuerpo. Golpean la cubierta del bote.

Pero no piensa en ellos.

Piensa en Tom.

«¡Hola! Llamo desde Riverbridge. Dos setenta y tres de Shillingham. Me llamo Tom. Estoy seguro de que comprenderás cuánto me alivia haber oído el contestador automático. Significa que aún tenéis electricidad. Nosotros también...»

Malorie empieza a sacudir la cabeza.

«No no no no no no no no no no no.»

—¡No!

El niño es el primero en oírla. La voz de Tom. Grabada y reproducida en bucle. El movimiento activa la grabación. Para ella. Para Malorie. Por si optaba alguna vez por tomar el río. Para cuando llegase ese día. Tom, el dulce Tom, hablándole todos esos años. Intentando establecer contacto

con ella. Intentando llegar a alguien. Intentando tender un puente entre sus vidas en la casa y una vida mejor en otro lugar.

«Usaron su voz porque sabían que la reconocerías. Eso es todo, Malorie.»

«Es en este momento cuando se supone que tienes que abrir los ojos.»

¿Cuán verde es la hierba? ¿Qué colores tienen las hojas? ¿Cuán roja es la sangre de los pájaros que cubre el río bajo la embarcación?

—¡Mamá! —grita el niño.

«Mamá tiene que abrir los ojos —quiere decir—. Mamá tiene que mirar.»

Pero los pájaros han enloquecido.

—¡Mamá! —insiste el niño.

Ella responde. Apenas reconoce su propia voz.

—¿Qué pasa, niño?

—Hay algo aquí con nosotros, mamá. Hay algo aquí mismo.

El bote pierde andadura hasta detenerse.

Algo lo ha frenado.

Puede oír cómo se desplaza sobre el agua, a su lado.

«No es un animal —piensa—. No es Gary. Es la cosa de la que llevas cuatro años y medio escondiéndote. Es lo que te ha impedido mirar fuera.»

Malorie se prepara.

Hay algo en el agua, a su izquierda. A un palmo de su brazo.

En el cielo, los pájaros se convierten en algo lejano. Es como si remontaran el vuelo más y más alto en su lunático ascenso hacia los confines del firmamento.

Siente la presencia de algo a su lado.

Los pájaros dejan de hacer tanto ruido. Se calman. Se diluyen. Ascienden. Desaparecen.

La voz de Tom continúa. El río fluye en torno a la embarcación.

Malorie grita cuando nota que le separan la venda de los ojos.

No se mueve.

La venda a tres centímetros de los ojos cerrados.

¿Puede oírlo? ¿Respirar? ¿Es eso lo que oye? ¿Es eso?

«Tom —piensa—. Tom está dejando un mensaje.»

Su voz encuentra eco en el río. Suena esperanzada. Viva.

«Tom. Voy a tener que abrir los ojos. Háblame. Por favor. Dime qué hacer. Tom, voy a tener que abrir los ojos.»

Su voz proviene del frente. Suena como el sol, la única luz en toda esta oscuridad.

Le retiran la venda un par de centímetros más. El nudo le aprieta la nuca.

«Tom, voy a tener que abrir los ojos.»

Y así...

Los abre.

Malorie se incorpora en la cama y se lleva las manos al vientre antes de comprobar que lleva rato aullando. La cama está empapada.

Dos hombres entran a la carrera en el cuarto. Es como un sueño y

«(¿De veras voy a tener un bebé? ¿Un bebé? ¿Llevo embarazada todo este tiempo?)»

está tan asustada

«(¿Dónde está Shannon? ¿Dónde está mamá?)»

que al principio no los ha reconocido como Felix y Jules.

—Joder —dice Felix—. Olympia ya está ahí arriba. Ella empezó hará un par de horas.

«¿Arriba dónde? —piensa Malorie—. ¿Arriba dónde?»

Los hombres se muestran cuidadosos con ella y la ayudan a recostarse.

—¿Estás lista para hacerlo? —pregunta Jules, visiblemente nervioso.

Malorie se lo queda mirando, el entrecejo arrugado, sonrojada y pálida al mismo tiempo.

—Estaba durmiendo —dice—. Estaba...
¿Arriba dónde, Felix?

—Está lista —afirma Jules, que fuerza una sonrisa intentando consolarla—. Tienes un aspecto espléndido, Malorie. Pareces preparada.

—¿Arriba dó...? —empieza a preguntar.

Pero Felix responde antes de que termine de hacerlo.

—Lo haremos en la buhardilla. Tom dice que es el lugar más seguro de la casa. Por si pasara algo. Pero no va a pasar nada. Olympia ya está ahí. Lleva dos horas en ello. Tom y Cheryl la acompañan arriba. Tú no te preocupes, Malorie. Haremos todo lo que podamos.

Malorie no responde. La sensación de llevar algo dentro que tiene que sacar es la más horrorosa e increíble que ha experimentado. Los

hombres la ayudan, uno a cada lado la acompañan fuera del cuarto hasta el pasillo y, después, a la parte trasera de la casa. Ve que han bajado la escalera de la buhardilla, y cuando la encaran hacia ella ve las mantas que cubren la ventana al final del corredor. Se pregunta qué hora será. Si es de noche. Si ha pasado una semana.

«¿De veras voy a tener el bebé? ¿Ahora?»

Felix y Jules la ayudan a subir los peldaños de madera. Oye arriba a Olympia. Y la voz suave de Tom, diciendo cosas como «respira, todo saldrá bien, todo va a salir bien».

—Puede que no haya tanta diferencia —dice mientras los hombres (gracias a Dios, piensa) la ayudan a subir la crujiente escalera—. Puede que no sea tan distinto de lo que yo esperaba que fuera.

Hay más espacio ahí arriba de lo que había imaginado. Una única luz ilumina el lugar. Olympia está tumbada en el suelo sobre una toalla. Cheryl se encuentra a su lado. Olympia tiene las rodillas en alto y una sábana la cubre de cintura

para abajo. Jules la ayuda a tumbarse sobre otra toalla enfrente de Olympia. Tom se acerca a Malorie.

—¡Vaya, Malorie! —exclama Olympia, que está sin aliento mientras el resto de su cuerpo protesta y se retuerce—. ¡No sabes cómo me alegro de verte!

Malorie, aturdida, no puede evitar tener la sensación de que sigue durmiendo cuando mira más allá de la sábana que la cubre y ve a Olympia delante de ella, como si de un reflejo se tratara.

—¿Cuánto llevas aquí, Olympia?

—Ni idea, pero parece una eternidad.

Felix pregunta en voz baja a Olympia qué necesita. Luego baja por la escalera para ir a buscarlo. Tom recuerda a Cheryl que mantenga todo limpio. Todo saldrá bien, dice, siempre y cuando no olviden conservar esa higiene. Utilizan toallas y sábanas limpias. Un gel desinfectante que Tom trajo de su casa. Dos cubos de agua del pozo.

Tom se muestra tranquilo, pero Malorie sabe

que no lo está.

—¿Malorie? —pregunta Tom.

—¿Sí?

—¿Qué necesitas?

—Agua, y pon también música, Tom.

—¿Música?

—Sí. Algo suave, dulce, ya sabes, algo que también pueda... —«Que pueda tapar los sonidos de mi cuerpo en el suelo de madera de una buhardilla»—. La música de flauta. Aquella cinta.

—Vale —dice Tom—. Voy a por ella.

Y cumple con lo dicho, pasando por su lado en dirección al acceso a la escalera, situada a espaldas de Malorie, quien vuelca su atención en Olympia. Sigue teniendo problemas para sacudirse el sueño. Ve un pequeño cuchillo de sierra a su lado, sobre una servilleta de papel, a menos de treinta centímetros. Cheryl acaba de sumergirlo en el agua.

—¡Dios mío! —grita de pronto Olympia.

Felix se arrodilla a su lado y le toma la mano.

Malorie observa.

«Esta gente —piensa—, la clase de personas que respondería a un anuncio como ese en el periódico... Estas personas son supervivientes.»

Experimenta una súbita y momentánea paz. Sabe que no durará mucho. Hace un repaso mental a los residentes, sus rostros, uno tras otro. A medida que lo hace siente por ellos algo parecido al amor.

«Dios mío —piensa—, hemos sido tan valientes.»

—¡Dios! —grita inesperadamente Olympia.

Cheryl se dispone a atenderla.

Una vez que Tom subió a la buhardilla en busca de cinta adhesiva, Malorie lo había esperado al pie de la escalera. Sin embargo, ella nunca había estado allí. Ahora, entre jadeos, mira hacia la cortina que cubre la única ventana. Siente un escalofrío. Han cubierto incluso la ventana de la buhardilla. Una habitación que apenas se utiliza, pese a lo cual necesita una manta. Pasea la mirada

por el marco de madera de la ventana, y por los listones de madera que cubren la pared, el techo inclinado, las cajas de cosas que George dejó atrás. Repara en una pila de mantas. Otra caja de cosas de plástico. Libros viejos. Ropa vieja.

Hay alguien de pie junto a la ropa vieja.

Es Don.

Tom regresa con un vaso de agua y un pequeño aparato en el que ponen cintas de casete.

—Aquí está, Malorie. Lo he encontrado.

La música de violín surge de los pequeños altavoces. Malorie la encuentra perfecta.

—Gracias —dice.

Tom parece muy cansado. Tiene los ojos entrecerrados e hinchados. Como si hubiese dormido menos de una hora.

Malorie siente un calambre tan fuerte que al principio ni siquiera le parece real. Es como si un cepo para osos se hubiera cerrado en torno a su cintura.

Oye voces a su espalda. Proviene del pie de

la escalera. Es Cheryl. Jules. No es consciente de quién está presente y quién no.

—¡Dios! —grita Olympia.

Tom está con ella. Felix hace de nuevo compañía a Malorie.

—Lo lograrás —dice Malorie a Olympia.

Se oye un fuerte trueno en el exterior. La lluvia golpea con fuerza el tejado. De algún modo, la lluvia es el sonido exacto que estaba buscando. El mundo exterior suena igual que se siente por dentro. Tormentoso. Amenazador. Fétido. Los residentes surgen de las sombras para desaparecer a continuación. Tom parece preocupado. Olympia respira con dificultad, jadea. Los peldaños de la escalera crujen. Hay alguien nuevo allí. Es Jules, otra vez. Tom le dice que Olympia va más adelantada que Malorie. El trueno restalla en el exterior. A la breve luz de los relámpagos, ve fugazmente a Don, la expresión taciturna, la mirada hundida bajo las bolsas de los ojos.

Hay una insoportable tirantez en la cintura de

Malorie. Su cuerpo, parece, actúa por motu proprio, ignorando el deseo que dicta su mente de obtener la paz. Cuando grita de dolor, Cheryl acude a su lado. Malorie ni siquiera era consciente de que Cheryl estuviese allí.

—Esto es terrible —susurra Olympia.

Malorie piensa en las mujeres que comparten los ciclos menstruales, en las mujeres cuyos cuerpos se acompañan unos con otros. Hablaron largo y tendido sobre quién de ellas daría a luz primero, pero ni Olympia ni ella llegaron siquiera a bromear sobre la posibilidad de que ambas pudieran dar a luz al mismo tiempo.

Ay, hasta qué punto deseaba Malorie un parto tradicional.

Más truenos.

Ha oscurecido allí. Tom trae otra vela, la enciende y la coloca en el suelo, a la izquierda de Malorie. A la temblorosa luz distingue a Felix y Cheryl, pero le cuesta ver a Olympia. Su torso y su cara quedan oscurecidas por las sombras

cambiantes.

Alguien baja por la escalera a su espalda. ¿Será Don? No quiere estirar el cuello. Tom atraviesa la zona iluminada y luego sale de ella. Después cree ver a Felix, y luego a Cheryl. Las siluetas se desplazan como espectros entre Olympia y ella.

La lluvia cae con mayor fuerza sobre el tejado.

Se produce una fuerte y abrupta conmoción abajo. Malorie no podría decirlo con seguridad, pero cree que alguien está gritando. ¿Estará su mente cansada confundiendo los sonidos? ¿Quién está discutiendo?

Pero suena como si alguien estuviese discutiendo abajo.

No puede pensar en ello en este momento. No lo hará.

—¿Malorie? —Malorie lanza un grito cuando el rostro de Cheryl aparece de pronto a su lado—. Apriétame la mano. Estrújala si necesitas hacerlo.

Malorie quiere pedirle que suban más luz.

«Traedme un médico. Sacadme esta cosa de dentro.»

Pero en su lugar responde con un gruñido.

Va a tener a su hijo. Ya no es cuestión de cuándo lo hará.

«¿Veré las cosas de forma distinta a partir de ahora? Lo he contemplado todo a través del prisma de este bebé. He contemplado la casa a través de él. A los residentes. Al mundo. Ya embarazada miraba las noticias con él en mente cuando todo empezó, y también cuando todo terminó. Me he sentido horrorizada, paranoica, furiosa... Cuando mi cuerpo se recupere, cuando recupere la forma que tenía cuando recorría las calles con libertad, ¿volveré a ver las cosas de manera distinta?»

«¿Qué pensaré de Tom? ¿Cómo sonarán sus ideas?»

—¡Malorie! —grita Olympia en la oscuridad —. ¡No creo que sea capaz!

Cheryl intenta convencer a Olympia de todo lo contrario. Le dice que está cerca de lograrlo.

—¿Qué pasa ahí abajo? —pregunta de pronto Malorie.

Don está abajo. Oye una discusión. Jules también. Sí, Don y Jules discuten en el pasillo, debajo de la buhardilla. ¿Los acompaña Tom? ¿Felix? No. Felix asoma de la oscuridad y le toma la mano.

—¿Estás bien, Malorie?

—No —responde ella—. ¿Qué pasa ahí abajo? Felix guarda silencio unos instantes, luego responde.

—No estoy seguro, pero en este momento no deberías preocuparte por una simple discusión.

—¿Es Don?

—No te preocupes, Malorie.

La lluvia cae con más fuerza. Es como si cada gota tuviese su propio peso audible.

Malorie levanta la cabeza y ve los ojos de Olympia en las sombras, mirándola fijamente.

En este momento, Malorie cree oír otro sonido. Más allá de la lluvia, la discusión, el barullo

que hay abajo, Malorie oye algo. Más dulce que la música de violín.

«¿Qué es?»

—¡Mierda! —grita Olympia—. ¡Haced que pare!

A Malorie le cuesta cada vez más respirar. Es como si el bebé le cortara la reserva de oxígeno. Como si se arrastrara por su garganta.

Tom está ahí. A su lado.

—Lo siento, Malorie.

Se vuelve hacia él. La cara que ve, la expresión de su rostro, es algo que conservará durante años grabado en la memoria.

—¿Qué es lo que sientes, Tom? ¿Que sea así cómo suceda?

Tom la mira con ojos tristes. Cabecea en sentido afirmativo. Ambos saben que no hay razón para que se disculpe, pero también saben que ninguna mujer tendría que dar a luz en la atestada buhardilla de una casa que únicamente considera su hogar porque no puede marcharse de allí.

—¿Sabes una cosa? —dice él en voz baja, cogiéndole una mano—. Creo que vas a ser una madre estupenda. Creo que vas a educar a ese hijo tan bien que no importará el rumbo que tome el mundo.

Malorie tiene la sensación en ese momento de que alguien tira del bebé con unas tenazas herrumbrosas. Una enorme cadena de remolque que surge de las sombras.

—Tom —logra decir—. ¿Qué está pasando abajo?

—Don está cabreado, eso es todo.

Quiere hablar más sobre ello. Ya no está enfadada con Don. La tiene preocupada. De todos los residentes, es a él a quien más ha afectado el nuevo mundo. Se ha extraviado en él. En sus ojos hay algo más vacío que la desesperanza. Malorie quiere decir a Tom que quiere a Don, que todos ellos lo hacen, que tan solo necesita ayuda. Pero el dolor es lo único que es capaz de afrontar en ese momento. Y dar forma a las palabras se convierte

en un imposible. La discusión que tiene lugar abajo le parece un chiste. Como si alguien le estuviese tomando el pelo. Como si la casa le dijese: «¿Ves cómo aún conservo el sentido del humor, a pesar del dolor terrible que sufrís las dos en mi buhardilla?».

Malorie conoce el cansancio y el hambre. El dolor físico y el cansancio mental. Pero nunca había experimentado el estado en el que se encuentra. No solo tiene derecho a ignorar la disputa que tiene lugar entre los residentes, sino que, además, se merece que abandonen la casa por completo y permanezcan en el jardín con los ojos cerrados el tiempo que Olympia y ella tardan en hacer lo que sus cuerpos necesitan hacer.

Tom se levanta.

—Vuelvo enseguida —dice—. ¿Quieres que te traiga agua?

Malorie niega con un gesto y vuelca de nuevo la atención en las sombras y la sábana que simbolizan la lucha de Olympia.

—¡Lo lograremos! —exclama Olympia de pronto—. ¡Estamos a punto!

Tantos sonidos. Las voces abajo, las voces en la buhardilla (que provienen de las sombras y que provienen de los rostros que surgen de esas sombras), la escalera, que cruje cada vez que uno de los residentes sube o baja por ella, para hacerse una idea de cómo están las cosas allí arriba (sabe que hay un problema abajo, lo que pasa es que no puede prestarle atención en ese momento) y también cómo están abajo. Cae la lluvia, pero hay algo más. Otro sonido. Tal vez un instrumento. Las notas más agudas del piano del comedor.

De pronto, extrañamente, Malorie siente otra oleada de paz. A pesar del millar de cuchillas que le atraviesan los pulmones, el cuello y el pecho, sabe que no importa lo que haga, no importa lo que suceda, porque el bebé va a salir. ¿Qué importa el hecho de dar a luz en ese nuevo mundo? Olympia tiene razón. Está pasando. Está a punto de dar a

luz, está a punto de hacerlo. Y además el bebé siempre ha formado parte del nuevo mundo.

«Conoce la inquietud, el miedo y la paranoia. Se preocupó cuando Tom y Jules fueron en busca de los perros. Se sintió aliviado a su regreso. Le asustaron los cambios de Don. Los cambios que ha habido en la casa. Cómo pasó de ser un oasis de esperanza a un lugar donde reinaban la amargura y la ansiedad. Se sintió apesadumbrado cuando leí el anuncio que me condujo aquí, igual que cuando leí el cuaderno en el sótano.»

Justo cuando piensa en el sótano, Malorie oye la voz de Don procedente de abajo.

«Grita.»

No obstante, hay algo más allá de su voz que la tiene más preocupada.

—¿Tú lo oyes, Olympia?

—¿Qué? —gruñe ella. Es como si tuviera grapas en la garganta.

—Ese ruido. Suena a...

—Es la lluvia —afirma Olympia.

—No, eso no. Hay otro ruido. Suena como si ya hubiésemos tenido los bebés.

—¿Cómo?

A Malorie el sonido le recuerda al que hacen los bebés. Es algo así, y proviene de más allá del lugar donde discuten los residentes. Puede que provenga de la planta baja, del comedor, incluso de...

«Incluso del exterior.»

Pero ¿qué significa eso? ¿Qué está pasando? ¿Hay alguien llorando en el porche delantero?

Es imposible. Se trata de otra cosa.

Pero está vivo.

Hay una explosión de luz, un relámpago. La buhardilla se ilumina por completo. La manta que cubre la ventana sigue clavada en la mente de Malorie mucho después de que la luz se apague y el trueno retumbe. Olympia grita cuando eso sucede, y Malorie, con los ojos cerrados, conserva la expresión de miedo de su amiga.

Pero vuelve a centrar la atención en la presión

inverosímil que siente en la cintura. Olympia podría estar gritando su nombre. Cada vez que Malorie siente un cuchillo que se le clava en el costado, Olympia se lamenta.

«¿También yo estaré gritando su nombre?»

La cinta de casete alcanza su final. Después lo hace la conmoción que proviene de abajo.

Incluso la lluvia cede.

Los sonidos insignificantes de la buhardilla se vuelven más audibles. Malorie escucha su propia respiración. Los pasos de los residentes que las atienden.

Sombras que se definen, y que desaparecen a continuación.

Tom, seguro.

Felix, o eso cree.

Jules junto a Olympia.

«¿Retrocede el mundo? ¿O acaso soy yo, que cada vez me adentro más en este dolor?»

Oye de nuevo ese ruido. Como un niño que llora en la puerta. Algo joven y vivo que viene de

abajo. Solo que ahora es más pronunciado. Solo que ahora no tiene que imponerse a la disputa, la música y la lluvia.

Sí, es más pronunciado ahora, más definido. Mientras Tom atraviesa la buhardilla, puede oír el sonido entre sus pasos. Sus botas entran en contacto con la madera, y en el instante de silencio que media entre un paso y el siguiente, Malorie oye las notas joviales que proceden de abajo.

Luego, con mayor claridad, Malorie cae en la cuenta de lo que se trata.

«Son los pájaros. Dios mío. Son los pájaros.»

Es la caja de cartón, que golpea la pared exterior de la casa mientras los pájaros pían en su interior.

—Hay algo fuera —dice.

En voz baja.

Cheryl se encuentra a un par de metros de distancia.

—¡Hay algo fuera! —grita.

Jules, que atiende a Olympia, vuelve la vista

hacia ella.

Un fuerte estampido procede de abajo. Felix grita. Jules pasa de largo junto a Malorie. A continuación, a su espalda, el ruido de sus pasos en la escalera.

Malorie mira en torno a la buhardilla en busca de Tom. No está aquí arriba. Está abajo.

—Olympia —dice Malorie, más bien para sí —. ¡Nos hemos quedado solas!

Olympia no responde.

Malorie procura no escuchar, pero no puede evitarlo. Suena como si todos se hubieran reunido en el comedor. En la planta baja, eso seguro. Hablan a gritos. ¿Acaba Jules de decir que no?

A medida que aumenta la conmoción, también lo hace el dolor que siente Malorie en la cintura.

Malorie, de espaldas a la escalera, estira el cuello. Quiere saber qué está pasando. Quiere decirles que paren. Hay dos mujeres embarazadas a punto de dar a luz en la buhardilla que necesitan vuestra ayuda. «Parad, por favor.»

Malorie, delirando, pega la barbilla al pecho. Se le cierran los ojos. Siente como si fuese a perder el mundo de vista, a punto de desmayarse. O algo peor.

Vuelve la lluvia. Malorie abre los ojos. Ve a Olympia, que tiene inclinada la cabeza hacia el techo. Repara en las venas de su cuello. Lentamente, Malorie repasa la buhardilla con la mirada. Hay unas cajas junto a Olympia. Después la ventana. Luego más cajas. Libros viejos. Ropa vieja.

Un relámpago ilumina de nuevo el interior. Malorie cierra los ojos. En la oscuridad ve una imagen congelada de las paredes de la buhardilla.

La ventana. Las cajas.

Y un hombre que está de pie donde vio a Don al subir a la buhardilla.

«No es posible», piensa.

Pero así es.

Y antes de abrir los ojos del todo, comprende en toda su extensión quién está ahí con ella, en la

buhardilla.

—Gary —dice Malorie, invadida por un centenar de pensamientos—. Has vivido a escondidas en el sótano.

Se acuerda de cuando *Victor* gruñía ante la puerta el sótano.

Piensa en Don, que dormía abajo.

Mientras Malorie mira a Gary a los ojos, abajo la discusión degenera. Jules se muestra bronco. Don furibundo. Suena como si intercambiaran golpes.

Gary surge de las sombras. Se le acerca.

«Cuando cerramos los ojos y Tom abrió la puerta principal, Don lo escondió en las entrañas de la casa», piensa, sabiendo que es la verdad.

—¿Qué haces tú aquí? —grita de pronto Olympia. Gary ni siquiera se vuelve para mirarla y sigue avanzando hacia Malorie.

—¡No te me acerques! —grita Malorie.

Gary se arrodilla a su lado.

—Tú —dice él—. Tú que eres tan vulnerable

en tu estado actual. Hubiera apostado a que te mostrarías compasiva, a que jamás habrías abandonado a nadie a su suerte en un mundo como este.

Un nuevo relámpago ilumina la estancia.

—¡Tom! ¡Jules!

Aún no ha dado a luz. Pero tiene que estar a punto.

—No grites —dice Gary—. No estoy enfadado.

—Por favor, déjame en paz. Vete, por favor.

Gary ríe.

—Y vuelta a lo mismo. Aún sigues empeñada en echarme.

El restallido del trueno. Los gritos de los residentes son cada vez más audibles.

—Nunca llegaste a hacerlo —dice Malorie. Cada palabra pronunciada es una pequeña roca que se quita del pecho.

—Exacto. Nunca llegué a hacerlo.

Las lágrimas inundan los ojos de Malorie.

—Don tuvo corazón para echarme una mano, y se anticipó al resultado de la votación.

«Don —piensa ella—. ¿Qué has hecho?»

Gary se le acerca más.

—¿Te importa que te cuente una historia mientras haces esto?

—¿Qué?

—Una historia. Para distraerte del dolor. Y déjame decirte que estás haciendo un trabajo estupendo. Mucho mejor que mi mujer.

La respiración de Olympia suena fatal, trabajosa, como si no fuese a sobrevivir.

—Aquí sucede una de las siguientes cosas. O bien...

—Por favor. Por favor, déjame en paz —dice Malorie.

—O bien mi filosofía es correcta, o bien, y odio utilizar esta palabra, o bien soy inmune.

Es como si el bebé estuviera en el extremo de su cuerpo, pero fuese demasiado grande para huir. Malorie ahoga un grito y cierra los ojos, pero el

dolor está en todas partes, incluso en la oscuridad.

«Los demás no saben que está aquí. Ay, Dios mío, no saben que está aquí.»

—He pasado mucho tiempo observando esta calle —dice Gary—. Estuve haciéndolo cuando Tom y Jules recorrieron con torpeza la manzana. Estuve a unos palmos de Tom mientras él tanteaba la tienda donde yo dormía.

—Basta. ¡Basta!

Pero gritar únicamente empeora el dolor. Malorie procura concentrarse. Empuja con fuerza. Respira. Pero no puede evitar escuchar.

—Me pareció fascinante hasta dónde era capaz de llegar, mientras, ante mi mirada, las criaturas pasaban de día y de noche, a veces una docena de golpe. Es el motivo de que montase la tienda en esta calle, Malorie. No tienes ni idea del ajetreo que hay ahí fuera.

«Por favor por favor por favor por favor por favor por favor por favor POR FAVOR.»

Oye la voz de Tom, procedente de abajo.

—¡Jules! ¡Te necesito!

Pasos a la estampida que descienden.

—¡Tom! ¡Ayúdanos! ¡Gary está aquí arriba!

¡Tom!

—Está preocupado —dice Gary—. Abajo se ha liado bien gorda.

Gary se levanta. Se acerca a la puerta de la buhardilla y la cierra procurando no hacer ruido.

Seguidamente echa el cerrojo.

—¿Mejor así? —pregunta.

—¿Qué has hecho? —susurra Malorie.

Más gritos que provienen de abajo. Suena como si todo el mundo se estuviese moviendo de un lado a otro. Por un instante, cree haber enloquecido. No importa que haya podido sentirse a salvo, porque en ese momento lo que siente es que no existe ningún lugar donde esconderse del nuevo mundo.

Alguien grita en el pasillo, al pie de la escalera que da a la puerta cerrada de la buhardilla. Malorie cree que es Felix.

—Mi mujer no estaba preparada —dice Gary, a quien de pronto encuentra a su lado—. La estuve observando cuando vio a una. No la avisé de lo que se avecinaba. Yo...

—¿Por qué no nos lo dijiste? —pregunta Malorie, llorando, empujando.

—Porque, igual que pasó con los demás, ninguno de vosotros me hubiera creído. Excepto Don —responde Gary.

—Estás loco.

Gary ríe con una sonrisa torcida.

—¿Qué está pasando abajo? —grita Olympia—. ¡Malorie! ¿Qué pasa?

—¡No lo sé!

—Es Don —dice Gary—. Intenta convencer a los demás de lo que le he enseñado.

—¡Es Don!

La voz que proviene de abajo es tan diáfana como si proviniera de la buhardilla.

—¡Don ha arrancado las mantas! ¡Don ha arrancado las mantas!

—No van a hacernos daño —susurra Gary. Las patillas de la barba húmeda rozan la oreja de Malorie.

Pero ella ya no le está escuchando.

—¿Malorie? —susurra Olympia.

—¡Don ha arrancado las mantas y ha abierto la puerta! ¡Están en la casa! ¡Me habéis oído? ¡Están en la casa!

«El bebé el bebé el bebé el bebé el bebé.»

—¿Malorie?

—Olympia —dice, vencida, desesperanzada (¿será cierto? ¿es su propia voz la que pronuncia estas palabras?)—. Sí. Se han metido en la casa.

La tormenta se abate con furia sobre las paredes de la casa.

Abajo el caos adopta un tono inverosímil.

—Es como si hubiese una manada de lobos —grita Olympia—. ¡Son como lobos!

«Don Don Don Don Don Don Don Don Don.»

ha arrancado las mantas

las ha dejado entrar

alguien las ha visto

alguien se ha vuelto loco pero ¿quién?

Don las ha dejado entrar

Don ha arrancado las mantas

Don no cree que vayan a hacernos daño

Don cree que solo son imaginaciones nuestras

Gary se sentaba a su lado en el comedor

Gary le hablaba desde detrás del tapiz en el sótano

Don ha arrancado las mantas

Gary le dijo que no les harían daño

quizá ha enloquecido quién no quién más

«(empuja, Malorie, empuja, tienes un bebé, un bebé del que preocuparte, cierra los ojos si tienes que hacerlo, pero empuja empuja.)»

ya están dentro de la casa

con todo el mundo dentro

suenan como una manada de lobos

«Los pájaros —piensa Malorie, histérica—.

Los pájaros fueron una buena idea, Tom. Una idea estupenda.»

Olympia no deja de hacerle una batería de preguntas, pero Malorie no puede responder. Tiene la mente a rebosar.

—¿Es cierto? ¿Ha entrado una en la casa? No puede ser verdad. ¡Nunca lo permitiríamos! ¿De veras hay una en la casa? ¿Ahora mismo?

Algo golpea una pared de abajo. Puede que un cuerpo. Los perros ladran.

«Alguien ha arrojado a un perro contra la pared.»

—¡No arranquéis las mantas!

¿Quién tiene los ojos cerrados ahí abajo? ¿Quién posee la presencia de espíritu necesaria? ¿Lo haría Malorie? ¿Sería capaz de cerrar los ojos mientras sus compañeros enloquecen?

«Dios mío —piensa Malorie—. Van a morir.»

El bebé la está matando.

Gary sigue susurrándole al oído.

—Lo que oyes abajo... A eso me refiero, Malorie. Creen que se supone que van a enloquecer. Pero no tienen que hacerlo. He pasado

mucho tiempo fuera. He pasado semanas observándolas.

—Eso es imposible —dice Malorie. No sabe si dirige esa palabra a Gary, al ruido que proviene de abajo o al dolor que cree que jamás cesará.

—La primera vez que vi a una creí que iba a enloquecer. —Gary suelta una risilla nerviosa—. Pero no fue así. Y cuando comprendí lentamente que seguía estando cuerdo, empecé a comprender lo que estaba pasando. A mis amigos. A mi familia. A todo el mundo.

—¡No quiero seguir escuchándote! —protesta Malorie con la sensación de que va a partirse por la mitad. Piensa que tiene que haber habido un error. El bebé que intenta huir de su cuerpo es demasiado grande y va a partirla en dos.

«Es niño», piensa.

—¿Sabes una cosa?

—¡Basta ya!

—¿Sabes una cosa?

—¡No! ¡No! ¡No!

Olympia aúlla, el cielo aúlla, los perros aúllan abajo. Malorie cree oír específicamente a Jules. Le oye correr por el suelo, abajo. Le oye intentando desgarrar algo en el cuarto de baño, abajo.

—Puede que yo sea inmune, Malorie. O es posible que sencillamente sea consciente.

«¿Sabes la de cosas que podrías haber hecho por nosotros? —Quiere preguntarle—. ¿Te das cuenta de lo seguros que podrías haber hecho que nos sintiéramos?»

Pero Gary está loco.

Y probablemente lo ha estado siempre.

«Don ha arrancado las mantas.»

Gary se sentaba a su lado en el comedor

Gary le hablaba desde detrás del tapiz del sótano

Gary el demonio que susurraba al hombro de Don.

Hay un golpe estruendoso en la puerta de la trampilla que da a la buhardilla.

—¡Dejadme entrar! —grita alguien.

«Es Felix. O Don», piensa Malorie.

—¡Por el amor de Dios, dejadme entrar!

No es ninguno de ellos.

Es Tom.

—¡Ábrele la puerta! —grita Malorie a Gary.

—¿Estás segura de que quieres que lo haga?

Lo digo porque a mí no me parece que sea muy buena idea.

—¡Por favor por favor por favor! ¡Déjalo entrar!

«Dios mío, es Tom. Es Tom, Dios, es Tom. ¡Es Tom!»

Empuja con fuerza. Con fuerza, con mucha fuerza.

—Respira —le dice Gary—. Respira. Ya casi está.

—Por favor —grita Malorie—. ¡Por favor!

—¡Dejadme entrar! ¡Abrid la trampilla!

Olympia también está gritando.

—¡Abridle la trampilla! ¡Es Tom!

La locura procedente de abajo llama a su puerta.

«Tom.»

Tom está loco. Tom ha visto a las criaturas.

Tom está loco.

«¿Le has oído? ¿Has oído su voz? Así suena. Ese es el sonido que tiene su voz cuando está privado de su mente, de su mente maravillosa.»

Gary se levanta y cruza la buhardilla. La lluvia repiquetea en el tejado.

Entonces cesan los golpes en la trampilla.

Malorie mira a Olympia.

Su pelo negro es una maraña en la oscuridad.

Sus ojos resplandecen tras esa maraña.

—Casi... hemos... terminado —dice.

A la luz de las velas, Malorie ve que la cabeza del bebé de Olympia empieza a asomar.

El instinto hace que estire el brazo para alcanzarlo, a pesar de que entre ambas media un trecho de suelo.

—¡Olympia! No olvides tapar los ojos de tu

hijo. No olvides...

La puerta de la trampilla se abre con un fuerte golpe. Han forzado la cerradura.

Malorie lanza un grito, pero lo único que oye son los latidos de su propio corazón, más altos que todo el nuevo mundo.

Entonces guarda silencio.

Gary se levanta y retrocede hacia la ventana.

Oye fuertes pisotones a su espalda.

El bebé de Malorie sigue saliendo.

Las escaleras crujen.

—¿Quién es? —grita ella—. ¿Quién es? ¿Están todos bien? ¿Y Tom? ¿Quién es?

Alguien a quien no puede ver ha subido por la escalera y está con ellos en la buhardilla.

Malorie, de espaldas a la escalera, observa mientras la expresión de Olympia pasa del dolor al asombro.

«Olympia —piensa— no mires. Lo hemos hecho tan bien. Hemos sido tan valientes. No mires. Cuida de tu bebé. Tápale los ojos cuando

salga del todo. Protégelos. Y cierra los tuyos. No mires. Olympia. No mires.»

Pero comprende que ya es demasiado tarde para su amiga.

Olympia se incorpora. Abre desmesuradamente los ojos, abre la boca. Su rostro adopta la forma de tres circunferencias perfectas. Por un instante, Malorie ve cómo se retuercen sus facciones. A continuación se iluminan.

—Eres preciosa —dice Olympia, sonriendo. Es una sonrisa rota, crispada—. No eres mala. ¿Quieres ver a mi bebé? ¿Quieres ver a mi bebé?

«El niño, el niño —piensa Malorie—. Aún no ha terminado de dar a luz, pero ha enloquecido. Dios mío, Olympia ha enloquecido, Dios, Dios, esa cosa está detrás de mí, esa cosa está detrás de mi hijo.»

Malorie cierra los ojos.

Cuando lo hace, conserva la imagen de Gary, de pie aún en la línea de sombra que traza la luz de

las velas. Pero no parece tan seguro de sí como aseguraba estar. Parece más bien un niño asustado.

—Olympia —dice Malorie—. Tienes que taparle los ojos al niño. Tienes que estirar el brazo y taparle los ojos. Hazlo por él.

Malorie no puede distinguir la expresión del rostro de su amiga. Pero su voz revela los cambios que experimenta.

—Pero bueno. ¿Ahora vas a decirme cómo educar a mi hijo? ¿Qué clase de zorra eres? Qué clase de...

Las palabras de Olympia se transforman hasta adoptar un gruñido gutural.

«Las palabras de una loca.»

Las palabras peligrosas, el discurso enfermo, de Gary.

Olympia se pone a aullar.

La cabeza del bebé de Malorie está coronando. Empuja.

Con una fuerza de la que no se creía capaz, Malorie se arrastra unos centímetros en la toalla.

Quiere alcanzar el bebé de Olympia. Ella lo protegerá.

Entonces, en mitad de toda esa locura, de todo ese dolor, Malorie oye que el bebé de Olympia rompe a llorar.

«Tápale los ojos.»

Finalmente, Malorie da a luz y allí está ella para cubrirle los ojos. Tiene la cabeza muy blanda. Cree haber llegado a tiempo.

—Ven aquí —dice, llevándose al bebé—. Ven aquí y cierra los ojos.

Gary ríe nervioso al otro lado de la estancia.

—Increíble —se limita a decir.

Malorie tantea el suelo en busca del cuchillo. Lo encuentra y corta su propio cordón umbilical. Luego corta dos tiras de la toalla ensangrentada que tiene debajo. Una exploración del sexo del bebé le revela que se trata de un niño, pero no tiene a nadie a quien contárselo. No tiene hermana. Ni madre. Ni padre. Ni enfermera. Ni a Tom. Lo abraza con fuerza contra el pecho.

Lentamente, le ata una tira de la toalla alrededor de los ojos.

«¿Hasta qué punto será importante para él ver la cara de su madre nada más nacer?»

Oye moverse a la criatura tras ella.

—Bebé —dice Olympia con la voz rota. Suena como si estuviese hablando con la voz de una anciana—. Mi bebé —grazna.

Malorie se arrastra hacia ella. Los músculos de su cuerpo protestan. Extiende el brazo hacia el bebé.

—Olympia —dice a ciegas—. Deja que lo tome en brazos. Déjamelos.

Olympia gruñe.

—¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Para qué quieres al niño? ¿Estás loca?

—No. Solo quiero verlo.

Malorie mantiene aún los ojos cerrados. El silencio reina en la buhardilla. La lluvia cae con suavidad en el tejado. Malorie sigue arrastrándose hacia delante, sobre la sangre que ha derramado.

—¿Puedo? ¿Puedo verla, al menos? Es una niña, ¿verdad? Tenías tú razón.

Malorie oye algo tan asombroso que deja de arrastrarse por el suelo.

Olympia muerde algo. Cae en la cuenta de que se trata del cordón umbilical.

Se le revuelve el estómago. Mantiene los ojos cerrados con fuerza. Va a vomitar.

—¿Puedo verla? —logra decir Malorie.

—Ven aquí. ¡Ven aquí! —dice Olympia—. ¡Mírala! ¡Mírala!

Finalmente, Malorie palpa con la mano al bebé de Olympia. Es niña.

Olympia se levanta. Suena como si caminase sobre un charco de lluvia. Pero Malorie sabe que es sangre. Sudor tras un parto. Y sangre.

—Gracias —susurra Malorie—. Gracias, Olympia.

Esta acción, el hecho de tenderle a su hijo, se convierte en algo que Malorie nunca olvidará: El momento en que Olympia hizo lo que debía por su

recién nacido, a pesar de haber perdido la razón.

Malorie ata el segundo retal de la toalla alrededor de los ojos del bebé.

Olympia camina con dificultad hacia la ventana cubierta por una manta, lugar donde se encuentra Gary.

La cosa aguarda, inmóvil, a espaldas de Malorie.

Malorie, con los bebés bajo el brazo, les escuda los ojos con sus dedos húmedos y manchados de sangre. Los bebés lloran.

Y de pronto Olympia hace algo. Desliza algo.

Se encarama.

—¿Olympia?

Suena como si Olympia estuviera preparando algo.

—¿Olympia? ¿Qué haces, Olympia? Gary, deténla. Por favor, Gary.

Pero sus palabras son inútiles. Gary los supera a todos en locura.

—Ahora voy a salir, señor —dice Olympia a

Gary, que debe de estar cerca de ella—. Llevo dentro mucho tiempo.

—Para, Olympia.

—Voy a salir al exterior —dice, poniendo énfasis en la última palabra, con un tono de voz que a la vez suena infantil y propio de un centenario en su lecho de muerte.

—¡Olympia!

Es demasiado tarde. Malorie oye cómo se rompe el cristal de la ventana de la buhardilla. Algo golpea la pared exterior de la casa.

Silencio. Procedente de abajo. Silencio también en la buhardilla.

—¡Se ha ahorcado! ¡Se ha ahorcado con su propio cordón umbilical! —exclama Gary.

«Dios mío. No, por favor, no permitas que este hombre me lo describa.»

—¡Se ha ahorcado con el cordón! ¡Es lo más increíble que he visto! ¡Se ha ahorcado con el cordón!

Hay alegría en su tono de voz. Ríe.

La cosa se mueve tras ella. Malorie está en el epicentro de toda esa locura. La locura de siempre. La clase de locura que acosa a quienes han estado en la guerra, a quien ha pasado por un divorcio traumático, a quien ha sufrido la pobreza o ha visto cómo una amiga...

—¡Se ha ahorcado con el cordón! ¡Con su propio cordón!

—¡Cierra la boca! —grita Malorie a ciegas—. ¡Cállate!

Pero se le ahogan las palabras cuando siente que la cosa se inclina hacia delante. Una parte de ella (¿es posible que sea su cara?) se le acerca a los labios.

Malorie se limita a respirar. No se mueve. El silencio se impone en la buhardilla.

Siente el calor que desprende la criatura.

«Mira las nubes, Shannon —piensa—. Se parecen a nosotros. A ti y a mí.»

Cierra ambas manos con más fuerza sobre los ojos de los bebés.

Oye que la cosa se retira. Suena como si se desplazase lejos de ella. Lejos.

Hace una pausa. Se detiene.

Cuando oye el crujido de la escalera, cuando está segura de que corresponde al ruido de alguien que baja por ella, suelta el sollozo más desolador que pueda concebirse.

Los pasos en la escalera se espacian. El silencio se impone cuando desaparecen por completo.

—Se ha ido —dice a los bebés.

Pero ahora oye moverse a Gary.

—¡No te nos acerques! —grita sin abrir los ojos—. ¡No se te ocurra tocarnos!

Gary no la toca. Pasa por su lado y la escalera cruje de nuevo.

«Acaba de bajar. Va a ver quién lo ha superado. Quién no.»

Siente náuseas. Está exhausta. Por la pérdida de sangre. Su cuerpo le pide descanso. Que duerma. Malorie y los bebés están a solas en la

buhardilla. Hace el gesto de tumbarse. Necesita descansar. Pero en su lugar aguarda. Escucha. Reposo.

«¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuánto llevo con los bebés en brazos?»

Pero un nuevo ruido fractura la pausa momentánea. Procede de abajo. Es un ruido que a menudo se oía en el viejo mundo.

Olympia cuelga («eso ha dicho él eso ha dicho él») de la ventana de la buhardilla.

Su cuerpo golpea la pared de la casa, a merced del viento.

Abajo se oye un timbre.

Es el teléfono. El teléfono está sonando.

Malorie casi se queda hipnotizada al oírlo. ¿Cuánto hace que no oía algo así?

Alguien los llama por teléfono.

Alguien responde a una de sus llamadas.

Malorie se da la vuelta y resbala un poco sobre las sustancias que cubren el suelo. Se pone a la niña en el regazo, antes de cubrirla con

suavidad con la blusa. Con la mano libre, tantea en busca de la parte superior de la escalera. Es muy pronunciada. Vieja. Una mujer que acaba de dar a luz no tendría que plantearse siquiera la posibilidad de bajar por ella.

Pero el teléfono sigue sonando. Alguien responde a la llamada. Y Malorie está dispuesta a descolgar el teléfono.

Riiiiiiing.

A pesar de los retales que les cubren los ojos, pide a los bebés que mantengan los ojos cerrados.

Esta orden se convertirá en algo que repetirá constantemente durante los cuatro años siguientes. Nada le impedirá decirlo. No importa que sean tan pequeños que ni siquiera entiendan sus palabras.

Riiiiiiing.

Desliza el trasero por el suelo y columpia las piernas hasta posar los pies en el primer peldaño. Su cuerpo le implora a gritos que se detenga.

Pero ella sigue bajando.

Ha logrado bajar, con el bebé en el hueco del

brazo derecho, la palma de la mano sobre su cara, y la niña en el regazo. Mantiene los ojos cerrados y el mundo es negro y necesita tanto dormir que podría caerse o resbalar en el momento menos pensado. Pero se arrastra y gatea, sirviéndose del timbre de teléfono a modo de guía.

Riiiiiiiiiiing.

Posa las plantas de los pies en la moqueta azul claro del suelo del pasillo de la primera planta. Con los ojos cerrados, no ve estos colores, igual que no ve a Jules tendido boca abajo junto a la pared derecha, con cinco heridas que le recorren el cuerpo desde la parte superior de la cabeza hasta donde la mano descansa en el suelo.

Hace una pausa en lo alto de la escalera. Respira hondo. Se cree capaz de hacerlo. Continúa.

Sin saberlo pasa junto a Cheryl. Aún no. La cabeza de Cheryl mira hacia la planta baja. Los pies hacia la primera planta. Su cuerpo adopta una postura imposible.

Sin saberlo, Malorie pasa a escasos centímetros de ella.

Casi toca a Felix al pie de la escalera. Pero no lo hace. Más tarde, contendrá un grito cuando palpe los agujeros que tiene en la cara.

Riiiiiiiiiiing.

Ni siquiera sospecha que pasa cerca de uno de los huskis, aplastado contra la pared. La pared tiene una mancha púrpura oscuro.

Quiere preguntar en voz alta si queda alguien allí. Quiere gritarlo. Pero el teléfono está sonando y no cree que deje de hacerlo hasta que responda.

Sigue el sonido, guiándose con la mano en una pared.

La lluvia y el viento a través de las ventanas rotas.

«Tengo que responder.»

Si tuviera los ojos abiertos no sería capaz de asimilar la cantidad de sangre que cubre la casa.

Riiiiiiiiiiing.

Lo verá más tarde. Pero en ese momento el

timbre del teléfono suena muy alto, muy cercano.

Malorie se da la vuelta, apoya la espalda en la pared y se desliza, dolorida, hasta la moqueta. El teléfono está en una rinconera. Le duele horrores todo el cuerpo. Coloca al bebé junto a la niña en el regazo, estira la mano y palpa el mueble en busca del auricular que ha estado sonando sin descanso.

—¿Hola?

—Hola.

Es un hombre. Su voz suena muy calmada. Absolutamente fuera de lugar.

—¿Quién es? —pregunta Malorie.

Incluso le parece extraño estar hablando por teléfono.

—Soy Rick. Hace unos días escuchamos el mensaje que dejasteis en el contestador. Supongo que puede decirse que hemos estado ocupados. ¿Cómo te llamas?

—¿Quién es?

—Repito: soy Rick. Alguien llamado Tom dejó un mensaje en nuestro contestador.

—Tom.

—Sí. Vive ahí, ¿verdad?

—Soy Malorie.

—¿Te encuentras bien, Malorie? Pareces hecha polvo.

Malorie aspira con fuerza. No cree posible que vuelva a sentirse bien.

—Sí —responde—. Estoy bien.

—No tenemos mucho tiempo. ¿Te interesa marcharte de donde sea que estés? ¿Encontrar un lugar más seguro? Doy por sentado que la respuesta es afirmativa.

—Sí —confirma Malorie.

—Pues esto es lo que debes hacer. Toma nota si puedes. ¿Tienes a mano un lápiz o algo?

Malorie dice que sí y palpa en busca del bolígrafo que Tom dejó en el interior del listín telefónico.

Los bebés lloran.

—Parece que tienes un bebé ahí.

—Así es.

—Supongo que ese es el motivo de que quieras encontrar un lugar mejor. Aquí tienes la información, Malorie. Toma el río.

—¿Cómo?

—Tienes que tomar el río. ¿Sabes dónde está?

—S... Sí. Sé dónde está. Justo detrás de la casa. A unos ochenta metros del pozo, o eso me han dicho.

—Estupendo. Toma el río. Sé que parece muy peligroso, pero supongo que si Tom y tú habéis aguantado tanto, seréis capaces de ello. Os he localizado en el mapa y parece que tenéis que viajar al menos unos treinta kilómetros. El río se bifurca...

—¿Que qué?

—Lo siento. Probablemente hablo demasiado rápido. Pero te aseguro que aquí estaréis mejor.

—¿Por qué?

—Para empezar no tenemos ventanas. Tenemos agua corriente. Y cultivamos nuestros alimentos. Es tan autosuficiente como pueda concebirse hoy

en día. Hay habitaciones de sobras. Y son muy acogedoras. La mayoría de nosotros creemos que vivimos mejor ahora que antes.

—¿Cuántos sois?

—Ciento ocho.

Podría haberle dado cualquier número a Malorie. A ella le suena a infinito.

—Pero antes deja que te explique cómo llegar. Sería una tragedia que se cortara la línea antes de que supieras adónde ir.

—De acuerdo.

—El río se divide en cuatro canales. El que debes tomar es el segundo contando desde la derecha. Por eso no basta con que te pegues a la orilla derecha. Es arriesgado. Y vas a tener que abrir los ojos.

Malorie niega lentamente con la cabeza. «No.»

Rick continúa.

—Y ahora te diré cómo sabrás cuándo ha llegado el momento de abrirlos. Oirás una grabación. Una voz. No podemos pasarnos el día

de guardia en el río. Es peligroso. Demasiado. En su lugar, hemos instalado un altavoz. Se activa por el movimiento. Gracias a instrumentos así tenemos una idea muy aproximada de lo que nos rodea, el bosque y el agua que hay más allá de nuestra finca. Una vez activado el altavoz, la grabación se reproduce en bucle durante treinta minutos. La oirás. Los mismos cuarenta segundos repetidos una y otra vez. Con el volumen puesto al máximo. Se oye con claridad. Y cuando la escuches habrá llegado el momento de abrir los ojos.

—Gracias, Rick. Pero es que no puedo hacerlo.

Lo dice con voz desolada. Derrotada.

—Comprendo que te parezca aterrador. Y lo es. Pero supongo que esa es la parte negativa del asunto. No hay otro modo.

Malorie se plantea colgar. Pero Rick continúa.

—Aquí pasan tantas cosas buenas. Cada día hacemos progresos. Claro que ni siquiera nos acercamos al punto donde querríamos estar, pero

al menos lo intentamos.

Malorie rompe a llorar. Las palabras que le está diciendo ese hombre... ¿Pretende infundirle esperanzas? ¿O es una especie de variante profunda de la increíble desesperanza que siente?

—Si hago lo que me dices que haga, ¿cómo voy a encontraros desde allí? —pregunta Malorie.

—¿Desde la bifurcación?

—Sí.

—Tenemos un sistema de alarma. Es la misma tecnología que usamos para activar la grabación que oirás. En cuanto tomes el canal correcto, avanzarás otros cien metros. Entonces saltará otra alarma. Descenderá una verja. Te encontrarás atascada. Y nosotros acudiremos en busca de lo que se haya atascado en nuestra verja.

Malorie siente un escalofrío.

—¿De veras? —pregunta.

—Sí. No pareces muy convencida.

Visiones del viejo mundo le asaltan la mente, pero cada recuerdo trae de la mano una correa, una

cadena y el sentimiento instintivo que la empuja a creer que ese hombre, ese lugar, podrían ser buenos, podrían ser malos, podría ser mejor que el lugar en el que se encuentra, podría ser peor, pero que nunca volverá a ser libre.

—¿Vosotros cuántos sois? —pregunta Rick.

Malorie escucha el silencio de la casa. Las ventanas están rotas. Probablemente la puerta esté abierta. Tiene que levantarse. Cerrar la puerta. Cubrir las ventanas. Pero es como si todo eso le estuviese pasando a otra persona.

—Tres —dice, sin fuerzas—. Si el número cambia...

—No te preocupes por eso, Malorie. No importa cuántos seáis. Tenemos espacio de sobras para cientos de personas y nos estamos esforzando para poder incorporar a más gente. Tú ven cuando puedas.

—Rick, ¿podrías venir y ayudarme?

Oye a Rick exhalar un hondo suspiro.

—Lo siento, Malorie. Es demasiado riesgo.

Aquí me necesitan. Comprendo que eso pueda sonarte egoísta, pero mucho me temo que tendrás que ser tú quien venga.

Malorie asiente en silencio. Entre toda aquella pérdida y todo ese dolor, respeta el hecho de que ese hombre quiera mantenerse a salvo.

«Pero no puedo abrir los ojos y tengo a dos recién nacidos en el regazo que aún tienen que ver el mundo con sus propios ojos, y este lugar huele a orina, a sangre y a muerte. Hay una fuerte corriente que proviene del exterior. Hace frío y sé que eso significa que las ventanas están rotas y la puerta principal está abierta. Peligrosamente abierta. Así que todo esto suena muy bien, Rick, de verdad que sí, pero no estoy muy segura de cómo me las voy a ingeniar para llegar al cuarto de baño, así que no hablemos de un río que debo recorrer durante kilómetros o lo que sea que hayas dicho.»

—Seguiré llamándote, Malorie. Volveremos a hablar. ¿Cómo lo ves? ¿Crees que saldrás pronto?

—No lo sé. No sé cuándo podré ir.

—De acuerdo.

—Pero gracias.

Es el agradecimiento más sincero que Malorie ha ofrecido en toda su vida.

—Te llamaré dentro de una semana, Malorie.

—De acuerdo.

—¿Malorie?

—¿Sí?

—Si no te llamo, podría significar que aquí nos hemos quedado definitivamente sin línea telefónica. O podría suponer que eres tú quien se ha quedado incomunicada. Pero confía en mí si te digo que aquí estaremos. Puedes venir cuando quieras. Aquí estaremos.

—De acuerdo —dice Malorie.

Rick le da su número de teléfono. Malorie utiliza a ciegas el bolígrafo para garabatear los números en una página del listín.

—Adiós, Malorie.

—Adiós.

Otra cotidiana conversación telefónica.

Malorie cuelga el auricular. Luego agacha la cabeza y llora. Los bebés rebullen en su regazo. Lloro sin interrupción durante unos veinte minutos, hasta que grita cuando oye algo que rasca la puerta del sótano. Es *Victor*. Ladra para que alguien le abra, Por suerte se ha quedado encerrado en el sótano. Quizá fue Jules, consciente de lo que se avecinaba.

Después de cubrir de nuevo las ventanas y asegurarse de cerrar puertas, usará el palo de escoba para escudriñar hasta el último rincón de la casa en busca de criaturas. Pasarán seis horas hasta que se sienta lo bastante segura para abrir los ojos, momento en el que verá qué ha pasado en la casa mientras ella daba a luz a su bebé.

Pero antes, con los ojos cerrados con fuerza, Malorie se levantará y retrocederá a través del salón hasta alcanzar la escalera del sótano.

Y allí topará con el cadáver de Tom.

No sabrá que se trata de él, lo tomará por un saco de azúcar antes de arrodillarse ante el cubo

de agua del pozo e iniciar la pesada labor de limpiar a los bebés y asearse.

Hablará con Rick varias veces a lo largo de los siguientes meses. Pero las líneas telefónicas que comunican ambos números de teléfono no tardarán en cortarse.

Tardará seis meses en limpiar la casa de todas las manchas de sangre y retirar los cadáveres. Encontrará a Don en el suelo de la cocina, estirando el brazo hacia la puerta del sótano. Da la impresión de que corrió hacia allí, loco, para pedir a Gary que le devolviese la cordura. Comprobará la casa en busca de Gary. Mirará en todas partes. Pero nunca volverá a ver ni rastro de él. Siempre será consciente de su existencia. De la mera posibilidad de él. Ahí fuera. En el mundo.

Enterrará a la mayoría de los residentes en un semicírculo alrededor del pozo. Siempre será consciente de las desigualdades del terreno, las tumbas que ha cavado y llenado vendada, siempre que vaya a por agua para ella o para los niños.

Enterrará a Tom más cerca de la casa. El trecho de hierba al que lleva a los niños, vendados, para que respiren un poco de aire fresco. Un lugar donde espera que sus espíritus se sientan libres.

Transcurrirán cuatro años antes de que pueda ofrecer una respuesta afirmativa a la pregunta de si acudirá pronto al lugar que Rick le describió por teléfono.

Pero por ahora se limita a limpiar. Ahora limpia a los bebés. Y los bebés lloran.

Suena de nuevo la grabación con la voz de Tom.

Deja un mensaje.

«Dos setenta y tres de Shillingham... Me llamo Tom... Estoy seguro de que comprenderás cuánto me alivia haber oído el contestador automático...»

Aún tiene la venda a un dedo de los ojos cerrados.

Se lleva la mano a la tela negra. Por un instante, tanto ella como la criatura tiran de la misma venda. Esta criatura, u otras similares, le arrebataron a Shannon, a su madre, a su padre y a Tom. Eso, y las cosas que son como eso, han arrebatado la infancia a los niños.

En cierto modo, Malorie no tiene miedo. Ya le han hecho todo lo que le podían hacer.

—No —dice, tirando de la venda—. Esto es mío.

Por un momento no pasa nada. Luego algo le

toca la cara. Malorie tuerce el gesto. Pero no es más que la venda, que vuelve a su lugar sobre la nariz y las sienes.

«Vas a tener que abrir los ojos.»

Es cierto. La grabación con la voz de Tom significa que ha llegado al lugar donde Rick aseguró que el río se bifurcaba. Habla como lo hizo entonces, en el salón de la casa, cuando decía «Es posible que no quieran hacernos ningún daño. Tal vez les sorprenda el efecto que causan en nosotros. Se han solapado, Malorie. Me refiero a nuestros mundos. No es más que un accidente. Es posible que no quieran hacernos daño.»

Pero sean cuales sean sus intenciones, Malorie tiene que abrir los ojos con al menos una de ellas cerca.

Ha visto a los niños hacer cosas increíbles. En una ocasión, después de pasar las hojas del listín telefónico, el niño aventuró que estaba en la página ciento seis. No erró por mucho. Malorie sabe que va a necesitar una hazaña así por parte de

ellos, en ese preciso instante.

Hay movimiento en el agua, a su izquierda. O bien la criatura ya no siente curiosidad por la venda y se aleja, o bien aguarda a la espera del siguiente movimiento de Malorie.

—¿Niño? —pregunta Malorie, que no necesita añadir más porque él sabe a qué se refiere.

Guarda silencio. Atento. Luego responde.

—Se aleja de nosotros, mamá.

A pesar de las aves y de la voz hermosa y tranquila de Tom que proviene del altavoz, se impone un silencio que emana de esa cosa.

¿Dónde estará?

El bote, sin gobierno, se desliza a merced de la corriente. Malorie sabe que el sonido del agua al frente corresponde a la bifurcación. No dispone de mucho tiempo.

—Niño —dice con la garganta seca—. ¿Oyes algo más?

El niño guarda silencio.

—¿Niño?

—No, mamá. Nada más.

—¿Estás seguro? ¿Estás totalmente seguro?

Su voz adopta un tono histérico. Esté o no preparada, ha llegado el momento.

—Sí, mamá. Estamos solos.

—¿Adónde ha ido?

—Se ha alejado.

—¿Hacia dónde?

Silencio.

—Detrás de nosotros, mamá.

—¿Niña?

—Sí. Está detrás nuestro, mamá.

Malorie no dice nada.

Los niños han dicho que la cosa está detrás de ellos.

Si hay algo en lo que puede confiar en el nuevo mundo es que los ha adiestrado bien.

Confía en ellos.

Tiene que hacerlo.

Se sitúan a la altura de la voz de Tom. Suena como si estuviese en el bote con ellos.

Entonces, de pronto, ese hecho constituye una señal para Malorie. Tom está allí. Tom está con ella. Gracias a eso sobrevivirá.

Traga saliva con fuerza.

Se seca las lágrimas de los labios.

Respira hondo.

Es consciente de ello. Como cuando dejaron entrar en casa a Tom y Jules tras su ausencia. Como cuando creyeron expulsar a Gary.

Un punto de inflexión.

El momento en que decide abrir los ojos y lo hace.

Malorie se vuelve hacia los canales y abre los ojos.

Al principio tiene que entornar la mirada. No debido a la luz del sol, sino a los colores.

Ahoga un grito, se lleva la mano a los labios.

Su mente se vacía de pensamientos, preocupaciones, inquietudes y esperanzas. No tiene palabras para explicar lo que ve.

Es caleidoscópico. Infinito. Glorioso.

«¡Mira eso, Shannon! ¡Esa nube se parece a Angela Markle, de clase!»

En el viejo mundo podría haber contemplado un mundo el doble de brillante sin tener que entornar los ojos. Pero ahora toda esa belleza duele.

Podría mirar para siempre. Al menos durante unos segundos más. Pero la voz de Tom la anima a seguir adelante.

Como a cámara lenta, se inclina hacia el lugar del que proviene la voz, saboreando hasta la última palabra. Es como si él estuviese allí, diciéndole que está muy cerca. Malorie comprende que no puede conservar los colores que ve. Tiene que cerrar de nuevo los ojos. Tiene que apartarse de toda esa maravilla, de este mundo.

Cierra los ojos.

Regresa a la oscuridad que conoce tan bien.

Empieza a remar.

Cuando se acerca al segundo canal contando por la derecha, lo hace con la sensación de remar

con los años. Con los recuerdos. Rema con la persona que fue cuando descubrió que estaba embarazada, cuando encontró el cadáver de Shannon, cuando respondió al anuncio del periódico. Rema con la persona que fue al llegar a la casa, la que conoció a los residentes, la que dejó entrar a Olympia. Rema con la persona que fue cuando llegó Gary. Rema con la persona que fue, vendados los ojos en la buhardilla, mientras Don arrancaba las mantas de las ventanas de abajo.

Ahora es más fuerte. Más valiente. Ha logrado educar a dos niños en este mundo con sus propios medios.

Malorie ha cambiado.

De pronto el bote cabecea al alcanzar una de las orillas del canal. Malorie sabe que han accedido a él.

Desde aquí, rema como la persona que fue cuando educó sin ayuda a los niños. Cuatro años. Entrenándolos. Educándolos. Manteniéndolos a

salvo de un mundo exterior que con el paso de los días se volvía más y más peligroso. Rema también con Tom, y con las cosas que dijo, las innumerables cosas que hizo y esperó que la inspirasen, que la animasen, que la hiciesen creer que era mejor enfrentarse a la locura con un plan que sentarse quieta y dejar que la locura te despedace.

El bote se desliza a gran velocidad. Rick le dijo que solo mediaban unos cien metros hasta el punto en que se dispararía la trampa.

Rema con la persona que fue al despertar ese mismo día. La persona que creyó que la bruma los ocultaría de alguien como Gary, que podía seguir ahí fuera, observándolos mientras se acercaban al río. Rema con la persona que fue cuando la mordió el lobo. Cuando el hombre de la barca enloqueció. Cuando los pájaros perdieron la razón. Con la persona que fue cuando la criatura, la cosa que teme por encima de todas las cosas, jugueteó con su única protección.

«La venda.»

Con el recuerdo de la venda y de todo lo que significa para ella, Malorie oye algo que suena como una explosión metálica.

El bote topa con fuerza con algo. Malorie comprueba rápidamente que los niños se encuentren bien.

Sabe que se trata de la verja. La alarma de Rick se ha disparado.

Malorie, con el corazón latiéndole con fuerza, ya no necesita remar. Vuelve la cabeza hacia el cielo y grita. Un grito de alivio. De rabia. De todo.

—Estamos aquí —dice—. ¡Estamos aquí!

Oye movimiento procedente de la orilla. Algo se les acerca a gran velocidad.

Malorie aferra los remos con fuerza. Tiene la sensación de que sus manos conservarán esa posición para siempre.

Da un respingo cuando algo le toca el brazo.

—¡Tranquila! —dice una voz—. Soy Constance. No pasa nada. Estoy con Rick.

—¿Llevas los ojos abiertos?

—No, estoy vendada.

La mente de Malorie se inunda con sonidos lejanos que le resultan familiares.

«Así suena la voz de una mujer.» No había vuelto a escuchar la voz de una mujer desde que Olympia perdió la razón.

—Me acompañan dos niños. Solo somos tres.

—¿Niños? —pregunta Constance con una voz que delata una súbita emoción—. Cógeme de la mano, voy a ayudarte a salir del bote. Te llevaré a Tucker.

—¿Tucker? —Malorie no hace ademán de moverse.

—Sí, te lo mostraré. Es el lugar donde vivimos. Nuestras instalaciones.

Constance ayuda a Malorie a sacar primero a los niños, que a su vez se cogen de la mano antes de ayudar a Malorie a abandonar la embarcación.

—Vas a tener que disculparme por ir armada —dice Constance con cierto recato.

—¿Vas armada?

—Imagínate qué clase de animales han activado la verja. ¿Estás herida? —pregunta.

—Sí.

—Tenemos medicamentos. Y médicos.

A Malorie le duelen los labios agrietados cuando esboza una sonrisa más amplia de lo que ha sonreído en cuatro años.

—¿Medicamentos?

—Sí. Medicamentos, herramientas, papel. Muchas cosas.

Echan a caminar, lentamente. Malorie pasa el brazo por los hombros de Constance. No puede caminar por sus propios medios. Los niños se cogen a sus pantalones, vendados ambos también.

—Dos niños —dice Constance con voz suave—. No puedo ni imaginar el día que habrás pasado hoy.

Hoy, dice, pero ambas saben que se refiere a los años que hace que cuida de ellos.

Caminan cuesta arriba. A Malorie le duele

todo el cuerpo. El terreno cambia de pronto. Hormigón. Una acera. Malorie oye el leve chasquido metálico.

—¿Qué es eso?

—¿Ese ruido? —pregunta Constance—. Es un bastón para ciegos. Pero ya no lo necesitamos. Hemos llegado.

Malorie la oye llamar a una puerta.

A juzgar por el ruido que hace, una pesada puerta metálica se abre lo justo para que Constance los acompañe dentro.

La puerta se cierra con fuerza a su espalda.

Malorie huele cosas que no había olido en años. Comida. Alimentos cocinados. Serrín, como si alguien estuviese construyendo algo. También puede oírlo. El zumbido grave de la maquinaria. Varios aparatos que zumban a la vez. Se respira un ambiente limpio, fresco, y se oye el eco de conversaciones lejanas.

—Ya puedes abrir los ojos —dice Constance con un tono más distendido.

—¡No! —grita Malorie, tomando de la manos a los niños—. ¡Vosotros no! Yo lo haré primero.

Alguien se les acerca. Es un hombre.

—Dios mío, Malorie. ¿Realmente eres tú? — pregunta.

Reconoce su voz monocorde, ronca. Años atrás, la oía a través del teléfono. Lleva cuatro largos años preguntándose si volvería a escucharla.

Es Rick.

Malorie se retira la venda y abre lentamente los ojos, entornándolos para protegerlos de la blanca e intensa luz que reina en el interior.

Se encuentran en un espacioso vestíbulo inundado de luz. Es tan brillante que Malorie apenas puede mantener los ojos abiertos. Es una escuela enorme, de techo alto, abovedado y acristalado, de tal modo que Malorie tiene la sensación de estar fuera. Las paredes altas llegan al techo y están cubiertas por tablonos, vitrinas de cristal y escritorios. No hay ventanas, pero reina

un ambiente fresco, incluso frío, como si estuvieran fuera. El recibidor está limpio, de suelo de ladrillo, con un pasillo muy largo. Al volverse hacia Rick, contempla el rostro de piel reseca y comprende.

Tiene los ojos abiertos, pero no miran nada en concreto. Vidriosos, grises, perdieron su lustre hace años. El pelo castaño le cuelga largo sobre los hombros, pero no alcanza a ocultar una cicatriz que tiene cerca del ojo izquierdo. Se la toca con recelo, como consciente de que Malorie ha recalado la mirada en ella. Malorie ve el bastón de ciego, gastado, improvisado a partir de la rama de un árbol.

—Rick —dice, acercándose a los niños—, eres ciego.

Rick asiente.

—Sí, Malorie. Aquí muchos lo somos. Pero Constance puede ver con la misma claridad que tú. Hemos recorrido un largo camino.

Malorie contempla lentamente las paredes,

absorbiendo hasta el último detalle. Cuando las notas escritas a mano no señalan el progreso de su recuperación, hacen referencia a asignaciones de labores de cultivo, potabilización del agua, además de un calendario de revisiones médicas lleno de citas concertadas.

Su vista recalca en el letrero situado sobre el calendario, donde en un ladrillo, en letras de color metálico, lee lo siguiente:

«Escuela para ciegos Jane Tucker.»

—El hombre... —Rick hace una pausa—. El de la grabación. No te acompaña, ¿verdad? —pregunta Rick.

Malorie siente que se le acelera el pulso y traga saliva con dificultad.

—¿Malorie? —Parece preocupado.

Constance toca el hombro de Rick y susurra en voz baja:

—No, Rick. No lo hace.

Malorie retrocede hacia la puerta sin soltar a los niños.

—Ha muerto —responde, envarada, mientras busca con la mirada a los demás. Sin confiar del todo. Aún no.

Rick avanza hacia Malorie, tanteando con el bastón y extendiendo la mano para tocarla.

—Malorie, en estos años nos hemos puesto en contacto con mucha gente, pero son menos de los que puedas pensar. ¿Quién sabe cuántos de los nuestros seguirán vivos ahí fuera? ¿Y quién sabe cuántos conservan la cordura? Eres la única persona que esperábamos acoger procedente del río. Eso no significa que nadie más pueda llegar aquí de ese modo, pero después de pensarlo detenidamente, decidimos que la voz de Tom no solo te alertaría de que habías llegado, sino que también serviría para anunciar la proximidad de un reducto de la civilización a posibles extraños antes de que la verja los detuviera. Si hubiese sabido que ya no estaba contigo, hubiera insistido

en recurrir a alguna otra cosa. Por favor, acepta mis disculpas.

Lo mira con atención. Su voz suena esperanzada, incluso optimista. No ha oído un tono de voz como ese en mucho tiempo. Pero el rostro que encara muestra los mismos signos de estrés y preocupación propios de vivir en ese mundo que los suyos. El mismo aspecto que tuvieron los residentes, años atrás.

Mientras Constance y él se disponen a explicarle cómo funcionan las instalaciones, el patatal y la plantación de calabacines, la cosecha de fruta del bosque en verano y cómo potabilizan el agua de lluvia, Malorie percibe movimiento detrás de Rick.

Un modesto grupo de mujeres jóvenes asoma de una habitación ataviado con ropa lisa de color azul claro. Caminan con bastones mientras extienden la otra mano al frente. Las mujeres se mueven casi sin hacer ruido, son como espectros, y pasan de largo junto a Malorie, a quien se le hace

un nudo en el estómago al ver las cuencas vacías de sus ojos. Siente un leve mareo, náuseas, como si fuera a vomitar.

Donde debían estar los ojos de las mujeres hay dos enormes cicatrices oscuras.

Malorie pega a los niños a su cuerpo con mayor fuerza si cabe. Estos entierran la cabeza en sus piernas.

Constance extiende la mano hacia ella, pero Malorie se aparta, buscando presa de los nervios la venda que ha caído al suelo, al tiempo que arrastra a los niños consigo.

—Las ha visto —informa Constance a Rick.

Él asiente.

—¡Manteneos apartados de nosotros! —ruega Malorie—. No nos toquéis. ¡Ni os acerquéis! Pero ¿qué está pasando aquí?

Constance vuelve la vista y ve a las mujeres salir del vestíbulo. El silencio reina en la estancia, a excepción de la respiración agitada y los sollozos contenidos de la propia Malorie.

—Malorie, así hacíamos antes las cosas — empieza a explicar Rick—. No hubo más remedio. No tuvimos otra elección. A nuestra llegada, nos moríamos de hambre. Éramos como los colonos olvidados que llegan a un territorio nuevo y hostil. No teníamos las comodidades de las que disfrutamos ahora. Necesitábamos comida, así que cazamos. Por desdicha, tampoco teníamos las medidas de seguridad que tenemos ahora. Una noche, cuando un puñado de los nuestros había salido del recinto, se nos coló una criatura. Perdimos a mucha gente esa noche. Una madre, que en un instante era totalmente racional, perdió la razón y mató a cuatro niños en un arranque de ira. Tardamos meses en recuperarnos, en reconstruir. Juramos que no volveríamos a correr ese riesgo jamás. Por el bien de toda la comunidad.

Malorie mira a Constance, que no tiene cicatrices.

—No tuvimos elección —continúa Rick—.

Nos cegamos con la primera cosa que encontramos a mano: tenedores, cuchillos de cocina, los dedos. La ceguera, Malorie, constituye la mejor protección. Pero así obramos entonces. Ya no lo hacemos. Al cabo de un año, comprendimos que habíamos fortificado este lugar lo bastante para aligerar el terrible peso que pesa sobre nuestros hombros. Hasta el momento no hemos tenido ningún problema de seguridad.

Malorie piensa en George y en su video, los experimentos fracasados. Recuerda cómo estuvo a punto de cegar a los niños en un acto de desesperación.

«Constance puede ver. No es ciega. Si hubieses encontrado el coraje necesario, ¿quién sabe qué habrías sido capaz de hacerte a ti misma? O a los niños», piensa Malorie.

Rick busca el apoyo de Constance.

—Si hubieses estado aquí lo entenderías.

Malorie tiene miedo. Pero entiende a qué se refiere. Y en su desespero quiere confiar en ellos.

Quiere pensar que ha llevado a los niños a un lugar mejor.

Al darse la vuelta, repara en su propio reflejo en la ventana de un despacho. Apenas se parece a la mujer que fue en tiempos, cuando se miraba la curva del vientre en el cuarto de baño, mientras Shannon la informaba a viva voz desde otra habitación de las noticias que daban por televisión. Tiene el pelo ralo, enmarañado y cubierto de los excrementos y la sangre de las aves. Hay trechos de su cuero cabelludo, enrojecido, magullado, que quedan al descubierto. Está famélica. Los huesos de su rostro han cambiado, sus facciones delicadas sustituidas por otras más angulosas y marcadas. La piel tirante, cetrina. Al abrir un poco la boca ve que le falta un diente. Debió de lastimarse al perder la conciencia en el río. Tiene la piel magullada, ensangrentada, pálida. La herida profunda que le ha dejado el ataque del lobo destaca en el brazo hinchado. Pese a todo repara en que hay algo poderoso que emana

de la mujer que se refleja en el cristal. Un fuego que la ha impulsado durante cuatro años y medio, que le ha exigido sobrevivir, que la ha enardecido para proporcionar una vida mejor a los niños.

Exhausta, libre ya de la casa, libre del río, Malorie cae de rodillas. Retira las vendas de los ojos de los niños. Tienen los ojos abiertos y pestañean y los entornan para protegerlos de la luz intensa. El niño y la niña miran perplejos, callados, inseguros. No comprenden dónde están y miran a Malorie en busca de guía. Es el primer lugar que ven aparte de su propia casa en toda su vida.

Ninguno de ellos llora. Ninguno de ellos emite una queja. Levantan la vista hacia Rick, atentos a lo que dice.

—Como he dicho, aquí podemos hacer muchas cosas —continúa Rick, cauto—. Las instalaciones son mucho más espaciosas de lo que aparenta este recibidor. Cultivamos nuestros alimentos y hemos logrado hacernos con algunos animales. Tenemos

gallinas que ponen huevos, una vaca para la leche y dos cabras que hemos podido criar. Tenemos planeado salir en busca de más animales para construir una pequeña granja, y no tardaremos en hacerlo.

Ella respira hondo y mira a Rick con esperanza por primera vez.

«Cabras —piensa—. Los niños nunca han visto a un animal vivo, aparte de los peces.»

—En Tucker somos totalmente autosuficientes. Contamos con un equipo médico dedicado únicamente a rehabilitar a los ciegos. Este lugar te dará cierta paz, Malorie. Al menos a mí me la proporciona a diario.

—¿Y vosotros qué me decís? —Constance se arrodilla junto a los niños—. ¿Cómo os llamáis?

Es como si fuese la primera vez que Malorie se planteara ese asunto. De pronto existe un lugar en su vida para lujos tales como los nombres.

—Ella —dice Malorie, poniendo la mano ensangrentada en la cabeza de la niña— se llama

Olympia.

La niña se vuelve rápidamente hacia Malorie. Se sonroja. Sonríe. Parece gustarle el nombre.

—Y él —dice Malorie, acercándose al niño— es Tom.

Una sonrisa. Tímida. Feliz.

De rodillas, Malorie abraza a sus hijos y derrama ardientes lágrimas que superan con creces cualquier risa que haya esbozado.

«Qué alivio.»

Las lágrimas fluyen sin trabas cuando piensa en sus compañeros, en cómo cooperaron para ir a buscar agua al pozo, durmiendo en el suelo del comedor, charlando sobre el nuevo mundo. Ve a Shannon, que ríe mientras identifica junto a Malorie formas y figuras en las nubes, curiosa y llena de calidez y bondad.

Piensa en Tom. En su mente, que nunca cejaba en el empeño, siempre solventando problemas. Siempre haciendo lo posible.

Piensa en sus ganas de vivir.

En la distancia, más allá del vestíbulo alargado de la escuela, asoman otras personas procedentes de diferentes lugares. Rick pone la mano en el hombro de Constance cuando se disponen a adentrarse en el recinto. Es como si todo ese lugar supiera que debe conceder un respiro a Malorie y a sus hijos. Como si todo y todos fueran conscientes de que, finalmente, están a salvo.

«A salvo.»

Aquí, ahora, mientras abraza a los niños, Malorie tiene la sensación de que la casa y el río son dos lugares míticos, perdidos en algún lugar de toda esa eternidad.

Aquí no están tan extraviados.

Ni tan solos.